



**J.E. ÁLAMO**

*Hay cosas que suceden  
una sola vez en la vida,  
morir debería ser una de ellas.*

**TOM  
STONE**<sup>2</sup>  
**LET IT BE**

Lectulandia

El nuevo caso que cae en manos de Tom, un padre que busca a su hijo, le enfrenta a BMV, un criminal peligroso del que se sabe poco excepto que controla con mano de hierro uno de los barrios más peligrosos de la ciudad. En juego está el mercado de una nueva droga: la «Lázaro».

Pero Tom también lucha por no ser víctima de la Ley del Decaimiento, la que dicta que todos los que volvieron de la muerte tienen un plazo de vida de cuatro años.

Acción, violencia, ternura y humor, aunque bastante negro, en Let it Be, la segunda novela de Tom Z. Stone. Una aventura de lectura independiente que sigue ampliando este universo Z creado por J. E. Álamo.

**Lectulandia**

José E. Álamo

# **Tom Z. Stone 2 - Let it be**

**Tom Z. Stone - 2**

ePub r1.0

turolero 18.07.15

Título original: *Tom Z. Stone*<sub>2</sub>. *Let it be*  
José E. Álamo, 2012

Editor digital: turolero  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

TOMZ  
STONE<sub>2</sub>  
LETITBE

J.E. ÁLAMO

*Dedicado a Los Beatles.  
Y a Bogart.  
Y a Silvia.  
Y a Sarah. Como debe ser.*

*And in my hour of darkness She is standing right in front of me  
Speaking words of wisdom, let it be.*

***Let it Be, The Beatles***

# PRÓLOGO

## BMV

---

—Te voy a pega un tido, cabón... ¿Sabes pod qué? ¡Coño, podque puedo, cabón! Y podque me apetece y podque te lo medece.

—¡Joder, joder, joder, BMV! No lo hagas, tío, no lo hagas. Soy un tipo con familia; la mujer, los hijos y...

—Si tienes hijos es podque no sabes sacala a tiempo, cabón. Te impotan menos tus hijos que la mieda que caga tu puto pedo.

—No, tío, que sí que me importan. Vale que quiero al perro, pero los críos... ¡Argh! ¡ARGH!

—¿Tío? ¿Me llamas tío? Cabón de los cojones, me quitas mi doga, te follas a mis chicas, ¿y ahoda me llamas tío delante de todo el mundo? ¿Es que somos amigos? ¿Follas conmigo pada llamame tío?...

—¡ARGHHH! ¡HOSTIAAAA! ¡ARGHHH!

—¿Duele lo del ojo? Sí, sí que duele. Je, je. Tanquilo, hombre, que he desinfectado el tenedo.

—¡Duele, duele! Joder, duele... ¡¡Ahhhh!! ¡BMV! ¡¡AHHHH...!!

—Capullo llodón... Coño, deja de tócate el ojo, que das asco, cabón. Voy a hacete un agujedo en la cabeza y así te salda toda la mieda que llevas dentro. Igual que a tu pedo, cabón. ¡El salto que dio el puto pedo cuando le dispadé! Nos descojonamos a gusto. ¿Va a da un saltito tú también?

—BMV, por favor, BMV. Solo cogí una poca lázaro, casi nada. Y esas zorras son tan putas que se las folla todo el mundo. Ya sé que debería haberte pedido permiso, pero tampoco es para tanto, ¿no? Tampoco es para tanto, joder. No son más que unas putas de mierda, BMV, por favor... ¡Ay, mi ojo!

—¡¿No es pada tanto?! ¡No tienes ni puta idea de lo qué va el tema, ¿vedad?! ¡Edes un jodido yonqui que no despeta nada, ¿eh?! ¡DESPETO, CABÓN...!

—¡Va, BMV, vaaa! Si quieres me cargo a las zorras ésas. Me la chuparon a cambio de unas rayitas de lázaro. Yo no quería. Bueno, un poco sí, pero me obligaron. Casi no me las follé. Si quieres les hago una cara nueva, les corto los pezones, o...

—Ven aquí, cabón, anda, ven aquí. Deja de chilla, nenaza, que al final no te voy a pega un tido, cabón. No, te voy a presenta a un amigo; lo encontramos esta mañana dando tumbos por ahí y gimoteando, igua que tú. Pada mí que quiede cariño y me padece que tú también... Je, je. Solta al pescao podío, chicos, a ve si esto dos se enamodan.



—¡Hostiaputa! ¡¡No!! ¡¡HOSTIAPUTAAAA!! ¡¡NOOOOOOOOO!! ¡¡ARGHHHHHHHHH!!!  
—Jodé, hay que ve al pescao como le gustan las entañas...

## Crónicas de los Reanimados I

### El día del FR

---

El 7 de agosto del año 2012 los muertos volvieron a la vida. No todos, por fortuna. A saber dónde hubiéramos metido a tanta gente.

Ese día del verano del 12, conocido como del FR (Fenómeno Reanimación, suceso al que todavía nadie ha sido capaz de dar una explicación coherente), volvieron parte de los que habían fallecido a lo largo de los siete días anteriores al 7 de agosto. Y de los que lo hicieron, unos cuantos, en especial los que llevaban más tiempo enterrados dentro de ese periodo, habían perdido las funciones cerebrales superiores y sólo conservaban las más instintivas. Son los llamados «terminales» por los científicos o «desgastados» por la inmensa mayoría. Hay también una minoría que les llama «putos zetas de mierda». Una minoría con la que suele coincidir la inmensa mayoría cuando creen que nadie les oye.

Por desgracia, entre los instintos que conservaban los terminales, estaba el de alimentarse hasta el hartazgo y el plato más codiciado eran las vísceras humanas, cuanto más frescas y calientes, mejor. Fue este capricho gastronómico uno de los motivos por los que durante los primeros días que transcurrieron tras el FR, la gente se reunió en rebaños y se dedicó al alegre deporte de exterminar a los reanimados. Tampoco es que los borregos necesiten demasiada motivación para liarse a hostias todos juntitos. Pregunta de examen: ¿Qué une más que reventar cabezas? Respuesta: nada.

Existen estimaciones sobre el número de los que volvimos a nivel mundial, la cifra oscila entre los quinientos y los setecientos cincuenta mil «resucitados». Cierto que más de la mitad disfrutó de una breve, muy breve vuelta al mundo. Un terminal suele retornar al agujero del que salió en poco tiempo, el deterioro físico se acelera de manera brutal en esa fase y los casos más longevos registrados apenas han alcanzado las cuarenta y ocho horas. Y además, hay que sumar a los que las aterrorizadas masas de borregos se cargaron.

Ya digo que la principal causa de esa virulenta reacción fueron los reanimados devoradores de entrañas, pero no todos los que sufrieron las iras y miedos de la población fueron terminales. Hubo muchos reanimados en perfectas condiciones

(dentro de lo que cabe y si dejamos aparte cierto tufillo a descomposición), que fueron víctimas de lo sucedido en esos días posteriores al FR. Un periodo que ha pasado a la historia como los Días del Olvido. Una historia que da vergüenza, la verdad. Los reanimados fuimos tiroteados, acuchillados, apaleados, quemados, torturados... Fue una jodida matanza. Sí, estaban muertos, y a eso se aferraron muchos, pero fue un puto exterminio en toda regla. Me alegro de no pertenecer ya al bando de los borregos. Y cuando hablo de reanimados, hablo de hombres, mujeres y niños, criaturas inocentes e indefensas. Nadie quiere hablar demasiado sobre esa época, como si así pudieran pretender que no ocurrió.

Por fortuna, hubo reacciones en contra del exterminio, denuncias de lo que no era más que un crimen horrendo. Pronto se sucedieron las declaraciones oficiales de condena, programas de reinserción, la creación del CIFR (Centro de Investigación del Fenómeno Reanimación), el reconocimiento de nuestra condición de seres humanos de pleno derecho, el apoyo de personalidades de todos los estamentos sociales en el mundo entero...

La cuestión es que durante unos meses, pareció que el planeta iba a convertirse en un sitio mejor y que hasta pondríamos lazos de colores en las bombas y flores en los cañones. Algunos comenzaron a escribir que el segundo Renacimiento se había iniciado precisamente con el renacimiento de los que habían fallecido. Que habíamos aprendido una lección... Muy poético. Una poética soplapollez. Dudo que alguien lo creyera de corazón... Y sin embargo, hubo un tiempo en el que yo quise creérmelo. ¡Hasta los Beatles elevaron su voz en nuestro nombre...! Duró poco. La gente recuperó el gusto por sus propios problemas, se sumergió en la mezquindad del día a día y las buenas intenciones se fueron relegando como los restos de una fiesta en la que todo el mundo lo ha pasado bien, pero que se quiere olvidar al día siguiente. Y ahora, cuando han transcurrido más de dos años de ese 7 de agosto, cada vez quedamos menos de los que volvimos a la vida y cada vez merecemos menos atención de un mundo pendiente de otros problemas.

La Ley del Decaimiento a la que estamos sometidos todos los reanimados es nuestro destino, nuestra fatalidad. Cuatro años de vida es de lo que disponemos en el mejor de los casos, según estudios del CIFR; y debe ser la previsión más optimista, porque en la actualidad apenas quedamos cien mil reanimados en todo el mundo y han pasado poco más de dos años desde el FR. ¿En qué consiste la Ley del Decaimiento? Todos los reanimados estamos abocados a convertirnos en terminales, «desgastados», con un deterioro físico acelerado que nos aboca al segundo encuentro con la de la guadaña, como si no fuera bastante haberlo hecho ya una vez. El problema es que antes de esa segunda mortal cita, actuamos como cualquier terminal devorador de tripas y, aunque ahora ya nos tienen bastante controlados a través de los centros CIFR, todavía se producen algunos ataques a borregos... perdón, quería decir gente, que no nos convierten en los tipos más populares del mundo.

Sí, hubo un tiempo en que las cosas parecían haber cambiado, cambiado de

verdad, pero eso solo fue un espejismo y ahora mismo, el mundo parece limitarse a aguardar a que la palmemos todos para olvidarnos en la medida de lo posible. Borrarnos de la historia.

Segundo Renacimiento, ya ves tú...

Me llamo Thomas Z. Stone, llámame Tom, nací en Gales y estiré la pata en Valencia de un ataque al corazón, en agosto del 2012. Volví a la vida a las pocas horas. Desde entonces trabajo de investigador privado. He tenido algunos momentos felices y muchos miserables. Odiaba a Dios tanto o más de lo que él pudiera odiarme a mí. Ahora ni siquiera pienso en él, ahora pienso mucho en la muerte. Aunque intento distraerme siempre que puedo y esta ciudad da mucho juego en ese sentido, mucho, de verdad.

## El Suero de Godwin (1)

---

*(18 de diciembre, 2014)*

—Nombre completo.

—Thomas Z. Stone.

—¿Qué es la Z, Sr. Stone?

—¿La última letra del abecedario?

—Zalacaín; un capricho de mi madre que adoraba a Pío Baroja.

—¿...?

—¿Pío Baroja? Un escritor... ¿No sabe quién era?... No tiene importancia.

—¿Viven sus padres?

—No.

—¿Tiene hermanos?

—No.

—Estado civil. —Muerto viviente.

—Divorciado, aunque mi ex hubiera preferido quedarse como estaba antes del FR: viuda...

—Por aquí no abunda el sentido del humor, ¿eh?

—¿Tiene hijos?

—Dos. Oiga, ¿es necesario todo esto? Ya tienen mi historial.

—Sigo el procedimiento, Sr. Stone, contrastamos la veracidad de los datos y de paso, la condición mental del sujeto. Estoy seguro de que la Doctora Godwin ya se lo ha explicado. Si lo prefiere, podemos dejar esta entrevista para otro momento; tengo más candidatos aguardando...

—No, no he llegado hasta aquí para irme ahora. Acabemos cuanto antes. ¿Puedo fumar?... Ya me figuraba que no, me conformaré con un trago... Mmmm.

—Sr. Stone, le agradeceré que no vuelva a hacer eso. Guarde esa petaca o tendré que pedirle que abandone la consulta...

—Venga, dispare. Prometo que seré un buen chico y no volveré a hacer nada que le moleste.

—Más vale que así sea... ¿Mantiene algún tipo de relación con su familia?

—No.

—¿Qué profesión tenía en el periodo anterior a su reanimación?

—Tramitador procesal.

—¿Profesión actual?

—Investigador privado.

—¿Mantiene algún tipo de relación con sus antiguos compañeros de trabajo?

—No.

—¿Dónde residía antes de su reanimación?

—En Valencia. En la calle San Vicente, cerca de la plaza de España.

—¿Mantiene algún tipo de relación con sus antiguos vecinos?

—Nooo...

—¿Mantiene algún tipo de relación con sus antiguos amigos?

—NO, JODER, NO MANTENGO NINGÚN TIPO DE RELACIÓN CON NADIE. ¿A qué viene toda esta mierda?

—¿Quiere un vaso de agua, Sr. Stone?

—Joder... No, no quiero agua... Gracias. Podemos seguir.

—¿Mantiene algún tipo de relación con...?

—¡La puta madre que...!

—¡¿Cómo dice?!

—Nada. Continúe, por favor.

—¿Mantiene algún tipo de relación con alguien a quien conociera antes de su reanimación?

—No, no mantengo relación con nadie en absoluto de esa época.

—¿Mantiene algún tipo de relación de orden afectivo o profesional en la actualidad?

—Afectiva... No, no hay nada de eso.

—¿Qué hay de Matilde...?

—Eso se acabó.

—¿Cómo...?

—Se acabó, fin de la historia. No quiero hablar sobre eso. Olvídelo. ¿Vale?

—De acuerdo. ¿Y alguna otra relación?

—Sí, una profesional; con el comisario Garrido de la brigada FR.

—¿Sólo profesional? Aquí figura que son ustedes amigos.

—Sabe usted muchas cosas, no sé para qué coño hace las preguntas si ya conoce las respuestas.

—¿...?

—Sí, Garrido es un amigo, o lo más próximo a serlo.

—¿Anoto entonces su nombre como la persona a quien avisar en caso de...?

—¿En caso de qué? ¿De que algo vaya mal? Je. Ya está avisado, no se preocupe, hombre. Todo va a ir bien.

—Sr. Stone, ¿es usted consciente de lo que le depara el futuro?

—¿Quiere decir que dentro de poco, digamos un mes, siendo optimistas, seré un puto zeta devorador de tripas?

—Me refiero a que... Bueno, sí, a eso es a lo que me refiero.

—Pues si le soy sincero, procuro no pensar en ello demasiado. Al día mueren más de ciento cincuenta mil personas en todo el mundo, lo sé porque lo dijeron en la radio; eso quiere decir que millones de personas no llegarán a vivir lo que a mí me queda por delante. Joder, voy a disfrutarlo, si es que me dejáis.

—Ha accedido a someterse a la terapia experimental de la doctora Godwin, a pesar de los riesgos.

—No sé decir que no a una mujer guapa.

—Sr. Stone...

—Vale, vale... No soy de los que se que se resignan, coño. Me gusta luchar.

—¿Está usted al tanto de los riesgos que le he mencionado?

—Sí, María... la doctora Godwin me ha dicho que a lo mejor me muero. Estoy acojonado, en serio.

—Sr. Stone, aprecio el sentido del humor como el que más, pero le agradecería que mantuviera una actitud más acorde con la situación.

—De acuerdo, supongo que ahora me va a echar un discursito sobre lo que me aguarda; adelante, prometo ser un buen chico.

—No voy a echarle nada, Sr. Stone. Lo único que pretendo es ponerle al corriente de los resultados de las investigaciones de la doctora María Godwin.

—Soy todo oídos.

—La doctora lleva dos años estudiando el FR, dos años de intenso trabajo, tras los cuales ha conseguido elaborar la sustancia denominada Bokor o como se conoce ya popularmente, el suero Godwin.

—Ya me contaron todo eso. Lo hizo la doctora en persona.

—Lo sé, y yo voy a contárselo otra vez.

—Odio las reposiciones.

—Forma parte del protocolo, sr. Stone. O se lo cuento o no hay tratamiento.

—Vale, me lo ha contado y me doy por enterado: me van a tratar con el Bokor para evitar, o al menos retrasar, la Ley de Decaimiento. ¿Ve? Lo he asimilado...

—Hay más, sr. Stone.

—Adelante, no permita que yo le detenga.

—Recientemente, el laboratorio de la doctora Godwin recibió los permisos pertinentes para llevar a cabo las pruebas con el Bokor. Las primeras se hicieron con animales, sobre todo chimpancés. Los resultados no son concluyentes, aunque sí alentadores. El suero ha ralentizado el proceso de envejecimiento en los sujetos de la experimentación e incluso se ha mostrado eficaz contra enfermedades como el Alzheimer y el Parkinson. Sin embargo, un setenta y cinco por ciento de los sujetos experimentales han muerto tras sufrir una encefalitis de rápido e imparable desarrollo. Pensamos que es una reacción autoinmune, pero aún no estamos seguros y... La parte positiva es que el veinticinco por ciento restante mostró una mejoría notable y ante ello, se procedió a la experimentación con voluntarios humanos en

estado terminal. Como es natural, contábamos con los permisos pertinentes de los familiares.

»Sin embargo, las pruebas realizadas con el suero de la doctora Godwin en terminales no consiguieron ralentizar de manera apreciable los efectos de la Ley de Decaimiento en ninguno de los sujetos; creemos que eso fue debido a que el deterioro era excesivo y por lo tanto, irreversible. Fue entonces cuando se decidió iniciar una segunda fase. Los sujetos de esta fase son reanimados a quienes todavía no ha afectado la Ley del Decaimiento. O, al menos, no de forma notable. Claro que esto es territorio desconocido y... Sr. Stone, no quiero aburrirle con más detalles, pero ha de saber que las posibilidades de éxito no son halagüeñas; necesitaríamos más tiempo para experimentar y...

—Y si sigue hablando, quiera o no, me matará de aburrimiento. Al grano, amigo.

—De acuerdo, tiene razón, tiempo es justo de lo que no disponemos. La Ley de Decaimiento es inexorable, así que hemos decidido aplicar la terapia en voluntarios antes de que...

—Antes de quedarse sin sujetos.

—Eso es.

—Estoy aquí y aquí me quedo.

—Tendrá que firmar estos papeles...

—Traiga aquí y beba algo, debe tener la garganta seca de tanto hablar. ¿Cuándo empezaremos?

—Hoy mismo. Ahora mismo.

—¡Qué rapidez!

—Sí, ¿algún problema?

—No, ninguno. No tengo planes.

—Entonces avisaremos al comisario Garrido en el caso de que...

—Sí, y no olvide al bueno de John Lennon. Quizá le vea pronto.

No me respondió, ni siquiera sonrió. Recogió sus papeles, llamó a una enfermera y apenas musitó un *hasta pronto* antes de desaparecer por la puerta. No creo que estuviera enfadado, simplemente hasta los cojones de mis tonterías. Muy comprensible. En los últimos días no me aguanto ni yo.

La enfermera, rubia, guapa, rotunda y más fría que el culo de una vieja, me acompañó hasta una habitación que contenía una cama, una mesilla y una ventana que daba a una hermosa pared gris. Me dijo que me pusiera el pijama que había encima de la cama, que vendrían a buscarme en media hora. Cuando se fue, me tumbé en la cama, encendí un pitillo, aunque estaba prohibido fumar, y dediqué otro pensamiento al viejo John y al ocho de diciembre. Apenas habían pasado diez días y parecía que hubiera transcurrido un siglo. Fue el día de mi cumpleaños. Y también el día en el que un puto chiflado se cargó al Beatle a tiros...



### EL MUNDO

EDICIÓN MATINAL. 3 diciembre, 2014

### SANCIONES A COREA DEL NORTE

#### **Una información de V. Mateo.**

La Asamblea de Naciones Unidas ha anunciado que está estudiando la aplicación de sanciones económicas a Corea del Norte por su negativa a permitir la entrada de inspectores internacionales que comprueben si existen campos de concentración y exterminio para reanimados, tal y como ha denunciado la ONG *Reanimated are People*. Un representante del gobierno norcoreano, el Sr. Kim Chul, ha declarado que los supuestos campos son en realidad bases militares y que como tales, no serán expuestas a la mirada indiscreta del mundo. La declaración incluía una protesta ante lo que el gobierno norcoreano define como injerencia de la ONU en asuntos domésticos. El Sr. Kim Chul advirtió que su país no tolerará sanción alguna sin tomar represalias contra quienes las promuevan.

No hay que olvidar que Corea del Norte es el único país del mundo que no quiso adherirse a la Proclamación de la Condición Humana de los Reanimados del 22 de agosto del 2012. Las sospechas relativas a que el régimen de Pionyang ha adoptado una actitud beligerante con los reanimados vienen de lejos. Fuentes no oficiales afirman que el fallecido dirigente Kim Jong-II volvió a la vida el día del FR, merced a las excepcionales condiciones de conservación en las que fue enterrado, y que reclamó la presidencia del país. Esto provocó un violento enfrentamiento con el actual dirigente, Kim Jong-un, hijo de mencionado Kim Jong-II. Esta lucha, de la que salió victorioso Kim Jong-un, marcó la postura del gobierno norcoreano con respecto a los reanimados.

Fuentes del ministerio de asuntos exteriores español consultadas por este diario, advierten que la situación es muy delicada y que no hay que precipitarse en...

# CAPÍTULO I

## El reverendo Manfredo Blanco-Alcázar

---

*(Viernes, 5 de diciembre, 2014)*

—Tom... Jefe, su visita ha llegado. —Mati me envió un beso discreto y silencioso antes de abrir del todo la puerta para dar paso al dueño de la silueta que se erguía tras ella.

Mi visita era un borrego de mediana edad, rostro bronceado de gesto severo, pelo encanecido impecablemente cortado y peinado hacia atrás, que contrastaba con la viveza de los ojos negros, y un sorprendente mostacho oscuro. Curioso que no se tiñera el pelo y sí el bigote. No era demasiado alto, aparentaba buena forma física, aunque la zona de la cintura abultaba levemente tras la chaqueta que tenía todo el aspecto de haber sido cortada a la medida. Un reloj de oro de la marca Omega en la muñeca izquierda y un pesado sello de oro en el anular de la misma mano, confirmaban la impresión que me había dado el tipo cuando hablamos por teléfono: tenía pasta y mucha. Se movía con la soltura de alguien acostumbrado a mandar y a ser atendido con rapidez. Me pregunté qué coño quería un borrego con tanta clase de un tipo sencillo como yo, y en la misma reflexión, me di cuenta de que el problema real era que el tipo me desagradaba profundamente aun sin conocerlo. Quizá sea que detecto a un capullo a distancia, o puede que me estuviera precipitando y fuera otra cosa, como que era viernes y maldita la gracia que me hacía aceptar un caso el viernes para que me jodiera el fin de semana. Antes me daba igual un día que otro. De hecho, me jodían los días en que no había trabajo; demasiado tiempo para pensar. Ahora, con Mati, los días traen algunas promesas de las que me cuesta prescindir.

Mati cerró la puerta tras ella y yo invité al borrego a tomar asiento. Lo hizo en silencio, mientras echaba un vistazo a su alrededor. No creo que se formara una opinión muy favorable.

A mi espalda hay una ventana con tantas capas de mugre que haría las delicias de un arqueólogo, y por la que la luz exterior apenas consigue colar algún destello. Y hablando de luz, del techo pende una bombilla que arroja sombras que yo encuentro sugerentes, a pesar de que crean un ambiente algo taciturno. Al lado de la puerta se alza un perchero de brazos enroscados bajo el aparato de aire acondicionado que ese día ronroneaba aire frío; estábamos en diciembre, pero hacía un calor que tocaba la moral. Frente a mí tenía el escritorio que me servía de escudo, y al otro lado las dos sillas espartanas para las visitas. Lo único que luce algo es la Pavoni, una cafetera

cojonuda, que descansa sobre una mesa en un extremo del despacho.

Mi visita frunció el ceño y no hacía falta ser un genio para leer en la mueca enfurruñada, que dudaba de encontrarse en el lugar adecuado.

Prendí un cigarrillo con una cerilla, la llama tembló demasiado y me tocó coger el fósforo con las dos manos. Mucha actividad nocturna, pensé. Sonreí ante el recuerdo y, ya que estaba, dirigí la sonrisa a mi visita; inhalé una buena bocanada de humo y compuse una mirada curiosa. El tipo me había llamado hacía media hora preguntando por el Sr. Stone de parte del comisario Garrido. Que era urgente, no iba a tratarlo por teléfono y tenía que recibirle con la mayor de las urgencias. No tenía ni puta idea de qué tripa se le había roto, pero tendría que decir algo, aunque fuera *cariño*, antes de empezar a joderme el día de una manera u otra.

—Supongo que ha hablado con el comisario Garrido —dijo con una suave y bien modulada voz—. Me dijo que era usted el número uno, el mejor.

—Aún me quedan amigos —respondí, encogiendo los hombros. Es posible que las palabras fueran de alabanza, pero el tono era de incredulidad—. Hablo mucho con Garrido, pero no recuerdo que mencionara su nombre. La verdad es que no recuerdo cómo se llama.

—Creo que es debido a que no se lo he dicho —respondió con frialdad—. Me llamo Manfredo Blanco-Alcázar, reverendo Manfredo Blanco-Alcázar. —Levantó el rostro con un gesto de orgullo en los ojos entornados.

Le miré con curiosidad, si esperaba un aplauso se iba a aburrir.

—Vaya, me temo que el comisario no ha hablado con usted —siguió en tono altanero—. Tendrá que darme una buena explicación. Y no sólo eso, tampoco me dijo que usted era... Bueno, tendría que habérmelo imaginado, y probablemente sea lo más adecuado...

—Sí, Sr. Blanco, soy un reanimado o un zeta o cualquier de las lindezas que nos llaman, pero para usted seguiré siendo Stone, el Sr. Stone; y no, Sr. Blanco, no tengo ni la más remota idea de quién es usted. Y a pesar de eso, no me va nada mal. Y no de nuevo, Garrido no me ha dicho ni *mu* acerca de un reverendo y créame si le digo que nos contamos muchos chistes, algunos buenos y otros no tanto, pero de *ése* me acordaría.

Acusó el golpe enrojeciendo a ojos vista. Le dejé cocerse unos segundos antes de seguir hablando.

—De todas formas, si viene de parte del comisario, le daré una segunda oportunidad a nuestra relación. Olvidemos las tonterías, ¿de acuerdo? Cuénteme qué le trae hasta aquí y hasta es posible que éste sea el inicio de una hermosa amistad.

Entrecerró los ojos y supe que valoraba la posibilidad de mandarme a cascármela con un cactus, pero cualquiera que fuera el asunto que le traía hasta mí, acabó pesando más que su orgullo.

—Soy el reverendo Manfredo Blanco-Alcázar, fundador de la Iglesia del Descanso Eterno.

Se calló unos instantes dejándome que lo asimilara y admito que me costó. El reverendo no me sonaba, pero sí que había oído hablar de la Iglesia del Descanso Eterno. Defendía a capa y espada, entre otras soplapolleces, que el único destino del hombre cuando fallecía era la otra vida, ya fuera el Infierno o el Cielo, salvo aquellos pocos afortunados a los que el mismísimo Jesucristo había devuelto a la vida. Y éste no era el caso de los reanimados el día del FR, a los que la Iglesia del Descanso Eterno conminaba a volver al lugar de donde habían salido. Y a que lo hicieran de inmediato. Nunca les había prestado demasiada atención. Eran una panda de meapilas, bastante pacífica hasta dónde yo sabía, que afirmaba cosas de meapilas para otros meapilas que seguramente se la cascaban a oscuras para no vérsela cuando se les ponía tiesa. Gentuza patética, en suma, de la que era mejor mantenerse apartado. Y ahora tenía a uno de ellos delante de mí y venía de parte de Garrido.

El reverendo borrego seguía callado como si esperara que me arrodillara ante él, o entrara en trance alabando al Altísimo. Suspiré para mis adentros.

—No creo que Garrido le dijera que soy telémeta.

—¿Eh?

—Mire, Sr. Blanco o reverendo Blanco o padre Blanco, o como quiera que le llamen, hace un calor asqueroso cuando debería hacer frío, tengo mil cosas que hacer como visitar un par de bares a disfrutar del aire acondicionado y, ya que estoy, de unos cuantos combinados. Luego he quedado para comer con una mujer que ha conseguido que sonreír no me provoque agujetas; así que, o me convence de que tiene algo interesante que decirme, o me temo que los dos estamos perdiendo el tiempo y a mí por lo menos, eso es algo que me sabe a mierda.

Apretó los labios, frunció el ceño y se puso de un hermoso color granate, pero no hizo intención de moverse y yo supe que había caso, y gordo. Y no quería oírlo.

Blanco comenzó a hablar.

—Mi hijo Miguel murió hace ya tiempo a causa de una leucemia. Una larga y penosa enfermedad que sobrellevó con valor gracias a su fe —carraspeó emocionado—. Solo tenía veintitrés años y muchos no dejarían de preguntarse por los motivos que tendría Dios para llevarse a alguien en la flor de la vida. Nosotros no. Nosotros confiamos en la bondad infinita del Señor y aceptamos con los brazos abiertos, sus decisiones. —Sorbió ligeramente y tras entornar los ojos, siguió hablando—. Tuvo un buen funeral. El de un buen cristiano. Le lloramos. Aún echo en falta el hijo que se fue; era tan... —Extrajo un tremendo pañuelo blanco con el que se enjugó una inexistente lágrima. A continuación inspiró con fuerza. Reprimí las ganas de aullar, el borrego era un plasta.

—Hace tres días falleció mi esposa Catalina y... —se calló de nuevo preso de la emoción. Murmuré un *lo siento* porque soy un tipo educado, él asintió a la vez que extraía una pitillera de plata del bolsillo de su chaqueta. Sacó un cigarrillo largo y fino, lo encendió y echó humo durante un rato. Me uní a él con uno de mis Camel y estuvimos un rato en silencio, yo elucubrando sobre cuánto tardaría en ir al grano y

supongo que él sobre cómo lo iba a hacer. Al final lo hizo de sopetón.

—Abrimos el panteón familiar para enterrar los restos de mi esposa y descubrimos que Miguel ya no estaba. Y ese es el asunto que me trae aquí: quiero que encuentre a Miguel y lo traiga de vuelta. —Lo soltó de corrido tras lo que apuró el largo cigarrillo.

—¿Me está pidiendo que encuentre el cuerpo de su hijo? —no pude evitar el tono de indignación. ¿Tanto rollo para soltarme que buscara a un cadáver?

Carraspeó de nuevo varias veces antes de volver a hablar.

—Bueno, no exactamente. Resulta que Miguel falleció el día 6 de agosto del 2012... Le enterramos al día siguiente y, tras la ceremonia, nos reunimos la familia para honrarle y rezar por el eterno descanso de su alma. —Carraspeó, incómodo—. Miguel volvió a casa unas horas más tarde. Seguíamos todos juntos y...

Me crucé de brazos con un estremecimiento, medio intuí lo que venía a continuación y supe que mi sensación inicial había sido correcta: Manfredo Blanco-Alcázar me iba a caer como el culo y no quería oír su historia.

—¡No fue un milagro! —exclamó, poniéndose en pie—. En esos aciagos momentos pensé que lo era, pero no, Miguel seguía muerto: no tenía pulso, no necesitaba respirar y olía, olía... ¡Olía a muerte! Los difuntos tienen su lugar y los vivos el suyo. Rezamos juntos, lloramos juntos, pero era una prueba que nos enviaba el Señor y la reconocimos como tal. No nos hicimos preguntas, ni Catalina ni yo, pues los caminos del Señor son inescrutables. Sabíamos cuál era el camino. Hablamos con Miguel y le convencimos para que volviera al mausoleo. Y lo hizo. Enterramos también a mi madre, una mujer abnegada y de carácter, que falleció ese mismo día a causa de la impresión que le provocó la vuelta de Miguel. Y eso también fue una prueba, una prueba divina que superamos y dimos gracias por haber sido sometidos a ella. Luego fundamos la Iglesia del Descanso Eterno y... No le cansaré con los detalles —dijo malinterpretando mi gesto; debió creer que me aburría y en realidad estaba a punto de saltar por encima de mi mesa para comprobar si podía entrecruzar los dedos de ambas manos con su cuello entre ellas—. Tráigame a mi hijo, Sr. Stone, encuentre a quién o quiénes se lo llevaron, y le pagaré el doble de su tarifa habitual, más los gastos que estime oportunos.

—¿Se lo llevaron? ¿No se ha parado a considerar que a lo mejor tuvo ocasión de meditar una vez lo dejaron metido en un ataúd? Creo que el ocio en los mausoleos es de lo más cutre, los gusanos no juegan a nada excepto a ver quién come más carne. Así que no sería ningún disparate pensar que el chaval decidió que por mucho que papi y mami le dijeran que estaba muerto, a él le daba que no, que estaba muy vivo y que ¡una mierda se iba a quedar encerrado, a oscuras para cumplir la voluntad de un dios que probablemente ni existe y que si lo hace, debe haber perdido el interés por nosotros hace tiempo! —Lo admito, entre el cinismo y la mala hostia que destilé, se podría haber hecho una infusión cojonuda.

El reverendo se mostró más sorprendido que enfadado.

—Imposible, no habría podido... —carraspeó de nuevo y prendió otro de esos cigarrillos tan largos que, por cierto, olían a mierda seca de perro—. Miguel jamás habría desafiado al Señor. Estoy convencido de que alguien le... —vaciló para enseguida alzar un índice al aire—. ¡Le pervirtió! Y hay que encontrarle para que vuelva, Sr. Stone. Hay un orden, un orden que proviene de lo más alto. Solo el Señor puede dar aquello que arrebató. Lo ocurrido ese nefasto día nada tuvo que ver con la voluntad del Cielo. Lucifer, el príncipe de las tinieblas, anda siempre intentado remedar el poder del Señor, pero los resultados son... repugnantes, diabólicos.

Las palabras se enredaron entre el humo de nuestros cigarrillos y acabaron por disolverse en el silencio y la rabia que cada uno luchaba por controlar.

—Con toda sinceridad, Sr. Blanco, —retomé la palabra mascullando entre dientes y manteniendo el control a duras penas—, no quiero buscar a su hijo. Esté donde esté, aunque sea cubierto de mierda de vaca y haciéndoselo con un oso sifilítico, estará mejor que con usted.

—¡Sr. Stone, su lenguaje es vulgar y ofensivo! Le advierto que es la voluntad del Señor la que me trae hasta aquí, la misma voluntad que me ha guiado y protegido a lo largo de mi...

—¡Mire, reverendo, me importa un bleo su dios de pacotilla y dudo mucho que le pueda proteger de un buen par de puños!

No bromeaba, quería partirle la cabeza a ese cabronazo, hacerle daño de verdad. E iba a hacerlo. Entonces se abrió la puerta.

—¡Joder, me hago viejo! Sabía que olvidaba algo —Garrido se detuvo intentando hacerse cargo de la escena que tenía ante él: a un lado estaba Manfredo Blanco echando la silla hacia atrás para escapar y al otro, un reanimado muy, muy cabreado a punto de saltar por encima de un escritorio.

—Me parece que llego justo a tiempo —comentó Garrido con un deje entre preocupado y sarcástico; más preocupado que sarcástico, las cosas como son.

—Lo siento, reverendo Blanco-Alcázar, quería haber hablado con el Sr. Stone antes de que usted viniera a verle para exponerle su caso. He venido en cuanto Lola, mi secretaria, me ha comentado que usted le había pedido el teléfono de Stone. Ella creía que yo estaba al tanto. Es usted un hombre impaciente, reverendo. Por fortuna, ya estoy aquí. —Sonrió con tanta fuerza que estuve a punto de soltar una carcajada; Garrido sonríe menos que un hámster y cuando lo intenta, simplemente no sabe cómo hacerlo sin parecer un gigantesco orangután a punto de arrearte un mordisco. Cuando se dirigió a mí, ya no sonreía.

—¿Qué tal, Stone? —me preguntó con cierta cautela—. Pareces congestionado, demasiado calor, ¿no? Este tiempo se ha vuelto loco. —Tomó asiento sin aguardar respuesta, tampoco iba a darle una.

—Me tomaría un café —comentó ojeando mi Pavoni.

Me habría gustado tomar aire, aguantarlo durante unos instantes y luego soltarlo con parsimonia junto con toda la tensión acumulada; el caso es que lo intenté, pero

cuando realmente no te hace falta, respirar quiero decir, el efecto no es el mismo. Decidí prenderle fuego a un pitillo y eso sí me calmó, al menos lo bastante para darle una oportunidad a Garrido de explicarse.

—¿Cómo lo quieres? —pregunté yendo hacia la cafetera.

—Negro para mí —replicó Garrido—. ¿Y usted, reverendo?

—Un cortado descafeinado.

—No uso descafeinado —anuncié, contento de poder decirlo.

—Quizás una infusión estuviera bien —se apresuró a intervenir Garrido—.

¿Tienes infusiones?

—Manzanilla, la compra Mati para cuando arrastro una resaca demasiado grande como para vomitarla de una sola vez.

—¿Una infusión, reverendo? —dijo Garrido, tras echarme una mirada furiosa.

El aludido asintió con la cabeza.

—Sin azúcar.

No dije nada más, preparé las bebidas incluida una para mí con una buena dosis de *bourbon* y me senté a esperar a ver por dónde iban los tiros. Garrido probó el café y volvió a sonreír, en esta ocasión me miraba a mí. Le devolví la mirada, pero con el gesto serio. Estaba dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir y hasta podía mostrarme comprensivo, sin embargo, no tenía que simular que me gustaba. *No* me gustaba el reverendo, *no* me gustaba un carajo ese *entierrahijos* y cuanto antes lo perdiera de vista, mejor.

Garrido apartó la mirada tras parpadear un par de veces, sorbió el café con deleite y se puso en pie soltando un suspiro. Había perdido peso, no lucía la barriga oronda que le recordaba de tiempo atrás. Seguía siendo un tipo grande y fornido, pero tenía la apariencia de un gigante cansado de estar erguido y al que estuviera venciendo el tiempo y sobre todo, el desencanto. Dirigir la brigada FR no era ninguna bicoca y menos aún cuando la razón de la existencia de tu departamento estaba desapareciendo.

—Estoy ya viejo para esta mierda —comentó en voz alta, dirigiéndose más a sí mismo que a nosotros. Luego entrecerró los ojos, puso los brazos en jarras y nos habló como lo haría un padre... Uno con ganas de soltarnos un buen par de hostias.

»Reverendo Blanco. Stone. Ignoro lo que ha ocurrido en este despacho antes de que yo llegara, aunque me hago una idea. El caso es que se necesitan el uno al otro; sí, el uno al otro —repitió al observar mi expresión de incredulidad, que rivalizaba con la despectiva del reverendo—. Vamos a olvidar lo que sea que ocurrió; y si no son capaces de olvidar, van a actuar como si lo hicieran. —El tono de Garrido se había ido endureciendo y la amenaza de las hostias a pares se hizo palpable—. Ahora haré lo que fue mi intención desde el principio: hablaré con el Sr. Stone y le expondré su caso, reverendo. Más tarde, le llamaré para comunicarle el resultado de esta conversación.

—Con franqueza, comisario, después de hablar con el Sr. Stone... —comenzó el

reverendo.

—Todo irá bien, reverendo Blanco, déjelo en mis manos. Sé lo que hago.

—Insisto, comisario, albergo muy serias dudas de que este hombre...

—REVERENDO BLANCO —la voz de Garrido hizo vibrar las tazas de café sobre sus platillos—. Haga el favor de dejarme a solas con el Sr. Stone. Es el único capacitado para ocuparse con garantías de su asunto. Le llamaré más tarde.

El *entierrahijos* parecía a punto de seguir protestando, pero la expresión de Garrido y sus enormes manazas abriendo y cerrándose, lo redujeron al silencio. Acabó por levantarse, musitar un ya veremos y se marchó con la expresión de alguien a quien acaban de desvirgar vía anal con una botella de vino malo.

En cuanto se cerró la puerta, Garrido soltó un sentido *hostia puta* mientras se pasaba la mano por la cabeza. Le relucía la calva entre los escasos pelos que solía peinar con mimo. En esos momentos se alborotaban como espantapájaros sometidos a una descarga eléctrica.

—Tendré que disculparme con ese capullo más tarde —refunfuñó con resignación—. Esto es un marrón, Stone, un buen marrón que nos puede salpicar a todos de mierda si no tenemos cuidado. Ojalá hubiera tenido ocasión de hablar contigo antes, no esperaba que éste se me adelantara.

—Si lo hubieras hecho, le habría arreado una patada en la boca al cabrón nada más verlo. Me habría evitado tener que oírle.

—Mala idea —repuso Garrido, negando con la cabeza—. El reverendo Manfredo Blanco-Alcázar es un hombre muy bien relacionado; me han llegado órdenes desde muy arriba para que me encargue del caso. Piensan que con un reanimado de por medio, nadie mejor que la brigada para solucionarlo. Pero no podemos hacerlo, nos comprometería relacionarnos con esa gente y por eso te necesito.

Me removí inquieto, a cualquier otro lo habría despachado sin pestañear. No necesito casos así. De hecho, no necesito ningún caso, con la herencia familiar que recibí, el tema económico lo tengo cubierto. Si estoy en esto es porque se me da bien y porque codearme con el sudor de las emociones humanas me hace sentir vivo y, cuando has estado muerto, es algo que se agradece. Además, puedo elegir mis casos. Me refiero a que si veo algo que parece mierda, lo evito, y Manfredo Blanco era un camión lleno de mierda.

Garrido se mordió el labio inferior antes de seguir hablando.

—La Iglesia del Descanso Eterno, fundada por el reverendo Blanco, tiene muchos seguidores, bastantes más de los que se dejan ver. Creen que el FR debería haberse atajado de raíz, que permitir que los reanimados se mezclaran con los seres humanos, fue una aberración... Lo siento, Stone, sabes que yo...

—No vayas a ponerte sentimental, Garrido, o me pondré a gimotear como una nenaza y entonces querrás darme un abrazo. —Solté una carcajada desganada— y, créeme, no eres mi tipo.

—Hay gente muy poderosa entre los seguidores de Blanco, gente que no quiere



darse a conocer porque no es políticamente correcto decir en voz alta cosas así, pero que están de acuerdo con todo lo que dice nuestro amigo. Y esos tipos son los que me están presionando para que solucione el problema del reverendo. Si no les complazco, Stone, me harán la vida muy difícil. Sin embargo, no puedo hacer este asunto oficial. Si la prensa se entera del tema de su hijo, me crucificarán. Es una mierda, lo sé. Y eres mi única salida. No suelo pedir favores, lo sabes. —Se encendió un cigarrillo arrugado que sacó de un paquete más arrugado todavía y guardó silencio.

Meneé la cabeza con resignación, el camión de mierda iba a atropellarme sin remedio.

—¿Crees que el tipo aceptará que sea yo quien se encargue del caso? Me ha hecho perder los papeles y le he soltado un par de cosas de las que duelen.

—¿Qué coño le has dicho?

—La verdad.

—Ya. Pues vas a tener que disculparte, o permitir que lo haga yo en tu nombre — se apresuró al ver mi expresión.

Acabé por asentir y nos quedamos en silencio unos minutos. Aprovechamos para fumar y pensar en todo lo que acababa de ocurrir sin que el silencio nos resultara incómodo; supongo que con el tiempo y el roce, nos habíamos acostumbrado el uno al otro.

—De acuerdo —gruñí—. Pero me debes una.

—La anotaré al final de la larga lista de todas las que me debes tú a mí.

## **REVISTA NUEVA CIENCIA**

Una publicación de Charles A. Poplar.

### **¿Cree saberlo todo sobre el FR?**

Este próximo domingo, día 7 de diciembre, publicaremos una entrega especial sobre el FR con declaraciones exclusivas del sabio T. A. Edison a nuestra corresponsal Silvia T. H. Los últimos estudios efectuados por nuestro insigne colaborador les llenarán de asombro. El hombre que más tiempo ha dedicado al singular suceso que cambió el mundo hace más de dos años, el único investigador capaz de ofrecer una explicación coherente del FR, no ha cejado en su trabajo y los resultados de este esfuerzo titánico se los ofreceremos en exclusiva a los lectores de Nueva Ciencia. A continuación, les ofrecemos a modo de anticipo, unos extractos de las conversaciones mantenidas por el sabio Edison con nuestra reportera.

*«Existe una fuerza suprema presente en todas las realidades sin excepción; esa fuerza tiene un plan trazado de inexorable cumplimiento».*

*«El tiempo es flexible como un junco: se doblega ante los vientos del imprevisto, pero acaba siempre por recuperar su forma original».*

*«El FR es apenas un grano de arena arrojado a las aguas del tiempo, sus efectos se diluirán con rapidez».*

No olviden que también tienen la posibilidad de oír al mismísimo T. A. Edison a través del teléfono de su hogar por la módica cantidad de 50 céntimos. Sólo tienen que llamarnos al 555-12358 y nuestras operadoras les indicarán los pasos que han de seguir.

Ya lo saben, tienen una cita con Nueva Ciencia este próximo domingo.

## Crónicas de los Reanimados II

### Pacto de Amor

---

—No me creo una palabra, ni una sola de lo que me acabas de decir. No es más que una tontería, una historia que te acabas de inventar, una broma de mal gusto que me estás gastando... Dime que es una broma, cariño, dímelo. Tú no eres... No puedes ser una de esos... zetas.

—¡...!

—Perdona, perdona. No quise decir eso, pero sé que no eres uno de ellos. No llegaste a morir. ¡Joder, estaba allí! El doctor Llar consiguió reanimarte, fue una especie de milagro, pero lo consiguió...

—Sí, sí, recuerdo que estuvo un poco raro el médico, pero tampoco es que sea un tipo muy normal. ¡Coño, le viene de familia! Dicen que su abuela era bruja ¡Te lo juro! Venga, joder, ríete.

—¿Qué quieres decir con ciertos detalles sobre tu cuerpo? ¡Estás igual de buena que siempre!

—¡Uf! No, en serio. No me he dado cuenta de nada. Sabes que soy un despistado.

—A ver... Ya, ya, pero... Sí, sí... Es cierto, no te late... Joder, joder, joder Eres una, una... ¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—¿Ley de Decaimiento? No, bueno, algo habré oído, pero no me he enterado mucho. Nena sabes que yo voy a lo mío: al taller y en cuanto puedo, contigo. No veo mucho la tele. De qué va eso del deca, decam, deca lo que sea. Explícamelo, pero hazlo fácil.

—Sí, lo entiendo. Bueno, más o menos.

—...

—¿Te quedan un par de años?

—...

—¡¿Puede que menos?!

—...

—¿Y qué va a pasar, nena?

—...

¿Se os va la pinza?

—...

—No, no vas a ir a ningún sitio especial para que te cuiden; tú y yo tenemos un hogar y te quedarás conmigo.

—¿...?

—¿Por qué? Joder, porque te quiero, nena, porque te quiero. ¿No me quieres tú a mí?

—Pues entonces ya está todo hablado.

—Sí, tendremos que tomar precauciones y haré lo que tenga que hacer cuando llegue el momento.

—¿...?

—¿Cartuchos para la escopeta? Sí, pero ¿para qué...?

—...

—¡Diossss!

¿...?

—Sí, nena, sigo queriendo que te quedes aquí conmigo hasta el final. Haré lo que tenga que hacer. Te lo juro. Pero buscaré otra manera, ¿vale? No voy a pegarte un tiro... Te quiero, nena.

—*Y yo a ti, Kiko, mi amor.*

## CAPÍTULO II

### Compañeros

---

*(Viernes, 5 de diciembre, 2014)*

—Le están presionando, Mati, o le echo una mano o lo más probable es que acaben con la brigada y pongan a Garrido a hacer trabajo administrativo. ¿Te lo imaginas escribiendo a máquina todo el día? Peor que si le pegaran un tiro en las pelotas y luego le mearan encima. —Apoyé los brazos sobre la mesa y enlacé las manos—. Lo harían todo muy bajo mano, claro. Ya sabes, recortes de presupuesto debido a la crisis, reasignar personal a otros departamentos y no dar los relevos correspondientes... Un final lento, pero cierto. Nadie se iba a quejar demasiado, los zetas ya no somos ninguna novedad, de hecho sólo recordamos al mundo que ocurrió algo que preferiría olvidar. Cuando ya no estemos por aquí, nadie nos echará de menos.

—Creí que te conocía bien, Tom y ahora resulta que eres una llorona.

Me reí, ella tenía razón, a veces ponerse trágico es bastante adictivo. Mati me dedicó una sonrisa burlona desde el otro lado de la mesa. Era la mujer de mi vida, lo mejor que me había ocurrido ahora y antes de la reanimación. Menuda, morena, ojos en los que me perdía sin remisión, dulce como el jarabe de arce y contundente como una coza en la boca. También era la dueña de una S&W modelo 29 con el cañón de cuatro pulgadas y su correspondiente munición Magnum del 44. Todo formaba parte de la mujer que había conseguido que volviera a sonreír por el mero placer de hacerlo.

—Vale, me he puesto un poco nenaza para ver si me dabas un abrazo, pero todo lo que te he contado sobre Garrido es cierto.

—Así que vas a aceptar el caso. Bueno, qué tonta soy, has aceptado ya; como si no te conociera. Tiene gracia lo de que vayas a colaborar con la Iglesia del Descanso Eterno, no creí que esos beatos tuvieran tanto poder. Más vale que te andes con cuidado, o quizá te maten a pedradas cuando soluciones el caso, creerán que te están haciendo un favor bíblico.

—Estás tú muy estupenda esta mañana.

Se rio mientras se inclinaba para revolverme el pelo. Aproveché para cogerla, atraerla hacia mí y besarla; me devolvió el beso antes de echarse hacia atrás. Los ojos le brillaban. Uno de los míos comenzó a parpadear sin control.

—Para estar muerto, estás tú muy movido hoy. ¿Estás diciéndome algo con tanto

guiño?

—Nada, que podemos seguir, no espero a nadie más esta mañana.

Negó con la cabeza.

—Tengo hambre, ¿tú no? Vamos a comer y después volvemos al despacho y... O mejor aún, nos vamos a casa y te enseñaré un par de cosas que te harán sonreír como si estuvieras muy, muy contento. —Sonrió con picardía y paseó la punta sonrosada de la lengua por los labios.

Asentí mientras sorbía el café que me acababa de preparar; el tercero de la mañana. Y de paso me maldije, me apetecía estar muy, muy contento, pero no iba a poder ser. Me acaricié el ojo, el tic había remitido. Pensé que iba a tener que controlar el café.

—Iremos a comer, pero me temo que no habrá sobremesa, tengo una cita por la tarde con Garrido.

—Al final me pondré celosa, pensaba que ya lo habíais hablado todo.

—Es que me van a poner un compañero —comenté torciendo el gesto.

—¿Un compañero? —Mari enarcó las cejas en un gesto cómico que me hizo reír—. ¿Tú, el lobo solitario, con alguien pegadito a tus suelas? Esta sí que es buena. ¿Y quién es el tipo?

Me encogí de hombros, no tenía ni idea.

—La brigada no puede intervenir oficialmente, pero Garrido quiere a alguien conmigo, imagino que será uno de sus hombres que hará de apoyo y me echará una mano si hace falta. Le dije que no quería a nadie, pero insistió tanto que no he tenido más remedio que aceptar. Me ha pedido que pasase hoy para presentármelo —miré el reloj—. Pero podemos ir a comer antes. En el Templete tienen cocido andaluz en el menú...

Me interrumpió con un beso largo y prolongado.

—Al carajo el cocido, te quiero a ti y te quiero ahora.

No tuvo que decírmelo dos veces. Al final iba a conseguir mi sonrisa.

Lola me pidió que esperara unos instantes, que Garrido estaba ocupado con una visita que acababa de llegar.

—Te atenderá enseguida —me dijo con una sonrisa. Lola era la secretaria de Garrido y si el olfato no me fallaba, el comisario estaba enamorado de ella. Pero el hombre era tan cerril, que jamás lo admitiría. En cuanto a ella, era una mujer de corta estatura, edad indefinida, aunque con los treinta ya superados, regordeta y alegre. Que apreciaba al comisario era más que obvio, pero no sabría decir si sentía lo mismo que él sentía por ella.

Lola me escudriñó, frunciendo el ceño.

—Te veo muy acalorado, ¿estás bien?

—Sí, genial —respondí con el recuerdo de la piel de Mati en mis manos. Había cumplido su promesa y me dolían los labios de tanta sonrisa—. Es que llegaba tarde y he venido corriendo.

Ella asintió sin decir nada, aunque noté que no me creía; Lola hubiera sido una buena detective. En ese momento sonó la voz grave de Garrido a través del intercomunicador sobre la mesa de Lola.

—¿Ha llegado ya Stone?

Lola le respondió que sí y Garrido le pidió que me hiciera pasar. Lo hice llevándome un cigarrillo a los labios, mientras me preguntaba si la visita de Garrido, que seguía en el despacho, sería mi futuro compañero.

## Crónicas de los Reanimados III

### Infierno

---

—¿Le importa que use esto?

—¿Qué es? ¿Una radio? ¿Va a poner música?

—No, no es una radio. Es una grabadora, una *Compact Cassette Philips*. Lo mejor que hay en el mercado. Todo lo que diga quedará grabado en la cinta que hay dentro de este estuche de plástico. Es mucho mejor que tomar notas. ¿Quiere ver cómo funciona? Es muy sencillo y...

—No. Me da igual cómo funcione. Úsela si quiere, pero vaya al grano, por favor.

—Uh, claro. Bueno, dígame su nombre y profesión para que conste en la cinta, los demás datos personales no son necesarios, ya los tenemos y los añadiremos al final del informe.

—Adolfo Villalba, trabajaba en el Colegio Público Reina Sofía.

—¿Daba clases?

—Sí. Era profesor de Lengua y Literatura.

—¿Era? ¿Ya no da clases?

—No me haga reír, ningún padre quiere que sus hijos... Prejubilado. Me concedieron el cien por cien de la pensión con sólo cincuenta y dos años... Siga, por favor. Ya sabe, al grano.

—Sí. Al grano. Eso haré... Estaba usted en el tanatorio del Hospital de La Fe.

—Sí.

—Estaba ahí el día del FR.

—Sí.

—Fue a parar a la misma sala a la que habían llevado a todos esos tipos que murieron en el incendio de la fábrica de plásticos, ¿verdad?

—No. Ellos estaban en otra.

—No es muy hablador.

—No paga por la cháchara, ¿verdad? Si quiere detalles, pregúnteme por ellos.

—Mmm, de acuerdo. Sólo quiero que me cuente su experiencia para mi libro. ¿Podré citar su nombre o prefiere emplear un seudónimo?

—Me da igual. Haga lo que quiera.



—Estupendo. Según he leído, hubo muchas víctimas; el incendio se produjo en el turno matinal que es cuando hay más operarios en la fábrica. Repartieron a los heridos entre los hospitales de La Fe y el Peset, pero a los fallecidos los llevaron todos al tanatorio de La Fe.

—Sí.

—¿Cómo llegó usted hasta ahí?

—Estaba sacando dinero del banco y hubo un atraco; el tipo se puso nervioso y me pegó un tiro en el estómago. Me desangré.

—Leí en la prensa que la llegada de la policía fue rápida y que consiguieron coger al atracador, aunque ofreció bastante resistencia. El problema es que el tiempo que tardaron en reducirle fue fatal para usted.

—Sí.

—Volviendo a las víctimas del incendio, ¿cuántas acabaron en el tanatorio?

—No estoy muy seguro, unas quince o veinte.

—¿Volvieron todas?

—¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien.

—Le preguntaba si se reanimaron todos... Si lo prefiere, cuéntelo con sus propias palabras.

—De acuerdo, pero no me interrumpa. Se lo contaré todo y ya está. Se acabó. No diré una palabra más.

—Claro.

—Cuando desperté (al menos fue lo que creí al principio) estaba tumbado desnudo sobre una de esas mesas metálicas que usan para las autopsias. Me habían abierto la herida para recuperar la bala, pero se habían quedado a medias porque estaba ahí tumbado, con el estómago abierto de par en par y solo. Sentí miedo y frío, pero sobre todo miedo; no soy médico pero sabía que una herida así era mortal... ¡Joder, veía mis propias tripas! Estaba confuso, indeciso entre liarme a berridos o desmayarme. Fue entonces cuando oí los primeros gritos. Al principio, fueron de alarma, de sorpresa, de miedo... Enseguida se convirtieron en alaridos de pánico y dolor. Me bajé de la mesa con cuidado, aunque caí de rodillas, apenas tenía fuerzas y, por si no tuviera bastante, se me salían las entrañas y apenas podía contenerlas con las manos. ¿Ha intentado meterse las tripas alguna vez? No, supongo que no. No es agradable. Habían dejado mi ropa ahí mismo, sobre una pequeña mesa auxiliar. Estaba hecha trizas, supongo que la cortaron para quitármela. Usé la camisa para vendarme, quedó bastante chapucero, pero con unos cuantos nudos, conseguí que todo volviera a su sitio. No hacía falta ser un genio para ver que algo iba mal, muy mal. El recuerdo de lo ocurrido en el banco y el sitio en el que me acababa de despertar. La herida abierta... Sin embargo, el jaleo de fuera centró toda mi atención. Conseguí mantenerme en pie y llegar hasta un lavabo que sobresalía de la pared a la derecha de la puerta de entrada a la sala. Me lavé la cara y bebí algo de agua. Tuve

que dejarlo, porque según entraba el líquido volvía a salirse por la herida; volví a asustarme y mucho. No sólo por lo que me estaba ocurriendo, también a causa de los gritos. Había tanto terror en el ambiente que casi era sólido y sumado a mis propias angustias, me entraron ganas de acurrucarme en un rincón y esperar a que todo acabara. Y es probable que lo hubiera hecho si no llega a entrar un tipo vestido como los enfermeros, aunque el blanco apenas se le adivinaba. Estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies, tenía la mirada extraviada y chillaba como un animal atrapado en un cepo... No venía solo... Joderrr... No venía solo.

—¿Quiere un vaso de agua?

—No. No me interrumpa. El tipo no venía solo, tras él entraron a la sala tres, tres... supongo que eran tres de los trabajadores de la fábrica, pero lo que yo vi fueron tres monstruos. Estaban quemados, derretidos, les colgaba la carne a jirones sobre los huesos. Los rostros parecían salidos del dibujo de un niño pequeño o el de un loco de atar. No tenían labios, ni ojos, ni nariz, apenas un boquete del que procedía el gemido que casi me vuelve loco. Aún no sé cómo eran capaces de orientarse estando ciegos. Más tarde me dijeron que era posible que se guiaran por el oído, o que quizás emplearan el olfato... No lo sé y, con franqueza, me importa una mierda.

»La sangre goteaba de la boca de una de esas... cosas. Diría que era la sangre del tipo que había entrado momentos antes. Estaba derrumbado contra la pared del fondo, abrazado a sus piernas y murmurando *no, no, no*, mientras lloraba como un crío. No me vio, solo tenía ojos para sus perseguidores. Debieron oírle u olerle, no sé, el caso es que fueron derechos hacia él. Entonces observé que les costaba andar, nada raro teniendo en cuenta que estaban prácticamente calcinados. Les venía justito para no caerse al suelo. Intenté advertir al tipo, le hice gestos para que no se quedara quieto, que le habían localizado. Si hubiera conservado la sangre fría, quizás habría podido esquivarles, escapar. Pero no. No conservó la sangre fría y tampoco se lo reprocho. Tenía la cabeza entre las rodillas y se balanceaba hacia adelante y hacia detrás. Sólo dio señales de vida cuando comenzaron a morderle, pero ya era tarde. Comenzó a gritar de nuevo y al hacerlo, consiguió que llegaran más de esas cosas.

No sé cómo podían gemir de esa manera, estaban tan abrasados que no debían tener ni cuerdas vocales...

«Los médicos, los psicólogos, dicen que lo imaginé, que al verlos con las bocas abiertas, incorporé el sonido por mi cuenta a causa de la fortísima tensión a la que estaba sometido. Quizá tuvieran razón. Acababan de pegarme un tiro, había muerto, resucitado y estaba presenciando cómo se comían a un ser humano vivo. Durante unos momentos, pensé que estaba en el infierno y que esos seres eran los demonios. La sala estaba llena de esos apestosos, hedían mal, a carne requemada, pero seguían concentrados en el tipo chillón (sí, aún gritaba y eso me acompañará en las noches solitarias hasta que muera... otra vez). No se habían fijado en mí, pero yo tuve ocasión de fijarme en ellos; se movían con la misma torpeza que los primeros que habían entrado. Uno de ellos hasta se arrastraba por el suelo y otros dos venían

engarzados, como si el fuego los hubiera fundido hasta convertirlos en siameses. Claro que yo no sabía nada del incendio en la fábrica, ni del FR; lo que me pasó por la cabeza al ver a esas monstruosidades fue algo que relacioné con películas de terror como el Amanecer de los Muertos Vivientes o La Cosa y otras por el estilo, aunque la realidad fuera más original que cualquier película.

»De pronto, decidí que quería seguir vivo, que era joven para morir, (todavía ignoraba que era un reanimado) y sentí la enorme necesidad de volver a ver a mi familia...

»Tiene gracia, el momento en que conseguí reunirme con los míos, apenas pasé unos días con ellos. No pude resistir sus expresiones entre el asco y el terror cada vez que me aproximaba a alguno de ellos...

—¿Don Adolfo?

—Sí, sí. Ya voy. Decía que había decidido que quería vivir y que esos apestosos no me lo iban a impedir. Me incorporé con toda la cautela que fui capaz y busqué a mi alrededor algo que me pudiera servir como arma. A mi derecha, colgado en la pared, había un extintor. Sabía cómo usarlo, teníamos unos iguales en el colegio y hacíamos prácticas una vez al año con los bomberos. Lo descolgué con cuidado, procurando no hacer nada que pudiera atraer la atención de los monstruos. Ya habían acabado con el desgraciado y, aunque un par de ellos seguía enfrascado entre los restos ensangrentados, el resto deambulaba por la sala chocando con las paredes, los lavabos y cualquier cosa que pillaran por medio. Recuerdo que pensé que si no hacía ruido, tenía muchas posibilidades de escabullirme por la puerta sin que se enteraran, o al menos tomaría suficiente ventaja para escapar antes de que reaccionaran. No contaba con la herida. Al descolgar el extintor y cargar con el peso, la herida se resintió, casi oí el rasgado de la piel. Solté un grito de dolor y de pronto todos se volvieron hacia mí. Me oriné encima. No me da vergüenza reconocerlo, jamás he sentido un pánico tan puro en mi vida. Me llevé la mano a la boca y no hice el más mínimo movimiento. Siguieron encarados en mi dirección, pero sin hacer nada, como si estuvieran a la espera de que ocurriera algo más. Y ocurrió. Una chica joven, tendría veintipocos y el aspecto de ser una médico en prácticas, entró de pronto a toda prisa. Venía hablando por el móvil, gritando que no tenía ni idea de qué estaba pasando, ni tampoco dónde estaban los cadáveres... Nada más levantar la vista, soltó el móvil, abrió la boca sin decir nada e intentó absorber la escena que tenía delante sin que le sangraran los ojos. Los apestosos la habían oído y se abalanzaron sobre la pobre desgraciada; si llega a salir corriendo, habría escapado, pero se limitó a recular con las manos por delante como si con eso pudiera detener lo que se le venía encima. Tenía los dedos largos y ágiles, pensé que eran manos de artista (curioso los detalles en los que nos fijamos en momentos así). Uno de los quemados se abalanzó sobre una de esas manos, engulléndola. Durante unos instantes todo pareció paralizarse hasta que oí un fuerte chasquido. Un dedo ensangrentado cayó al suelo desde la boca del monstruo. La chica comenzó a gritar, cayó al suelo, se le echaron encima, pidió

socorro, mencionó a Dios (tal vez rogara, tal vez maldijera, no lo sé), y yo aproveché para escabullirme mientras me decía una y otra vez que ya no podía hacer nada por ella, que era tarde. Oí sus gritos cuando me topé con la policía que entraba al hospital. Los oí cuando la policía corrió hacia la sala y los oí todos los días que me queden por delante. La policía se hizo cargo de todo. La chica aún vivía, pero sus heridas eran tan atroces que no sobrevivió. El resto ya lo sabe. Salió en todos los periódicos. En aquel entonces, di las gracias por escapar de ese infierno. Lo más irónico es que ahora sé que no me hubieran atacado. No nos atacamos entre nosotros. Tiene gracia.

—¡Uf, menuda experiencia! Gracias, de verdad, muchas gracias. Con lo suyo, completo el capítulo sobre La Fe; va a ser de los mejores. No me sorprende que nadie quiera hablar mucho sobre todo el asunto.

—¿Ya hemos terminado?

—Permítame una última pregunta: ¿qué planes tiene? ¿Va a someterse a la terapia experimental de la doctora Godwin? He oído que...

—No, no. Sólo quiero acabar de una vez por todas.

—Hombre, no se precipite. Una segunda oportunidad como la suya es algo por lo que muchos darían hasta el alma.

—¿Y quién le dice que no es ése el precio que hemos pagado?! No, no me precipito. Lo ocurrido en el tanatorio fue la antesala del infierno en el que me encuentro ahora, aunque yo no tengo a ningún Virgilio que me sirva de guía, así que me las tengo que apañar solo. Tampoco hay una Beatriz que me aguarde...

—Lo siento, no comprendo. ¿Es Beatriz su esposa?

—Déjelo, no tiene importancia. Ya tiene su reportaje. Envíe el cheque que acordamos a mis hijos. Si preguntan, dígalos que les quiero. Adiós.

## CAPÍTULO II

### Compañeros (Cont.)

---

*(Viernes, 5 de diciembre, 2014)*

Sí, resultó que la visita de Garrido era mi compañero, pero no tuvieron que presentarnos, conocía al borrego hijo de puta tan bien como él a mí.

—Creo que sobran las presentaciones —farfulló Garrido sin mirarme a la cara—, sé que habéis tenido vuestras diferencias, pero ya sois mayorcitos, así que vamos a ponernos manos a la obra. ¿Os apetece tomar algo?

Imagino que aún no había conseguido sobreponerme a la sorpresa y confusión porque el tipo sentado en el despacho de Garrido soltó una risa seca y burlona y pidió «un agua sin gas fresca, pero no helada». Luego me saludó con una sonrisa tan falsa como despectiva.

—¿Cómo está, Sr. Stone? Al final consiguió atrapar a su asesino, ¿no? Es usted un buen sabueso, el chico ideal para todo. Mi esposa le recuerda con afecto. —Volvió a sonreír y sólo le faltó escupir para que no me cupieran dudas de que no era amor lo que sentía por mí.

Gregorio Espinosa de los Monteros, alias el Sanguinario, era un cuarentón alto y fornido que se conservaba bien y vestía mejor. Tenía el rostro algo más avejentado que la última vez que nos vimos, pero sus ojos, de un azul pálido y frío, conservaban el mismo destello peligroso y animal de siempre. Era el capo del crimen organizado de la ciudad y, aunque gracias a mi buen hacer, su mujer probablemente se había librado de morir a manos de un psicópata, eso no nos había hecho más amigos. Para mí, él era un vómito de rata y yo para él un zeta al que había que cargarse sin pestañear.

—Quiero un café bien cargado —solté, sentándome. Apreté los puños con fuerza, me temblaban a causa de la tensión y no quería que ese gusano se diera cuenta—. Y una explicación rápida y convincente, o me largo ahora mismo.

Garrido apretó los labios, entrelazó las manos y soltó un leve bufido por la nariz. —Coño, a ver si pensáis que esto es una puta cita a ciegas —susurró con rabia—. Si estáis aquí es porque tú —y me señaló con un movimiento del mentón—, me debes más de una, ¿vale? Y hoy es día de cobro. En cuanto a usted, Sr. Espinosa, —el tono fue ascendiendo—, ya me da por culo tenerlo aquí... —Aspiró con fuerza, abrió mucho los ojos y apretó los puños hasta que crujieron como cascanueces.

—No tolero un comportamiento así, comisario. —Espinosa curvó el labio inferior

con desdén—. Se lo he dicho antes y se lo repito ahora, no tengo porqué pasar por esto y menos...

Garrido pegó un puñetazo sobre su mesa.

—¡Mire, o colabora o va a pasar los próximos años en la trena donde toda su influencia no le servirá de nada! ¿Y sabe por qué no le va servir de nada? ¡¡¡Porque pienso meterle en la de Valdemoro, donde tienen a los hijos de puta más grandes y más locos del país!!! ¡¡¡Y AUNQUE TENGA QUE CHUPÁRSELA A ESOS HIJOS DE PUTA PARA QUE LE ENCULEN HASTA SACARLE LA MIERDA POR LA BOCA, LO HARÉ SÓLO POR JODERLE... ES-PI-NO-SA!!!

Garrido acabó su discurso de pie, jadeando, inclinado sobre su mesa y con todo el aspecto de querer saltar hacia nosotros. Creo que de haber podido, nos habría arrancado la tontería a bocados. Inspiró con violencia tres o cuatro veces.

—Ahora voy a llamar a Lola para que nos traiga el agua y el café; es muy posible que nos traiga también unas pastas porque ella es así. —Volvió a sentarse con deliberación, observándonos con fijeza—. Los dos vais a sonreírle, le daréis las gracias y os comportaréis como perfectos caballeros o vais a salir de aquí más escaldados que una virgen después de un trío con cinco negros.

Gregorio Espinosa de los Monteros y yo nos miramos y los dos tuvimos el buen tino de no señalarle a Garrido que un trío lo forman tres y no cinco y además, de asentir con la cabeza a lo que nos acababa de indicar sin rechistar lo más mínimo.

Garrido habló con Lola por el intercomunicador con ese tono de voz suave y gentil que reservaba para ella, mientras nos desafiaba con la mirada a que le tocáramos los cojones.

Yo me arrellané en mi silla, le saqué humo a un Camel y sin fijarme en nada, recordé la última vez que había visto a Gregorio, el Sanguinario; fue el mismo día que vi también por última vez a su mujer, Eva, la hembra más sensual que he conocido, y que Mati me perdona, pero aún pienso en sus piernas y en sus gestos hechos para despertar el animal que hay en cualquier hombre. Pero volviendo a Gregorio, a pesar de que ese día nos habíamos despedido como seres civilizados, sé que mi cabeza habría acabado sirviéndole de cenicero si las circunstancias hubieran sido otras. Claro que tampoco se puede esperar otra cosa de alguien a quien llaman el Sanguinario y no porque le guste la carne poco hecha. Oficialmente es el dueño de la mayor cadena de ferreterías de la ciudad, las *Multiuso*, y oficiosamente, se entretiene con negocios como el tráfico de drogas, la prostitución y el juego ilegal. Es un tipo que tiene fama de odiar a los reanimados y al que no le importa divertirse con ellos en juegos donde el «puto zeta» suele acabar pesando menos gracias a la pérdida de algún miembro. Gregorio Espinosa de los Monteros es un tipo al que no le hubiera prestado mi papel higiénico usado y resultaba que iba a ser mi compañero de andanzas en una investigación para Manfredo Blanco, otro soplapollas, que ya de por sí me daba ganas de vomitar. Reflexioné que si Garrido me convencía para que trabajara con el Sanguinario, por mucho que le debiera, iba a sudarlo a conciencia.

Lola entró con una bandeja con una botella de agua, otra de *brandy* que yo ya conocía de anteriores ocasiones y café. Lucía una sonrisa que no se alteró a pesar de la tensión que había en el despacho, incluso canturreaba por lo bajo una melodía que no tardé en reconocer como *Penny Lane*, mientras nos sirvió a cada uno lo que había pedido sin necesidad de preguntarnos. Me guiñó el ojo al ponerme el *brandy* y su gesto se ensombreció al acercarse al Sanguinario. Le dimos las gracias, nos dijo que de nada, le comenté a Garrido que fuera con cuidado con lo que se metía en la boca (lo que me hizo soltar una carcajada e incendió las mejillas de Garrido), y nos dejó a los tres. Garrido se tomó su café de un trago, tuvo que quemarse, pero su gesto no se alteró, y nos observó como evaluando quién de los dos le iba a ocasionar más problemas; al final se quedó conmigo, y personalmente creo que acertó. Había llegado la hora de que Garrido sudara.

## CAPÍTULO III

### **Mati, *Mon Amour***

---

*(Viernes, 5 de diciembre, 2014)*

—¿Le hiciste sudar, entonces?

Le pegué un trago a mi *gin-fizz* antes de responder.

—No, Garrido es perro viejo y se las sabe todas. A buenas horas monta una historia como la de hoy sin tenerlo todo bien planeado hasta el más mínimo detalle.

—¿Crees que la visita que recibiste del reverendo meapilas antes de que Garrido hablara contigo, no fue casual?

—No, para nada —pegué otro trago—. Estoy convencido de que buscó el enfrentamiento entre Blanco y yo, porque sabía que de entrada iba a negarme a aceptar el caso. Después, permitió que me sintiera el mejor amigo del mundo al ceder a sus ruegos. Con el tema de llevar al Sanguinario de compañero sólo tuvo que apretar un poco más, no demasiado. Joder, me ha manipulado como sólo se puede manipular a un amigo. El día que vea sudar de verdad a ese cabrón cuando vaya a pedirme algo, te juro que me voy a acojonar. —Dejé el vaso vacío sobre la barra e hice un gesto al camarero para que me sirviera otro—. ¿Quieres algo más? —pregunté señalando su copa vacía.

Mati asintió con la cabeza, apartando la cucharilla perforada con restos de azúcar colocada sobre la copa.

—Me gusta esta bebida —me dijo con una sonrisa algo desdibujada—. Me siento bien.

—Ten cuidado con la absenta —le advertí—, he oído que tiene efectos alucinógenos.

—A ver si voy a crearme una loba y te devoro —me soltó con una mirada lasciva—. Tú eliges por dónde empiezo —se rio de mi cara y me pidió un cigarrillo, llamándome tontorrón.

Nos sirvieron las bebidas y decidimos sentarnos en una mesa. Mati dejó que el camarero le echara el agua helada sobre la cucharilla con un terrón de azúcar que oscilaba sobre la copa y a continuación, acabó con el brebaje de un trago.

—Así es como se toma —aclaró ante mi gesto de sorpresa. El camarero, un borreguito guaperas de barrio con melena descuidada a conciencia, y patillas que parecían unos paréntesis, comentó que así era y le ofreció otra copa. Mati dijo que no,



apoyó los codos sobre la mesa, la cara sobre las manos y con la mirada entre bobalicona y pícara, me pidió que le explicara lo que ese chico malo de Garrido me había dicho. Tomé nota mental de comprar una botella de absenta para mis momentos de ansiedad, si a Mati la convertía en una gatita, también conseguiría acortar mis horas sombrías.

Le comenté a Mati los detalles del caso.

—Detrás de todo esto, como ya te habrás imaginado, está la Iglesia del Descanso Eterno. Lleva tiempo operando en las sombras y sin hacer ruido ha conseguido adeptos en todas partes; son fanáticos que harían lo que fuera por el reverendo desde que se enteraron de lo que él hizo con su propio hijo. Son gente muy normal, de ésa a los que no les gustan los cambios: que quieren que haga frío en invierno y calor en verano, que salga el sol por la mañana y las estrellas por la noche y que, desde luego, los muertos se queden en sus tumbas y no vuelvan a dar por culo a los vivos. Y ahora, con el añadido de la crisis provocada con todo el lío en Corea del Norte, los seguidores de la Iglesia del Descanso Eterno se aferran con uñas y dientes a esa vuelta a la normalidad que promete el reverendo Blanco. —Encendí un pitillo—. No es que sean raros, joder, hasta les comprendo un poco; solo quieren que la vida siga sin más sobresaltos que los habituales; quieren trabajar, casarse, tener hijos, vacaciones, jubilarse y morir y lo último sin billete de vuelta. Y cada vez son más. El problema es que tienen poder y el poder lo ponen a disposición del reverendo. Y ése es el tipo que está presionando para que encuentren a su hijo, que quiere que lo encontremos para devolverlo al sitio de donde salió. Y Garrido me lo ha pedido como un favor personal y no he podido negarme, aunque lo del Sanguinario me sigue jodiendo...

Mati me miró como si le estuviera contando un chiste, parecía a punto de soltar una carcajada.

—Oye, ¿te encuentras bien? —le espeté algo mosqueado—, la absenta esa me parece a mí que te está cociendo la sesera.

—¡Calla, tonto! Es solo que estás muy guapo hoy —se rio como una adolescente—. Pero sigue, que esta historia del reverendo meapilas me gusta. Imagínate, un tipo que sacrifica a su propio hijo... ¿Se creerá que es Dios?

—No lo había visto desde ese ángulo y da miedo pensarlo. De todas formas, se crea lo que se crea, no es más que un puto chiflado que puede joder a quien le lleve la contraria. El caso es que Garrido no puede hacerse cargo del caso, no sería políticamente correcto, y por eso ha acudido a mí.

—¿Y qué pinta en todo esto tu nuevo amigo, el Sanguinario?

—Ése... —dejé el desprecio en el aire para que se ventilara un poco antes de seguir—. En la brigada han hecho algunas averiguaciones discretas, pero han hecho los deberes. No tendremos que partir de cero —comenté. Eché un breve vistazo a Mati, parecía encontrarse bien, demasiado atenta, pero bien—. ¿Has oído hablar de la lázaro?

—¿La droga que resucita?

—Sí, esa droga. La que está matando yonkies como si fueran moscas.

—Dicen que el subidón es espectacular.

—Es posible, no la he probado.

—¿No te ha tentado nunca probarla?

Negué con la cabeza.

—No. Siempre me he negado a tomar algo que me hiciera perder la cabeza. Suelo llevar boxers del Pato Lucas y me aterroriza la idea de quitarme los pantalones bajo los efectos de una droga y que me roben los boxers.

—Vamos, ¿ni una sola vez? No me lo creo.

Me encogí de hombros mientras acababa la bebida. Acariciaba la idea de pedir otra copa cuando vi a Mati observándome con un brillo especial en los ojos y una sonrisa en la comisura de los labios. Habíamos ido en coche hasta el bar y alguien tendría que conducir a la vuelta y ésa no iba a ser Mati. Me resigné a la sobriedad, algo que hace tiempo me hubiera revuelto las ideas, pero ya no, Mati tenía ese efecto sobre mí. Y era agradable. Retomé el hilo de la conversación.

—Los rumores dicen que la lázaro se creó en un laboratorio dependiente del CIFR; intentaban elaborar un remedio para la Ley del Decaimiento y dieron con la lázaro; no si será cierto, ni cómo llegó a las calles, pero debe pegar un subidón espectacular porque hay historias de yonkies en pleno ciego despedazando a gente con las manos desnudas. Los tienen que destrozar literalmente a tiros para detenerlos. La cuestión es que en las investigaciones de la brigada sobre el tráfico de la lázaro, ha salido a relucir el nombre de cierto reanimado que está metido en el cotarro. Es uno al que llaman Bon Mort Vivant, porque dicen que salió dos veces de su tumba... Igual que Miguel Blanco. Los amigos le llaman BMV, porque lo suyo es un lujo; tiene guasa, ¿no? —Mati dijo que sí, aunque no se mató a carcajadas. Tampoco se lo reproché—. Podría ser una simple coincidencia, que no tuviera nada ver con Miguel Blanco, incluso que el tal BMV no exista, pero es lo único que tenemos. —Me encogí de hombros, la verdad es que al final, no eran más que especulaciones.

—Ya —dijo Mati ahogando un bostezo—. ¿Y qué tiene que ver toda esa mierda con el Sanguinario?

—Es el gran capo de Valencia; antes aún le hacía la competencia el Gran Louie, pero desde que lo metieron en la cárcel, casi nadie le hace sombra al Sanguinario. Los que mueven droga, pagan a Espinosa por la protección. Pero él no mueve la lázaro, todavía no. Averiguaremos quién suministra la lázaro a través de los camellos del Sanguinario. Si es el tal BMV, sabremos dónde encontrarle.

Mati asintió con la mirada perdida. Encendió un cigarrillo con parsimonia y torció el gesto como si acabara de tragarse una babosa.

—Me alegro de que ese gordo cabrón de Louie esté en el trullo, espero que se pudra ahí.

El Gran Louie estuvo a punto de darnos matarile con la promesa de que antes

íbamos a sufrir lo que no estaba escrito. Mati nos salvó la vida a los dos, aunque todavía tiene pesadillas a causa de lo que ocurrió ese día en el Algodón Sureño, el local propiedad del Gran Louie.

—Sí, bueno, ahora no nos molestará.

Ella volvió a asentir. Parecía estar procesando todo lo que le había contado. A nuestro alrededor, el local se había ido animando poco a poco con gente llenando las mesas y charlando de manera distendida.

—¿Quieres decir que el mamón del Sanguinario te va a ayudar por lo que hiciste por su mujer? —Mati me observó con los labios contraídos, un ojo cerrado y la cabeza ladeada. Resolví mentalmente no permitirle que volviera a probar la absenta.

—No, Mati, ese cabrón no movería ni una pestaña por mí a no ser que fuera para machacarme la sesera. Lo que ocurre es que durante todos estos años en la brigada han recopilado pruebas contra él, tantas pruebas que podrían empapelarlo durante muchos, muchos años.

—¿Y por qué no lo han hecho? —se sorprendió Mati.

No respondí de inmediato.

—Es complicado, Mati, y no creo que te guste oírlo.

Frunció el ceño y dio varias caladas profundas.

—¿Quieres decir que...? —dejó la pregunta en suspenso.

No respondí, pero Mati es una chica lista con absenta o sin ella, supe la conclusión a la que había llegado. A la misma que yo: es preferible una delincuencia organizada y controlada, que una jungla criminal. Por mal que les supiera a las fuerzas del orden, y a Garrido el tema le revolvía las tripas, el equilibrio establecido exigía que a gentuza como Gregorio Espinosa se le diera cancha. De vez en cuando, le aplicaban un correctivo para que no se propasara, pero se le permitía aplicar su ley porque a fin de cuentas era eso: una ley, perversa, brutal y todo lo que quieras, pero ley. La alternativa era la anarquía, la jungla.

—Los de la Iglesia del Descanso Eterno no comulgan con los delincuentes como Espinosa y están presionando mucho para que se le paren los pies —continué ante el silencio de ella—. Te recuerdo que el reverendo es un tipo con mucha influencia y el Sanguinario está comenzando a darle quebraderos de cabeza; a él y a Garrido. Así que Garrido le ha dicho a Espinosa que si echa una mano con lo de Miguel Blanco, esa presión podría aliviarse. También le ha recordado que con lo que tienen en los archivos, podrían encerrarle y tirar la llave.

—Bueno, pues que diga dónde está el hijo del reverendo y santas pascuas. —El gesto de Mati era torvo, los efectos de la absenta se estaban difuminando y el cuelgue posterior no parecía muy agradable.

—No tiene ni idea, cariño. Si lo supiera, nos lo habría dicho para evitar tener que trabajar conmigo. El impone su ley, pero no conoce a todo el mundo. Son sus matones los que hacen los cobros y aplican los castigos. Él nunca se mancha las manos en esa parte de su negocio. —Me detuve, miré a Mati y sentí un ramalazo de

ternura—. Anda, vámonos, ya está bien de hablar del trabajo. Hasta mañana no empiezo con el caso.

—¿Mañana? Mañana es sábado, Tom. Pensé que... Bueno, pronto será tu cumpleaños y...

Me encogí de hombros.

—Lo hago por Garrido, Mati. Y mi cumpleaños es el lunes, para entonces lo tendré todo resuelto —le guiñé un ojo repleto de una confianza que no sentía.

Ella asintió, aunque seguía con el ceño fruncido. Intenté animarla.

—Venga, te invito a comer un buen chuletón de buey con patatas; vamos a la Pampa. Lo regaremos con un Sangre de Toro.

La sugerencia le iluminó el rostro; no he visto nunca a nadie comer tanto como Mati y que me aspen si sé dónde lo mete. Pagué la cuenta de nuestras bebidas, nos levantamos, cogí del brazo a Mati al verla vacilar, y nos fuimos a la Pampa.

Mañana será otro día, pensé. Hoy es mi momento. Mío y de Mati.

## Crónicas de los Reanimados IV

### Miguel Blanco-Alcázar

---

Manfredo Blanco-Alcázar era de familia bien, una de genealogía bien arraigada en la historia de Valencia; tanto como para figurar en los libros de historia. En los más detallados, eso sí, y en su inmensa mayoría, subvencionados por la Fundación Blanco-Alcázar. Pero éstos eran detalles nimios para la familia, conocida por mantener siempre la cabeza bien erguida como si aquellos con los que se codeaban no fueran dignos de su mirada franca.

Paseaban su orgullosa estampa por los teatros en todos los estrenos (siempre obras clásicas, los autores modernos no eran más que basura y por lo tanto, escribían basura); el Palacio de la Música donde asistían a conciertos (sentían debilidad por Wagner) y a óperas (su preferida era El Cid de Massenet. Afirmaban estar emparentados con el histórico y legendario personaje). Y tanto en los teatros, como en el Palacio de la Música, contaban con sus palcos privados. Ellos no se mezclaban con el vulgo. Y lo propio se podía decir de la Catedral de Valencia, a la que acudían a misa sin falta, tanto domingos como festivos. Allí en primera fila, un banco lucía una placa con los apellidos familiares. Tenían la certeza de que Dios deseaba que ellos estuvieran cerca de Él.

Ningún Blanco-Alcázar trabajaba, no necesitaban hacerlo (*Dios vela por los suyos*). Los frutos de los arrendamientos de sus muchas propiedades y las inversiones confiadas desde muchos años atrás a Celso García y Asociados, les daba más que suficiente para llevar una existencia tan holgada y mezquina como era su concepción de la vida.

El día 7 de agosto del 2012, Manfredo Blanco-Alcázar, su esposa, Catalina Valbuena, su madre, Doña Celia (así, a secas, exigía la octogenaria ser tratada. ¿Para qué añadir el apellido cuando todo el mundo sabía que *ella* era Doña Celia?), y un número incierto de parientes lejanos y conocidos, que no amigos, se hallaban reunidos en la mansión familiar situada en la avenida conocida como La Alameda. Los gestos eran graves por exigencia, alguna lágrima había dejado su huella en los rostros maquillados de ellas y el ceño se contraía con fuerza en el caso de ellos. Sin embargo, eso no evitaba que todos se dedicaran con afán a dar buena cuenta del

excelente buffet frío preparado en el amplio salón-comedor. Y entre bocado y bocado, volaban las especulaciones en voz baja sobre cuál sería el destino del patrimonio Blanco-Alcázar ahora que su primogénito y único hijo, Miguel Blanco-Alcázar y Valbuena, acababa de fallecer víctima de una leucemia contra la que todos los esfuerzos médicos habían sido baldíos. No había más descendientes directos, Miguel había sido hijo único al igual que lo fue en su día Manfredo, por lo que únicamente quedaban primos y sobrinos en segundo y tercer grado que se frotaban las manos calculando cuánto les correspondería.

Manfredo y Catalina se mantenían de pie en un extremo del salón, próximos a la puerta, alejados del resto de asistentes; sólo Doña Celia les acompañaba sentada en una silla a su lado. Sus rostros mostraban, sin tapujos, el inmenso desdén que les inspiraba toda esa caterva de parientes que devoraba sin pausa las viandas dispuestas sobre las mesas. Tampoco se les escapaban los comentarios musitados sobre testamentos y repartos de riquezas, ante los que Manfredo tuvo que hacer un esfuerzo para no tomar uno de sus bastones y ahuyentarlos a todos como si de alimañas se tratara. Doña Celia, por su parte, no alcanzaba a escuchar esas conversaciones, la edad la había dejado bastante sorda, pero como su desprecio por los demás era total, a buen seguro que habría animado a su hijo a que tomara ese bastón.

Cuando ya se sentían ahítos e incómodos bajo la gélida mirada de sus anfitriones, los presentes comenzaron a despedirse. Sin apenas murmurar una palabra que tanto podía haber sido gracias como una maldición, Manfredo acompañó a los primeros hasta el vestíbulo. Fermín, el mayordomo al servicio de los Blanco-Alcázar desde hacía más de treinta años, abrió la puerta.

Manfredo agradeció con sequedad las nuevas muestras de condolencia de los que partían y al girarse hacia el exterior atraído por un movimiento, vio a su hijo que deambulaba por el exterior.

Miguel Blanco vestía el mismo traje con el que lo habían enterrado, aunque sucio y desgarrado. Llevaba el pelo alborotado y la expresión entre confusa y asustada. En cuanto vio a su padre, se detuvo y comenzó a llorar. Tendió los brazos hacia él, suplicante.

Se oyó algún grito, exclamaciones de sorpresa y temor, pero ninguna partió de los labios de Manfredo que abría y cerraba la boca sin emitir sonido alguno. Al reclamo de lo que ocurría, acudieron más asistentes y entre ellos, Doña Celia y Catalina. La matriarca, imperturbable, seca y estricta como un código militar, echó un vistazo al exterior, musitó un indignado *habráse visto* y sufrió un fulminante ataque al corazón que la dejó en el sitio. Nadie se percató, todos estaban pendientes del resucitado que avanzaba con los brazos abiertos hacia sus padres. Catalina, vencida más por el sentido del ridículo ante el espectáculo que se estaba organizando, que por el instinto maternal, decidió acoger al hijo afligido (y éste lo estaba de veras) y llevarlo adentro lejos de las miradas curiosas. Manfredo, mientras tanto, había reparado en que su madre estaba caída de bruces en el suelo. Recabó la ayuda de algunos de sus

parientes y entre todos consiguieron llevarla hasta el sofá que había en el vestíbulo. Allí Manfredo se dispuso a comprobar el pulso de su madre a la vez que exigía con voz entrecortada, que alguien llamara a una ambulancia. Sin embargo, constató enseguida que su madre había fallecido. Incluyó la cabeza en un desesperado intento de recuperar la compostura y susurró una oración pidiendo fuerzas al Altísimo. Su madre interrumpió los rezos.

—Hijo, hijo. ¿Qué es todo esto?

Manfredo se llevó tal sobresalto que a punto estuvo de caer de espaldas.

—¡Madre! Pero si no tiene pulso —protestó; y en efecto, seguía sin tenerlo. Doña Celia tampoco le entretuvo demasiado.

—Nada —croó con la voz rota, desengañada—. No hay nada. ¡Qué mierda! —dicho lo cual, gorgojeó sin gracia y volvió a fallecer; en esta segunda ocasión lo hizo de manera definitiva.

(No fue el de Doña Celia un caso único; la fuerte impresión emocional provocada por la reanimación acabó con la vida de más de uno de los que volvían de la muerte).

Esas primeras horas del 7 de agosto del 2012 desataron el caos en la mansión Blanco-Alcázar; un estado de locura que se apoderó de la ciudad y del mundo entero conforme comenzó a difundirse la noticia del retorno de los muertos. Pocos datos se conservan tanto de ese día como de los posteriores. Son los conocidos con el nombre de Días del Olvido, y nadie ha sido capaz de ofrecer una explicación al hecho de que los recuerdos del nefasto periodo sean tan difusos. Hay quien apela a la mala conciencia colectiva por las barbaridades que se cometieron. Hay quien no apela a nada porque les da igual. Hay quien cree que todo formó parte de una increíble traslación en el espacio-tiempo, que además fue la causa de la vuelta de los muertos. Lo cierto es que nadie tiene demasiados motivos para conservar esa memoria. O casi nadie.

Manfredo Blanco-Alcázar sí conservaba dos recuerdos de ese 7 de agosto. Uno, que su madre había abominado del mismísimo Satanás que había querido devolverle el hálito cuando Dios la acababa de llamar a su lado y falleció nada más volver a la vida (borró de su memoria las últimas palabras de Doña Celia y sus posibles implicaciones). El segundo recuerdo que conservaba con orgullo, fue cómo él mismo había convencido a su hijo de cuál era su lugar, poniendo como ejemplo a la propia Doña Celia, y la manera en que Miguel lo había comprendido y aceptado.

Transcurrió algún tiempo antes de que Manfredo tomara conciencia por completo de lo que había ocurrido en el mundo ese 7 de agosto. Sintió que Dios le estaba poniendo a prueba a través de su madre y su hijo y que había respondido como un buen creyente. Conforme supo más de lo acontecido, más se convenció de que Dios tenía una misión para él. Una cruzada que él estaba llamado a encabezar. Quiso amparar su cometido bajo el auspicio de la Iglesia Católica, pero la postura oficial de ésta le causó una profunda decepción. ¡El mismísimo Papa, Juan XXIII, había alabado el contenido de la Declaración de la Condición Humana de los Reanimados

aprobada en la Asamblea de las Naciones Unidas del 22 de agosto del 2012! ¡Qué tenían los mismos derechos que cualquier ser humano! ¡Era la obra del Ángel Caído! ¡Tamaño sacrilegio!

Manfredo Blanco-Alcázar emprendió su camino a solas con el convencimiento de que la historia sabría reconocer el valor de su decisión. Se convirtió en el reverendo Blanco y fundó la Iglesia del Descanso Eterno; tenía dinero de sobra para una empresa así, y también para hacer que le escucharan y conseguir adeptos a su causa.

De esta manera comenzó su cruzada para acabar con la obra del Perverso, costara lo que costara.



## CAPÍTULO IV

### *Il piacere*

---

*(Viernes, 5 de diciembre, 2014)*

—Srta. Torres, Sr. Stone, es un placer verles de nuevo en Il Piacere. ¿Me permiten que les acompañe a su mesa de siempre? —Armand, joven, moreno y algo élfico, era todo sonrisas y afabilidad. Mati sonrió, pero no dijo nada. La primera vez que vinimos juntos a Il Piacere, unos meses atrás y con motivo de la investigación del chantaje a Eva Espinosa<sup>[1]</sup> (no creo que pueda olvidar jamás el impacto que me causó la primera vez que la vi. Espero que Mati sí lo haya olvidado), Mati dejó seco a Armand con un par de comentarios hirientes como un serrucho oxidado. Sin embargo, el camarero había encajado con bastante dignidad todo el asunto y las siguientes ocasiones en que volvimos, que no fueron pocas, trató a Mati con su habitual ceremonia, aunque con algo de cautela. Eso sí, era el único que la trataba de «srta. Torres» sin correr el riesgo de recibir una patada en el culo.

—¿Qué les apetece esta noche? —nos preguntó Armand una vez que nos acomodamos en nuestro ambiente.

(Il Piacere tiene ambientes, no mesas. Zonas íntimas, acotadas por plantas, biombos o cortinas traslúcidas, y envueltos en fragancias que van desde el aroma salobre del mar al de un bosque recién llovido; todo el local está amenizado por una orquesta invisible).

—¿Qué tal un Albariño, o prefieren un Penedés? —preguntó Armand, mientras yo le ofrecía un cigarrillo a Mati. Siempre comenzábamos con un aperitivo en el que el vino blanco era el invitado de honor.

—Creo que hoy me apetece algo distinto; quiero un Sazerac —dijo Mati haciendo un mohín—. Tiene *bourbon* y también *absenta*, creo que nos gustará a los dos —añadió dirigiéndose a mí.

—No sé, vi el efecto que te hicieron las dos copas que tomaste esta mediodía antes de comer y...

—Sí, y ya que estamos, ¿has olvidado lo que hicimos después de comer? Yo diría que la *absenta* es de lo más estimulante.

Miré a Armand de reojo; el imperturbable camarero mantuvo el tipo sin hacer un gesto, aunque se ruborizó con intensidad.

—¿Qué me dices, Armand? —pregunté—. ¿Podrás preparar esos... cómo has dicho que se llaman? —pregunté a Mati.

—Sazerac —replicó Armand, que había recuperado su habitual aplomo—. Un atrevido combinado compuesto de una mitad de absenta y *bourbon*, dos partes de *bourbon* por cada una de absenta, y completada con otra mitad compuesta de tres partes de zumo de limón y una de sirope de azúcar. Lo culminamos echando un chorrito de angostura y ¡voilà!

Mati aplaudió con suavidad.

—*Chapeau*, Armand, *chapeau*.

—*Merci*, srta. Torres, *merci*, —respondió Armand con una leve inclinación—. ¿Acompañarán el Sazerac con algo sólido?

—Creo que sí —intervine, un poco harto de tantas mariconadas—. Quiero unos cacahuetes, pelados, fritos y rebozados en miel. Con una pizca de sal, por favor. Y si tienes unas cortezas de cerdo, pon un plato.

La expresión de los dos habría hecho las delicias de un pintor cubista. Solté un par de carcajadas.

—A ver qué tienes, Armand —dije, guiñándole un ojo a Mati.

El camarero soltó un breve suspiro de alivio.

—Queso brie y salmón fresco con tostas —comentó con su habitual afectación—. Si tienen apetito, añadiría jamón, ibérico de pata negra, y hay un paté de setas con trufas que...

—Sácalo todo —le interrumpió Mati, relamiéndose—, tengo un hambre de loba.

Armand asintió y se fue a por las bebidas tras comentarnos que hablaríamos sobre la cena cuando volviera.

Fumamos mientras esperábamos.

Nos sirvieron las bebidas y Mati aprovechó para reservar una mesa para el dos de abril del año entrante. Quedaban cuatro meses, pero la antelación no era un capricho, la lista de espera de *Il Piacere* suele ser larga.

—¿Una celebración, srta. Torres? —preguntó Armand enarcando una ceja amable e inquisitiva.

—Cumpló veinticinco, Armand.

—No lo sabía, nena —dije tan sorprendido como Armand.

—Nunca lo he celebrado —aclaró, apartando la mirada. Su infancia había sido de todo menos apropiada—. Ahora es distinto. ¿Apuntarás la reserva, Armand?

Armand aseguró que lo haría y que tendría en cuenta que era el cumpleaños de la srta. Torres. Se marchó con una breve inclinación de cabeza.

No dije nada. Solo miré a Mati y la tomé de la mano; la orquesta tocaba algo suave que no supe identificar, los ojos de ella brillaban con tanta intensidad al observarme, que me sentí grande como el cielo y el doble de hermoso. Supe, o más bien intuí, en ese preciso instante que acababa de tocar techo, que no podría ser más dichoso sin que me reventara algo y que era afortunado por estar ahí. Por desgracia, olvidé que cuando se alcanza la cima, el punto álgido, a continuación todo es descenso. No tardaría en descubrirlo. Al día siguiente comenzaría mi bajada personal

a los infiernos y no iba a ser una caída suave. Pero esa noche transcurrió sin tacha y daría el alma por recuperar un solo segundo de esa velada.

## Crónicas de los Reanimados V

**Catalina Valbuena**  
**Sra. de Blanco-Alcázar**

---

Lo peor no es perder a tus amigas, observar cómo te evitan, urden pretextos y acaban por no responder a tus llamadas. No es que fueran las mejores del mundo, de hecho eran unas auténticas arpías. No, perderlas quizá no fuera tan malo.

Lo peor no es que él te ignore la mayor parte del tiempo que está en casa, que suele ser escaso; que te haga sentir tan vacía e inútil como una llave vieja, grande y oxidada que ya no abre cerradura alguna, si es que llegó a existir una en la que encajara. Tampoco había sido mucho mejor en el pasado: una representación cuando estabais en público y un intercambio de frases hechas, inofensivas y actos monótonos en la soledad del hogar.

Lo peor tampoco es haber perdido a un hijo, tener que asistir a su entierro, algo que ninguna madre debería hacer.

Lo peor ni siquiera es tener que asistir al segundo entierro de tu hijo y ser encima cómplice de esa segunda muerte.

No, todo eso es malo, nefasto, deprimente, pero no es lo peor...

Lo peor podrían ser las noches largas en las que el sueño es una pompa de jabón que estalla al menor parpadeo. Lo peor podría ser el silencio de las horas menudas de la oscuridad, el silencio que duele y cuela la nada en el alma, y también el vacío que inunda cada resquicio del alma hasta que asfixia, oprime y muerde.

Sin embargo, ni siquiera eso es lo peor, no.

Lo peor de todo es que ansías vivir, respirar con libertad, reír, soñar, imaginar y abrir los brazos a la mañana, ver el sol salir sobre el mar, sentir una caricia sobre tu piel, saber que alguien se preocupa por ti, que te quiere... Y no puedes hacerlo, no puedes...

Ni podrás jamás.

### El principio

---

El invierno, que durante los días anteriores se había portado como una nenaza, había decidido que el sábado era un buen día para mostrar las garras y se estaba empleando a conciencia. Yo me encontraba asomado a la ventana del salón con un cigarrillo en la mano y un café en la otra. Hacía un buen rato que había abandonado la cama. Mati dormía, yo no. Yo no duermo nunca. Ningún reanimado puede hacerlo. Como mucho nos sumergimos en un estado soporífero con el que esquivamos la angustia de la noche alargada hasta el vacío.

Antes de compartir mis sábanas con Mati, solía echar mano del viejo Jack Daniel's para atontarme y no perder el juicio. Mati contaba con sus propios medios para dejarme igual de atontado sin que el aliento me apestara al día siguiente. Pero aun así, suelo levantarme pronto, y esa mañana el sonido trepidante de los cristales del salón me había atraído hasta allí.

Llevaba una hora asomado a la ventana mientras la lluvia era vapuleada sin piedad por un viento enloquecido. A pesar de que eran ya las ocho y media de la mañana, el exterior se hallaba sumergido en la negrura y por el aspecto del cielo, ésa iba a ser la tónica del día.

Gato vino a restregarse contra mis pantorrillas.

—Marcando tus posesiones, ¿eh, viejo cabroncete? —le susurré.

Me respondió *miaoo* y se quedó allí lamiéndose las patas. Le dije que si me acompañaba, le pondría algo de leche. Emitió otro *miaoo* y con el rabo tieso me precedió hacia la cocina. Allí le puse un platillo con algo de leche y yo me serví otra taza de café fuerte, que suavicé con un chorrito de ron negro.

—Eso huele bien, hombretón. Creo que me vendrían bien una o dos tazas después del jaleo de anoche —Mati se apoyaba en el marco de la puerta. Vestía una de mis viejas camisas que le llegaba hasta las rodillas, debajo de la prenda sólo estaba ella. Tuve que hacer un esfuerzo para no tomarla en brazos y correr al dormitorio. Tenía trabajo que hacer y no podía permitirme la distracción. Suspiré resignado.

—Café y supongo que unas tostadas y algo de fruta —comenté, concedor de sus apetitos.

—Añádele algo de cereal —dijo tras reflexionar unos instantes—. Voy a poner algo de música. Mmm, ¿huele a ron? —Se acercó me dio un beso rápido y tierno, se apropió de mi taza de café, de mi cigarrillo y me dejó ahí plantado con una curiosa sensación hormigueante en mis partes más nobles. Me distraje preparando el

desayuno con otro pitillo prendido y una nueva taza de café recién hecho. Desde el salón me llegó *Let it Be*, Mati había encendido la radio, y comencé a tararearla hasta que eché un vistazo al reloj. Eran casi las nueve y había quedado con Gregorio Espinosa, mi *nuevo amiguito* como le llamaba Mati, a las nueve y media en el Cafesito Cubano del centro. Resolví que no quería llegar tarde, así que aligeré con el desayuno, se lo llevé en bandeja a Mati, y la besé prometiéndole que intentaría volver lo antes posible.

—No prometas cosas que no puedes cumplir. Tú cuídate y no olvides que hoy sales con alguien que no movería un dedo por ti.

—Tranquila —respondí acariciándole la mejilla— el único dedo que yo movería por él es el que empleo para tirar del gatillo.

Disfruté del paseo hasta el centro. Era uno de esos días grises y lluviosos que me recordaban a mi Gales natal. A pesar de que no había vuelto a Cardiff desde que era un chiquillo, allí disfruté de una infancia feliz y en más de una ocasión he soñado con el verdor de los campos galeses, la solidez de sus pueblos y el embate de un mar duro y arisco, pero noble. No es un mar que vaya con segundas, si puede te ahoga y vomita tus restos en alguna playa para que los vea todo el mundo. Algo así como el Sanguinario, pero en simpático.

Apenas me crucé con nadie en mi caminata hasta el Cafesito. Las calles estaban prácticamente desiertas, ni un alma, ni siquiera la de un perro. Cuando llueve en esta ciudad es como si cayera ácido, la gente prefiere verlo tras una ventana, mientras maldice lo inoportuno de un sábado mojado.

Sí, disfruté del paseo y, ahora que echo la vista atrás, me doy cuenta de que fue de lo poco que disfruté ese día.

Gregorio Espinosa estaba sentado sobre un taburete de los que circundaban la barra del Cafesito Cubano. Juguetecía con la cucharilla de una taza que tenía delante y parecía aburrido, o asqueado, o quizás es que el tipo fuera así de feo y yo no me hubiera fijado hasta entonces.

En cuanto pasé al interior, quitándome la gabardina que traía empapada a causa de la lluvia que no daba muestras de amainar, dos tipos se levantaron de una mesa que había a la derecha de la entrada; los reconocí enseguida: Rata y Armario, los gorilas del Sanguinario. El resto del local estaba vacío, igual que la primera vez que acudí a mi primera cita con Espinosa. El mismo día que nos vimos cara a cara por primera vez. Él era el dueño y cuando se pasaba por ahí, odiaba compartir espacio con la clientela que frecuentaba el café, así que mandaba cerrarlo con cualquier excusa. La de ese día era un cartel que decía *Prohibido el paso por fumigación*. Me encontré fantaseando con la posibilidad de fumigar de verdad el local con esas tres alimañas en su interior.

—Sr. Stone, llega usted tarde —me espetó Espinosa mostrándome su reloj de

pulsera—. No me gusta que me hagan esperar.

—Y a mí no me gustan los cerdos que se ha traído —repliqué sin lindezas. Admito que me jode que me echen la bronca—. No tengo buenos recuerdos de estos dos capullos. Ya los está largando o el que se larga soy yo.

Armario, grande como un ropero de dos puertas y con los mismos sesos, se incorporó como impulsado por un resorte. Apretó los puños del tamaño del culo de un mandril e igual de rojos, y contrajo el rostro dejándose llevar por la rabia. Rata se limitó a mirarme con todo el desprecio del que era capaz, que tengo que admitir era bastante. De paso, deslizó una mano hacia el interior de su chaqueta y fijó su atención en el Sanguinario. Si su jefe le daba la orden, me fusilaba allí mismo.

Me acerqué a la barra, tomé asiento cerca de Espinosa y encendí un pitillo que tembló levemente.

—Voy a hablar clarito —le espeté—, sin palabras difíciles para que me entienda sin tener que recurrir al diccionario. Trabajo solo y si he aceptado trabajar con usted, es porque me lo ha pedido Garrido. Eso no significa que me guste. Y ya tengo bastante con uno, así que a éstos —señalé con el mentón a los secuaces de Espinosa—, no quiero verlos ni en pintura. Tú, —me dirigí a Rata— imagino que sigues usando una Baretta, pero si intentas sacarla te la incrusto en un sitio donde solo podrías tirar del gatillo tirándote pedos. En cuanto a ti, gigantón, deja de hacer muecas o me va a dar un ataque de risa. Y si os parece que estoy siendo brusco, tendríais que verme en un día malo.

¿Habéis oído aquello de que el ambiente se hubiera podido cortar con un cuchillo? Ese día en el Cafesito Cubano habría bastado con una cucharilla. Armario echaba espuma por la boca, Rata tenía los ojos tan abiertos que se le veían las legañas del día siguiente y en cuanto a Espinosa, alias el Sanguinario, apretó los labios hasta que rechinaron.

—Siempre tan ocurrente, Sr. Stone —masculló al final—, es usted afortunado, he dado mi palabra de que seguiré sus recomendaciones en este caso y soy hombre de palabra.

Solté un bufido escéptico entre una bocanada de humo ante el último comentario, pero dejé el tema ahí; había conseguido lo que quería porque Espinosa acababa de largar con un gesto a sus dos perros de presa. Ninguno me dijo adiós, aunque me dedicaron amenazas mudas que encajé con una sonrisa. En el futuro tendría que ocuparme de esos dos, estaba seguro de que si no lo hacía, lo harían ellos conmigo.

—¿Y bien, Sr. Stone? ¿Por dónde quiere empezar?

—Pues para empezar, vamos a tutearnos. Llámame Stone. Yo te llamaré Montero; si vamos por ahí diciéndonos señor por aquí y señor por allá, nos tomarán por gilipollas.

—No me llamo Montero y no pienso...

—No te equivoques, Espinosa, no es una sugerencia. Vamos a meternos en ambientes donde habrán oído hablar de ti, pero no creo que sepan qué apariencia

tienes, ¿verdad? Como mucho habrán visto alguna foto tuya en la prensa, y nadie sale bien en esas fotos. Mejor si no averiguan que tú eres tú.

No le gustó, no le gustó nada, pero se lo tragó porque sabía que estaba en lo cierto.

—Deberíamos empezar por alguno de tus camellos; uno de esos que están en la calle y traptichean a pequeña escala.

Espinosa se puso en pie, se alisó el impecable traje cortado a medida y compuso un gesto despectivo.

—Sé las zonas donde se vende, esto... el género, pero no mantengo tratos con esos gusanos.

—Ya lo imagino —respondí—. Iremos de todas formas, no creo que tengamos problemas en reconocerles. Vamos a llevar pasta, mucha pasta y enseñársela. Nos haremos pasar por compradores y a ver si nos lleva hasta el distribuidor de lázaro.

—No seas ridículo, Stone, conozco a todos mis distribuidores, basta con que haga un par de llamadas para ver si Miguel Blanco está entre ellos. Podría hacerlas esta mañana y nos veríamos por la tarde a...

—Eso seguramente ya lo habrás hecho —intervine con un gesto de hastío—. No insultes mi inteligencia, ni intentes retrasar lo inevitable. No has encontrado a Miguel Blanco por ninguna parte. Ni sabes si es el Bon Mort Vivant ése de los cojones. Incluso cabe la posibilidad de que el hijo del reverendo sea un simple yonqui y ya está.

—¿Entonces? —inquirió Espinosa—. ¿Para qué perder el tiempo? No sólo he revisado la lista, también me he encargado de que mis chicos hablen con ellos, ninguno sabe nada.

—Y si lo supieran, no se lo iban a decir a las malas bestias que tú llamas tus chicos. Esa gente es tan desconfiada que no te pedirían ni socorro. Te pagan por la «protección», pero dudo mucho que te tengan presente en sus oraciones nocturnas.

—De acuerdo, listillo —dijo, dirigiéndose hacia la puerta conmigo—, puede que tengas razón, pero si crees que lo más probable es que sea un yonqui, ¿por qué no empezamos por ahí?

—Eliminación —respondí—. Descartemos lo más sencillo de comprobar. Buscar un yonqui es buscar una aguja en un pajar, si tenemos que hacerlo, lo haremos. Sin embargo, empezaremos por los distribuidores a ver si hay uno que sea un reanimado. Alguien pasa la lázaro en La Cloaca y me da que si averiguamos quién es, estaremos cerca de Miguel.

—¿Y por qué habría de saberlo uno de los otros distribuidores?

—Por la sencilla razón de que un empresario cuida de su mercado y la mejor manera de mantenerlo es controlando a la competencia. Ningún distribuidor de drogas que se precie ignora quiénes son sus rivales. No te quepa duda alguna, Montero, si Miguel Blanco-Alcázar está traficando, lo averiguaremos hoy mismo y vamos a comenzar por el supermercado de la droga en el casco antiguo: La Cloaca.



Desde que el Gran Louie está en la trena, tu gente se ha hecho con la zona. Ahí es donde se vende más droga en toda Valencia. Por cierto, llevas dinero, ¿verdad? Un buen fajo, ¿eh?

—No creo que eso sea de tu incumbencia, Stone.

—Ya veremos si lo es o no —me reí—. Y vamos a tratarnos con algo más de cariño, *Montero*, a dar la impresión de que somos amigos.

Solo le delató la vena que comenzó a latirle en la frente; Espinosa no era un hombre feliz en esos momentos. Y eso me alegró el día.

## ACTUALIDAD II

---

### EL PAÍS

EDICIÓN VESPERTINA. 6 diciembre, 2014

### EXTERMINIO

**Un artículo de D. Expósito Zafra.**

**Fotografía de Luis J. Córtez.**

Hwang Jangyop, jugador profesional de balonmano norcoreano, abandonó su selección nacional durante la gira que estaba realizando por Japón. Los responsables del combinado asiático denunciaron su desaparición afirmando que el deportista había sido secuestrado por los servicios secretos occidentales. Unas horas más tarde, se supo que Hwang había acudido a una comisaría de Tokio donde solicitó asilo. A pesar de las reclamaciones y amenazas del gobierno norcoreano, que ahora acusa al «secuestrado» Hwang de ser un traidor y que debe volver a Pionyang para ser juzgado por sus crímenes. No se detallan los supuestos crímenes cometidos por el jugador de balonmano, aunque las autoridades norcoreanas han advertido que considerarán la negativa a entregar al «criminal» como una agresión al pueblo norcoreano. El gobierno nipón no ha emitido respuesta alguna al comunicado, pero se sabe que ha concedido el asilo al deportista norcoreano.

### Jonás Racionero García

---

*(Sábado, 6 de diciembre, 2014)*

Jonás Racionero García trapicheaba en la zona del barrio antiguo de la ciudad, zona también conocida como La Cloaca. El camello se solía situar a la altura del número tres de la calle Hilanderas, justo al lado de los recreativos García. Todos los adolescentes que acudían al salón de juegos a fumar, ligar, vacilar y jugar al fútbolín, constituían el grueso de la clientela de Jonás. El camello ocupaba la zona desde que cumplió los trece y de eso hacía ya dos años. Había comenzado a montar su negocio en el instituto vendiendo hachís a los compañeros de clase. Se conformaba con sacar lo justo para sus canutos diarios, no era avaricioso. El problema fue que lo pillaron y que su madre (a saber dónde andaba el padre) pasó de él, lo cual no constituyó ninguna novedad. Jonás acabó en un centro de menores y ahí entabló nuevas amistades con las que se engancho al caballo y a la farlopa y cuando consiguió largarse del centro, harto de los sermones y las clases, sus nuevos amigos le facilitaron algunos contactos para que se pudiera dedicar al menudeo. Durante los dos años que siguieron, Jonás mantuvo su zona y una clientela fiel. A pesar de que le habían detenido en varias ocasiones, jamás lo atraparon con suficiente mercancía como para encausarle. Tampoco es que las fuerzas del orden pusieran mucho empeño en encerrarle, el menudeo de Jonás le daba para sus propios vicios y poco más. No era más que un pez muy pequeño en un mar repleto de leviatanes.

Jonás se jactaba de que no quería «joderse la vida», y presumía de controlar.

—Joder, la corto yo mismo, tío. Sé lo que me meto, tío, y es miel, tío, pura miel.

También sacaba pecho cuando le mencionaban la nueva droga que inundaba las calles.

—¿La lázaro, tío? *Na, pa* mí no, tío. Vuelve loca a la gente, tío, y muchos mueren *reventaos* por dentro. Eso no va a pasarme a mí, tío. Yo no quiero morir, todavía soy joven. ¡Me *quea toa* la vida por delante! Esto no es *pa* siempre, es *pa* ahorrar y montarme una vida nueva. Tengo un negocio a la vista, tío, algo grande. Un día de éstos pillaré bastante pasta y lo montaré. Pero no tengo prisa, tío. ¡Me *quea toa* la vida por delante! ¿La lázaro, tío? ¡Quiá, ni hablar de esa mierda!

Sin embargo, ése era un argumento que callaba cuando alguien le pedía una dosis de la letal droga. El negocio es el negocio, pensaba y los escrúpulos no se llevan bien con los negocios.

Jonás se consideraba a si mismo una persona contenida y sobria; alguien sin grandes caprichos. Apenas comía, consideraba que comer en exceso era oxidar el cuerpo. En cuanto a dormir, lo justo. Por las noches cuando le vencía el sueño o el aburrimiento, buscaba cobijo en casa de cualquiera y si cualquiera no le aceptaba, lo hacía dentro del vetusto Simca 1000 rojo putón verbenero, que un cliente sin dinero le había dado a cambio de un par de chutes.

Dentro de su deprimente mundo, Jonás era un tipo razonablemente feliz, que no echaba nada en falta.

—No es más rico quien más tiene —solía decir alzando el dedo índice—, si no quien menos necesita. Me lo decía mi vieja. No era mala mi vieja, un poco puta, pero no era mala. A mí no me pegaba demasiado. A veces la echo de menos... No, no está muerta, sólo que hace tiempo que no voy a verla. Quizá la semana que viene...

A Jonás, en el mejor de los casos, le quedaba un año por delante. Tosía unos esputos amarillos como canarios leprosos y cagaba sangre suficiente para hacer las delicias de un ejército de sanguijuelas. No le daba importancia.

—Algo que habré comido... Estoy *resfria*o... Me faltan vitaminas... —Y lo olvidaba.

Así las cosas, no era extraño que se levantara con una sonrisa todas las mañanas, casi como si el sol saliera en exclusiva para él.

Sin embargo, esa mañana se le borró enseguida la sonrisa. Hacía un tiempo repugnante, había pasado una mala noche temblando de frío en su vetusto coche y no había nadie ni en la calle, ni en los recreativos, excepto los dos tipos que se dirigían hacia él (y no tenían pinta de clientes, era muy posible que fueran maderos o algo peor). Jonás se preguntó si no debería haberse quedado enroscado en el asiento trasero del Simca, un porrito y a dormir como un bebé, quizás a mediodía se abriera un poco el día.

Estuvo tentado de echar a correr, pero no lo hizo, era su punto de venta y no pensaba abandonarlo así como así. Decidió simular no haber advertido la presencia de los tipos que caminaban en su dirección y comenzó a dar saltitos para entrar en calor. Vestía una camisa de color perdido, un chaleco de lana con una capa extra de mugre y unos vaqueros raídos. Poca protección para el frío áspero que enmarcaba el día. Aunque se cobijaba bajo la marquesina de un portal, estaba empapado y daba más lástima que otra cosa.

Era flaco como una vara, lucía el pelo negro largo y greñado y en su rostro afilado destacaban los ojos de un niño-viejo asombrado. Murmuraba en voz baja algo ininteligible y hacía como que no nos había visto, aunque no dejaba de vigilarnos de reojo. El tipo daba lástima, pero decidí mantener eso en la intimidad de mi coleteo. Íbamos de hijos de puta. Yo simulando y Espinosa en su papel; teníamos que convencer a ese desgraciado de que éramos tipos dedicados a cultivar vicios y con pasta para mantenerlos.

—¡Eh! —le llamó Espinosa cuando llegamos a su altura. El tipo seguía simulando

que no había advertido nuestra presencia. Era patético.

—¿Estás ciego, chico? —le solté con un gruñido, algo a mi pesar. Me pregunté si habríamos elegido el objetivo adecuado.

—Joder, tíos, ¿qué coño queréis? Sólo estaba esperando a una pavita, ¿vale? —Se metió las manos en los bolsillos y comenzó a alejarse—. Me parece que me ha *dejao plantao* así que me abro, hace un frío de la hostia. —Sonrió con desgana—. *Ta* luego, tíos.

—Escucha, payaso —se adelantó Espinosa con los puños cerrados.

Le cogí del brazo.

—Tranquilo, Montero, déjame explicárselo a mí. Escucha, nene —me dirigí al camello—: éste es el Sr. Montero y yo soy el Sr... Pérez; llevamos en la ciudad unos días por negocios y esta noche nos apetece algo de fiesta, así que hemos salido de compras. No somos de aquí y no sabíamos a dónde ir, pero uno siempre encuentra lo que busca en el barrio antiguo, ¿eh? La Cloaca —añadí, guiñando un ojo cómplice. Había preparado el discurso mientras nos dirigíamos hacia allí. No era una historia muy buena. De hecho, apestaba, pero tampoco se la estaba soltando a un genio de la perspicacia.

El chico se detuvo, nos observaba con desconfianza, pero la mención de una compra había captado su interés. Ladeó la cabeza y se quedó ahí plantado, empapándose bajo la lluvia y con una estúpida sonrisilla. Le miramos de vuelta y creo que si nos hubieran salido flores en los sobacos y champiñones en las orejas, no habría cambiado de expresión. Supe qué hacer para que reaccionara.

—Enséñale el dinero —le dije a Espinosa. Frunció el ceño—. Vamos, hazlo, hombre. Que vea que somos legales. Venga el fajo. Ahora.

No le hizo gracia, a los tipos como él nunca les hace gracia que alguien les diga lo que tienen que hacer, pero acabó cediendo y sacó un buen montón de billetes sujetos con una pinza de plata del interior de su chaqueta. Calculé que habría al menos un par de miles. El camello debió de hacer el mismo cálculo, porque dio unos pasos hacia nosotros con ojos como platos. La sonrisilla boba se había convertido en una sonrisa abierta, babeante e idiota.

—Queremos caballo, nieve y lázaro —enumeré con rapidez—. Una buena cantidad, la suficiente para veinticinco personas con ganas de pasarlo bien. Y la queremos de la buena, no la mierda que le vendes a los niñatos que o no sube, o te deja los sesos fritos.

—Costará un montón de pasta, tíos —graznó el camello sin molestarse en desmentir nada de lo que le acababa de decir—. Más de la que lleváis ahí. ¡Veinticinco personas! —soltó un silbido que interrumpió un acceso de tos—. ¡Mucha gente, mucha pasta!

—Eso no será problema —respondí encendiendo un cigarrillo—, tú preocúpate de servirnos y nosotros pondremos la pasta que haga falta.

Me examinó de cerca y algo brilló en sus ojos.

—¡Eres un zeta, joder! Sois la hostia, tío, sois la puta hostia. Sabes que la vas a palmar en *ná* de tiempo y aquí estás, preparando una fiesta. Sí, tío, sois la polla.

Le miré sin responder. Joder, un tío malo le habría reventado la cabeza y uno bueno se habría echado a llorar. A mí me entraron ganas de reír y de fumar. Me encendí un pitillo.

—Me llamo Jonás —dijo de pronto y volvió a sonreír, ofreciéndonos una magnífica vista de dientes amarillentos—. No tengo *to* ese género; aquí no. Vamos a quedar *pa* más tarde, pero necesito un anticipo. Trescientos o cuatrocientos pavos, tíos. Venga, la pasta *pa* acá —tendió la mano simulando una desgana que desmentían los dedos inquietos—. Os venís aquí sobre las cuatro.

—Alto, alto —levanté las dos manos, riéndome—. No vamos a volver aquí esta tarde, ni te vamos a dar un puto céntimo. ¿Nos has tomado por gilipollas? Si tienes el género, o nos puedes llevar al lugar donde conseguirlo, te llevarás cien pavos aparte de lo que saques por la operación. Pero antes queremos ver, tocar, probar. O eso, o nos piramos. Tenemos prisa, Jonás, así que tú decides. En la Cloaca no nos costará encontrar a otro que nos consiga lo que queremos.

—Vale, vale, tío, no hace falta ponerse así. ¿*Pa* qué nos vamos a enfadar? Me valen los cien. Cien pavos son cien pavos —se rio con desgana—. Venga, a verlos.

—Lo primero que vamos a ver es la mercancía, capullo —gruñó Espinosa, amenazante—. No verás una mierda hasta entonces.

Jonás vaciló, estuvo a punto de decir algo, se lo pensó mejor y con un gesto de la mano, nos indicó que le siguiéramos. Lo hicimos adentrándonos en la Cloaca.

## CAPÍTULO VI

### El calimocho

---

*(Sábado, 6 de diciembre, 2014)*

Aunque había dejado de llover, el día se mantenía tan gris como la ceniza de un pitillo y me estaba comenzando a pillar un bajón y también, ganas de mandar a Espinosa a que se fuera a tomar por culo con el tal Jonás. Y después me iría a casa con Mati, quería encerrarme con ella e iluminar el día a base de una sesión de sudor compartido hasta que amaneciera el domingo.

—¡Eh, pedazo de mierda, párate ahí! ¿A dónde coño nos llevas?

Yo lo llevaba mal, pero Espinosa lo llevaba aún peor. No le culpaba por ello. Seguíamos a un tipejo que intercalaba una tos cavernosa y esputada con risitas y murmullos ininteligibles mientras nos adentrábamos en La Cloaca: calles viejas, estrechas y con olores a humanidad miserable que te daban ganas de llorar.

Jonás giró la cabeza y respondió a Espinosa sin dejar de andar.

—Ya estamos cerca, tíos. El Calimocho, tíos, el bar Calimocho a la vuelta de la esquina.

Miró de nuevo hacia adelante, pero la mano de Espinosa le frenó en seco. Mi compañero estaba a punto de perder toda la paciencia. Nos detuvimos en el callejón maloliente.

—Me cago en la hostia, ¿se puede saber qué cojones es El Calimocho? Queremos comprar droga, ¿vale, gilipollas? No ir a un puto bar de mierda para juntarnos con gentuza de mierda como tú.

Mi primer impulso fue decirle a Espinosa que puestos a hablar de gentuza de mierda, a él le darían el primer premio. Me callé.

Necesitábamos resultados y mientras la cosa no se pusiera violenta, iba a dejar actuar al Sanguinario.

—El Calimocho es la central, tío —explicó entre toses y gemidos el camello—. Le pego un toque a mi proveedor y pillo lo que haga falta. —Se deshizo de la mano de Espinosa con un gesto irritado. —Soy legal, ¿vale, tíos? ¿Queréis una buena fiesta? Vamos al Calimocho y habrá fiesta, ¿vale, tíos? Joder, soy legal, tíos —repitió en tono quejumbroso.

—De acuerdo, pero espero que sea a la vuelta de la esquina de verdad o nos buscaremos a otro —intervine yo. Me encendí un cigarrillo y compuse un gesto de cabrón con pintas.

—A la vuelta de la esquina —afirmó Jonás—. El Calimocho está a la vuelta de la esquina. —Tosió algo informe al suelo.

Le seguimos hasta el final del callejón que desembocó en una plaza sombría rodeada de edificios que amenazaban con derrumbarse sobre cualquiera que pisara el interior de un espacio repleto de basura. Nuestro guía se volvió hacia nosotros con un gesto triunfal.

—Allí está, os lo dije. —Señalaba al frente, hacia un toldo deshilachado con el nombre El Calimocho pintado en negro sobre un fondo que algún día fue blanco. Debajo distinguimos un amplio ventanal en el que se podía leer que por cada cerveza se servía una tapa y junto a las letras, el dibujo de unas gambas y un vaso de algo amarillento que se suponía era la cerveza en cuestión. Al lado del ventanal se abría una puerta por la que escapaban olores que hubieran hecho vomitar a una cabra vieja.

—Vamos, tíos, nos tomamos una copita y llamo *pa* que os traigan lo vuestro. Venga, no os pasará *ná*, que venís conmigo.

Espinosa y yo intercambiamos una mirada preocupada, sólo el hedor que se fugaba por la entrada del garito, tiraba hacia atrás al más chulo. Palpé con disimulo mi Iver Johnson, que llevaba en la funda sobaquera bajo la chaqueta; esperaba no tener que usarla, pero me sentía más seguro con ella. Observé a Espinosa hacer el mismo gesto que acababa de hacer yo, aunque él se palpó la cintura por la zona de la espalda. Encendí un cigarrillo y fui tras el sonriente camello hacia el interior de El Calimocho, Espinosa me seguía de cerca. Justo cuando pasaba al interior, me pregunté cómo sería el café en un sitio que apestaba peor que el culo de un chaperero.



## Crónicas de los Reanimados VI

### Pacto de Amor (II)

---

Si te quisiera de verdad, dejaría  
que te fueras con otro hombre.  
Pero te quiero para mí solo... Lo siento.

J.E.A.

—¿No crees que exageras, Kiko?

—No, ponme una copa. Soberano. Una doble.

—No sé si quiero hacer eso, llevas tanto alcohol en el cuerpo que como salte una chispa, salimos todos por los aires.

—¿Ahora te has metido a humorista? Ponme otra copa, coño. —La mueca es amarga, a la altura del tono.

Al otro lado de la barra el dueño del bar, popularmente conocido por el sobrenombre de El Piojoso, va a replicar de nuevo, aunque parece pensarlo mejor y decide servir lo que le han pedido sin hacer más comentarios. Deja la copa sobre la barra y ofrece un cigarrillo al tal Kiko.

—¿Tan mal está? —pregunta el Piojoso, tras un rato de echar humo juntos y en silencio.

—Ha intentado morderme.

—¡Joder!

—Sí, joder... Joder, joder, joder... No creo que le quede demasiado, aunque siempre ha sido una mujer fuerte. —Echa un suspiro ahumado—. Los terminales no duran mucho.

—¿Y ahora qué?

—Me bebo la copa, me fumo el pitillo —echa el humo hacia el techo—. Y me voy a casa. Quiero estar a su lado. Acompañarla.

—Eso es una estupidez —interviene de pronto otro cliente, el único que hay en el bar aparte de ellos dos. Es un hombre gordo, fondón, de ojos pequeños, orejas grandes y boca más grande aún; grande en todos los sentidos—. Lo que tienes que hacer es llamar a los de la poli para zombis, y ellos se encargarán de tu mujer. Es un peligro para todos.

—No, no lo es. Ni para ti, ni para nadie. Y no la llames zombi.

—¡Hostia que no! Lo están diciendo en la radio todos los días, hay que llamar enseguida para que se hagan cargo de la zombi de los cojones antes de que...

El hombre de la boca grande se encuentra con una mano en el cuello, otra en forma de puño a la altura de los ojos y al fondo un rostro desencajado por la rabia, el de Kiko. Los ojos azules centellean dominados por la ira.

—No, hijo de puta, nadie va a llamar a nadie y si alguien lo hace, si alguien tiene cojones para hacerlo, le arrancaré la cabeza y me cagaré en su puto cráneo. Y-no-la-lla-mes-zom-bi —las últimas frases suenan a tierra cayendo sobre un ataúd.

—Kiko —dice el de la barra en tono de advertencia.

El aludido no responde, sigue ahí, inmóvil, amenazante.

—Va... va... vale. Lo que tú, lo que tú digas —balbucea Boca Grande con dificultad, le cuesta respirar con esa mano aprisionándole el cuello.

—Kiko, coño —advierde de nuevo el de la barra. Este reacciona de pronto, suelta a su presa, se gira, apura la copa, apaga el cigarrillo y tras dejar unas monedas sobre la barra, coge una bolsa que había dejado en el suelo y se marcha. Apenas murmura un *a tomar por culo*. En el bar quedan el de la barra y Boca Grande.

—Cacho hijo de puta —musita el agredido, palpándose el cuello.

—Sí, lo eres —gruñe el de la barra—. Y también un soplapollas.

—¿De qué coño vas? Un puto zombi es un peligro para todos, aunque duren poco, se pueden llevar a más de uno por delante. Infectan a la gente. No me jodas, tío, no se puede ser tan irresponsable.

—¿Sabes lo que llevaba Kiko en la bolsa, capullo?

El otro niega con un gesto.

—Algo llamado Pentotal, Penotal o Pentopollas, no sé, y una jeringuilla. Una sobredosis de esa mierda mata a un ser humano... o a un puto zombi.

—¡Ah!... Coño, que lo hubiera dicho.

—¿Y por qué te lo tenía que decir? ¿Te tiene que dar explicaciones? Anda y que te den por culo, Ramiro. Nunca me has gustado. Lárgate de una puta vez. No quiero volver a verte por aquí.

Boca Grande está a punto de responder, pero acaba encogiéndose de hombros y se marcha. El de la barra le sigue con la mirada llena de desprecio, luego se sirve una copa de ginebra y la apura.

—A tu salud, cabronazo —brinda pensando en Kiko y en esa bolsa que contiene bastante Pento *lo que sea* para dormir a cinco o seis personas... o matar a dos, una de ellas una terminal—. Te voy a echar de menos.

## CAPÍTULO VI

### El calimocho (cont.)

---

*(Sábado, 6 de diciembre, 2014)*

Fue como entrar en una dimensión paralela. Nada más cerrarse la puerta nos sumergimos en una zona en penumbras en cuyo interior se distinguían formas amorfas, inmóviles las unas, animadas las otras. Al irnos habituando a la escasez de luz y conseguir que nos dejaran de llorar los ojos a causa de la intensa humareda, conseguimos localizar la barra a nuestra izquierda; al frente, un espacio con mesas y un buen número de rostros hostiles que nos recibieron con todo el desprecio del que eran capaces. Si querían acojonar, fracasaron... casi. No me dejó impresionar fácilmente, haber pasado por una tumba curte bastante, y seguro que Espinosa no había llegado a ser lo que era dejando que cualquiera le asustara, pero el impacto de esos rostros enmarcados en el aire viciado del interior de El Calimocho, nos agrió el ánimo durante unos cuantos segundos.

El amigo Jonás, tras un *vengo ahora mismo*, había desaparecido hacia algún sitio del interior y nos quedamos los dos sin saber muy bien qué hacer. Al final me giré hacia la barra, esboqué una sonrisa rápida y me apoyé.

—Un café solo, con dos sobres de azúcar y si el orujo que tienes es decente, ponme una copa. —Levanté la voz para que me oyeran todos—. Y como somos nuevos por aquí, pago una ronda a todos los presentes. Los que quieran, claro. Y si alguien tiene algo que decir o preguntar, se lo guarda. Estamos aquí y punto. Me importan una mierda vuestros asuntos y nuestros asuntos os importan una mierda.

El tipo tras la barra, flaco, greñado, y con los ojos inyectados en sangre, vaciló unos instantes hasta que el sentido del negocio se impuso.

—El orujo es la hostia, me lo trae mi *cuñao* de Coruña. —Luego se giró hacia el resto de la clientela—. Ya habéis oído al señor, hay una ronda para quien la quiera.

Y quisieron, vaya que sí. Los rostros fantasmales tomaron cuerpo al aproximarse a la barra para hacer efectiva la invitación. Ni uno solo dio las gracias, sin embargo había comprado algo de tranquilidad.

Espinosa me habló al oído: —¿Qué coño vamos a hacer, Stone? —susurró—. Ese mierdecilla nos ha metido en un cubil. Conozco a este tipo de gentuza, matarían a su madre por unos pavos.

—Esperaremos, —le dije tras apurar el aguardiente. Me llevé la mano al ojo, el tic comenzaba a hacer de las suyas—. No es que confíe en el buen corazón de nuestro

camello, pero ha visto la pasta y sabe que vamos en serio. Y éstos están a lo suyo y tampoco son tontos, saben que no somos sus madres y que probablemente sea mejor no tocarnos los cojones.

Espinosa refunfuñó algo por lo bajo, pero se colocó a mi lado y pidió una tónica.

—Deberías probar el orujo, es de primera —comenté, indicando con un gesto al de la barra que me sirviera otro—. El café es otra cosa, parece algo salido del culo de una rata, pero el orujo limpia las telarañas.

—Cuando bebo, elijo la compañía —fue la escueta respuesta.

—Ya, en ese caso debes ser un bebedor solitario. Ten cuidado, dicen que es el primer paso hacia el alcoholismo.

Espinosa no tuvo oportunidad de replicar porque en ese momento apareció Jonás con una gran sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Vengan, vamos a una mesa —dijo tomándonos por el brazo. Nos condujo al fondo del local, a una mesa algo apartada del resto. Nos miró con un brillo entusiasta en los ojos—. Ya está, el Sr. Lobo viene hacia acá.

Espinosa y yo nos quedamos callados; yo porque no tenía ni puta idea de quién podía ser el tal Sr. Lobo y en cuanto a Espinosa, si lo sabía, no iba a decirlo.

—¿No sabéis quién es el Sr. Lobo, verdad? —el chico estaba disfrutando con su momento. Me aguanté una sonrisa. Espinosa se aguantó la mala leche. Tenía mal carácter el hombre, de eso no había duda.

Los dos negamos con la cabeza.

—Es el puto amo, tíos. El puto amo de *to*.

—¿El amo de todo? —Espinosa no pudo evitar que le traicionara el amor propio—. Será un *pringao* como tú, más gordo, pero igual de *pringao*. No me creo que un gran jefe vaya a venir aquí, a este antro de mierda.

La expresión de orgullo de Jonás se trocó en una dolida.

—Joder, tío, el Sr. Lobo no es ningún *pringao*, ¿vale? Seguro que tiene al gran jefe por encima, pero en La Cloaca manda el Sr. Lobo y eso no es ser un *pringao*, tío.

Espinosa esbozó un gesto despectivo.

—¿Y no deberíamos hablar con ese gran jefe en lugar del Sr. Lobo de los cojones?

Estuve a punto de soltarle una patada por debajo de la mesa, el muy gilipollas iba a joder la operación. Le lancé una mirada fulminante.

—Vamos, Montero, ¿qué coño importa que venga el Sr. Lobo o el puto *sursum corda* en persona? Si conseguimos la mercancía, el resto me da exactamente igual.

—Eso —corroboró Jonás, dando una palmada sobre la mesa—. Ni el *susumcorda* ése o cómo cojones se llame, ni el Sanguinario, aquí se negocia con el Sr. Lobo o no se negocia con nadie.

Espinosa sonrió satisfecho, al fin le habían nombrado. Tomé nota mental para el futuro del tamaño del ego de mi forzoso compañero.

—Voy a tomarme una cervecita con algunas almendritas, que me rugen las tripas.

¿Os hacen unas cerveza, tíos?

Los dos negamos con la cabeza. El de la barra no tardó en traer el pedido del chico. Nos preguntó si queríamos algo más.

—Otro orujo —repuse tras pensarlo unos instantes. Espinosa no se molestó ni en contestar.

—Le ha gustado, ¿eh? Ya le dije que me lo trae mi *cuñao* de Coruña...

—Y todos sabemos que Juan tiene un *cuñao* en todas partes —intervino una voz irónica—. Un *cuñao* que le provee de todo.

El dueño de la voz se adelantó. Nos ofreció una sonrisa de labios rojos en una boca parecida a un buzón de correos para paquetes voluminosos. Se humedeció un par de veces los labios con una lengua gruesa y húmeda. El de la barra, Juan, murmuró algo sobre traer lo de siempre y se fue. No parecía especialmente contento de ver al recién llegado.

—¡Sr. Lobo! —saltó Jonás como un resorte. Tendió una mano que el otro despreció. El chico no dijo nada, aunque noté que le había dolido.

El recién llegado era un tipo bajo y fornido como un sapo, con boca de sapo, ojos de sapo y el puto encanto de un sapo. Vestía un traje que le quedaba demasiado ajustado y una gabardina verde. Remataba el conjunto con un sombrero negro de ala ancha que se quitó dejando al descubierto una calva reluciente. Posiblemente fuera el Sr. Lobo, pero jamás vi un apodo más errado. A su lado se contoneaba una tipa flaca y tetuda, que rumiaba más que mascaba el chicle que llevaba en la boca. Nos señaló con unos pechos imposibles, agitó una melena rubia nada natural y nos saludó con una especie de gruñido entornando los ojos. No debía tener más de dieciocho años, si los tenía.

—Tíos, éste es el Sr. Lobo —nos presentó sin necesidad el chico, que había recuperado la sonrisa—. Sr. Lobo, éstos son los tíos de los que le hablé. Quieren...

—Lárgate, asqueroso.

—¿Cómo? Pero si yo...

La llegada de un vaso largo con agua, hielo y una rodaja de limón interrumpió las protestas de Jonás. El Sr. Lobo tomó un trago largo antes de hablar.

—Te he dicho que te largues, capullo —croó finalmente.

El chico compuso un gesto dolido que le hizo parecer más crío de lo que era. Me sentí conmovido e intervine llevado por mis buenos sentimientos.

—Ya lo has oído, nene. Lárgate. Dale sus cien pavos —le ordené a Espinosa.

—No será necesario —dijo el Sr. Lobo-Sapo con tono despectivo.

—Somos gente seria, Sr. *Lobo*. Los cien pavos son parte del trato que hicimos con Jonás y se los ha ganado. Dáselos, Montero.

El rostro de Espinosa adquirió un hermoso color rojo, pero pagó sin rechistar. Jonás cogió el dinero y debió pensar que era todo lo que iba a sacar del asunto y que tampoco estaba tan mal. Nos soltó un *hasta luego, tíos* y se largó. El Sr. Lobo-Sapo acabó el vaso de agua y pidió otro con un gesto distraído. Se lo trajeron enseguida.

Aprovechó para enviar a su acompañante, la llamó Lulú, a tomarse algo a la barra. Luego tomó el vaso y bebió la mitad del contenido de un trago. Y durante todo el proceso, no nos quitó los ojos de encima. Ojos grandes, castaños y, cómo no, saltones. No dijo una palabra, se limitó a examinarnos con una media sonrisa, que en su caso era como una completa en alguien normal. Le devolvimos la mirada, pero no la sonrisa. No estábamos ahí para vacilar con un tipo que parecía comer moscas y vivir en una ciénaga. El Sr. Sapo (lo de Lobo me lo iba a tener que demostrar) me estaba cayendo como el culo.

—¿Y bien, caballeros? ¿Qué es lo que puedo hacer por ustedes?

—Ya lo sabe —repliqué secamente—. ¿O vamos a jugar a las adivinanzas?

—Ts, ts, ts. Parece usted muy agresivo, ¿Sr...?

—Donald, ya sabe, como el Pato. Y éste es el Sr. Mouse, ya sabe, como Mickey. —Ahora la sonrisilla de Sapo (ni señor, ni pollas) se había esfumado—. Y si no sabe lo que queremos, es que no es la persona con la que ha hablado el chico y, por lo tanto, tampoco es la persona a quien buscamos. —Acabé mi orujo, apagué mi pitillo y haciéndole un gesto a Espinosa, me levanté para irme—. Sr. Mouse, vámonos, que aquí estamos perdiendo el tiempo.

Sapo levantó las dos manos y de inmediato dos pedazos de carne con la corpulencia de un buey y la inteligencia de una babosa, se acercaron desde la barra a la mesa alertados por la llamada de su jefe. Me reproché por no haberme fijado en la entrada de los dos gorilas.

—Señores, seamos razonables, —dijo, bajando las manos—. No hace falta ponerse así. Estamos entre caballeros, ¿no?... Tengo lo que buscan.

—¿Y esto qué es? —preguntó lentamente Espinosa con la mirada clavada en los bueyes—, ¿un gesto de buena voluntad? —Se llevó la mano a la espalda. Al sitio donde llevaba el arma.

—Bueno, bueno, no pasa nada. Estos chicos se marchan ahora mismo —Sapo les hizo un gesto con el mentón y los bueyes volvieron lentamente hacia la barra. Su jefe abrió las manos en un gesto conciliador.

Me detuve, pero sin sentarme, el tipo iba a tener que esforzarse más.

—Nieve, caballo y lázaro —recitó mirando a su alrededor. Todos los presentes nos observaban con mayor o menor disimulo y bajó la voz—. Tengo de todo y la cantidad que haga falta y ahora, *por favor*, siéntense.

Miré a Espinosa, asentí con la cabeza y nos volvimos a sentar.

—¿Está seguro? —gruñí—. No queremos perder el tiempo, ¿vale? Vamos a montar algo gordo esta noche y, si la mercancía es buena, nos llevaremos algo para casa. No me venga luego con que no tiene bastante. Nos han hablado de otros proveedores, algunos muy eficaces.

Sapo frunció el ceño.

—¿Otros proveedores? ¿Quién le ha hablado de otros proveedores? —Torció los labios con desprecio y se pasó la mano por la cabeza atusando el recuerdo de su

cabello—. ¡Ja! Tengo una reputación, amigos míos, y no la he conseguido permitiendo que me pisen el terreno. Nadie me quita un cliente. —Se inclinó hacia nosotros por encima de la mesa, su aliento apestaba a muerto, sé de lo que hablo, tengo cierta experiencia en hedores—. Nadie, ¿entendido? Habrá otros vendiendo mercancía en esta mierda de ciudad, pero cuando el asunto es serio, cuando hay que moverse de verdad, es el Sr. Lobo el que entra en escena. Si necesito algo, los demás me lo proporcionan sin hacer preguntas. —Se dio una palmada en el pecho—. El Gran Louie me dio el territorio y ni el puto Sanguinario me discute eso. No tiene cojones de meterse conmigo en mi territorio. La Cloaca es droga y la droga es mía. —Se echó hacia atrás con expresión satisfecha. Observé a Espinosa de reojo, su gesto era impávido, aunque imaginé el volcán que debía rugir en su interior. Casi lo sentí por Sapo... casi.

—¿Cuánto? —preguntó nuestro charlatán interlocutor. Su calva relucía perlada de sudor y la satisfacción brillaba en sus ojos.

Hice como que pensaba, me incliné hacia Espinosa simulando consultarle algo. Acabé volviéndome hacia Sapo, que nos observaba con expectación.

—De acuerdo, hablemos de negocios. Queremos diez.

—¿Diez qué? ¿Diez de los grandes?

—¡Hablo de kilos! —compuse un gesto de fastidio.

—Diez kilos de género —silbó con suavidad, algo digno de ver cuando se tienen unos labios como los suyos—. ¡Vaya fiestón están montando! El caso es que es excesivo, ¿no? Me parece a mí que cuando vuelvan a... a... ¿De dónde dijeron que eran?

—De Mordor.

—No conozco...

—Ni falta que hace —le corté—. El destino de la mercancía es cosa nuestra. ¿Vamos a hacer negocios o no?

Achinó los ojos con desconfianza y me dije que más me valdría no dejarme llevar por el asco que me daba el tipo o acabaría jodiéndola. Al final volvió a ofrecernos su sonrisilla.

—Bueno, no hay problema con el caballo y la farlopa. Pongamos que consigo cuatro kilos de cada una. Les costará cien de los grandes. La lázaro serán dos kilos, todo lo que tengo. —Se encogió de hombros—. Es lo más difícil de conseguir. Solo yo soy capaz de reunir tanta. Y *solo* la lázaro costará ciento cincuenta de los grandes. Pero si saben lo que se hacen, pueden sacarla más de dos mil dosis y eso es mucha pasta en la calle del sitio de dónde vengan... ¡Eh, no digo que vayan a hacer eso! —se rio, guiñándonos un ojo—. Si al final estamos en el mismo barco... —Encendió un puro gordo como el rabo de un caballo empalmado y luego hizo cuentas en el aire—. Serán doscientos cincuenta mil en total. Precio de amigo.

No le hice ni puto caso. Lo que me interesaba era cuánta lázaro podía reunir, sabía que era muy complicada de conseguir, y ya contaba con el dato.

—No sea cretino —escupí—, lo que queremos son diez kilos de cada. Diez de coca, diez de caballo y diez de lázaro. Y no pagaremos más de quinientos mil por todo el paquete. Y *ésa* es una oferta de amigos.

Mis palabras le hicieron dar un respingo.

—¿Diez kilos de cada? —frunció el ceño y comenzó a musitar para si mismo. Al cabo de unos segundos, volvió a mirarnos—. De acuerdo, tengo la coca y el caballo. Lázaro solo dos kilos. Quizás en una semana o dos consiga más.

—¿Una semana o dos? ¿Nos toma el pelo?

Ladeó la cabeza riéndose como si todo fuera un gran chiste.

—No se preocupe, ya sé que los zetas andan con el tiempo justo —soltó una carcajada—. Con dos kilos tienen más que suficiente para comenzar.

Me mordí la lengua. Espinosa seguía imperturbable.

—No, no hay trato —dije lentamente—. O todo, o nada.

Frunció el ceño.

—Eso es una estupidez. Así no se negocia, coño.

—¿Por qué? Seguro que hay otros proveedores que tienen bastante lázaro. Me han hablado de un tal Bon Mort Vivant, BMV...

—¿Bon Mort Vivant? ¿Quién coño te ha hablado de él? ¿Ha sido el criajo ése? —Sapo echaba espuma por la boca.

—No, ha sido la gente de donde vengo.

—¿De ese sitio tan raro? ¿Modro o Morde? ¿Qué es, una residencia para zetas?

—Es Mordor —dije cerrando los puños con fuerza—. Nos hablaron de un tipo especial que mueve lázaro. Un reanimado, un zeta.

—No creo que quiera hablar de eso —refunfuñó apartando la mirada—. Tendré la mercancía para esta noche, ya que tiene tanta prisa. No importa una mierda cómo, tengo mis recursos. Y serán seiscientos mil o se quedan sin *fiesta*.

Crucé una rápida mirada con Espinosa. Era un hilo del que tirar. Bon Mort Vivant existía, ahora había que llegar hasta él y comprobar si era Miguel Blanco, o sabía algo sobre el chico.

—No sé qué pensar... ¿Seguro que conseguiré la lázaro? Porque ese BMV... ¿dónde opera?

—Tranquilo, zeta, llegará a tiempo para que se divierta antes de empezar a echar babas apestosas por la boca. —Comenzó a reír con tanta fuerza que tuvo que agacharse—. Olvide a BMV. Venga, para que vea que soy buena gente, le dejaré que esta tarde se diviertan con Lulú —señaló con el mentón hacia su acompañante que le esperaba en la barra—. Sé que a los zetas les gusta la carne tierna. Je, je. Muy tierna. —El tipo me guiñó un ojo—. Es una tonta del culo que cree que la quiero. Hará lo que sea por mí. Pero es guarra, muy guarra y podrá pedirle que haga lo que sea. No es la primera vez que la presto... Je, je. —Y aspiró profundamente el humo del puro con aire satisfecho.

Supongo que podría haberme limitado a decir que no, o a soltarle que para guarro



él y dejar el tema ahí. Pero no, comencé a sufrir un temblor incontrolable en los brazos y tuve que levantarme y soltarle una mano de hostias que le reventó los labios al puto sapo.

## ACTUALIDAD III

**LEVANTE**  
**DIARIO MERCANTIL**  
SEGUNDA EDICIÓN. 6 diciembre, 2014.

### ULTIMA HORA

#### **Informa D. Jasso.**

La petición de asilo de Hwang Jangyop que ha desatado un amargo enfrentamiento entre Japón y Corea del Norte, ha dado un nuevo giro al filtrarse algunas de las declaraciones que está llevando a cabo el deportista. Funcionarios del ministerio de interior nipón han confirmado haber mantenido conversaciones con Hwang Jangyop sobre los campos de exterminio para reanimados. Las revelaciones han horrorizado a los funcionarios a causa de los métodos inhumanos empleados por el ejército norcoreano. Hwang sufrió de forma directa las brutales prácticas de exterminio al tener que asistir a la ejecución de su esposa que había muerto el día del FR en un accidente laboral y vuelto a la vida pocas horas después.

—Oficialmente, no son personas —declaró Hwang—. El ministerio de sanidad dice que están infectados por un organismo patógeno que mantiene al reanimado en un estado de «vida inducida». Por lo tanto, reciben el tratamiento que recibiría cualquier patógeno.

A mi esposa le fueron amputando los miembros uno a uno. Un brazo un día; otro al día siguiente. Durante el proceso de amputación, la sometieron a pruebas con descargas eléctricas, aplicación de sustancias corrosivas, ingestión de todo tipo de sustancias... Oficialmente, la finalidad era averiguar la naturaleza del organismo patógeno para hallar la forma de acabar con él. Procesos similares se han aplicado a todos los reanimados que han conseguido detener, sin importar su condición, sexo o edad.

Los familiares estábamos obligados a presenciar los tratamientos como muestra de fe en el líder...

Los norcoreanos se han negado a comentar este testimonio y sólo recuerdan al mundo las atrocidades cometidas por los japoneses durante sus guerras de expansión

territorial a principios del siglo xx, hasta la Segunda Guerra Mundial.

Portavoces diplomáticos japoneses dan por rotas las relaciones con Pionyang.

## CAPÍTULO VII

### El Sr. Sapo

---

*(Sábado, 6 de diciembre, 2014)*

—Supongo que debería darte las gracias.

—Bastaría con que dejaras de hacer el gilipollas.

Me la comí, me había ganado eso y más. Encendí un cigarrillo y mantuve el silencio unos segundos mientras salíamos de La Cloaca sentados en la parte trasera de una limusina Ford Lincoln 120. Gentileza de Gregorio Espinosa. El Sanguinario. El puto amo de la ciudad. Rompí el silencio después de un par de caladas.

—Quiero que le digas a tus perros que dejen de seguirnos.

Se volvió hacia mí, boquiabierto.

—¿Acabamos de salir de una pieza de ese antro gracias a mis *perros* y tienes los cojones de pedirme que los mande a casa?

Asentí.

—No me siento cómodo sabiendo que tengo a alguien a mis espaldas, a veces me pica el culo y me gusta rascármelo a conciencia. No sería lo mismo con alguien mirando. Que se vayan. Dales una galleta y a casita.

Brígida, la Trol, conducía la limusina. Era uno de los guardaespaldas de Espinosa, y también su «hombre» de confianza. Brígida era austríaca, alemana o un híbrido entre mula y orangután, no estoy muy seguro. Y también un error de la naturaleza o un acierto, depende de cómo se mire. Era ancha y sólida como una plancha de acero e igual de cálida y atractiva. Poseía unos músculos que hubieran hecho palidecer de envidia a un estibador y era tan leal a su jefe como violenta con el resto del mundo. Habíamos tenido un desacuerdo en el pasado, básicamente ella me había querido joder vivo y yo no estuve por la labor. Desde entonces, no la había vuelto a ver, pero la distancia no la había vuelto más cariñosa con respecto a mi persona.

Me observó a través del retrovisor.

—Señorrrr Espinosa —gruñó con su habitual dulzura—, ¿quierre que me haga carrrrgo? Pondrrré a este estúpido en su sitio.

Observé al Sanguinario, le hubiera encantado dar vía libre a su bestia, pero no podía. Solté una breve carcajada.

—A mi despacho, querrrida y luego lárrrgate. —Le ordené—. El Señorrrr Espinosa y yo tenemos que hablar de un asunto privado y supongo que tú tendrás cosas que hacer: afeitarte, comer *kartofen* con una pala, o algo por el estilo.

Brígida me dirigió una mirada colérica, tenía los ojos inyectados en sangre y me pregunté si la mala bestia iría colocada. Le hizo un gesto ansioso de interrogación a su jefe.

—Llévanos al despacho del Sr. Stone, Brígida —masculló Espinosa—. Luego, dile a los chicos que se vayan contigo. Tú quédate con la señora. Ya os llamaré más tarde.

Los chicos del Sanguinario nos seguían en un par de coches. Ocho de sus hombres habían aparecido como por arte de magia en cuanto se inició el jaleo en El Calimocho. Supongo que estaba jodido por no haberme dado cuenta de que nos seguían, pero por otra parte, de no ser por ellos, probablemente habría vuelto al cementerio y con carácter definitivo.

El Sapo de los cojones se tomó a mal que le atizara en los morros...

—¡¡MALDITO ZETA DE MIERDA!! —rugió, mientras caía de espaldas escupiendo sangre. Hice ademán de abalanzarme sobre él para machacarle a conciencia, pero alguien me plantó la punta de una daga en la yugular.

—Muévete, puerco, y te rajo. —La voz era aniñada y fría como la de una muñeca, pertenecía a Lulú. No pude menos que sentir admiración ante su rápida intervención. Estaba claro que no sólo era una simple putilla.

Naturalmente, no me moví, sé cuando alguien amenaza en serio. Espinosa tampoco había tenido opción de sacar su arma, imagino que mi reacción lo sorprendió tanto a él como a los demás, y ahora se rascaba la sien contra la escopeta recortada de uno de los bueyes. El otro esgrimía un revolver de cañón corto con el que me apuntaba a la cabeza.

El de la barra había acudido a ayudar a Sapo a incorporarse. Éste se pasó la mano por los labios y palideció al observar la sangre. Me lanzó una mirada furiosa.

—Cabrón —musitó entre dientes—, no sé de qué coño vas puesto, pero te voy a arrancar la piel a tiras, te haré aullar de dolor, te sacaré los ojos con mis propias manos, te follaré con el palo de una escoba untado en gasolina y luego te meteré un mechero por el...

—¡SI ALGUIEN PARRRPADEA, LE RRREVIENTO EL CULO!

Pendientes de lo que ocurría, nadie advirtió que a la fiesta se acababan de unir nuevos invitados. Reconocí a Brígida, a Armario y también a Rata. Había otros cuatro tipos más, todos armados con ametralladoras Thompson. Luego descubrí que dos más hacían guardia en la entrada de El Calimocho. El Sr. Sapo cambió las protestas por gimoteos.

—¡Doña Brígida! ¿Qué es todo esto?

—No te muevas y dile a tus gorrrilas que dejen las arrrmas.

—Pero no entiendo nada... ¿Tiene que ver con lo que hablamos ayer? Ya le conté todo lo que sabía, en serio.

La Trol se aproximó al Sapo.

—Dile a tus hombrres que dejen las arrrmas, maldito idiota.

Al final hizo lo que le pedían, a regañadientes, pero lo hizo.

—No puede entrar aquí así, Doña Brígida. —Ya no gimoteaba. El tipo tenía su orgullo—. Estoy ocupado con dos capullos que deben estar locos. Vienen a mi territorio con el pretexto de que quieren mercancía y de pronto, me pegan. No puedo consentirlo.

Entonces Espinosa se puso de pie, uno de los bueyes intentó detenerle, pero la Trol le arreó un derechazo que lo tumbó. Al otro le apuntaron con tantas armas que solo pudo emitir un *oh* de lo más ridículo.

El Sanguinario se acercó al Sr. Sapo y le agarró del cuello de la camisa.

—¿Así que tú eres el que manda en La Cloaca, eh? ¿Así que ni el Sanguinario tiene nada que hacer aquí? —le escupió en pleno rostro. Luego se dirigió a la Trol—. Brígida, repítele las preguntas de ayer y por si acaso, sacúdele un poco. Nosotros te esperamos en el coche y quiero resultados, Brígida, o me traes sus pelotas en una caja de bombones.

—Delo por hecho, señorrr Espinosa.

No creí que el Sapo pudiera abrir más los ojos, pero lo hizo al oír lo de *Sr. Espinosa*. Ojos como platos.

—Yo no sabía que era usted, no lo sabía... ¡Tiene que creerme! Salimos a la calle con los gritos suplicantes del Sapo persiguiéndonos.

Cuando la Trol se reunió con nosotros al cabo de unos veinte minutos, habló brevemente con el Sanguinario y que yo viera, no le entregó ninguna caja por lo que deduje que el Sapito había croado hasta desgañitarse.

Ahora Espinosa iba a contarme lo que había averiguado su gorila. Y, sinceramente, esperaba que fuera algo bueno.

## Crónicas de los Reanimados VII

### Una historia de violencia - Cap. 1

---

La violencia es el último refugio del incompetente.

Isaac Asimov

—Fue una mala idea, supongo. Una idea de mierda, la verdad. Pero no lo sabíamos, no había manera de que lo supiéramos. Entonces nos pareció algo cojonudo, una manera de pasar el rato y hacer algo bueno. Lástima que se jodiera, sobre todo por... Mejor no me adelanto, ¿verdad? ¿Cómo dijeron que iba esto?

—Grabaremos la historia en cassettes, que son estas cintas de aquí. Luego las reproduciremos vía telefónica. La gente que quiera oírlas, pagará por hacerlo. Será como un serial de la radio, pero con dos diferencias: la primera es que su historia es real y eso despertará mucho interés, ya lo verá. La segunda es que sacarán un buen pellizco de todo esto. Usted y sus amigos, pueden hacer mucho dinero con este tema. Pagarán por escuchar lo que sucedió y luego iremos a por el libro...

—Ya, pero el caso es que toda esa gente... No consigo olvidarlo...

—Siempre pueden compartir el dinero con sus familias. La pasta amansa muchas penas.

—Sí, claro, podría hacerlo... Supongo. No creo que mis compañeros...

—Ya lo pensará más tarde. Ahora, cuénteme su historia. Yo le diré cuándo tenemos que dejarlo para cambiar de cassette. No creo que hagan falta más de dos. ¿Lo entiende?

—Sí, claro. ¡Uf! Estoy nervioso, no sé si saldrá bien.

—Saldrá muy bien, le elegimos a usted para la grabación por su dicción y lo hará bien. Olvide el aparato y cuénteme a la historia a mí.

—Vale. Venga. ¿Cuándo empezamos?

—Cuando quiera.

—Chus, Willy, Juanjo y yo quedábamos todos los viernes en el bar de... ¡Eh! ¿Por qué para?

—No hable en pasado, hágalo en presente. Imagine que todo está sucediendo en estos instantes. Los oyentes lo vivirán con más fuerza, será como si estuvieran ahí mismo.

—Coño, no sé...

—La gente pagará por oír las cintas y eso es dinero contante y sonante para todos. Cuanta más gente, más pasta. Depende de usted. ¿Qué me dice? ¿Se ve capaz?

—Joder... Claro que soy capaz. Allá voy.

Chus, Willy, Juanjo y yo solemos quedar todos los viernes en el bar de la Herradura que está en la carretera 234; la que va de Aldelamo a Bonarrós. La 234 es una carreterucha y el Herradura es un barucho. Pero tiene un buen billar, la bebida es barata y hacen unas salchichas cojonudas, aunque mi mujer dice que son una mierda. ¿Qué coño sabrá ella? La llevé una vez y no pienso repetir...

Es viernes, llevamos ahí desde las ocho de la tarde y ya son las diez. Hemos cenado unas cuantas salchichas con patatas fritas y bebido cervezas suficientes para ahogar a un burro. Ahora nos estamos tomando unos chupitos de vodka helada para bajar la cena. Nos jugamos los chupitos al billar. Chus y yo contra Juanjo y Willy. Al mejor de tres partidas. Billar americano. No estamos jugando muy bien, llevamos un pedo del siete. En el bar hay más gente, no demasiada. Hay una pareja cenando al fondo, parece gente de paso que ha parado a pegar un bocado. Él es un tipo un poco raro, no sabría decirte por qué, y ella está buena de la hostia. Es una rubiota maciza, con unas tetas que dan ganas de tirarse encima y disfrutar. Les dejamos tranquilos. Coño, somos gente legal...

También hay un grupo de moteros adolescentes. Unos capullos que están hinchándose a cervezas y fanfarroneando. Seguro que alguno se estampa cuando se larguen a casa.

Chus se aburre, la partida es un coñazo, no estamos finos y empezamos a estar un poco hasta los cojones. No es nada nuevo, suele pasar todos los viernes y normalmente cuando llegamos a ese punto, recogemos y nos vamos a casa. Hoy es diferente. Lo noto. Estamos más... inquietos. Willy, el tipo alto que se muerde las uñas, dice que está harto y que ya no quiere seguir jugando...

—La hostia, tíos, esto es una mierda. Estoy hasta los cojones de hacer lo mismo todos los putos viernes. Me tiro toda la maldita semana currando como un gilipollas y cuando salgo, lo que quiero es un poco de marcha. Pero marcha de la buena, no esta mierda.

Juanjo asiente, apartándose el sempiterno flequillo. Se ajusta las gafas y sonrío en plan canalla.

—Podíamos irnos de putas, pegar un polvito. —Se relame solo de pensarlo.

—Ná —dice Nacho ajustándose los pantalones bajo la barriga cervecera—. Paso de putas.

—¿Habéis visto eso? —pregunta Chus que viene de mear. Señala con el mentón hacia la mesa donde está cenando la pareja.

—Sí —dice Willy estirando el cuello—. Está buena la tipa.

—No me refiero a eso —dice Chus dando saltitos. Con lo pequeñajo y flaco que es, parece un enano de circo con hormigas en los huevos—. El maromo que va con



ella es un zeta, un puto zeta.

Los cuatro se miran y, sin decir palabra, saben lo que va a pasar.

—A ver que quede claro: somos gente legal y nos preocupa el, esto, la, quiero decir que si vemos algo que está mal, nos preocupamos. Y estaba mal lo del zeta. Me refiero a que pueden decir que son gente normal, y puede que yo que no sepa mucho de nada, pero si que sé algo y es que la gente normal no se convierte en putos zombis, monstruos que se lían a bocados con los demás. Teníamos que hacer algo. La chica no sabía que estaba en peligro. Hicimos lo correcto, aunque luego el tema se saliera de madre, pero tampoco fue culpa nuestra. Somos gente legal y... ¡Eh! ¿Por qué apaga?

—Mire, límitese a contar lo que ocurrió. Esto no es un tribunal y nadie va a juzgarle, ni condenarle. Ya pasaron por todo eso, ¿no? Me refiero al proceso.

—Sí, coño, y lo pasamos mal... Al final a nosotros nos absolvieron y al zeta de los cojones...

—Sí, sí ya lo sé. Pero no estamos aquí para hablar del juicio. Ahora límitese a contar lo que sucedió en el bar, ¿de acuerdo?

—Sí, sí.

—Hala. Siga... por favor.

Nacho engancha los pulgares en las presillas de su vaquero, mira de reojo a su espalda y cuando comprueba que el resto va tras él, echa a caminar hacia la mesa en la que está cenando la pareja. El dueño del local ve la que se avecina y hace mutis por el foro metiéndose en la cocina. Si los gritos son muy fuertes llamará a la policía, de lo contrario, él no habrá oído nada... Los viernes siempre pasa algo y nunca llega la sangre al río... Bueno, casi nunca.

De cerca, advierten que la rubia es más mayor que de lejos. Va muy pintada, pero si la miran bien, tiene arrugas como telarañas en los ojos y el cuello se descuelga igual que las sábanas en la cama cuando uno se acaba de levantar. Aun así, es guapa, bastante guapa. Y tiene unas tetas impresionantes. Y unos ojos azules preciosos. Y una cara de susto que casi les da la risa. Se contienen. Si está asustada es que han acertado: el puto zeta es peligroso y la mujer lo sabe. Es posible que esté retenida contra su voluntad. Van a tener que intervenir. Es lo que haría cualquier tío con un par de pelotas.

El zeta está comiendo una hamburguesa doble con una pila de patatas fritas. Lo hace en silencio y metódicamente, bocados grandes y limpios de los que apenas se desprenden migas. Bebe con frecuencia de la jarra de cerveza que tiene sobre la mesa. Es un hombre grande y come y bebe como un hombre grande.

La rubia tetona está mordisqueando un *sandwich* sin demasiado interés hasta que los ve acercarse a ellos. A sus salvadores. Nacho se ajusta los pantalones de nuevo y carraspea antes de hablar. No tiene la ocasión de hacerlo.

—No sé qué mierda buscáis, ni por qué mierda lo buscáis aquí y además, me importa una mierda, ya que estamos. Vamos de paso. Dejados en paz.

Se detienen en seco. El tipo ni siquiera se ha vuelto para hablar con ellos, casi no ha dejado de comer. Ahora está terminando la cerveza de un gran trago. Cuando lo hace, se enciende un cigarrillo sin boquilla. Aspira el humo con placer evidente y los mira de soslayo.

—Voy a tomarme una copa de aguardiente y luego nos iremos, ¿verdad cariño? —tiende la mano hacia la rubia. Ella se la coge y le dirige una mirada de súplica.

—Por favor, Carlos.

—Va a disculparse ahora mismo por grosero —dice Nacho. Mira a sus amigos y estos asienten con la cabeza. La cosa va bien.

—¿Disculparme? —bufa el tal Carlos—. Hombre, soy más de mandar a la mierda, pero por esta vez me callaré si a cambio, os largáis como chicos buenos y os seguís olisqueando los culos lejos de aquí.

—¡Por favor, Carlos! —la mujer imprime una nota de urgencia a la repetición de su ruego.

—No ruegue, señora, —interviene Nacho envalentonado ante el evidente temor de ella—. Y tú te tomas el aguardiente en otro bar... Zeta. Ya te estás largando, pero solo, o el que va a acabar oliendo culos eres tú. —Aprieta los puños—. Te meteré la cabeza en tu propio culo.

Los cuatro se ríen y se echan miradas satisfechas, les parece que la cosa está saliendo a pedir de boca. Desde la cocina asoma la cabeza curiosa del dueño. Todos los del bar están pendientes de la escena.

El tipo se levanta lentamente. No es muy alto, pero sí corpulento. Brazos abultados, un cuello de toro y unas espaldas ideales para apoyar un piano y al puto pianista, si fuera preciso. Se vuelve hacia ellos y apoya el trasero sobre la mesa. Sonríe con los ojos entrecerrados a causa del humo que asciende desde el pitillo que se columpia en sus labios.

—Cuatro capullos borrachos... Ts, ts, ts —menea la cabeza exhalando anillas de humo—. Largaos —escupe de pronto. Su tono ha adquirido el ronroneo de una moto de gran cilindrada—. Largaos y no me alegréis el día. Y lo hago por ella, si por mí fuera... —Deja la frase en el aire mientras los observa. Sus labios bailan entre la sonrisa y el desprecio.

Nacho se vuelve hacia los otros sin saber muy qué hacer. Son cuatro, pero el aplomo del zeta le ha puesto nervioso. Willy no se ha puesto nervioso, para eso hay que tener cerebro.

—¡Puto zeta de mierda, te voy a abrir la cabeza!

Y seguramente lo habría hecho con la botella de cerveza que balancea en la mano. Solo que cuando avanza hacia el hombre, éste pivota levemente para sacar el puño derecho desde la cadera e impactar con una fuerza descomunal en el mentón de Willy. Luego retrocede dos pasos y coloca los puños en alto, igual que los boxeadores.

—¡Vaya hostión! —jadea Chus.

Willy ha puesto los ojos en blanco, la baba recorre la mandíbula extrañamente laxa y al poco, como si de una enorme secoya talada se tratara, cae sobre el piso del bar con estrépito. Nadie dice nada, ni se mueve durante unos segundos. Parece que estén posando para una foto. Es la rubia la que rompe el encantamiento.

—¡Vámonos, Carlos!

El aludido sigue en la misma postura. Ladea ligeramente la cabeza hacia ella.

—Si los caballeros no tienen nada que objetar, nos vamos ahora mismo —le dice a la mujer. Luego se dirige a ellos—: ¿Alguien quiere bailar? —Los mira uno por uno y aguarda a que respondan.

Ellos también se miran y casi están a punto de darse la vuelta y permitir que el tipo se vaya. Uno no se mete con alguien que suelta hostias como panes de a kilo. El tal Carlos intuye cuál va a ser la decisión y comienza a relajar la guardia mientras retrocede, aunque sin darles la espalda. No es tonto, conoce la calaña de los que tiene delante. No piensa perderlos de vista. Y ése es su error, el error que desatará la tragedia.

Son cuatro mocosos con motos trucadas. Apenas trastos de 50 centímetros cúbicos a los que despojan de todo lo que pueden para aligerar peso, y añaden luego un escape libre. *Mucho ruido, mucho humo, mucho imbécil con peligro*, dice la canción y dice la verdad.

El chaval tiene la cara repleta de granos, un pelo grasiento que alcanza los hombros de la cazadora de cuero negro y un bate de béisbol en las manos que voltea con un esfuerzo que le enrojece la cara. El golpe es curiosamente apagado, como pegarle a un colchón. Suena cómico incluso, hasta que uno se fija en el reguero de sangre que salpica el suelo y parte de la barra. De pronto, cada uno de los presentes capta la escena a cámara lenta y con una nitidez que esculpirá un recuerdo indeleble en la memoria.

Los tres amigotes que siguen en pie, dan un respingo hacia atrás temerosos de la violencia que de alguna manera han desatado ellos. El chaval del bate lo suelta y jadea con fuerza, mostrando tantos dientes que parece que haya pedido algunos prestados. El zeta boxeador, Carlos, se tambalea al ver tanta sangre y abre los ojos en un gesto horrorizado. La rubia tiene los ojos clavados en él y esboza una extraña sonrisa triste antes de caer al suelo. Muerta. Con los sesos desparramados. Carlos no vio venir el golpe, pero ella sí y se interpuso entre la espalda desprevenida de su hombre y el imbécil. Y así está la escena a la que solo habría que añadir que el dueño del bar está telefoneando a la policía y los amigos del imbécil se están acercando con expresiones que van desde el asombro a la admiración...

—Seguiremos con otra cinta. ¿Quiere descansar?

—Sí, creo que sí. No pensé que esto fuera tan, quiero decir que...

- Entiendo. Tenemos tiempo.
- Pues casi prefiero dejarlo...
- Lo dejaremos para mañana. Venga a la misma hora.
- Aquí estaré. Adiós.
- Adiós.

## CAPÍTULO VII

### Bon Mort Vivant (BMV)

---

*(Sábado, 6 de diciembre, 2014)*

Cuando llegamos al despacho, me sorprendió no encontrar a Mati hasta que recordé que era sábado. A no ser que se lo pidiera expresamente, Mati no trabajaba los fines de semana, y últimamente no se lo pedía. Prefería que se quedara en casa. Descansando. En la cama. Conmigo.

A falta de Mati, pegué un trago rápido de la petaca y me lié con un Camel. Espinosa me siguió con la expresión de alguien a quien acaban de zambullir en un montón de mierda de cerdo.

—Siéntate —le dije, dejándome caer en mi silla. De pronto, me sentía exhausto. Me animé viendo a Espinosa intentando acomodarse en una de las infames sillas que tenía para las visitas. Fue una satisfacción infantil y mezquina. Me hice un reproche por ello, pero no conseguí dejar de sentirme satisfecho. El Sanguinario acabó por levantarse refunfuñando por lo bajo.

—¿Qué tal la Sra. Espinosa? —pregunté intentando parecer educado, aunque en realidad sabía que el tema le tocaba los cojones.

Refunfuñó algo que sonó a está muy bien o a ti qué coño te importa.

—¿Le has puesto niñera? —insistí recordando lo que le acababa de decir a la Trol.

—Mi vida privada no es de tu incumbencia, Stone.

Puse cara de ofendido.

—Sólo quería ser amable, ya sabes, hacer que te sintieras un tipo normal. Bueno, cuéntame —le dije—. ¿Qué le sacó tu guardaespaldas a ese capullo?

Frunció los labios como si fuera a escupirme, se lo pensó mejor y tras sentarse en el borde de mi mesa, no sin antes pasar la mano para quitar el polvo, comenzó a hablar.

La Trol tomó una silla y se sentó a horcajadas. La madera crujió alarmantemente. Ella curvó los labios en un remedo de sonrisa. El Sr. Lobo intentó devolver la sonrisa, fue una mueca vacilante. El equivalente a tumbarse boca arriba y ofrecer el cuello al líder de la manada. El Sanguinario sería el gran jefe, pero en la calle todos la reconocían a ella como el individuo alfa. Y en esos instantes, el individuo alfa taladraba al Sr. Lobo con la mirada como si se preguntara por qué coño sonreía; entonces él comenzó a gimotear y ella sintió un leve placer al oírle.

—Yo, yo, yo no sabía nada. No podía saber que el tipo ése era el Sanguina... El Sr. Espinosa...

—¡Cierra el pico, comemierrrda!

Lo cerró, y lo hizo tan deprisa que el chasquido fue audible en todo el local, que por otra parte, estaba sumido en un silencio denso como el esputo de un tuberculoso. La Trol se dirigió a Rata y Armario, que aguardaban a espaldas del desdichado camello.

—Vaciad el barrr. Que se vayan todos a sus puñeterras casas —gruñó. Luego elevó la voz—. ¡Y si alguien dice un carrajo sobre todo esto, sabrrremos quién ha sido y le presentarrremos a unos amigos nuestrros ligerrramente muerrrtos para que jueguen con ellos! —Culminó con una risotada áspera tras la mención de los desgastados. Nadie dudó de lo que acababan de oír, el Sanguinario odiaba a los reanimados, pero le encantaban los espectáculos con desgastados y los organizaba siempre que tenía ocasión: desgastados contra desgraciados que le hubieran hecho alguna jugarreta.

El bar se vació con rapidez; se marchó hasta el dueño. Casi tropezaron unos con otros en su afán por largarse. No hablarían.

No solo por la amenaza, tampoco les importaba una *mierrrda* el destino del Sr. Lobo. Su putita fue la única que vaciló unos instantes antes de taconear con un repique acelerado hacia el exterior. Era joven, ya encontraría otra polla con pasta.

El Sr. Lobo se retorció las manos, su mirada desorbitada corría de un lado a otro en busca de una salida. No había salida. Era un camello con problemas. Una polla abandonada. Un *comemierrrda* atrapado. Más le valía jugar sus cartas con inteligencia. Se dijo a sí mismo que era un tipo criado en la calle, sabía cómo moverse. Saldría de ésta.

—¡Bien! —exclamó la Trol con expresión malévola—. ¿De dónde sacas la lázarro?

—¿La lázaro? Joder, Doña Brígida, sabe que hay cosas que un hombre de negocios no puede contar. Los clientes ya no se conforman con la nieve y el caballo que me trae El Sangu... El Sr. Espinosa. Quieren lázaro y yo se la consigo. Pero no puedo relevarle mis fuentes. —Sonrió muy ufano y tomó el vaso con agua que tenía sobre la mesa. No llegó a probar ni gota. La Trol se movió con rapidez y le arreó un golpe en plena jeta con la mano abierta. El vaso voló por los aires y el Sr. Lobo también. El cristal se esparció como las cuentas de un collar y el camello impactó contra el suelo con la contundencia de un saco lleno de estiércol. Se encogió adoptando una postura fetal y comenzó a gimotear de nuevo.

—Siéntate —ordenó la Trol, taladrando la palabra—. Ahorrra.

Obedeció. La parte izquierda de su rostro comenzaba a hincharse de manera alarmante. Un hilillo de sangre tiñó de rojo sus labios y las lágrimas caían sin reparo, goteando sobre la mesa.

—Errres un capullo, ¿crrreías que no sabíamos lo de la lázarro? Prrronto

ajustarrremos cuentas, pero ahora dime de dónde la sacas.

—Le juro que iba a contárselo, Doña Brígida. Tampoco saco gran cosa, es...

El segundo golpe fue un puñetazo. El sonido de la nariz rompiéndose estalló como el pedo de un cachalote. La Trol se puso de pie y se acercó al caído que lloraba abiertamente.

—¿De dónde sacas la lázarro, desgrrrraciado?

Y el Sr. Lobo, el hombre de negocios, el camello, el puto sapo, habló, con algunas dificultades debido al tremendo edema que afectaba a sus labios e incluso la boca, pero cantó. Cantó como un rruiseñor al que han perforado los ojos con un alfiler.

—Hay un tipo nuevo que consigue todo lo que se propone. Uno que está pisando fuerte y dando por culo al resto. No sigue las reglas, no respeta a nadie. Es nuestro hombre: Bon Mort Vivant. Al parecer, nadie de La Cloaca le ha visto en persona. Lleva un año o así operando. Brígida ha averiguado que si alguien quiere algo de él, hay que hablar con su representante, un patriarca de La Coma. —Abrió las manos en un gesto de franqueza que no me tragué ni por un instante—. Ya tienes a tu hombre, Stone. Busca al patriarca y él te llevará hasta BMW, que seguramente es el hijo de Blanco. No debería ser difícil ni para ti —concluyó Espinosa con un gesto desdeñoso.

No contesté de inmediato. El asunto se complicaba, ir a La Coma para sonsacar información a un patriarca es igual que ir al Ku Klux Klan y pedirle un donativo para los niños que pasan hambre en África. Una soberana soplapollez y ganas de que te partan el culo.

—¿Cómo se llama el patriarca?

—Papá Pitufu.

Silbé para mi colete. Ese no era un patriarca más, era *el puto patriarca*. Si alguien escupía en La Coma sin pedirle permiso, te cortaba los cojones y hacía que te los comieras con salsa picante. La Coma era la jungla, territorio salvaje. Tenían sus reglas, vivían y morían allí dentro y mientras no asomaran la jeta fuera del barrio, tanto la policía como el Sanguinario les dejaban en paz.

Mi compañero se levantó alisándose el pantalón, apenas podía reprimir una sonrisilla satisfecha.

—Yo ya no pinto nada aquí —dijo encogiendo los hombros—. A partir de ahora, es cosa tuya.

—No tan rápido, listillo —le espeté—. ¿Me tomas por imbécil? ¿Quieres hacerme creer que un tío como el Mort Vivant ese de los cojones, lleva un año operando en Valencia y que tú no sabías nada? ¿Y ahora qué, me voy a La Coma y dejo que me jodan bien jodido? ¿Ni siquiera vas a darme un beso de despedida?

La ironía revoloteó como una mosca cojonera hasta que se posó sobre el ceño de Espinosa haciendo que lo frunciera.

—Vete a la mierda, zeta. Ya sabes todo lo que hay saber, así que ahora...

Me levanté con rapidez, rodeé la mesa con agilidad y le planté los nudillos en el mentón. Cayó como un fardo. Estuve a punto de dar saltitos de alegría, ni Bogart lo hubiera hecho mejor.

—Cabrón —rugió al cabo de unos instantes de confusión. Se echó la mano al interior de la chaqueta—. Voy a...

Le coloqué mi Iver Johnson del 32 en el entrecejo y se calló. Creo que si llega a abrir la boca, le vuelo los sesos.

—Quiero la verdad —grazné—. Te pego un tiro si no me la cuentas. Sabré si mientes.

—No te atreverás a matarme.

—¿Y quién ha dicho que vaya a hacerlo? Te pegaré un tiro en una rodilla y luego en la otra. Para terminar, te pegaré otro en la base de la columna, justo por encima del culo. Acabarás en una silla de ruedas y cagándote encima. Pero tranquilo, no te mataré.

Enarcó un labio, meneó la cabeza y acabó por asentir. Me tendió una mano para que le ayudara a levantarse. Me eché hacia atrás y dejé que lo hiciera él solito. Le costó un par de bufidos. El Sanguinario no era precisamente un tipo ágil.

Cuando consiguió adoptar una postura digna, encendió un cigarrillo, observó el cañón de mi arma que le apuntaba sin vacilar, y comenzó a hablar.

—Es cierto, había oído hablar antes de ese hijo de puta, pero no sé más de lo que te he contado. La única novedad es lo que le ha sacado Brígida al tipo ese sobre Papá Pitufu y admito que tampoco es mucho. No esperaba que fueras tú solo a La Coma, pensé que irías con Garrido y sus chicos. Es cierto que si me quitáis a BMV de en medio, me quitáis un problema. Está copando el negocio de la lázaro y no hay quien le plante cara. No es que me esté costando demasiado, me refiero a la pasta, pero tengo un prestigio que mantener.

Se calló y agachó la cabeza acariciándose el mentón.

—Muy bien, habrá que hablar con el puto Papá Pitufu —dije tras meditarlo un rato—. Informaré a Garrido de lo que vamos a hacer, pero iremos tú y yo solos. —Abrió la boca para protestar, le acallé con un gesto—. Lo harás porque si no lo haces, le diré a Garrido que en realidad eres el mejor amigo del hijo de Blanco, que sabes dónde está y que no te sale de los cojones ayudarnos.

—No seas ridículo, Stone, Garrido no se tragaría eso jamás.

—Ya lo sé, Garrido no es imbécil. Y como no es imbécil, pero se fía de mí, supondrá que tengo un buen motivo para mentirle y le repetirá mi historia al reverendo Blanco. Eso por no mencionar que a Garrido le caes como el culo y joderte le alegrará la vida. Y Blanco se lo creerá, porque confía en Garrido y a él también le alegrará la vida darte por culo... —Me callé unos segundos dejándole que se cociera un rato, un tipo tan colérico como Espinosa no tardaba demasiado en calentarse—. No creo que estés en condiciones de que alguien con las influencias de ese meapilas vaya a por ti. El hijo, si es que el cabronazo ese de BMV lo es, por un lado y el padre



por el otro. Si te va el *ménage a trois*, es tu oportunidad. —Me reí y él no dijo nada. Sabía que estaba cogido por las pelotas—. Mañana te recogeré en el Cafesito a las nueve y media de la mañana.

—Mañana es domingo, joder —rezongó, pero estaba plegando velas.

—Por eso quedamos a las nueve y media. Se puntual. Ahora, lárgate, estoy más harto de ti que si te hubiera tragado.

Lo hizo dando un portazo. Yo me quedé unos minutos mimando un pitillo y vaciando la petaca. De paso atendí un par de llamadas. Gente que quería contratarme. Dije que no, que estaba ocupado. Luego me marché a toda prisa. De pronto tenía unas ganas tremendas de llegar a casa, al lado de Mati.

## Crónicas de los Reanimados VII

### **Una Historia de Violencia (Continuación y conclusión)**

---

DIARIO LA CERTEZA

**Artículo de J.M. Vilar-Bou.  
Fotos de Claude Cerdân.**

Una jueza de Madrid ha suspendido la grabación y emisión del reportaje radiofónico sobre los hechos ocurridos en el bar de la Herradura la noche del pasado doce de noviembre del presente año.

Cinco personas perdieron la vida esa noche, cuatro de ellas a manos de un reanimado, Carlos Hierro. La quinta víctima, esposa del citado reanimado, falleció a causa de un lamentable accidente, tal y como refirieron inicialmente, testigos presentes en el lugar de los hechos.

La decisión judicial fue decretada ayer, tras una denuncia presentada ante los juzgados de Madrid por Aída Albiar, abogada y representante legal de Carlos Hierro. La letrada ha alegado la improcedencia de las citadas emisiones donde se ofrece la versión sesgada de cuatro testigos presentes en el bar: Ignacio Sanz, Guillermo Madrid, Jesús Barranco y Juan José Hermida, la noche del fatal suceso. Además, la Sra. Albiar ha añadido que la Ley de Enjuiciamiento Criminal establece que las actuaciones penales son secretas hasta que se abra el juicio oral, y sólo deben ser conocidas por los interesados. Por si ello fuera poco, ha declarado que los cuatro involucrados en el reportaje serán citados a declarar ya que, siempre según la abogada, intervinieron de forma activa en los sucesos del bar.

La titular del juzgado de instrucción número uno de Madrid, Verónica Leonetti, ha emitido un auto en el que dictamina como medida cautelar suspender la emisión de las grabaciones.

Anabel Botella, portavoz de la emisora Independia, ha afirmado que la suspensión causa importante perjuicios a su medio, por lo que prevean realizar las reclamaciones judiciales oportunas. «*Esta acción ha sido realizada sin ningún tipo de pruebas*», ha

dicho la portavoz, *«ya que la jueza ha tomado la decisión sin esperar a escuchar las alegaciones que la emisora tenía previsto presentar. Lamentamos el perjuicio que esta suspensión provocará a los miles de oyentes que decidieron seguir este desgarrador testimonio de indudable interés humano y social, y que ahora se quedarán sin conocer más detalles de los terribles sucesos de esa noche aciaga...»*.

Por otra parte, voces procedentes de medios judiciales avalan y aplauden la decisión tomada por la jueza Leonetti y consideran que la justicia no debe convertirse en un espectáculo circense.

## CAPÍTULO VIII

### Pasión y miedo

---

*(Madrugada del Domingo, 7 de diciembre, 2014)*

—En resumen: vas a ir acompañado de un tipo apodado El Sanguinario, en busca de un cabrón al que conocen como Papá Pitufo para ver si os lleva hasta otro, estar por ver si éste es un cabrón o un cabronazo, al que llaman BMV. Y por si fuera poco, va a ocurrir en La Coma que deja a La Cloaca a la altura de un parque de atracciones para idiotas babosos.

—Básicamente, sí —admití, tras encender un par de pitillos y pasarle uno—. Aunque dicho así, suena hasta peligroso.

—Sí, sabes montártelo —aspiró humo con fuerza y echó la colcha a un lado. Se incorporó hasta quedar sentada en su lado de la cama. Observé sus hombros agitándose levemente.

—Mati, ¿ocurre algo? —alargué la mano hacia su espalda.

—No lo sé Tom, quiero decir que sí que pasa, claro que pasa. Vas a jugarle la vida por gente que no te importa una mierda y a la que no le importas una mierda. Y no me vengas con que lo haces por Garrido, porque todo tiene un límite y podrías negarte sin que él te lo reprochara. Es tu vida.

Maté el cigarro en el cenicero y me pasé la mano por la frente.

—No, imagino que él no me lo reprocharía, pero yo sí. Me tiré casi cincuenta años sin hacer nada, Mati. Se podría escribir lo que hice en dos palabras: mier y da. No dejé huella, no dejé nada de nada. Y no me digas que mi familia es mi huella porque...

—No lo he dicho —me cortó, tajante. Se volvió y pude ver que tenía los ojos húmedos—. Te entiendo, maldito seas, te entiendo. Si estoy contigo es precisamente por eso, porque eres un condenado idiota, un caballero andante al que le van a volar la cabeza. —Se acostó de nuevo, acurrucándose contra mí.

—Lo siento, Mati. Te prometo que no volveré a meterme en un lío en cuanto acabe con éste. Sólo aceptaré casos de divorcio, son sencillos y hasta divertidos.

—No digas tonterías —dijo, su voz amortiguada contra mi pecho—. Te morirías de asco. Prefiero que te vuelen la cabeza de un tiro.

—Gracias, nena... Supongo.

—Hablamos demasiado —comentó levantando la cabeza—. Siempre he creído que la gente habla demasiado y aquí estoy yo dale que te dale. Ven aquí, vamos que

voy a enseñarte algo que no sabes.

—¿El qué?

—¿Has visto que tengo pecas?

—Ajá.

—Pues si empiezas por ésta del tobillo —me mostró una luna caoba—, puedes ir de peca en peca hasta llegar a ésta —y me señaló otra luna llena perfecta y oscura—. ¿La ves?, justo encima del ombligo.

—La veo, la veo. ¿Y quieres que encuentre el camino que va de la una a la otra?

—Sí. Y que te tomes tu tiempo. Tú no puedes dormir y yo tendré todo el domingo para hacerlo mientras te vas con tus amigos.

—Siempre he sido un buen *boy scout*, nena. Ven aquí que voy a explorar... te.

Y lo hice. Y valió la pena. Ya lo creo que sí...

Radio Melodía en el 555 de su dial.

*Pip, pip, pip, pip... Son las cuatro de la mañana del domingo 7 de diciembre. La jornada se presenta con lluvias en toda España. Lluvias que caerán en forma de tormentas por el norte con ráfagas de viento de hasta cien kilómetros por hora. Serán más suaves en el Mediterráneo y habrá peligro de gota fría en el centro y el sur. Las temperaturas bajarán ostensiblemente en todo el país. Saquen la ropa de abrigo que el invierno está aquí para quedarse.*

*Ahora les dejamos con el programa Voz en la Noche, con Anika Lillo.*

*—Buenas noches, queridos insomnes. Anika en la Noche te acompaña en estas horas menudas en las que te toca trabajar o te has desvelado con el corazón de repente frío. Déjame que te acompañe y te hable al oído. Y que mejor manera de empezar que con una canción. Os dejo unos minutos con un buen amigo, Bob Dylan, y su llamada a las puertas del cielo: Knockin' on Heaven's doors...*

Hacía tiempo que no escuchaba a Anika, desde que Mati decidió compartir su vida conmigo, esas horas oscuras me solían encontrar arrebuñado en la calidez de su cuerpo menudo y perfecto. No dormía, los putos zetas no podemos, pero dejaba vagar la mente en blanco y el efecto era muy similar. Pero esta noche, no. Después de trazar un mapa húmedo sobre la piel de Mati, y no me apresuré lo más mínimo, ella se quedó dormida y yo con los ojos abiertos de par en par y la mente puesta en el caso que me llevaría hasta La Coma. Al final decidí levantarme, echar un pitillo o dos asomado a la ventana, llovía con mansedumbre pero constancia, y escuchar la radio. Resistí la tentación de acudir al viejo Jack, Mati se habría dado cuenta y pensaría que estaba asustado. No quería preocuparla más de la cuenta. Aunque era cierto, estaba asustado. Gato acudió a enroscarse a mis pies con esa condescendencia parsimoniosa que le caracteriza. Dejé que se frotara contra mis piernas, le rasqué entre las orejas y se quedó adormilado mientras le susurraba los coros a Dylan.

*¿Qué te ha parecido esa llamada al cielo del viejo Bob? Maravillosa y trágica a*

la vez, ¿verdad? Tendremos más música de Dylan antes de que el sol se asome.

Pero eso será más tarde, porque quiero hablarte de alguien muy especial, una persona cuyo trabajo puede traer la esperanza a gente que necesita eso precisamente, esperanza. Te hablo de la Dra. María Godwin y sus investigaciones en busca de una cura para la Ley del Decaimiento que sufren los reanimados. Su trabajo ha culminado en lo que ella misma ha denominado sustancia Bokor o, como ya se conoce popularmente, el suero Godwin.

Nacida en Londres en 1957, sus padres fueron William Godwin, destacado analista político, y Mary Wollstonecraft, escritora y defensora de los derechos de la mujer.

Tras estudiar en Queenswood, Mary se matriculó en la Universidad de Oxford donde se licenció con honores en medicina en las especialidades de neurología y anatomía patológica, por lo que fue invitada por el instituto Ramón y Cajal de Madrid a incorporarse a su división dedicada a la investigación de enfermedades raras. Se integró en el CIFR después de que sus padres, William y Mary, se contabilizaran entre los que volvieron a la vida el día del FR. Habían fallecido el cinco de agosto del 2012 en un accidente de tráfico. Lamentablemente, William y Mary fueran víctimas de la Ley del Decaimiento antes de que los trabajos en el CIFR dieran resultado alguno. A pesar del triste hecho, la buena doctora ha continuado con su investigación, aunque los fondos asignados eran cada vez menores y que la Ley del Decaimiento estaba acabando con los destinatarios de sus esfuerzos.

Hasta hace poco, el paso a la fase terminal de un reanimado era súbita, violenta y acababa con el sujeto en pocas horas, salvo algún caso excepcional. Todos recordaréis el caso contrastado más longevo, el de Emile Bueyso, acróbata francés, cuyo periodo terminal duró casi sesenta horas.

Uno de los mayores obstáculos para determinar el advenimiento de esta fase era precisamente la ausencia de síntomas. O eso se creía hasta que hemos leído las conclusiones de la Dra. Godwin. Os dejo con un corte de la rueda de prensa que ofreció ayer por la tarde la buena doctora.

«Los movimientos coréicos constituyen uno de los síntomas más evidentes. Son movimientos involuntarios anormales que al principio apenas son perceptibles y de aparición esporádica, pero que tienden a agravarse y que son muy característicos de la fase terminal, donde es habitual observar que el desplazamiento del sujeto se efectúa con movimientos abruptos y convulsivos. La disfasia, pérdida del lenguaje, es otro de los síntomas y también hemos observado ciertos indicios de sinestesia, sobre todo en relación al olfato. Todo concluye en el cuadro típico del terminal: caminar descompasado, incapacidad para expresarse oralmente, salvo con el gemido que todos conocemos, y serios problemas de orientación.

No todos los individuos presentan los mismos síntomas, ni éstos se manifiestan con igual intensidad, e incluso es posible que existan otros que desconozcamos. El problema reside en que no tenemos tiempo para más investigaciones. La población

*de reanimados es cada vez menor...*

*... La sustancia Bokor se ha desarrollado a partir de medicamentos experimentales que han demostrado cierto grado de eficacia en enfermedades como el Parkinson y la corea de Huntington. Hemos recibido luz verde para su administración a reanimados con síntomas terminales...*

*... Invito a todos los reanimados a acercarse a su CIFR más cercano y hacer las pruebas correspondientes, garantizamos el anónima...».*

Apagué la radio, encendí un pitillo y abrí la ventana. La lluvia se coló al interior del cuarto llevada por un aire frío, con promesas de nieve para el invierno. Le ofrecí el rostro que de pronto notaba enrojecido y ardiente. Cerré los ojos e inspiré. No necesito el aire, no respiro, pero lo añoro igual que añoro muchas cosas. Busqué mi petaca y me la llevé a los labios. No la aparté hasta vaciarla. Luego la dejé caer y levanté mi brazo derecho frente a mí. Extendí los dedos con fuerza. Me quedé así unos segundos eternos. Firme como una roca. El temblor que había advertido estos días pasados y que había atribuido a la tensión, no apareció. Bajé la mano y me repetí que sólo había sido eso, cansancio. También me prometí que no aceptaría más casos como el del reverendo Blanco. Tenía algo por lo que valía la pena luchar, o mejor dicho, a alguien. Me lo prometí y dentro de mí sabía que era mentira... Igual de falso que lo del cansancio.

## CAPÍTULO VIII

### **Pasión y Miedo (cont.)**

---

*(Ocho y media de la mañana.  
Domingo, 7 de diciembre, 2014)*

Había dejado a Mati envuelta en la calidez de las mantas y de su propia piel. Murmuró qué hora era cuando fui a darle un beso, y le susurré que las ocho y media. Amenazó con cortarme la lengua la próxima vez que la despertara un domingo a esas horas y que no fuera para intercambiar suspiros y gemidos. A continuación, esbozó una sonrisa sin abrir los ojos y me advirtió que tuviera cuidado. Le prometí que lo tendría. Me dijo que cogiera un paraguas por si llovía; le dije que sí que llovía, pero no cogí el paraguas. Odio los paraguas, reclaman demasiada atención para que valga la pena llevar uno. Me puse la gabardina y un sombrero que uso cuando quiero parecer más alto.

La cita con Espinosa era a las nueve y media, así que me sobraba tanto tiempo como ansiedad, por lo que decidí acercarme al As de Picas, el único bar que conozco que abriría un domingo a esas horas. A veces me he preguntado qué se oculta tras la mirada torva de su dueño, pero supongo que todos tenemos nuestros fantasmas y él no iba a ser una excepción. El caso es que tiene un buen café, cualquier licor que le pidas, entre ellos algunos que no deberían ser legales y quizá no lo sean, y es discreto con los clientes.

El café, dos copas de vodka y un par de pitillos obraron el milagro, de pronto las sombras no eran tan turbias y mi pulso, a pesar del alcohol, era tan firme como los cojones del caballo del Cid. En el bar sonaba la radio con una canción que me pareció familiar, aunque no fui capaz de ponerle título. Hablaban de un hotel en California y sonaba muy bien, trágica pero bien. Pedí el tercer vodka cuando empezaron con el boletín informativo. Paco, El Piojoso, iba a cambiar de emisora farfullando que bastante tenía con su mierda para que le hablaran de la de los demás, pero algo llamó mi atención y le pedí que la dejara. Añadí un por favor cuando entrecerró los ojos y acabó por ceder a regañadientes. Al fondo del local, inmersos en el humo de sus pitillos, los habituales refunfuñaron. Tampoco querían saber del mundo más allá de sus narices. Les ignoré. El Sapo acababa de alcanzar la fama. Efímera, pero ahí estaba.

*... conocido por el sobrenombre de Sr. Lobo en los bajos fondos, ha aparecido muerto en las aguas del puerto de Valencia.*



*A las tres de la mañana de hoy domingo, unos pescadores de bajura atraparon el cadáver en sus redes y al descubrir su macabra presa, llamaron a la policía.*

*Un portavoz de la brigada de homicidios sólo ha confirmado que el cadáver ya ha sido identificado por su pareja, Doña Cipriana Mora Lara.*

*(¿Lulú? Ahogué una sonrisa. No me extrañó que se hubiera cambiado de nombre).*

*No han confirmado, sin embargo, las causas del fallecimiento, aunque sí que éstas no han sido naturales.*

*Fuentes anónimas consultadas por Radio Nacional de España, sugieren que el muerto fue sometido a una brutal tortura que incluye la amputación de extremidades y otras partes del cuerpo. Al parecer, le hicieron la denominada corbata colombiana, que consiste en sacar la lengua de la víctima a través de un corte practicado en el cuello. Una práctica brutal propia de delincuentes sin escrúpulos ni conciencia.*

*El Sr. Lobo, como al parecer quería él mismo que le llamaran, era sospechoso de haber traficado con sustancias ilegales en el barrio antiguo de Valencia, popularmente conocido como La Cloaca. Desde el apresamiento de Louise Niceman, el Gran Louie, dueño de Algodón Sureño y amo y señor de todo lo que se cocía en La Cloaca, se ha producido un relevo en el tráfico de estupefacientes. Los rumores apuntan a que el brutal asesinato del Sr. Lobo sea una consecuencia de una lucha encubierta por controlar un mercado ilegal que mueve millones al año.*

*La droga de moda es la llamada lázaro que...*

Le hice un gesto al de la barra para que cambiara de emisora, apagara la radio o le pegara una patada, lo que le viniese en gana. El hombre sintonizó música suave, algo llamado Radio Clásica, y me echó una ojeada. Supongo que advirtió algo en mi expresión.

—¿Amigo suyo? —preguntó enarcando las cejas.

—Ese hijo de puta no tenía amigos —gruñí—. Un cerdo menos. Ponme otro vodka para el camino —le pedí, mirando la hora: las nueve y veinte.

Me lo sirvió, lo engullí y con un cigarrillo fresco en la boca, salí a la calle. Llovía con la misma parsimonia machacona y cuando alcancé mi coche, el agua me goteaba desde el ala del sombrero, lo dejé sobre el asiento del pasajero, abrí la ventana para que el humo pudiera escapara y arranqué en dirección al Cafesito.

## El Suero de Godwin (II)

---

Hay cosas que suceden una sola vez en la vida;  
morir debería ser una de ellas.

(Tom Z. Stone)

*(19 de diciembre, 2014)*

Quema.

Me arde la sangre.

Se me acelera la respiración... ¡Imposible! Yo ya no respiro.

Quiero morir. Les grito que me dejen morir... Se lo suplico.

Una voz me susurra al oído que ya me dejaron morir en una ocasión. Que debí quedarme. Que no debí haber vuelto.

Y el dolor me recorre cada rincón del cuerpo, cada capilar, cada poro, cada pensamiento por insignificante que sea.

Chillo con todas mis fuerzas hasta quedarme sin aire...

Pero no puedo quedarme sin aire. No necesito el aire. No respiro.

Chillo hasta llorar y de pronto me asalta un recuerdo de la infancia.

*Se llama Marian y es una niña de clase. Rubio ceniza y ojos celestes. Piel de alabastro y una sonrisa de ángel. Estás en el patio jugando al fútbol con los compañeros de clase, aunque sólo tienes ojos para ella. Está con las amigas, cuchicheando y riendo.*

*Tú apenas tienes ocho años.*

*Eres el portero y cuando te marcan el tercer gol sin que te hayas enterado, Michael Bull, el capitán del equipo (y casualmente, dueño del balón) te echa del equipo. No te importa. Te acercas con disimulo al grupo de chicas. Te observan y los cuchicheos se aceleran con las risitas.*

*La miras y ella te devuelve la mirada. Y sonrío.*

*Nada importa excepto ella. Te acercas ya sin disimulo. Una de las chicas frunce el ceño, otra te grita que te largues. Pero ella sólo te mira. Te precipitas hacia adelante y la besas. Es apenas un roce en los labios.*

*Y el tiempo se detiene...*

*Qué valor tienes...*

*Vuelvo al dolor de golpe, pero resisto sin gritar. Qué valor tienes, fue lo que me*

dijo. Hace tanto de eso, de mis tiempos escolares en Gales, que la había olvidado. A la chica que fue mi primer amor. No volví a besarla, aunque sospecho que ella no se hubiera resistido. La incorporé a mis sueños, sueños en los que ella siempre corría algún peligro increíble y yo la salvaba.

Ya cambio un beso, ese beso que le di. Creo que no le quise dar otro porque intuí que jamás sería como ese primero. Me arde el cuerpo de pies a cabeza, pero niego ante la oferta de un calmante de la enfermera, Encarna.

No quiero perder el recuerdo.

*Inspiro con fuerza aguardando el golpe o el grito. Ella sólo sonrío antes de darse la vuelta con sus amigas. Son mayores, al menos tienen diez años. Se marchan riéndose. Es mono, comenta una. Sí, asiente otra. Pero si me llega a besar a mí... ¿Qué? Pregunta otra. Que se hubiera enterado.*

El cuerpo me arde, pero al inspirar, siento el aire en mis pulmones y sé que lo necesito, que el viejo motor se ha puesto en marcha de nuevo. El cuerpo me arde pero es un fuego que puedo resistir. Siento que me desmayo y mi último pensamiento es para Marian, ese recuerdo fugaz.

Sonrío hasta que el dolor me parte en dos.

## CAPÍTULO IX

### La coma

---

*(Nueve de la mañana. Domingo, 7 de diciembre, 2014)*

—Buenos días —graznó Espinosa cuando subió al coche. Se acomodó en el asiento con mi sombrero en las manos; le había advertido para que no se sentara encima.

—¿Te gusta? —pregunté, me sentía algo achispado, efecto del vodka—. Ya sabes, se usa para la cabeza.

No me respondió y tiró el sombrero a la parte trasera del coche.

—Tengo que admitir que no tienes mal gusto para los coches —comentó Espinosa al cabo de un rato—. Es un Buick Roadmaster, ¿verdad? Un buen cacharro.

—¿Te vas a poner cariñoso, Espinosa? —reí—. Sí, es un buen coche, lo gané en una partida de póquer. Un idiota del consulado americano que decía que nadie era capaz de ganar a un tejano al póquer descubierto. Es un poco aparatoso, pero me gusta. No pasas desapercibido.

—Eso ya lo había notado —respondió con sequedad. El momento afectivo se había terminado.

—Me parece que con este día, ir a La Coma es una pérdida de tiempo —refunfuñó al cabo del rato.

—¿Por qué? ¿Porque llueve? —solté una carcajada—. ¿Qué te crees, que vamos a jugar al tenis o algo por el estilo? Han matado al Sr. Lobo —solté a continuación, y le observé de reojo.

Frunció el ceño.

—¿A ese gilipollas? —masculló algo por lo bajo—. ¿Cuándo?

—Lo han pescado esta mañana en el puerto.

—Esta mierda cada vez apesta peor.

—¿No has tenido nada que ver?

—¿Yo? —meneó la cabeza con una media sonrisa que no supe cómo interpretar—. Ayer le enseñamos quién manda, no me hacía falta matarle —meneó la cabeza con fuerza—. No, no me hacía ninguna falta.

—Le dieron un buen repaso antes de darle matarile —continué—. Uno de los buenos. Alguien se montó una fiesta sangrienta con el cabrón.

Espinosa apretó los labios.

—Averiguaré quién ha sido —musitó con firmeza.

—Entonces, ¿no ha sido cosa vuestra?

—No, coño, ya te lo he dicho.

—Como si fueras a decirme la verdad a mí.

—Que te jodan, Stone.

—De acuerdo, pero que me besen primero, que me gustan los preliminares.

Hicimos el resto del camino hasta La Coma en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Yo vigilante por si alguien nos seguía, aunque parecía que Espinosa había dejado los perros en casa, tal y como le pedí.

Dejó de llover, aunque el cielo seguía preñado de nubes cargadas de agua y se había levantado viento.

Cuando alcanzamos La Coma, un proyecto de barriada para gente humilde que se llenó de gentuza que creía que la humildad era una infusión contra el estreñimiento, entramos por la calle Lucille Diamond (en honor de la fallecida Secretaria General de la ONU). No había nadie en la calle ni entre los bloques de fincas grises que se asomaban a una calzada repleta de basura, contenedores despachurrados, coches a medio desgazar y sombras que parecían amagarse a nuestro paso. El aire arrastraba papeles, hojas secas y para mi sorpresa, una enorme pelota de playa en perfecto estado. La Coma era cualquier cosa menos normal. Al ver los chasis descarnados de varios coches, pensé que quizá no había sido muy buena idea acudir con el Buick. Ya no había remedio. Me volví hacia Espinosa.

—Seguimos con la misma historia —le dije—: somos dos tipos con pasta que quieren mercancía, mucha mercancía. Añadiremos que el Sapo, digo el Sr. Lobo, nos habló de Papá Pifufu y BMW y a ver qué pasa.

—Si descubren que es mentira...

—Hombre, el único que podía largar era el difunto Lobo. Yo por mi parte no pienso descubrirnos, ¿y tú?

Nuestra conversación se vio bruscamente interrumpida cuando un tipo, casi un crío, lleno de granos y con una recortada en las manos, surgió corriendo de detrás de un contenedor volcado y se plantó delante del coche. La recortada apuntaba hacia el parabrisas. Sonreía abiertamente.

—*Joputas*, mamonazos, los culos fuera del buga o *sus* reviento las jetas —dijo, sin perder la sonrisa. Estuve tentado de sonreírle de vuelta. Espinosa hizo ademán de sacar su arma, le detuve con un gesto.

—Ni se te ocurra —murmuré—. Mira a tu alrededor. Estábamos rodeados. Las aceras desiertas hasta hacía unos instantes, estaban repletas de tipos con dos cosas en común, la primera era que tenían armas: pistolas, escopetas, cuchillos... (Juro que vi una vieja con un tenedor de trinchar y una mirada que habría acojonado a un gorila). Lo segundo era que querían usar toda esa artillería contra nosotros. Les bastaba con disparar al unísono las armas de fuego para reventarnos los sesos con el estruendo.

—Déjame a mí —indiqué al Sanguinario, que blasfemaba por lo bajo. Tengo que admitir que dominaba un vocabulario más florido del que le creía capaz.

Me asomé por la ventanilla del coche con cautela. Saqué las dos manos para que vieran que iba desarmado.

—Oye, sólo queremos hablar con Papá Pitufo —dije e intenté no soltar una carcajada; no sé si era el vodka o que me estaba dando un ataque de tontería, pero las ganas de liarme a carcajadas eran cada vez mayores. Durante unos segundos pensé si no sería un síntoma de...

—¿Pá Pufu? ¿Y pa qué cohones *quíé* Pá Pufu *hablá* con unos mierdosos? —las armas se habían centrado todas en mí, lo cual me causó cierto desasosiego. Distinguí rostros jóvenes, pero envejecidos. Cuerpos consumidos, miradas ardientes y movimientos convulsivos. La droga reinaba en La Coma y sus esclavos nos tenían a su merced. Recortada dio dos pasos hacia mí y entrecerró los ojos.

—¡Hostia, hostia, hostia! —exclamó—. ¡Un pescao!

*Pescao* es como llaman a los reanimados en los bajos fondos. Por los ojos inexpresivos y el tufo. Gente ocurrente estos putos delincuentes. Me dieron ganas de decirle que lo de los ojos no era para tanto y que el olor, apenas un tufillo, desaparecía con el tiempo. No lo hice. Aunque ellos olieran peor que la bragueta de un manco y tuvieran ojos de pez polla, no era el momento de entrar en debates.

—Queremos mercancía, farlopa, caballo y lázaro. Hablamos ayer con el Sr. Lobo y...

—¡El Lobo *tá* tieso, mierdoso! ¡Ese mamó la diñó! ¡*Sejoda* el cabrón del Lobo!

Unas risotadas salvajes corearon las palabras de Chico Recortada.

—Pues el Sr. Lobo nos mandó aquí —dije en tono compungido—. La pasta —le susurré a Espinosa.

—¿Qué? Ni de coña, Stone. Ya es bastante haber entrado con este coche, no sé cómo hemos sido tan estúpidos —me susurró de vuelta.

—Dame la puta pasta o nos reventarán aquí y ahora. ¡Vamos! —De pronto ya no tenía ganas de sonreír. Nos iban a volar en mil pedazos si no convencíamos a esos yonquis que les convenía dejarnos seguir nuestro camino. Sólo conocían tres idiomas: el de las drogas, el de la violencia y el de la pasta. Cogí el fajo que me pasó Espinosa.

—Tenemos pasta, nenes —anuncié, abandonando el tono sumiso. Abrí la puerta y salí despacio al exterior, mientras agitaba el fajo que llevaba en la mano—. Nos esperan, vamos a lo grande. Un tema de mucha pasta. No somos unos pringaos. Vamos, hay doscientos pavos para el primero que nos lleve con Papá Pitufo.

Se miraron indecisos, alguno hasta comenzó a andar hacia mí, o más bien hacia el dinero. Incluso la sonrisa de Chico Recortada dio paso a una mueca codiciosa. Por unos instantes temí que se fueran a liar a tiros por la pasta y que nos pillaran en medio.

—¿Doscientos pavos? —sonó una voz grave y rota—. Aquí son capaces de matar a su madre y follársela por esa pasta, y lo harían en ese orden si fuera necesario. Je, je, je. Bajad las armas de una puta vez.

Me giré hacia la voz, un venerable anciano vestido con un traje de tres piezas que

seguramente había estado de moda cuando Cristo usaba pañales, barriga de preñada, pelo blanco, barba blanca y sonrisa repleta de oro, se dirigía hacia nosotros desde uno de los portales en sombras. Iba acompañado de dos tipos morenos, fuertes, grandes y con cara de comerse a la gente... cruda.

Papá Pitufu nos había encontrado.

—Dile a tu amigo que salga del coche —ordenó el viejo.

—Vamos, Montero —llamé en voz alta—. El señor quiere conocerte.

Espinosa bajó con lentitud y una mueca de desprecio apenas contenido en el rostro. Dio la vuelta al coche y se colocó a mi lado. Papá Pitufu nos observó.

—¿Quiénes sois vosotros?

—¡Son bofia, Pá! —saltó un crío que no abultaba ni la mitad del machete que llevaba en la mano—. ¡Mía el buga, mía la jeta de esos maromos! ¡Son *pasma*, Papá! ¡Déame que los raje!

—Cierra la puta boca —ordenó Papá Pitufu con suavidad y Machete Saltarín la cerró. Luego nos miró e hizo un gesto con el mentón para que contestáramos a su pregunta.

—Éste es el Sr. Montero —dije, intentando controlar el temblor de mi voz—. Y yo soy el Sr. Pérez. No somos de por aquí, queremos comprar mercancía. Lázaro. Nos dijeron que la podíamos conseguir en La Coma, nos lo dijo el Sr. Lobo. Él no tenía bastante, aunque ahora dicen que está muerto. Que alguien se lo ha cepillado. Nos dijo que habláramos con Papá Pitufu y con... BMW.

Si fuera cierto que la tensión se puede rallar, habría necesitado un par de años para hacerlo con la que la mención de BMW acaba de cuajar.

Espinosa se acercó a mí.

—Stone, estamos jodidos. Más vale que saquemos la artillería y le peguemos un par de tiros al viejo ése —musitó sin apenas mover los labios—. El follón quizá nos permita salir de aquí de una pieza.

No le hice ni puto caso.

—¡Eh! —le dije al de la barba blanca—. Aquí hay dos mil pavos —y le lancé el fajo de billetes a los pies. Uno de los morenos hizo ademán de cogerlo, pero Papá Pitufu le detuvo con un gesto. El tipo no iba a ser fácil de engatusar—. Queremos mercancía y nos han dicho que BMW la puede conseguir. Los dos mil son un gesto de buena voluntad. Aquí el Sr. Montero me dice que nos liemos a tiros, pero yo creo que eso es una pérdida de tiempo, ganas de hacer el gilipollas y mira —levanté una mano y miré al cielo—, empieza a llover.

La barriga de Papá comenzó a agitarse como si estuviera dotada de vida propia. Me preparé para lo peor, como mucho alcanzaría a desenfundar antes de que me frieran a tiros, pero intentaría llevarme por delante a unos cuantos.

Las carcajadas surgieron como el eco de una excavadora en una cantera.

—JO, JO, JO, JO —la inmensa barriga temblaba como si un bicho extraño pugnara por escapar de su interior. Pero me alegré de oír la risa a la que se unieron todos los

drogatas que, hasta hacía unos instantes, buscaban nuestra sangre.

—¡Qué cabrón el *pescao* de los cojones! —rugió Papá Pitufo dándose una palmada en el muslo—. ¡Que empieza a llover dice!

Las risas aumentaron de volumen, aunque observé a varios de nuestros nuevos amigos mirándose entre ellos. No creo que sus cerebros destrozados por la mierda que se metían, captaran la gracia de la situación. De hecho, el sentido del humor es lo primero que pierde un yonqui.

Papá Pitufo dejó de reírse. Nos miró con la cabeza ladeada y acabó por hacernos un gesto para que le acompañáramos.

—¿Y el coche? —le dije—. Lo aprecio bastante, me lo regaló mi padrino el día de mi primera comunión.

—*Pescao*, no te pases de gracioso —me avisó, aunque sin perder la sonrisa—. Nadie te tocará el coche. ¿Verdad que no? —añadió elevando la voz.

Nadie le llevó la contraria. Volvió a indicarnos que le siguiéramos, tras coger el fajo del suelo y guardarlo en un bolsillo interior de la americana, y lo hicimos yendo hacia el mismo portal del que él había surgido hacía unos minutos. Comenzó a llover con fuerza y el viento se unió a la fiesta. Corrimos hacia la oscuridad del edificio, una oscuridad tan profunda que parecía la boca de una cueva.

Una cueva repleta de alimañas.



### Stipes y Patibilum

---

*(Diez de la mañana.  
Domingo, 7 de diciembre, 2014)*

Cuando llegamos al portal, los dos acompañantes de Papá Pitufo cedieron el paso a su jefe, luego nos indicaron con un gesto brusco que pasáramos Espinosa y yo; al resto que nos seguía de cerca, entre amenazantes y curiosos, los mandaron a hacer puñetas.

El interior apestaba a humedad, orines y podredumbre, vi a Espinosa echar mano de un impecable pañuelo blanco para cubrirse la boca y la nariz, le susurré que si no quería acabar con el pañuelo metido en el culo, se lo guardara. Lo hizo sin decir palabra, aunque su gesto era cada vez más torvo. Le comprendía, estaba en territorio enemigo, si alguien le reconocía le iban a montar una fiesta que ríete tú de la del Sapo.

Subimos por unas escaleras estrechas, casi a oscuras, y nos acompañó un tropel de cucarachas. Tendrían curiosidad por saber quiénes eran los nuevos. Conforme subíamos, las puertas de las viviendas se entreabrían y alcancé a ver rostros que nos espiaban. No eran rostros agradables y no se alegraban de vernos. Subimos hasta la tercera planta y nos dirigimos hacia la puerta más cercana a la escalera. Había otras tres puertas en la planta, todas cerradas. Nadie se asomó aquí.

—Adelante, caballeros —sonrió Papá Pitufo tras abrir la puerta, y se echó a un lado franqueando el paso.

Espinosa y yo nos miramos, indecisos. Del interior de la vivienda salió a recibirnos un hedor a muerto que daba náuseas, eso y un ramillete de sombras.

—No nos vendría mal algo de luz —indiqué. Me encendí un pitillo procurando mantener el control. Había algo malsano flotando en el ambiente, tenía ganas de echar a correr. Pero no lo hice, acababa de encender el Camel y no era cuestión de desperdiciarlo.

—Enciende la luz, Lucas —ordenó el viejo a uno de los morenos—. El señorito *pescao* le tiene miedo a la oscuridad.

Nadie rio el comentario, excepto el sonriente Papá Pitufo. La atmósfera del lugar hacía mella en todos, incluidos los morenos. La luz mortecina de una bombilla mostró un diminuto vestíbulo desde el que arrancaba un pasillo que giraba a la izquierda. La pestilencia se hizo más acusada y en esta ocasión, cuando Espinosa sacó de nuevo el pañuelo y se cubrió la boca, me callé. El pasillo se prolongaba hacia

una puerta de hoja doble, que sin duda era el salón comedor. Desde el otro lado de la puerta se deslizaban las notas de un órgano. No soy un gran entendido en música, me gusta y sé que calma a las bestias, pero poco más. Sin embargo, el organista tocaba bien, no digo que la melodía fuera agradable, de hecho era inquietante y de lo más apropiada para el lugar, pero fluía con firmeza y las notas ni se atropellaban, ni se interrumpían.

Pasamos por varias puertas, todas cerradas. Supuse que serían dormitorios y el baño. Una de las puertas, metálica y con el marco reforzado, amortiguaba un gemido que bastó para erizar el vello de mi nuca. Sabía lo que había ahí dentro.

Papá Pitufu se adelantó a nosotros, entreabrió la puerta y le oímos como hablaba con alguien dentro del salón. La música se interrumpió y una segunda voz dijo algo ininteligible. El viejo asomó la cabeza por la puerta.

—Pasad —nos dijo—. Vosotros esperad abajo —les dijo a los morenos, que no se hicieron de rogar. El sitio les asustaba tanto como a nosotros.

Le cedí el paso a Espinosa que había tenido el tino de volver a guardar el pañuelo. Cuando entré, me asaltó el hedor con más fuerza que nunca, entremezclado con el de la cera ardiendo. El salón tenía las ventanas cubiertas y la única luz provenía de las velas que cubrían una enorme mesa de madera que dominaba el centro de la estancia. Aparte de eso, el órgano bajo la ventana, cuatro sillas y un par de sillones sumidos en las sombras. En uno de los sillones se abultaba la silueta de alguien que fumaba algo que olía sospechosamente a hierba, y ése fue el único olor que no me dio ganas de vomitar.

—¿Qué me taes, Papito? —susurró la silueta. La voz era rasposa, con una pronunciación enredada que provocaba escalofríos. Era como un aviso de lo que ocultaban las sombras del sillón.

—Dicen que quieren mercancía, BMV. Hablaron con el Sr. Lobo y les dijo que vinieran a vernos.

La punta incandescente del porro brilló, dibujando los rasgos de su dueño. Espinosa estuvo a punto de retroceder, el rostro que habíamos adivinado durante unos instantes no era agradable. Quizá fuera el juego de sombras y luces, o no...

—Mienten —sentenció la voz—. Ese cabón de Lobo no me enviadía ni un pedo envuelto en mieda.

—Llevan pasta, BMV, un montón de pasta —se precipitó Papá Pitufu.

—Lobo ha muedto —siguió el aludido, sin responder al comentario sobre el dinero—. No es que lo lamente, eda un cedo al que yo mizmo hubieda acabado destipando, pedo me jode que lo haga oto... Muy conveniente que hayáis hablado con él y ahora esté muedto.

—No tuvimos nada que ver —intervine. Quise llevarme el cigarrillo a la boca, pero los temblores de la mano me detuvieron. No quise mostrar debilidad.

La figura del sillón se incorporó. Apagó el canuto tras darle una última calada y ordenó a Papá Pitufu que encendiera la luz. Una lámpara de pie al lado de la puerta

cobró una vida mortecina, aunque suficiente. Cuando distinguimos los rasgos de nuestro anfitrión, comprendimos que lo que habíamos vislumbrado a la lumbre del porro sólo había sido un esbozo de la realidad. Era un reanimado, de eso no cabía duda. Los ojos no engañan ni el fuerte olor que no se molestaba en disimular. Iba bien vestido, con un traje oscuro y camisa blanca sin corbata. Completaba el conjunto con unos zapatos negros impolutos. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y unas gafas de vista de montura plateada. Y sin embargo, podría haber llevado unas bragas de abuela sujetas con un cordón y un sujetador talla tetorras de sombrero que nadie le hubiera mirado dos veces. No después de ver su rostro. Alguien le había grabado una cruz que comenzaba en la frente, descendía por la nariz, atravesaba los labios (ahora entendía el habla defectuosa) y desembocaba en el mentón. Los brazos de la cruz partían desde la nariz y alcanzaban las orejas. Y era grande, una cruz amplia que apabullaba los rasgos del rostro. He dicho que la habían grabado, y supongo que impresa habría sido la expresión más adecuada, impresa a fuego.

—Stipes y patibulum —comentó con un brillo peligroso en los ojos—. Las pate de una cruz, pod si os lo estáis preguntando. Mucha gente los llama palos, pedo no lo son. Cuando veáis una cruz, pensad en eso: stipes y patibilum. —Una broma, supuse; debía estar acostumbrado a que la gente sintiera rechazo al verle, debía tomarlo como una broma... Me hubiera pateado el culo por idiota, un tipo que te recibe a oscuras, que fuma hierba y que habla como un retrasado no se acostumbra a que lo miren como si fuera un monstruo. Y menos cuando el origen de tu tragedia son tus propios padres, que te han tratado como si fueras un enviado del averno. No había que ser un genio para adivinar al autor de la cruz.

—Nombres —exigió de pronto. El brillo había cobrado intensidad.

—Me llamo Stone —solté ante el respingo de Espinosa. Si le iba con tonterías a este tipo, acabaríamos mal. Tuve la intuición de que contarle la verdad, o parte de ella, podía ayudar. Sólo era mi intuición, pero, con franqueza, cuando me falla todo lo demás, recurro a ella—. Soy investigador privado y me han enviado a averiguar qué hay de verdad en la leyenda del Bon Mort Vivant. Lo de la droga era mentira...

No hizo comentario alguno, así que ante el silencio de Espinosa que vacilaba entre el pánico y ponerse a chillar, seguí con las presentaciones.

—Éste es Montero, mi socio —dije, prendiendo un cigarrillo; había conseguido controlar el temblor de mis manos, estaba recuperando al viejo Tom. Sólo tuve que recordar que ya había muerto una vez y que tampoco era para tanto—. Nos han pagado una pasta para venir hasta aquí haciéndonos pasar por compradores a gran escala. Sonsacamos al Sr. Lobo dónde podíamos encontrarle, pero no hemos tenido nada que ver con su muerte. —Me callé y seguí fumando con toda tranquilidad. Ya estaba dicho, si colaba bien. Si colaba y le hacía gracia nuestra historia, mejor. Si no colaba o no le hacía gracia, sospechaba que íbamos a conocer lo que había al otro lado de la puerta metálica.

—¿Vamos a jugar a las miraditas o qué? —soltó de sopetón el Sanguinario. Me

cogió por sorpresa y por otra parte, casi me alegró. Estaba tan callado que por un momento temí que estuviera acojonado y fuera a cagarla.

BMV lo observó con atención.

—¿No nos conocemos? —preguntó. Sentí que se me removían las tripas.

—No creo —respondió el Sanguinario con aplomo—. No tengo por costumbre meterme en estercoleros como éste.

Papá Pitufu echó mano al interior de su chaqueta, pero antes de que la situación se jodiera, BMV soltó una carcajada.

—Papito, tae una de mis botellas y tres vasos y espeda abajo. —Papá Pitufu frunció el ceño, pero la mano surgió del interior de su chaqueta tan vacía como había entrado. A continuación salió y volvió enseguida con lo que le habían pedido.

—Déjanos, Papito. Y cuando salgan estos caballos, déjalos madcha.

Papá Pitufu volvió a arrugar el entrecejo, pero no dijo palabra y se marchó.

—Caballos, bindemos —dijo BMV sirviendo una medida generosa del líquido ambarino que venía en una botella sin etiqueta. Noté que Espinosa vaciló cuando el otro le tendió el vaso, pero acabó por cogerlo.

—Pod los tipos con cojones —y adelantó su vaso. Hicimos lo propio y al ver como se tragaba el contenido de su vaso de un trago y lo dejaba sobre la mesa con un golpe seco, hice lo mismo... No sé quien de los dos escupió el brebaje con más fuerza, si Espinosa, que tuvo el mal tino de seguir mi ejemplo, o yo que aún conseguí introducir un par de blasfemias de lo más poéticas entre arcada y arcada. BMV sonrió mientras se servía una segunda ración del brebaje.

—Cosecha propia —comentó cuando dejamos de emitir gruñidos—. Lo llamo el Tumbadioses. A mí me gusta, pedo sospecho que mucha gente cadece de mi buen guzto.

—Tu puta madre —gruñó Espinosa.

Y yo decidí que ya había tenido bastante.

—De acuerdo, Sr. BMV, ahora supongo que es cuando nos suelta un par de perros rabiosos para que pasemos un rato jugando con ellos, ¿no? ¿O va a soltar al desgastado que tiene encerrado para jugar al pilla-pilla? —Eché mano de mi Iver conforme hablaba, y le apunté a la cabeza—. La ventaja es que no tengo que usar la mirilla, basta con apuntar al centro de la cruz, Sr. BMV. Un error no haber hecho que sus muchachos nos registren.

Espinosa también había sacado su arma, reconocí una automática. Le dije que cubriera la puerta. Estaba pálido y los tendones del cuello marcados como cuerdas. Los dos sabíamos que había que salir de ahí lo antes posible.

BMV nos observó un rato y bebió su segunda ración de Tumbadioses. Casi me defraudó que no reaccionara ante mi mención de su cruz. Chasqueó la lengua, satisfecho, y se sentó con toda tranquilidad en el sillón. Sacó papel, una bolsita de cuero con hachís y comenzó a liarse un porro como si tal cosa.

Bajé el arma, aunque no la guardé. Le hice un gesto a Espinosa para que no

perdiera de vista la entrada, no era cuestión de confiarse ahora que la música para la fiesta la poníamos nosotros.

—¿Y bien? —dije, ante el silencio concentrado del otro—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿No pensará ofrecernos una calada, verdad?

—No —respondió sin levantar la cabeza—. Mis cigaditos de la disa son míos. —Terminó de liarlo y se lo colocó en los labios, se incorporó y fue hacia la mesa donde prendió el cigarrito de la risa con una vela. Volvió a sentarse y cerró los ojos. El humo ambientó la estancia.

—No va a pasa nada —dijo con voz pastosa—. Os ha mandado mi padde, quiede que vuelva a entedadme. No os molestéis en negalo —la voz se rompió durante unos instantes—. Quiedo que saquéis vuestos culos de aquí. Decidle a Padde que se pudidá en el Infiedno y que yo estadé ahí pada vedlo. —Calló mientras daba una profunda calada—. Ahoda, fueda, fueda de aquí o hadé que os despellejen como conejos. ¡Fueda! Le decís a Papito que os escolte y no volváis...

Fuimos hacia la puerta, no sabía muy bien cómo nos habíamos librado, pero no pensaba tentar a la suerte. Espinosa salió primero y me aprestaba a hacerlo cuando su voz me detuvo. Se había puesto de pie y me señalaba con un dedo.

—Stone, si llegas a mentidme, estadías muedto. Aunque tampoco nos queda mucho, ¿eh? —rio brevemente—. Y mi muchachos no os quitadon las admas podque yo les dije que no lo hiciedan —y comenzó a reírse con carcajadas que parecían sollozos—. Pedo no tienes cojones pada mata a un hombre desamado, ¿vedad, Stone? Lo supe nada más vedte, el hombre ítego, hondado... Tu amigo es distinto, un cabón, pedo tú... Fueda de aquí —añadió con suavidad, y apagó la luz antes de volver a su sillón.

Nos largamos a toda prisa. Papá Pitufu no hizo comentario alguno cuando le comunicamos el mensaje de BMV, se limitó a enviar a los dos morenos por delante nuestra en una furgoneta a punto de caerse hecha pedazos, hasta la salida de La Coma. Desde ahí seguimos solos hacia Valencia.

No dijimos una sola palabra en todo el trayecto de vuelta. Al llegar a Valencia, dejé a Espinosa en el centro murmurando un adiós que parecía definitivo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que mi compañero no había abierto la boca desde que salimos del piso de BMV.

Stipes y patibilum... ¿Qué clase de cabrón le hace una cosa así a un hijo?

## Reverendo Manfredo Blanco-Alcázar (1)

---

Señor Dios Todopoderoso, atiende la súplica de tu humilde servidor. No permitas que la sangre me humille, no permitas que en el hogar de la virtud halle cobijo la inquina. Muéstrame el camino hacia la verdad. Tú que sacrificaste a tu propia sangre, muéstrame qué he de hacer.

*(El látigo restalla con violencia en el pequeño cuarto desnudo. Las paredes blancas están manchadas de salpicaduras de sangre a modo de runas indescifrables. Un gran crucifijo de madera grande, que parece amenazar con su tamaño al doliente orador, se yergue sobre una de las paredes).*

Extrañas son las alianzas, intrincados los caminos del Señor, mi Dios. Mas no vacilaré en actuar y limpiar la sangre que se ha revuelto contra mi espíritu y el de mi linaje.

Dame fuerza, Señor, para que no me ciegue la carne, ni la debilidad de las emociones. No cejaré en mi empeño, no desfalleceré mientras te sienta a mi lado, Señor. He emprendido una cruzada y no descansaré hasta que el último de los impíos haya tornado al averno del que escaparon alentados por el Ángel Caído, el Señor de las Moscas, el Amo de la Mentira, el Perverso.

*(Viste una túnica de tela basta que deja la espalda al aire).*

«Mirad que no os engañen... Se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos». Son las palabras de tu hijo, Jesús. Y te necesito, Señor, para mantener el rumbo, pues es mi voluntad seguir la tuya, sin importar a dónde me pueda llevar, pero necesito de tu voz para afianzar mi rumbo...

*(Aprieta con gesto feroz el cilicio que lleva alrededor del muslo. Gime sin poder evitarlo, gime de dolor y de... Evita el pensamiento, lo aparta fustigándose con fuerzas redobladas. Las paredes blancas, se cubren de más runas bermejas).*

No me alejes de tu lado y construiré un templo, uno al lado del que hubiera palidecido el mismísimo Templo de Jerusalén del rey Salomón. Yo, Manfredo Blanco-Alcázar, te lo prometo, Señor.

*(El sonido del látigo y los murmullos extasiados se prolongan durante horas, hasta que el reverendo cae de bruces, vencido por el clímax. Cuando consigue por fin alzarse, en sus ojos arde el fervor y una sola palabra repleta de odio escapa de sus labios: «Miguel»).*

## Matilde F. Torres (I)

---

Tom es especial. Lo sé desde que el día en que lo vi por primera vez en el Plata, un bar del puerto. Supe luego que estaba ahí investigando al marido de una cliente. El tipo era un empresario forrado de pasta y además, un cocainómano y un putero. La mujer le había encargado a Tom que consiguiera pruebas para el divorcio. Quería despellejarle, dejarle sin nada y luego mearle encima. No se lo reprocho.

Yo estaba tomando un trago en la barra mientras intercambiaba frases sueltas con el Zarpas, el dueño del garito. El Zarpas era un cabrón de tomo y lomo, tenías que serlo si a tu local acuden putas, macarras, yonquis y camellos. Pero me tenía cariño desde que era pequeña y acompañaba a Mamá al «trabajo». El tipo me llamaba su pequeña hija de puta y como conocía a Mamá, no se lo podía discutir. Se portaba bien conmigo y sé que en más de una ocasión evitó que Mamá me incluyera en el lote para convencer a algún cliente especial.

(Hubo una ocasión en que el Zarpas no estaba y... pero ésa es otra historia).

Sentí su muerte. Un ataque al corazón que lo fulminó en plena faena tras la barra. Ahora el Plata lo lleva otra gente. No me gustan, así que dejé de ir hace tiempo.

La cuestión es que por aquel entonces y de cuando en cuando, me pasaba a echar un trago porque el Zarpas era algo parecido a un amigo, uno al que apreciaba.

Y ese día, ahí estaba el tipo alto, delgado, con esa expresión hastiada del que ha visto demasiado.

Un zeta, pensé. Seguro que ha visto cosas, o quizás el problema esté en las que no ha visto.

Se había acodado en el otro extremo de la barra que recorría el bar de un extremo a otro, y observaba a la fauna del Plata, en especial a las chicas, las putas. Me fastidió que lo hiciera. No sabía que estaba con un caso; joder, no sabía ni siquiera quién era el tipejo de los cojones. Pero me fastidió y me fastidió aún más que me fastidiara. Le pedí al Zarpas otra copa y decidí seguir a lo mío.

Todos los tíos son basura, pensé. No importa su aspecto, un par de tetas y pierden la cabeza.

Escuchaba al Zarpas, un lector apasionado de la revista Mundo Extraño, que me contaba el suceso ocurrido hacía un par de días en un circo en el que un tipo enorme se había cargado a no sé cuánta gente gritando que era el demonio Azrael, cuando...

(Sí, lo admito, vigilaba al tipo flaco de la barra por el rabillo del ojo. Me sorprendió ver que no se iba con ninguna de las chicas. Sólo hablaba con ellas, les

ofrecía un pitillo a algunas, un trago a otras, pero no pasaba de ahí).

... entró la Reme, una puta vieja y mala. Como nos conocíamos de tiempo atrás, me saludó y yo se lo devolví sin más. Luego se reclinó en la barra, con una teta flácida fugándose por el escote ombliguero, sacó una boquilla larga y negra del enorme bolso fucsia, y colocó un cigarrito de esos dorados que usan las putas por si alguien tiene dudas de lo que son. Lo encendió con una cerilla y pidió un vaso de vino tinto. A todo esto, el tipo alto y flaco no le había quitado el ojo a la Reme desde que había entrado. Le gustan viejas, me dije. Bueno, mejor que si le gustan demasiado jóvenes que éste ya tiene sus años. Pero volví a sentir una sensación de fastidio que no conseguí ahogar con el trago que le arree a mi vodka con lima. La Reme, que aparte de puta y mala, es lista, no tardó en darse cuenta del examen al que la estaba sometiendo el tipo maduro, atractivo y con pinta de tener pasta. Se acercó a él contoneándose con lo que sus carnes se bambolearon igual que un flan de mierda fresca. Aparté de nuevo la mirada al ver que aunque él parecía algo confuso al verla, acabó por ofrecerle un taburete que había a su lado. La Reme se sentó como una reina en su trono. Sabía lo que iba a pasar, así que eliminé al tipo de mi mente. Todavía me di palique con el Zarpas, que si había observado algo raro en mi comportamiento (y seguro que lo había hecho), no dijo nada.

Como estaba de espaldas al local, no le vi aproximarse hasta que carraspeó, murmurando algo ininteligible.

—¿Eh? —farfullé, dándome la vuelta. Ahí lo tenía, a apenas un palmo de distancia. Ojos castaños, melancólicos, digan lo que digan de los ojos de los zetas, me da igual, los de Tom no son fríos—. ¿Eh? —repetí, intentando pensar en algo más ingenioso—. ¿Qué quieres, tío?

—Me han comentado que podrías ayudarme —dijo.

—¿Ayudarte? No entiendo cómo.

—Tu compañera me ha dicho que...

No le dejé seguir.

—¿Compañera? ¿Qué compañera?

Señaló a su espalda, la Reme abandonaba en ese momento su sitio en la barra y se dirigía hacia la puerta. Se volvió hacia mí, hizo un gesto despectivo y se marchó. Como no tenía ni idea de lo que iba la cosa y uno se podía esperar cualquier cosa de la Reme, decidí que no iba a ser simpática.

—¿Qué coño quieres?

—Nada, sólo hacerte unas preguntas —respondió. Noté que mi agresividad le había hecho fruncir el ceño. A lo mejor no le gustan las viejas, pensé, le gustan jovencitas y con lo *japuta* que es la Reme, me lo ha endosado sólo por fastidiar.

—Soy investigador privado —explicó y me tendió una tarjeta. No la cogí y él acabó por dejarla sobre la barra—. Quería saber si reconoces a este tío —y sacó una foto que tampoco cogí. Suspiró. Sólo tienes que decirme si lo has visto por aquí, nada más.



—¿Y por qué tendría que conocer a ese imbécil?

Volvió a suspirar. Apagó el cigarrillo, sacó otro, me ofreció uno que no acepté y pidió un café solo al Zarpas.

—Es confidencial. Sólo necesito saber si viene por aquí y con qué chicas va. Hay una pasta para quien me diga algo. Doscientos pavos.

—¿Y la Reme no te ha dicho que va con él? —me extrañó que esa zorra no intentara sacar los doscientos pavos, conociera al capullo de la foto o no.

Sonrió. Fue la primera vez que le vi sonreír y noté algo en las tripas que no eran gases.

—Eso dijo, que era uno de sus clientes habituales, uno de los más queridos, pero me temo que no supo decirme qué tenía de especial en la ingle el tipo «querido». —Volvió a sonreír y algo brilló en sus ojos—. No soy tan estúpido —añadió.

Le calé. Adiviné lo que significaba el brillo. Le calé y los gases o lo que fueran, se removieron con más fuerza.

—¿Y ahora esperas que yo te describa la ingle de ese capullo?

—Tu compañera me ha dicho que eres... —se trabó—, bueno, que eres muy activa y estaba segura de que te acostabas con...

—No soy puta —le corté—. Te ha tomado el pelo, listorro. Y seguro que el tipo al que buscas no tiene nada en la ingle. Es un truco muy malo. Y no soy puta —repetí.

Se puso colorado y apartó la mirada. Y me enamoré de él. No fui consciente de ello hasta más tarde, pero en ese preciso instante, me enamoré de Tom Z. Stone.

Se disculpó y le dije que no pasaba nada, que entendía que se hubiera confundido.

—Yo al verte pensé que eras un capullo, ya ves —le solté tan fresca.

—De acuerdo, mensaje captado —dijo levantando las manos en señal de rendición—. Ya me voy.

Le pedí que no se marchara. Fue algo impulsivo y creo que él lo percibió. Nos tomamos algo y charlamos. Se disculpó de nuevo, le dije que no pasaba nada y que lo de capullo no era cierto. Me dio las gracias, tomamos algo más y al cabo de una hora, me estaba ofreciendo trabajar para él como secretaria. Le respondí que sí, sin pensármelo.

Y hasta ahora.

Jamás supe lo que era el amor hasta que conocí a Tom.

Ni el dolor hasta que él me lo infringió.

## ACTUALIDAD IV

---

### DIARIO AS

#### REANIMADOS EXCLUIDOS DE LOS JJ. OO. DE MADRID 2016

##### Informa J.V. Ortunyo.

El COE (Comité Olímpico Español) ha aceptado la exclusión de los deportistas reanimados del equipo olímpico español.

Las presiones del COI (Comité Olímpico Internacional) amenazando con apartar al equipo olímpico español de las próximas olimpiadas de Madrid 2016, han hecho ceder al COE, que en boca de su presidente y portavoz, el excampeón olímpico español, Fermín Cacho, ha tenido que reconocer que es innegable que un atleta reanimado cuenta con ciertas ventajas en algunas modalidades deportivas.

—Los reanimados no necesitan respirar y por lo tanto, su resistencia es muy superior. En pruebas como las de fondo y medio fondo de atletismo y la totalidad de las de natación, esta ventaja se ha probado como decisiva en la mayor parte de las competiciones. Por ello y cara a los próximos JJ. OO. del 2016, no se permitirá a ningún reanimado formar parte del equipo olímpico español.

Interrogado al respecto, J. M. Martínez Zurita, portavoz de la delegación española de la ONG *Reanimated are People* (Los Reanimados Son Personas), ha comentado que albergaba serias dudas de que algún reanimado llegara vivo al 2016 y que si lo conseguía, habría que darle una medalla olímpica por ese simple logro. Cuando se le ha insistido para que diera su valoración sobre la decisión del COE, se ha negado.

—Tengo multitud de cosas más importantes que hacer y poco tiempo — dijo—. Sobrevivir es una de ellas.

# CAPÍTULO XI

## Reflexiones

---

*(Doce del mediodía.  
Domingo, 7 de diciembre, 2014)*

—¿Tan mal ha ido?

Asentí con la cabeza.

—¿Seguro que es el hijo del reverendo?

—Sí —respondí—. Se podría decir que lo lleva escrito en la cara. Aunque quisiera, no podría negarlo.

—Joderrr, ahora tenemos un buen problema entre manos, el hijo del reverendo Manfredo Blanco es un puto capo de la droga en La Coma. ¿Qué le digo yo a su padre? —Garrido se pasó la mano por la cabeza, un gesto muy característico en él cuando las cosas se ponían feas. Estábamos en su despacho.

—Dile que es un hijo de la gran puta y que me cago en el dios que le pidió que tratara a su hijo así.

Garrido enarcó las cejas hasta que le hicieron de flequillo. Le expliqué el recuerdo facial que el reverendo le había dejado a su hijo antes de enviarlo de vuelta a la tumba.

—Entonces la posibilidad de que acceda a encontrarse con su padre es mínima, ¿no? —comentó con sarcasmo, Garrido.

—No te creas —respondí yo tras apurar una copa más del excelente *brandy* que solía servirme Lola. Ella no estaba, pero yo sabía dónde guardaba la botella, sabía que no le iba a importar que me sirviera. En cuanto a Garrido, había decidido hacer la vista gorda—. Yo creo que estaría encantado de encontrarse con él y presentarle a un amiguete que tiene encerrado en un cuarto. Gime y balbucea cosas raras y seguro que mostraría mucho interés por el yo interior del reverendo, en concreto por sus tripas y otras vísceras. Y si ése palma, seguro que consigue otro terminal... No me jodas, Garrido. Que les den por culo a esos dos. He cumplido con mi parte. Ya sabes dónde está BMV; Espinosa ha colaborado y, aunque me jode reconocerlo, si no es por él, ahora estaría criando malvas.

El comisario se levantó, se ajustó el cinturón bajo la barriga, encendió un cigarrillo y se acercó a mí. Puso una mano de unos tres kilos de peso sobre mi hombro.

—Te aprecio, Stone. Te aprecio mucho y después de esto, aún más. Si llego a

saber que te iba a afectar tanto, no te lo hubiera pedido.

Durante unos largos y angustiosos segundos me miró a los ojos.

—Si me besas, no lo hagas con lengua —susurré.

—Tranquilo, no me va el sabor a muerto. —Y nos reímos, rompiendo la tensión.

—Eres un cabrón por un momento pensé que...

—Que te iba a tirar los tejos, ¿eh?

—Hombre, tampoco, sé que te gustan más los jovencitos.

De pronto se puso serio.

—¿Qué sabes sobre Guillermo Tomás?

—Ni idea, no sé quién es.

—Sí que lo sabes, es el tipo al que dieron pasaporte anoche. Lo encontraron flotando en el puerto y si no me equivoco, tú y Espinosa tuvisteis una conversación con él ayer en El Calimocho.

—¿El Sapo?

—¿Eh? ¿Qué cojones es el sapo?

Me reí, no pude evitarlo, los dos lucíamos unas ojeras que habrían servido para acunar a una cucaracha de buen tamaño, habíamos fumado bastante para crear nuestra propia atmósfera artificial y estábamos metidos en unos de esos casos que te duelen como un herpes en el ojete. ¿Que dónde estaba la gracia? Pues en eso precisamente, que no la tenía.

—¿Y ahora de qué coño te ríes?

—De nada, la verdad es que de nada —respondí, arreándome otro trago de *brandy*.

Garrido me examinó de cerca.

—¿No estarás pedo, verdad?

—Supongo que algo sí que estoy —admití, estirando los brazos. Los bajé con rapidez, los temblores habían vuelto—. El tipo del que hablas, es el Sr. Lobo, o lo era. Nos lo presentaron con ese nombre, pero con sinceridad, a mí me pareció más un sapo que otra cosa. Acabé contándole el encuentro en El Calimocho y solté una nueva carcajada. Lo siento, supongo que no debería reírme de alguien que ha muerto de esa manera. Lo oí esta mañana en la radio, y sí, ahora que lo dices, creo que mencionaron a un tal Tomás. Dijeron que se habían ensañado con él, amputaciones, agujeros y cosas así.

Garrido asintió con el gesto sombrío.

—No te habría gustado su aspecto, hay que ser un cabrón muy sádico para hacerle eso a un ser vivo. Yo no sería capaz de hacérselo ni a un gusano.

—¿Por qué crees que lo harían? ¿Un aviso para Espinosa? Quiero decir que desde lo del Gran Louie, el Sanguinario está intentando hacerse con el mercado, pero han aparecido muchas ratas con la misma idea. Esto lleva camino de convertirse en una guerra.

—¿No habrá sido el propio Espinosa? —preguntó Garrido volviendo su silla.

Eché un vistazo melancólico a la foto de su hija que tenía sobre su mesa; sabía que la chica no le visitaba desde hacía más de un año—. Por lo que me has contado, el sapo ése se pasó con él.

—Sí, pero no sabía que era el Sanguinario y si no me equivoco, la trol que tiene Espinosa de guardaespaldas, le dio una buena lección. No tiene sentido que lo matara. Si quieres que te diga la verdad, Espinosa debe estar acurrucado en la cama, creo que todo este asunto le ha afectado más que a mí. —Lo imaginé enroscado sobre si mismo... en el regazo de Eva Espinosa y le odié por eso—. No es un tipo tan duro como se cree.

Garrido se echó hacia atrás y colocó las manos en la nuca. Cerró los ojos durante unos segundos.

—Esto es una mierda, Stone, ya verás cómo acaba salpicándonos. Ya lo verás.

—Ya, pues habrá que apartarse —respondí. De pronto recordé algo y me puse de pie y busqué a mi alrededor.

—¿Qué pasa?

—Juraría que esta mañana al salir de casa, me puse un sombrero.

—Aquí has venido sin él —aseguró Garrido—. ¿Y para qué te pusiste un sombrero? Nunca te había visto con uno.

—Quería parecer más alto —expliqué.

—¿Y quién no? —dijo Garrido, riéndose con suavidad—. Bueno, más vale que nos vayamos a casa o acabaré por ponerme cariñoso otra vez.

Nos fuimos. Le dije a Garrido que iba a por Mati, aunque antes tenía que hacer otra cosa, y eso no se lo dije. Garrido se marchó en busca de su soledad. Me dije que un día de estos tendría que darle una patada en el culo para que se animara con Lola.

Bebía los vientos por su secretaria y a pesar de que no tenía muy claro cuáles eran los sentimientos de ella, apostaba a que valía la pena que lo intentara. No es bueno pasar tanto tiempo solo, uno acaba por creerse más de lo que es, o menos; malo en cualquier caso. Pero ya le animaría en otra ocasión, en esos momentos estaba demasiado cansado y además, me empezaban a temblar también las piernas. Y no era debido al cansancio.

## Crónicas de los Reanimados VIII

### Feliz Cumpleaños

---

Gracia Hernández nació un siete de agosto. Y otro siete de agosto, el de 2012, cumplía cuarenta años y ella consideraba que, dijeran lo que dijeran, era una buena edad para una mujer, aunque estuviera sola. «Sin perrito que te ladre» habría dicho su madre, si su madre viviera, claro está. Había fallecido hacía dos años y aún la echaba en falta.

Gracia no tenía perrito, pero sí unas carpas doradas en una pecera. Y no precisaba de más compañía que ésa.

Las compañeras de despacho, el de un prestigioso bufete de abogados situado en pleno centro de Valencia, nada menos que en la plaza de San Agustín, le habían regalado una caja de bombones, y también recibió un ramo de rosas de parte de sus jefes, que eran dos: Raimundo Buenavista y Constantino Bermejo.

Sus compañeras eran tres de las secretarias que trabajaban en el despacho, ella era la cuarta. El trabajo no estaba mal, los dos abogados tenían su clientela entre lo más florido de la sociedad valenciana, pagaban bien a sus empleadas y siempre tenían algún detalle con ellas: una paga de beneficios, regalos por cumpleaños y Navidad, días libres que no afectaban a la nómina ni a las vacaciones, siempre y cuando estuvieran justificados... Pero había una pega. Gracia odiaba el empleo. Odiaba a los abogados. Odiaba a sus compañeras. Odiaba a los clientes y su insufrible verborrea. Sólo amaba sus papeles y sus archivos.

(«Cada cosa en su sitio, y un sitio para cada cosa». Claro que sí, Mamá).

El sentimiento era lo bastante fuerte como para que en ocasiones imaginara un incendio en el bufete del que ella era la única que conseguía escapar. Contaba con multitud de razones que alimentaban el sentimiento de aversión, y es que tras la pantalla de amabilidad y buen trato por parte de los jefes, y de compañerismo y cordialidad por parte de las otras secretarias, se ocultaba un ejercicio de acoso y derribo a la pobre Gracia. Ella sabía que todo era producto de los celos en el caso de las compañeras, y de pura lascivia en el caso de los abogados, Buenavista y Bermejo.

«La gente es mala» solía decir su madre. «Que no te engañen, tras la amabilidad se esconde la envidia y tras la galantería, el deseo carnal».

Los dos abogados le habían dirigido, en más de una ocasión, indirectas en forma de frases inocentes:

—¿Ya se marcha a casa, Srta. Hernández? —fingió sorprenderse un viernes por la tarde el Sr. Bermejo—. Salga usted más por ahí, que es muy joven todavía.

—Sé que lo soy, pero el sitio de una mujer decente es el hogar.

—¡Caramba! Sí que es usted... comedida.

—¿Ha ido usted a la peluquería? —le preguntaba otro día el Sr. Buenavista.

—Sí, ayer por la tarde.

—Pues le ha lucido bien.

Ella le dio unas gracias secas, porque en el fondo sabía perfectamente que a él lo que le interesaba era su escote y que el pelo no había sido más que la excusa para acercarse a ella.

«Ellos sólo piensan en su... Ya sabes lo que quiero decir, querida». Y su madre, como siempre, había tenido más razón que una santa. Bien lo sabía la mujer, que había aguantado con resignación la lujuria de su propio marido, acompañada casi siempre de unos cuantos vasos de vino, hasta que al hombre le reventó el corazón un mal día de hacía cinco años. Las dos mujeres, madre e hija, lloraron su muerte durante todo el funeral. Las dos lloraron por no sonreír cuando se quedaron a solas.

Las compañeras, por su parte, no eran mucho mejores. La envidiaban, de eso no cabía duda alguna. Ella era una mujer con clase, cultura y saber estar...

«Se puede ir contigo a un corral o a un palacio, hija. Eso es clase».

... mientras que Yolanda, Beatriz y María eran demasiado jóvenes y demasiado estúpidas para estar a su altura. Eran conscientes de que Gracia estaba muy por encima de ellas y que jamás conseguirían salvar la distancia que las separaba. Y como lo sabían, buscaban la manera de hacerle daño en cuanto ella se daba la vuelta. Hurgaban en sus cajones, escuchaban las conversaciones que mantenía por teléfono y hasta había visto a alguna de ellas siguiéndola por la calle, cuando se marchaba a casa. Disimulaban, eso sí, pretendían que la apreciaban y si en alguna ocasión les preguntaba quién había abierto el cajón de su escritorio o manoseado una de sus carpetas, siempre negaban saber de qué hablaba. O si dejaba caer que le había parecido ver a una de ellas cerca de su barrio, la aludida componía un gesto de extrañeza y contestaba que la habría confundido con otra. Pero no podían engañarla con sus burdas mentiras, las cazaba sin dificultad.

«Las mentiras tienen las patas cortas».

El siete de agosto del 2012, el día de los cuarenta años, la quisieron invitar a comer. Bermejo y Buenavista se habían comprado coches nuevos, tan grandes como vulgares, porque acababan de cerrar un caso que les había reportado un buen pellizco. Para celebrarlo, las invitaron a *Il Piacere*, uno de los restaurantes más selectos de la ciudad. Gracia se negó en redondo. Cosas que hacer, fue su respuesta cuando le preguntaron por qué. Pero es tu cumpleaños, argumentaron las compañeras. Vente a comer y lo celebramos. Además, nos vamos de vacaciones en tres días,

aprovecharemos para despedirnos, comentó uno de los abogados. No hubo manera de convencerla. Cosas que hacer y punto.

«Una señora da la explicación justa, nunca se ha de justificar».

Al no ir Gracia, se desplazaron todos en un solo vehículo, los abogados sortearon quién llevaba el suyo y la suerte sonrió a Buenavista... O les maldijo a todos.

Disfrutaron de la comida, servida en uno de los más selectos ambientes del *Il Piacere*, que acompañaron de vinos, cava y licores. Charlaron mucho, más conforme avanzaban el encuentro y el alcohol. Las anécdotas judiciales surgieron con naturalidad y no faltó alguna mención sobre el carácter tan especial de Gracia. No dio para mucho el tema, (a la interesada le hubiera sorprendido, y decepcionado, el poco interés que sentían por ella) y terminaron por contar algunos chistes, sobre todo picantes. La sugerencia de Buenavista de ir al club náutico del que era socio a tomar una copa fue acogida con entusiasmo.

Al salir del restaurante, tomaron la avenida del Puerto en dirección al club. La conversación y la animación no decayeron y una de las chicas, Beatriz, le hizo ojos a Bermejo, quien pensó que si se la tiraba, luego no tendría más remedio que despedirla. Sin embargo, era muy posible que se la acabara tirando. Buenavista, que se percató de la situación, se ofuscó un tanto ante el éxito de su compañero y para compensar, quiso demostrar la potencia de su coche nuevo y aceleró en un semáforo que enrojecía a su llegada. Por desgracia, desde una calle perpendicular, un taxista con un cliente impaciente arrancaba unos segundos antes de que se pusiera en verde.

El coche de Buenavista arremetió con fuerza el lateral del taxi.

El choque fue brutal.

No hubo supervivientes en el coche de Buenavista. El taxista también falleció. El pasajero del taxi fue el único superviviente, aunque llegó tarde a su cita y cuando lo consiguió, fue en una silla de ruedas que ya nunca abandonaría.

Gracia recibió la noticia cuando volvió al despacho por la tarde. Le habían dicho que no fuera, que no era necesario, que se lo tomara de fiesta. Pero fue, claro que sí.

«Jamás admitas favores de quien no merece que se los hagas».

Como los recién adquiridos coches estaban registrados a nombre del bufete, la policía acudió al despacho y allí encontraron a Gracia. Le solicitaron los nombres y direcciones de los fallecidos...

Cuerpos irreconocibles; el coche estalló en llamas; amasijo de hierros... Lamentamos lo sucedido.

Gracia se limitó a asentir impertérrita ante el relato de los hechos. Uno de los agentes comentó más tarde que juraría que ella intentaba reprimir una sonrisa. Su compañero lo negó, lo que ocurrió fue que estaba tan impresionada que no supo cómo reaccionar. ¿Cómo se iba a alegrar?

Gracia se sirvió un café de la cafetera que había en el despacho, sintonizó Radio Clásica en el aparato que tenía sobre su escritorio y tarareó *La Cabalgata de las Walquirias* de Wagner con entusiasmo mientras archivaba unos documentos. Por



último, tomó su agenda y comenzó a hacer anotaciones. Tendría que avisar a los clientes de lo que había pasado; también llamaría al despacho de Martínez y Simón, abogados y compañeros de Bermejo y Buenavista, con los que había una excelente relación. Ellos se ocuparían de los casos pendientes que más urgieran. Pensaba comentarles, de paso, que ella estaba dispuesta a considerar una propuesta de empleo. Tarareó con más fuerza, las cosas iban bien, muy bien.

En pleno éxtasis wagneriano, interrumpieron la emisión en la radio y comenzaron a dar noticias confusas sobre una serie de agresiones muy violentas en diferentes partes de la ciudad. Hablaron de drogadictos, de una banda de delincuentes que se había fugado y hasta de muertos que volvían a la vida. Que si el fenómeno se estaba produciendo a escala nacional, que si la oleada de pánico... Gracia apagó la radio con un gesto de reprobación. ¡Gentuza! Cualquier tontería se magnificaba hasta lo irracional ¿Muertos que volvían a la vida? Rio con suavidad para sí misma. Siguió preparando la agenda con las llamadas que pensaba hacer al día siguiente. Reflexionó que tendría que hablar con las familias de los fallecidos, averiguar cuándo serían los funerales y avisar a todos los clientes y amigos para que tuvieran ocasión de acudir. Apretó los labios, haría un buen trabajo, les demostraría a todos la clase de mujer que era.

Cuando lo tuvo todo listo, ya había oscurecido. Estiró los brazos por encima de la cabeza y la inclinó a un lado y a otro. Estaba satisfecha. Ahora se marcharía a casa a descansar, se lo había ganado. Iba a cenar salmón ahumado con espárragos blancos, acompañado de una copa de vino blanco. Celebraría así su cumpleaños, aunque ahora tenía más cosas que celebrar. Volvió a sonreír satisfecha mientras se dirigía a la puerta del despacho.

Le sorprendió encontrar las calles vacías. Sólo eran las diez y media de la noche y la gente solía ir y venir a esas horas y más en verano; unos a casa, otros a cenar en alguno de los restaurantes de la zona... Observó entonces, que estaba todo cerrado, las luces de los locales apagadas. Tampoco circulaban coches. Oyó sirenas a lo lejos y estallidos como de petardos, pero no creía que fueran petardos. Apretó el bolso contra el pecho y empezó a caminar. Solía coger un taxi cuando acababa tarde de trabajar, pero las calles estaban desiertas, como si todo el mundo se hubiera volatilizado y únicamente quedarán los edificios. Vivía en la zona de Cánovas, un paseo de al menos media hora desde el despacho. Aceleró el paso. Procuró caminar por la zona que iluminaban las farolas, porque entre las sombras le pareció percibir movimientos furtivos, e incluso escuchó un gemido inhumano procedente de un portal por el que pasó. Respiró hondo para no perder el control. «Nunca olvides quién eres» le habría dicho su madre. Y ella lo intentaba, aunque le estaba comenzando a resultar complicado.

Más sirenas y trallazos que ya no cabía confundir con petardos.

Pasó por delante de la estación de la RENFE, la plaza de toros y giró a la derecha por la calle Ruzafa.

Oyó gritos y llamadas de auxilio. Un objeto de cristal salió volando desde una terraza y se estrelló en el suelo a pocos metros de donde estaba ella. No quiso mirar hacia arriba.

Tuvo que hacer esfuerzos para no echar a correr.

Porque la seguían.

Estaba segura.

Ocultándose entre los coches o tras los árboles que bordeaban las aceras cada vez que ella volvía la cabeza, pero estaban allí. Sombras que la acosaban. No quería correr, convencida de que si lo hacía, despertaría el instinto depredador de sus perseguidores y la cazarían como a un animal. Porque sabía quiénes eran.

No necesitaba verlos.

«Muertos que volvían a la vida», el recuerdo de lo que habían dicho en la radio la golpeó con fuerza. No había nada racional en su miedo, pero ésa es la raíz del pánico: la irracionalidad. Muertos que volvían a la vida para terminar lo que no habían hecho en vida. Ahora ya no habría disimulos ni falsa amabilidad, ahora buscaban lo que ellos no tenían: su vida. Mancillarían su carne y luego la matarían. Salvo que fuera capaz de evitarlo. Comenzó a correr y los oyó correr a ellos. A través de un escaparate alcanzó a vislumbrar sus figuras y la imagen la hizo sollozar de terror. Deformes, desarticulados, quemados, rotos... Pero reconocibles. Ellas con los rostros contraídos por el odio y la envidia, ellos con los rasgos desencajados por la lascivia. La buscaban a ella, la deseaban. Querían arrebatarse el hálito que ellos habían perdido en el accidente.

Cuando alcanzó la Gran Vía Marqués del Turia, al final de la que se hallaba la plaza Cánovas y su casa, intentó detener a algunos de los vehículos policiales que pasaban con las sirenas aullando. En vano. Tampoco consiguió mayor atención por parte de ninguna de las ambulancias que parecían perseguirse las unas a las otras.

Gracia corría ya sin reparo, con un paso desmadejado y poco eficiente a causa de los tacones. Se le cayó el bolso y dentro llevaba las llaves de casa, pero no se detuvo. Oía los gemidos de sus perseguidores, sus gruñidos, sus jadeos repletos de ansiedad. Casi podía olerles, un hedor a podredumbre y decadencia.

Siguió corriendo. Distinguió pequeños grupos de gente a lo lejos y se dirigió hacia ellos agitando los brazos y chillando. Pero al verla, echaron a correr también y no tardó en perderlos de vista. Huían de quienes la perseguían a ella. No había duda. Intentó que se detuvieran, pedir que la ayudaran, sin embargo, apenas le quedaba resuello. Se torció un tobillo al romperse uno de los tacones. Se despojó del calzado y siguió hacia adelante.

Cojeaba, tenía el rostro cubierto de lágrimas y lloriqueaba un *no, no, no* constante.

Ya no se atrevía a mirar hacia atrás, sabía que estaban allí mismo, que pronto alargarían las manos para cogerla. Jugaban con ella, igual que el gato con el ratón. Y entonces, de una finca al otro lado de la avenida, surgió un grupo de gente. Hombres

casi todos. Y llevaban palos, cuchillos y hasta escopetas. Gracia sintió que la esperanza renacía, pero también oyó como sus perseguidores gruñían alarmados. Aceleró aprovechando las escasas fuerzas que le restaban. Cruzó la amplia avenida y conforme se acercaba, gritó para advertirles de su presencia y la de los muertos (sí, muertos) que corrían tras ella. Los hombres la vieron y los armados con escopetas se las echaron al hombro. Gracia estuvo a punto de reír de puro alivio ¡Se iba a salvar! Intentó agacharse para no obstaculizar la puntería de sus salvadores.

La andanada le alcanzó en la cabeza y los hombros. Apenas tuvo tiempo para articular una protesta.

Cayó al suelo con un intenso dolor azotándola. Abrió la boca y soltó un alarido.

«Las niñas bien educadas no gritan». Vete a la mierda, mamá.

El grupo de hombres se aproximó a ella y vio como uno le apuntaba a la cabeza. Una voz dijo que adelante, que se la volara de una puta vez. Gracia frunció el ceño, disgustada ante la expresión soez y luego sobrevino una explosión y la oscuridad.

—Una menos.

—Sí. Venía directa a por nosotros. ¿Has visto como gritaba? Joder, qué miedo dan.

—¡Puta zombi!

—Vigilad, que habrá más. En la radio han dicho que están por todas partes.

—Ésta venía sola.

—Sí, pero si te llega a morder...

—Vámonos.

—Sí, tenemos trabajo que hacer.

—Vamos de caza...

## CAPÍTULO XII

### Descenso a Los Infiernos

---

Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza.

*La Divina Comedia*  
Dante Aligheri

*(Dos de la tarde.  
Domingo, 7 de diciembre, 2014)*

Llamé a Mati y le dije que no me esperara a comer, que el tema se había liado. Le aclaré que no estábamos en La Coma y que ya le contaría. Que tenía que informar a Garrido. Preguntó si me encontraba bien y si pensaba aparecer durante el día o iba a montármelo con Garrido. Le prometí que en una par de horas estaríamos juntos. También que me encontraba perfectamente y que tenía muchas ganas de estar con ella. Le dije te quiero sintiéndome culpable por engañarla. Colgué el auricular y apoyé la cabeza sobre la pared intentando recuperar el control. El de la barra del bar desde el que acababa de llamar me preguntó si todo estaba bien. Después de mentirle a Mati, costó mucho menos mentirle a él. Pedí un café doble y un chupito de orujo. Me dediqué a fumar mientras me lo preparaba. Repasé mentalmente lo que había oído esa mañana en la radio sobre la doctora Godwin y me pregunté si sería guapa. Enseguida pensé que si eso era lo único que se me ocurría, era probable que ya tuviera el cerebro podrido.

Tomé el café, el chupito, dudé si pedir otro, lo hice, me lo tomé también y decidí que el tercero era pasarse, sobre todo teniendo en cuenta que aún no había comido. Salí a la calle, había dejado de llover, pero el día era una mierda gris, y entonces ocurrió: sentí unos enormes e irrefrenables deseos de comer vísceras. Me detuve en seco y pude oír claramente como me rugía el estómago ante el simple pensamiento de un hígado fresco y sangriento. Es algo normal, me dije. Nos pasa a todos los reanimados, de vez en cuando tenemos que comer, *devorar* entrañas. Pensé que había dejado esa fase atrás, pero no, se ve que... No, no... ¿A quién intentaba engañar?

Seguí caminando. Encendí un pitillo que aspiré con tanta fuerza que lo ahogué. Prendí otro y aceleré el paso. No iba a coger el coche, necesitaba hacer ejercicio... No sudo, antes sudaba mucho, demasiado. Antes del FR quiero decir. Antes de morir. Cuando estaba vivo. Cuando no se me hacía la boca agua pensando en entrañas. Entrañas palpitantes. Cuando no me temblaban las manos ni pensaba en la muerte de

forma constante. Caminaba cada vez más deprisa, casi corría. No había casi nadie por la calle. Era día de estar en casa, con la familia, día de lectura, escuchar la radio o charlar sobre lo que fuera. Hacía un frío intenso, un frío de *muerte*... Cómprate un hígado de cerdo, me dije. Lo has hecho otras veces. Cómprate uno grande. Pero no. No quería el hígado de un puto cerdo. En esos momentos lo único que quería era... *Desgarrar... Gemir*... Le di el alto a un taxi que pasaba por mi lado, subí y le dije que me llevara al centro CIFR en la Alameda y que lo hiciera cagando leches. Enarcó una ceja y me preguntó si tenía que preocuparse. Observé que metía la mano bajo la chaqueta y no porque se quisiera rascar. Le mostré un billete de cien y respondí que sí, que más valdría que se preocupara, porque si no estábamos en el CIFR en menos de cinco minutos, la pasta no llegaría a su bolsillo. Enarcó las dos cejas, pero mantuvo la mano amagada. Añadí un segundo billete y las cejas se frunció, la mano apareció y el taxi salió disparado. Al final los billetes encontraron el camino al bolsillo del taxista y yo empujé las puertas de cristal del CIFR y fui derecho a la recepción.

El médico del CIFR, A. Galán Brotons rezaba la placa prendida en su bata, leía los resultados de las pruebas a las que me acababan de someter. De vez en cuando levantaba la cabeza y me pegaba un rápido vistazo. Como me aburría y estaba prohibido fumar ahí dentro, me entretuve un rato con la petaca. La consulta del médico, un título en neurología colgaba en la pared tras su escritorio, era una especie de cubículo bastante espartano y sin ventanas. Algo asfixiante. Tuve el repentino deseo de largarme de allí a disfrutar del aire libre y la lluvia mojándome la cara, y abrazar a Mati. Pero no me moví, era consciente de que quizá no volviera a disfrutar de ninguna de esas cosas.

—Sr. Stone, ¿quién es su médico de cabecera? —me preguntó de pronto.

—No uso.

—¿Cómo dice?

—Tenía un médico de cabecera, el doctor Merino, pero cortamos nuestra relación después de que yo le fallara; fallecí.

El neurólogo me dirigió una mirada entre inquieta e impaciente.

—¿Quién ha hecho su seguimiento desde el FR?

—Pues todas las que han querido, doctor. No me hago el duro con las mujeres, no más de lo necesario.

—¿Debo entender que está comenzando su fase terminal, Sr. Stone? Tengo un botón al alcance de la mano —dio un golpe bajo el escritorio para indicarme dónde —, y si lo pulso entrará aquí un saco de músculos que mucho me temo que no tiene mucho cerebro, pero sí una misión muy específica cuando oye la alarma que acciona este botón: cargarse a quien esté conmigo. Y créame, por una parte quiero pensar que no necesito que el saco de músculos actúe, pero esa lamentable muestra de humor

unido a su evidente nerviosismo y a sus propias declaraciones al llegar...

Dejó la frase en el aire mientras me observaba. Era joven, unos treinta y pocos, moreno y mirada franca e inteligente. Y desde luego parecía estar hasta los cojones de mí. Admito que el follón que armé al entrar no decía mucho a mi favor, pero la pava que atendía en recepción no quiso tomarme muy en serio así que tuve que describirle con algunos detalles de carácter morboso lo atractivo que me resultaba la idea de destriparla allí mismo.

—De acuerdo, doctor, seré un buen chico. No tengo médico de cabecera y no me he sometido a seguimiento médico desde el FR.

—¿Y puede saberse por qué ha sido tan estúpido?

—Ya veo que no se muerde la lengua, doctor.

—Responda a la pregunta.

—Porque tengo miedo, ¿vale? Porque llevo acojonado desde el siete de agosto del 2012; porque he estado muerto, que es algo que siempre me había dado pánico y resulta que me tocará pasar otra vez por lo mismo. Siento no poder darle motivos más interesantes, es así de simple: miedo.

—Comprendo. —Asintió con la cabeza y tomó los papeles que tenía sobre el escritorio—. Dice que comenzó a notar los síntomas actuales hace un par de semanas.

—Sí. Al principio los atribuí al cansancio, la tensión, pero luego comencé a leer sobre las investigaciones de la doctora Godwin y, bueno, lo de las vísceras ya ha sido la puntilla...

—Las pruebas indican que ha entrado en la fase inicial del Decaimiento, pero no quiero que se alarme, esta fase se caracteriza por los síntomas que usted ya conoce, pero no conlleva un deterioro significativo de los procesos mentales. Yo diría que todavía le quedan varias semanas, puede que meses de normalidad. Tampoco creo que su ansia por comer vísceras sea preocupante, lo atribuyo más a su estado mental que a un impulso real. Le repito que no hay motivos para alarmarse.

Cerré los puños y procuré controlar el acceso de rabia.

—¿Que no me alarme?

—Usted ya sabía lo que le aguardaba, Sr. Stone. Si mi pronóstico se cumple, y no veo motivos para pensar lo contrario, aún le queda algo de tiempo por delante.

Abrí las manos y las coloqué sobre los muslos. El tipo decía mierda cuando había que decir mierda y siempre he preferido a la gente así, pero supongo que por mucho que supiera que tenía el final a la vuelta de la esquina, no estaba preparado para que me lo dijeran sin hacerme un par de carantoñas antes.

—¿Qué hay del suero de la doctora Godwin?

El médico se encogió de hombros.

—No hay mucho que pueda decirle al respecto. —Percibí el escepticismo en su tono.

—No cree que vaya a servir para nada, ¿verdad?

—No, con toda sinceridad, no lo creo. Creo que lo mejor para usted y todos los

que le rodean, Sr. Stone, es que comiencen a prepararse para lo inevitable. Tengo la obligación de abrirle una ficha y exigirle que acuda a esta consulta dentro de una semana. Le someteremos a controles semanales y conforme veamos que avanzan los síntomas, los haremos con más frecuencia. Llegará un día en el que le dejaremos ingresado. Procuraremos que su estancia sea lo menos dolorosa posible tanto para usted como para sus seres queridos. —Se puso de pie—. Acepte lo que le ocurre, Sr. Stone, y disfrute lo que le queda.

Me puse de pie yo también.

—Quiero una cita con Godwin.

Galán suspiró.

—Insisto que lo mejor es que acepte lo inevitable, Sr. Stone, alentar falsas esperanzas no le supondrá más que dolor para usted y los suyos.

—No, si yo estoy dispuesto a aceptarlo, pero mis cojones no. Siempre han ido por su cuenta, ¿sabe? Quiero una cita con Godwin —repetí y lo hice mirándole a los ojos. Sabía porque me lo habían dicho en recepción, que para concertar la cita con la creadora del suero milagroso, necesitaba la mediación de un médico del CIFR.

—Sr. Stone...

—Doctor Galán —le atajé sin fiorituras—, ¿quiere hacer el puto favor de concertarme una cita con la doctora Godwin?

Suspiró de nuevo.

—De acuerdo, Sr. Stone, tendrá usted su cita. —Se volvió a sentar y garabateó algo en uno de los papeles de mis pruebas. Al terminar, los unió con un clip y me los entregó—. Entréguelos en recepción y allí le darán fecha. Ahora, haga el favor de abandonar mi consulta.

Lo hice.

No nos dimos la mano.

Me dieron fecha en recepción (había otra recepcionista sustituyendo a la que me atendió a mi llegada. No me miró con buenos ojos).

Salí a la calle donde llovía con fuerza. Eché a andar. Quería llegar a casa lo antes posible. Tenía que hablar con Mati y quería hacerlo antes de que me fallara el valor.

La hice ir al despacho. Terreno neutral. Lejos de casa.

*Me hizo ir al despacho. Y fui creyendo que era para quitarle el polvo a su mesa. No hubiera sido la primera vez. Resultaba excitante.*

Llegó mojada con el pelo pegado a la cabeza. Le gusta pasear bajo la lluvia. Estuve a punto de tomarla en brazos y mandarlo todo al diablo.

*Cuando abrió la puerta, supe que había pasado algo malo. La forma en que me miró...*

No la tomé en brazos y ella supo que algo iba mal.

De pronto se puso de lo más educado y me entraron ganas de patearle las pelotas.

Le pedí que se sentara. Le ofrecí un café, me dijo que no. Le ofrecí un cigarrillo, me dijo que no. Le ofrecí un trago y me dijo que o iba al grano, o me iba a la mierda.

*Estaba indeciso así que le pedí que por favor me dijera el motivo de nuestro encuentro en el despacho.*

Vacilé, intenté mostrarme duro.

*Puso cara de cordero degollado.*

Esto no va a resultar sencillo, pensé.

*Parecía a punto de cagar erizos.*

—Mati, yo...

—¿Ajá?

—Necesito espacio.

—¿Espacio?

—Sí, entre el caso y bueno, no te voy a engañar, lo que me espera... Ya lo sabes. Necesito sitio para moverme, no sé si me entiendes.

—¿Tanto se te ha hinchado el ego?

—Joder, Mati, no me lo pones fácil.

—¿Y por qué coño habría de ponértelo fácil?

—He estado reflexionando, las cosas se precipitan, el tiempo corre... No hay futuro para nosotros, Mati.

—No me interesa el futuro, Tom. Solo me interesa el presente. Y ahora mismo me estás largando. Ése es mi asqueroso presente.

—No es así, exactamente. Mira, no sé cuánto me queda, pero no creo que sea buena idea seguir juntos. Necesito estar conmigo mismo, tener espacio a mi alrededor. Tomar decisiones. No puedo estar pendiente de nadie. Quiero decir que...

—Quieres decir muchas cosas, supongo; pero el caso es que sólo estás diciendo una y es: Mati, necesito espacio. Mati, estorbas. Coño, Tom, es tan tópico que casi diría que ya te estás desgastando. ¿Te pego un tiro y acabamos?

Me encendí un pitillo. El pecho me dolía. Extraño teniendo en cuenta que estoy muerto. La sensación era asfixiante. Sonreí.

*Cuando le vi sonreír, me di por derrotada. ¡Maldita sea!*

—Pégamelo, probablemente lo merezca.

—¡Uf! Tom, si sigues así me pondré a vomitar y eso me pone de mala leche —Mati meneó la cabeza, sus ojos se debatían entre el sarcasmo y el dolor—. No sé qué cojones te ha ocurrido, pero si lo que quieres es espacio, ahí lo tienes. Que te jodan.

—Voy a cerrar el despacho, Mati, pero hablaré con Garrido y seguro que tiene trabajo para ti. Le llamaré y...

*Ahí la cagó. Tom me decepcionó.*

Mati se revolvió como una serpiente, sus ojos llameaban.

—Cierra el puto pico —siseó—. Me largas y yo me largo, pero como se te ocurra compadecerme, te arranco el alma. —Me dedicó una última mirada furiosa y se largó dando un portazo que hizo temblar hasta el perchero de mi despacho.



Ya está, pensé. Un tema menos del que preocuparse. Ahora sólo tienes que gimotear como una nena y emborracharte.

Y lo hice, saqué mi petaca, que había tomado la precaución de cargar hasta los topes de *bourbon*, y me hice el firme propósito de vaciarla. Dejé el paquete de tabaco sobre la mesa y acompañé el alcohol con nicotina. Descolgué el teléfono. No había nadie con quien quisiera hablar.

El tiempo se volvió espeso, una gota de brea en cuyo interior me hallaba suspendido. Oscurecía y las sombras alargaban sus zarcillos por el interior del despacho, pero no encendí la luz, quería que la brea me calara hasta el alma, quería insensibilizarme. Quería perder el miedo. Perdí la noción del tiempo y hasta la capacidad de pensar; me limité a fumar y beber, beber y fumar. Resultó indoloro, no agradable, pero sí inocuo. No podía permitirme emociones.

Me sentía el último hombre sobre la Tierra fundido en la penumbra de mi despacho, cuando llamaron a la puerta.

Medité no abrir, que quien fuera volviera otro día, o no lo hiciera nunca. Me daba igual. Volvieron a llamar. Un golpe seco e impaciente. ¿Y si era Mati? La sola idea de verla me hizo recuperar las sensaciones de golpe; fue como salir del agua después de aguantar la respiración hasta el límite y aún más. Con una mezcla de confusión, reproche y alivio, fui hacia la puerta pensando que de haber tenido pulso, la tensión me habría sacado la tontería por las orejas, lo cual no me habría venido mal.

Abrí la puerta y topé con una sombra densa inmersa en las sombras del rellano. Desde luego no era Mati, quien fuera era más grande que ella. Estuve a punto de cerrar la puerta de golpe.

—¿Puedo pasa? —susurró la sombra.

No me costó identificar al dueño de la voz, me costó más recuperarme de la sorpresa.

—¿Qué busca aquí, Sr. Blanco-Alcázar?

—¡No vuelva a usa ese nombre! —siseó la sombra.

—Llevarle BMW no me acaba de convencer, suena a marca de algo, tomate en conserva...

—¡Déjese de tonterías! Llámeme Miguel, es mi nombre, ya lo zabe. ¿Puedo pasa o no?

Me aparté para dejarle entrar, cerré la puerta tras pegar un vistazo rápido para comprobar que no había nadie más, y le guíé hasta mi despacho. Encendí la luz (magra y discreta) y le mostré una de las sillas mientras yo me dejaba caer en mi sillón. Estaba lo bastante borracho como para no importarme demasiado estar en el mismo cuarto que un tipo que estaba como una puta cabra. Y con motivos para estarlo.

—¿Quiere un trago, un café, algo?

—Quiedo que se calle y me escuche. Conteste unas preguntas y me marchadé. Con algo de suedte, consevadá los labios para seguir chupando de esa petaca —se encogió

de hombros y enfocó un ojo negro en mi dirección—. O puede que no. Puede que la suedte no tenga nada que ve y decida divedtime.

Supongo que el alcohol que me había metido entre pecho y espalda me había atontado, o es que soy así, tonto perdido. El caso es que el ojo oscuro que me enfilaba era el de un silenciador acoplado a una Glock 19.

—Quiedo que coja su adma y la ponga encima de la mesa —ordenó el dueño de la Glock.

—¿Y si no lo hago y le mando a la mierda?

—Entonces te pegadé un tido en las dodillas, te atadé a la silla y hadé que mis chicos, que espedan abajo, vayan a por esa chica tan mona que folla contigo y la taigan aquí. Nos la follademos por tudnos y luego la codtademos en tocitos muy pequeños. Hademos que zea ladgo y tú nos pedidás que pademos, que serás un buen chico, pero será inútil podque no padademos...

Se calló. A mí me temblaba tanto la mano que parecía que fuera a echar a correr por su cuenta.

—Pon el puto adma encima de la mesa y deja de hace el capullo, Stone. Y tutéame, que a lo mejo soy la última pesona con la que hablas...

Dejé la Iver sobre la mesa, encendí un cigarrillo y le tuteé a conciencia.

—Tú vuelve a amenazar a Mati y te arrancaré la Glock y te la meteré por la garganta. Cada vez que carraspees, te pegarás un tiro en la cabeza.

—Bla, bla, bla... ¿Pod qué coño no te callas y escuchas? La gente se pasa la vida hablando y pidiendo el tiempo con sus estupideces. Y pod el aspecto de esos temblodes, a ti no te soba el tiempo.

La cruz que le desfiguraba el rostro había adquirido un intenso color violáceo y no había cordura en los ojos inyectados en sangre. Decidí escucharle. Aunque me jodiera, el tipo tenía razón: no tenía tiempo que perder en un concurso de amenazas.

—Así está mejo —asintió con una amplia sonrisa de hiena—. ¿No te impotadá que me fume un cigadito de la disa, veda? Me calma y te conviene que esté calmado.

—¿Cuándo te convertiste en el rey de los cabronazos? —le pregunté y al momento quise morderme la lengua. Estaba jugando con fuego.

—Siempre he sido bastante cabbón —sonrió, tras encenderse un porro que parecía una trompeta—. Desde pequeño. Papá y Mamá no sabían qué hace conmigo pada que me comptada bien. Mamá decía que estaba hecho de la piel de Satanás. Je. La abuela Celia sí que supo lo que había que hace conmigo... —Se interrumpió y cerró los ojos con fuerza—. ¡Vieja zodda asquedosa, espedo que se pudda en el infiedno!

El problema de no haberme mordido la lengua es que seguía fresca y con ganas de guerra.

—¿Así que tu abuelita te dio por culo y ahora el mundo tiene que pagar por lo que has sufrido? —solté un bufido—. Vaya mierda de historia.

Me observó en silencio, enchufado a su trompeta de la risa. Juraría que la cruz palpitaba.

—Este mediodía han asaltado el baddio y se han cepillado a Papá Pitufu y a casi todos sus chicos.

—¿Qué?

—Ya lo has oído, Stone. Han aparecido un montón de tipos encapuchados y se han liado a tidos con todo el mundo. No estoy contento. Me he libado podque estaba con la moto...

—No sé de qué coño me estás hablando.

Volvió a guardar silencio mientras saturaba el despacho del olor dulzón de la marihuana.

—Lo sé, edes demasiado decente y demasiado gilipollas pada hace algo así; lo supe cuando no me pegaste un tido. Cualquie otto lo hubieda hecho. Pedo esos hijos de puta apadecieron unas hodas después de idos vosotros, no fue casualidad... — Enarcó un ceja y la cruz se retorció llena de arrugas—. ¿Quién eda tu amigo? Quiedo la vedad, Stone, es lo único que te sepada del dolo.

Intenté pensar con rapidez; dudaba que el Sanguinario tuviera algo que ver con el ataque, pero en esos momentos era mi culo el que estaba a punto de ser pateado y no olvidaba las amenazas a Mati. Sin embargo, confesar que mi acompañante era Gregorio Espinosa, el criminal más poderoso de la ciudad, podía obtener dos reacciones: o no me creía, y estaba jodido; o me creía, y estaba jodido.

—Montero es mi colega. Es un policía retirado que me echa una mano de vez en cuando. No ha tenido nada que ver con lo del ataque. Pongo la mano en el fuego por él. —Levanté la mano para reforzar mi argumento, pero tuve que apoyarla en la mesa, donde tamborileó de forma incontrolada.

—Mientes muy mal, Stone —levantó la Glock apuntándome al hombro.

—Vamos, los dos sabemos que no vas disparar —espeté, jugándomela. BMV rio, yo reí de vuelta. Él me guiñó un ojo y disparó. Apenas fue un ¡plop!, seguido del estallido de un cristal.

El impacto en el hombro izquierdo me hizo girar con violencia. Acabé en el suelo. El hombro ardía igual que si hubieran montado una barbacoa en él. Me incorporé apoyándome en la mesa, aguanté las ganas de aullar y volví a sentarme. Cogí la petaca y le arreé un buen trago.

—Vale —dije entre dientes—. Me he equivocado y supongo que ahora tendré que pagar prenda.

Se puso de pie y vino hacia mí. Examinó la herida sin dejar de apuntarme con la Glock. Luego miró la ventana. Sonrió.

—Edes un capullo con suedte, es una hedida limpia. La bala te ha atavesado el hombro, pedo ahoda tienes una ventana dota —volvió a sentarse.

—Pues me has jodido, cabrón, esa ventana era como una hija para mí. Me temo que vas a tener que pagármela.

—Dime lo que quiedo sabe, Stone, o te pegadé dos tidos en las dodillas y hadé que taigan a esa putilla tuya. No te lo didé ota vez.

Intenté pensar con rapidez, algo complicado cuando llevas un pedo del siete y alguien te acaba de hacer un agujero en el cuerpo. No podía contarle la verdad, al menos no toda.

—Es un hombre de Gregorio Espinosa. Uno de sus gorilas.

La respuesta le desconcertó. Frunció el ceño.

—¿El Sanguinadio?

—Sí, el Sanguinario.

—¿Y pod qué coño has venido con un hombre del Sanguinadio? Pensé que edas de los buenos.

—Y lo soy, soy tan bueno que todo el mundo se aprovecha de mí.

La Glock volvió a mirarme con rencor.

—Explícate, Stone, o...

—Tu padre me contrató para que te buscara, quería saber por qué no habías sido un buen chico y te habías quedado en tu tumba. —Encendí un Camel—. Me paga un montón de pasta y a mí me gusta la pasta. —Sonreí, él no—. Hice mis averiguaciones, pregunté aquí y allá y me llegó el rumor del Bon Mort Vivant, BMV, un tipo que no se había limitado a burlar a la muerte una sola vez. No había que ser muy listo para sumar dos más dos.

Le pegué el último trago a la petaca y aproveché para comprobar su reacción ante mi historia. Se gesto era impasible, pero la Glock reposaba sobre uno de sus muslos y el porro resplandecía con intensidad cada pocos segundos.

—Hablé con los de la brigada FR, he colaborado con ellos en alguna ocasión y me deben algún favor. Gracias a ellos supe no sólo que existías, si no que los de antivicio tenían mucho interés en conocerte. Pero no pudieron decirme más, ni dónde te podía encontrar, ni siquiera si eras Miguel Blanco o no. —Tuve que callarme, el dolor del hombro comenzaba a ser insoportable. Conté hasta diez y pensé en Mati.

—Vamos, lo estás haciendo muy bien —susurró mi visitante.

—No, si cuando me pongo soy un fenómeno —dije, ahogando un gemido—. Bueno, ya sabes lo que dicen, hay que tener amigos hasta en el Infierno, así que si los chicos buenos no me podían ayudar, decidí acudir a los chicos malos. Le hice un favor a Eva, la mujer de Gregorio Espinosa, hace algún tiempo y por mucho que le pese al Sanguinario, me debía una, así que fui a cobrar la deuda. Tampoco sabía mucho de ti, aunque sí que había oído hablar de un tal BMV que movía mercancía por Valencia. No mostró mucho interés, se ve que tiene sus propios problemas desde que desapareció el Gran Louie de la escena, pero accedió a echarme una mano. Fue cuando ordenó a Montero, el tipo que me acompañó, que me llevara a visitar a sus camellos, ellos quizá supieran dónde encontrarte.

—¿Pod qué pensabas que ellos lo iban a sabe?

—Porque os revolcáis todos en la misma charca de mierda y es algo que une mucho a la gente.

—Y el capullo de Lobo te dijo dónde podías encotame... Hum. ¿Lo sabe mi

padde?

—Imagino que sí.

Me lanzó una mirada escrutadora, se la mantuve sin problemas.

—Ya tienes lo que querías. Lárgate y déjame que me lama la herida.

—¿Alguien intenta márame, yo diría que el Sanguinadio, y quiedes que me vaya?

—Negó con la cabeza y la Glock volvió a señalarme—. Vienes de padte de mi padde, odio a mi padde y te odio a ti. Aunque me sigues cayendo bien, te haddé un agujedito en la cabeza y ya está.

La puerta se abrió de golpe y alguien le ordenó a BMV que soltara el arma y se agarrara las orejas.

—¡Y rápido, capullo!

No sé quién de los dos se quedó más sorprendido, si el hijo chiflado del reverendo o yo.

—¡Una zodda! ¿Qué hace una puta aquí?

—Si no eres capaz de hablar con claridad, cállate, payaso.

—Mati —susurré con incredulidad.

—Otro listo, más vale que tú también cierres el pico o acabaré montando un circo con tanto payaso.

La Glock se desplazó ligeramente hacia la silueta enmarcada en la puerta.

—Eso es, tonto el haba, alégame el día. —Se escuchó con claridad el sonido del percutor de su S&W. Un sonido agradable cuando estás del lado bueno del arma, no tanto cuando estás al otro. BMV debió llegar a la misma conclusión porque la Glock cayó al suelo.

—Mis chicos están abajo —siseó con rabia—. Subidán si taddo demasiado.

—¿Tus chicos? —rio Mati—. ¿Te refieres a los gilipollas de la furgoneta que hay aparcada frente al portal? Están fritos, no sé qué coño se han metido, pero podría robarles las uñas y no se enterarían.

—¿Por qué no acabamos con esto de una vez por todas? —pregunté, procurando ignorar el intenso dolor del balazo—. ¿Tú no querías que te pegara un tiro esta mañana? —Cogí la Iver de la mesa y le apunté—. Puedo complacerte.

No dijo nada, aunque juraría que la cruz de su rostro perdía intensidad.

—¡Ah! Ya entiendo. Ahora ya no mola tanto morir, ¿eh?

Siguió en silencio.

—Lárgate.

La sorpresa arrugó la cruz convirtiéndola en astillas.

—¿Estás seguro? —intervino Mati. No había dejado de apuntar a BMV y pude ver que si la dejaba, le habría volado la cabeza sin vacilar.

—Sí. Que se marche. —Enfundé la Iver y me desplomé en el sillón; el hombro palpitaba como si tuviera vida propia—. Estamos en paz. Esta mañana podría habernos matado y no lo hizo.

—Pero estaba a punto de pegarte un tiro...

—No, qué va, sólo bromeaba. ¿Eh, amigo?

BMV apretó los labios, pero siguió callado.

—Lárgate —volví a decirle—. No quiero volver a verte. Ya sabes lo que hay que saber. Estoy harto de todo este asunto. Vuelve a tu charca y yo volveré a la mía.

Se agachó para coger la Glock.

—Ni de coña —le advertí—. Me debes una ventana, así que me quedo con tu pistolita.

Sonrió de medio lado y asintió.

—Oye —llamé y se detuvo—, creo que eres un cerdo malnacido pero también creo que tuviste una infancia de mierda.

—Estoy de acuerdo —replicó con suavidad—. Soy un cerdo malnacido.

Fue hacia la puerta y Mati se apartó sin dejar de apuntarle. Le siguió y cerró la puerta de la calle en cuanto salió. Luego volvió al despacho.

—¿Y si vuelve?

Negué con la cabeza.

—Tiene lo que quería. Además, pensará que vamos a llamar a la poli. Se largará. A partir de aquí, el problema es de su puñetero padre.

Mati acabó por encogerse de hombros y fue hacia el teléfono; frunció el ceño al verlo descolgado, no dijo nada, colgó para recuperar la línea y a continuación llamó a emergencias. Pidió una ambulancia para un herido de bala. Colgó y se volvió hacia mí.

—¿Quieres algo más?

—¿Por qué has vuelto? —pregunté.

—Porque soy gilipollas. ¿Quieres algo más?

Lo pensé, lo pensé de verdad.

—No, gracias. Supongo que salvarme el pellejo se ha convertido en una costumbre.

—Vete a la mierda, Tom. —Dio media vuelta y se marchó dando un portazo.

Me quedé sentado esperando a la ambulancia, rezando para que no tardara demasiado y me metieran algún sedante que calmara el dolor.

Todo el dolor.

### SUPLEMENTO CULTURAL DE LA VANGUARDIA SECCIÓN MUSICAL

#### Los Beatles, músicos de la revolución pacífica.

**R. Martínez Simón.**

Cuando ya concluye el año 2014 y echamos la vista atrás para rememorar lo mejor de los últimos doce meses, quisiera reflexionar en voz alta sobre el fenómeno musical que ha acompañado a ese otro fenómeno, el de la Reanimación. Ambos han acelerado el mundo, lo han revolucionado de manera irreversible, digan lo que digan algunos enterados que hablan de una próxima regresión a un espacio-tiempo anterior y bla, bla, bla...

El fenómeno musical son Los Beatles. Un fenómeno que ha venido a responder al clamor de una generación que lleva auestas un trauma como fue la vuelta de los muertos el día del FR. Una generación cuya respuesta a este extraordinario hecho, a pesar de las reacciones iniciales, ha sido de un valor incuestionable. Y si la entonces Secretaria de Naciones Unidas, Lucille S. Diamond, fue la cabeza visible de la respuesta al retorno de quienes creíamos se habían marchado para siempre, su testigo lo recogieron los cuatro chicos de Liverpool. Sus canciones, rebosantes de alegría y mensajes de esperanza, se han convertido en el himno de la generación que surge con fuerza y aboga por un futuro sin guerras.

Queda camino por recorrer, que duda cabe, las cosas no cambian de una día para otro. Uno de los hechos que más controversia está levantando es que todavía no se haya dado solución a la lacra que siega la vida por segunda vez de los reanimados, la denominada Ley del Decaimiento. Las acusaciones de falta de interés por parte de las administraciones, que parecen estar aguardando a que el problema FR simplemente desaparezca, han suscitado protestas que reclaman respuestas inmediatas. Los movimientos que arremeten contra la pasividad generalizada de los gobiernos han hallado en una canción de los Beatles un himno que esgrimir a la hora de exigir un

cambio inmediato. Hablamos de *Revolution*, cuya letra llama al cambio pero a través de medios pacíficos, no de la violencia...



## CAPÍTULO XIII

### Mierda

---

You say you want a revolution  
Well you know  
We all want to change the world.

*Revolution*  
The Beatles

*(Madrugada. Lunes, 8 de diciembre, 2014)*

Si la autocompasión oliera, me habrían eliminado por asqueroso. Ya había vuelto del hospital. La herida palpitaba, pero no tardaría en volver a usar el brazo. Al menos, eso fue lo que me dijeron. No tenía ni puta idea de qué hora era, sólo que había acabado con las dos botellas de *bourbon* que guardo en el botiquín para emergencias. Era una auténtica emergencia, un gilipollas estaba a punto de recuperar la capacidad de razonar y no podía permitirlo.

La ambulancia había tardado cinco eternos minutos en llegar, los camilleros menos de uno en subir y seis más en ingresarme en el hospital Doctor Peset por urgencias. Me dieron unos Nolotiles en vena que alejaron el dolor. No lo eliminaron, estaba ahí, lejos, pero dando por culo con suavidad. Después me metieron en un quirófano y me tumbaron.

—Sobrevivirá —sentenció el cirujano que me iba a intervenir, tras examinarme—. Es una herida sin complicaciones, lo limpiaremos todo bien para que no queden restos dentro. Luego la coseremos y podrá usted jugar con sus amigos en unos cuantos días. Los reanimados se recuperan pronto de las heridas, alguna ventaja tiene que haber con eso de estar muerto.

Supongo que puse gesto de preocupación o que hice ¡Oh!, porque el tipo, espigado, flaco y con cara de reírse mucho de todo el mundo, me dio una palmadita y me aseguró que sólo uno de cada cien de sus pacientes la diñaba.

Cuando se marchaba para según sus propias palabras, echar unas gotitas en el váter, se detuvo en la puerta, contando con los dedos.

—Curioso, no sé si llevo noventa y ocho o noventa y nueve pacientes atendidos con éxito —se encogió de hombros—. Bueno, supongo que no tardaremos en averiguarlo.

Abandonó el quirófano con una carcajada sádica y me volví hacia la enfermera que trasteaba con una bandeja lleno de objetos cortantes que habrían hecho palidecer de envidia a un carnicero.

—¿De qué va el mamón?

La mujer, con aspecto de no cumplir ya los cuarenta ni de volver a pesar cincuenta kilos, me obsequió con una rápida sonrisa.

—El «mamón» es el mejor cirujano de Valencia, posiblemente de toda España. La charla es para que los pacientes se cabreen con él y dejen de compadecerse de sí mismos. —Suspiró antes de ponerse una mascarilla—. O eso es lo que va diciendo por ahí, aunque yo creo que sí, que es un poco mamoncete.

—Buen consuelo.

—Sobrevivirá, no sea llorica.

—No es eso, es que me gusta que me den palique.

—Pues hable deprisa, que le van a poner la anestesia local en unos segundos y luego será todo cortar, hurgar, sudar y coser y no habrá tiempo para charlas.

—¿No van a ponerme la anestesia general?

—¿A un muchachote reanimado como usted? —dijo alguien que acababa de entrar. El Doctor Mamón había vuelto—. No podemos, sería mortal, y entonces no podría operarle. Pero no se preocupe, ni se va a enterar. Hasta puede que se quede tontete un par de horas. Confíe en mí.

Y lo hice, confié en él. Y me quedé tontete oyendo al Dr. Mamón preguntar en qué se parecen un pañal y un reanimado. Y cuando se me pasó la tontería, estaba tumbado en una cama que olía a desinfectante, con un camisón que parecía la manta de una mesa camilla y con un tipo que no me quitaba ojo en otra cama al lado de la mía.

Me pregunté en qué se parecerían un reanimado y un pañal mientras me incorporaba con dificultad. Estaba un poco mareado y llevaba el brazo en cabestrillo y tenía el ánimo a la altura de las mierdas de perro en la calle, pero por lo demás, me encontraba muy bien.

—¿Quiere que llame a la enfermera? —dijo el tipo de la otra cama. Un gordo casi calvo, con gafas. Tenía escayola y vendas por todas partes. Parecía que le hubiera atropellado un camión dos veces.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien, sólo quiero mi ropa.

—En la mesilla —me indicó Gordo Escayolado, señalando el mueble al lado de la entrada—, pero debería avisar a la enfermera. Me parece que han llamado a la policía. ¿Le han atracado? He oído que le pegaron un tiro. Espere, llamo al timbre y le ayudarán —se retorció para apretar el pulsador que tenía sobre la cabeza, pero le detuve con un gesto.

—Sé vestirme sólo, amigo, así que no hace falta molestar a nadie. Y no, no me han atracado, estaba jugando al tenis y me han pegado un pelotazo. —Miré la hora.

Hacía poco más de dos horas que había ingresado.

La verdad es que me costó bastante vestirme, uno sólo echa en falta un brazo cuando necesita los dos, que es casi siempre. Pero lo conseguí. A pesar del dolor y de que estuve a punto de estamparme contra el suelo un par de veces, conseguí hacerlo.

Luego me coloqué el cabestrillo y le dirigí una mirada triunfal a mi compañero de habitación.

—Tiene la ropa toda arrugada y manchada. ¿Es sangre? Y lleva la camisa por fuera y los cordones de los zapatos sin atar. Debería esperar a la policía.

Cambié mirada triunfal por vete a la mierda y, sin despedirme, salí al pasillo del hospital. Un par de enfermeras y familiares de otros pacientes se giraron al verme pasar, pero nadie me detuvo y pude llegar a la calle. Una vez allí, pensé en tomar un taxi lo cual me recordó que llevaba la cartera en la chaqueta. Me tanteé con cuidado, uno no se da prisa cuando le acaban de coser, y descubrí que seguía en su sitio. Di unas gracias silenciosas a la honradez del personal sanitario y tomé un taxi al que pedí que me llevara a casa. Por el camino, cambié de opinión y le dije que me llevara al despacho. La idea de tropezar con Mati en casa no me seducía lo más mínimo, o puede que sí, pero no tocaba. El chófer me observó a través del retrovisor.

—¿Estamos bien, jefe? —preguntó con desconfianza.

—Estamos muy bien —respondí—. Sólo haga lo que le he dicho.

El tipo se encogió de hombros y puso la radio. La noticia era la batalla campal que se había producido en La Coma. Aún contaban los muertos y el barrio estaba tomado por la policía; ahí estaba el motivo de que todavía no hubieran ido a visitarme al hospital. Bueno, ya lo arreglaría con Garrido.

—Está toda la policía en el puto barrio de mierda —gruñó el taxista—. Yo dejaría que se mataran todos entre ellos.

No respondí. Llegamos al despacho, le pagué y subí.

Y ahí estaba, borracho por segunda vez en pocas horas. Lo cual, unido al efecto de los sedantes, me estaba haciendo ver cosas moviéndose en los rincones del despacho. No me quedaba tabaco. No me quedaba nada. Sólo podía hacer una cosa. Ir al bar del Piojoso y rezar para que estuviera abierto. Me quité la chaqueta agujereada, tampoco era cuestión de llamar la atención más de lo necesario, y me puse la del traje que guardo en el despacho para los casos como éste, cuando viene alguien y me pega un tiro. Desistí de cambiarme también los pantalones, demasiado para un manco medio borracho y dolorido, y huí de las sombras del despacho rezando para que no me persiguieran.

—¿Nunca duerme, amigo? —le pregunté después de pedirle un café cargado a tope y la botella de orujo con un vaso al lado—. Hay quien dice que es el diablo en

persona.

Paco, el Piojoso, me observó con un ojo guiñado a causa del humo que ascendía desde el cigarrillo que sujetaba con los labios. Observó el cabestrillo. Aspiró el humo, tomó el pitillo, sacudió la ceniza y sonrió sin ganas.

—Ojalá fuera el diablo, dudo que tenga problemas de conciencia.

—¿Quién sabe? —comenté—. Todo eso del infierno podría ser un enorme complejo de culpabilidad.

—Sí, ¿quién sabe? —refunfuñó entre dientes—. ¿Quiere que ponga la radio?

La conversación se había terminado. Le dije que sí, cualquier cosa menos quedarme a solas con mis pensamientos. Mi infierno personal.

Eran las cinco y media de la mañana.

El ocho de diciembre.

Mi cumpleaños.

Pensé que las cosas no podían ir peor.

Me equivocaba.

Volví al despacho dando algún que otro traspies que atrajo las burlas de los chicos de la basura que andaban con los cubos de la acera al camión y de vuelta.

Eran las seis y media, hacía frío y aún faltaba al menos una hora para que amaneciera. Quería llamar a Garrido, desde que habíamos hablado las cosas se habían precipitado con el asalto a La Coma y la visita de BMW. Reflexioné que era extraño que él no me hubiera llamado por lo de la matanza de Papá Pitufo y sus alegres muchachos. Entonces recordé que había descolgado el teléfono del despacho después de lo de Mati y que si me había llamado a casa, o no le había contestado nadie, o Mati le había enviado a la mierda. Aceleré el paso, aunque el hombro me advirtió que más valdría que no me excediera. No dolía tanto como antes, supuse que el alcohol en la sangre me habría desinfectado por completo, pero tampoco estaba preparado para levantar pesos.

—He mandado a dos de mis chicos al depósito, Stone, y tengo un par más buscando por los hospitales. Y si no he dedicado a más gente a buscarte es por lo de la matanza de La Coma. No estabas en casa, no estabas en el despacho... Joder, estaba convencido de que te habían pegado un tiro o que te habías vuelto un desgastado. Después de lo del camello ése al que trocearon y lo de La Coma... ¿Qué otro motivo habría para que pasaras de mí más que de la mierda?

—¿Qué tal una conversación con una Glock?

Le oí inspirar con fuerza.

—¿Es que no te puedo dejar solo, coño?

—Está claro que no.

—¡Déjate de idioteces, hostia! Llevo toda la puta noche en vela ¿Qué cojones ha pasado?

—Si sigues hablando así, me vas a reventar el teléfono.

Soltó un bufido por respuesta. Se lo conté todo. Menos lo de Mati. Bueno, me refiero a la parte en la que mandaba a Mati a paseo. No es que no quisiera, prefería no volver sobre la escena. Recordé el avisarle de que si les llamaban del Peset para informar de un paciente que se había fugado, era yo.

—No te aburres, no —comentó cuando terminé—. Y ya puedes dar gracias a esa chica tuya, es tu ángel de la guarda. No me vendría mal tenerla por aquí —le sentí suspirar de nuevo—. Quiero verte ahora. No te entretendré mucho. Después más vale que cojas a Mati y desaparezcas. No quiero volver a liarte, pero en cuanto acabe contigo, voy a tener una conversación con nuestro querido reverendo Blanco y me da que va a exigir que encontremos a su hijito del alma. Si no te tengo delante, no podré presionarte.

—Todo un detalle por tu parte.

—Soy un tipo sensible. Tienes cinco minutos para llegar aquí.

—Alguien está jugando con nosotros —dije en tono cansino.

—Ya, ahora dime quién y podemos darnos palmaditas en la espalda y cogernos las pelotas para demostrar lo machos que somos.

Garrido me había dicho que llevaba toda la noche en vela y se le notaba por todas partes. Llevaba la ropa hecha un desastre, arrugada hasta el extremo de la crueldad y en la camisa podías deducir sus últimas comidas a partir de las manchas. El pelo escaso, que solía peinar por aplastamiento de agua y gomina, estaba encrespado como las plumas del culo de un gallo y tenía los ojos tan colorados que daban ganas de introducir un pincel y pintarse las uñas.

Eran las ocho de la mañana del ocho de diciembre y de pronto se me ocurrió que era mi cumpleaños y nadie me había felicitado todavía. Ese pensamiento me llevó a Mati y de ahí me fui a por la copa de *brandy* que me había traído Lola con el café (le pedí que me adoptara, que me portaría bien y levantaría la tapa del váter siempre) y la engullí. Garrido gruñó con impaciencia.

—¿Qué quieres que te diga, Garrido? Pienso como tú, que el más beneficiado es el Sanguinario, así que lo lógico sería pensar que es él quien está moviendo los hilos. Mi otro candidato es el cabronazo del reverendo, pero dudo que entre sus feligreses cuente con matones tan profesionales como los que se han ocupado de los trabajitos del Sr. Lobo (Sapo) y La Coma.

Garrido me escuchó con atención y se acarició las sienes cuando acabé de hablar.

—Lo mismo pienso yo. Es probable que se lo hayamos puesto en bandeja a Espinosa, se cargó al camello del Calimocho por faltarle al respeto y después borró del mapa toda la competencia de La Coma.

—No, toda no. Te recuerdo que el hijo del reverendo sigue suelto; vivito y coleando. El tipo es un chiflado de los que dan miedo, pero también es listo; seguro

que ha llegado a las mismas conclusiones que nosotros. Si yo fuera Gregorio Espinosa, me andaría con mucho cuidado.

Garrido tomó una taza de café, miró el contenido como si fuera orina de cerdo, y se lo bebió.

—Tiene sentido y la explicación más simple suele ser la buena. Si alguien se ha beneficiado de todas estas muertes ha sido Espinosa.

—¿Y qué vais a hacer? —pregunté.

El comisario descargó un puñetazo sobre la mesa que hizo temblar el suelo.

—Nada.

—¿Nada?

—Primero, llevo toda la mañana intentando contactar con Espinosa y no ha habido manera. En su casa dicen que no ha aparecido desde ayer y nadie lo ha visto por los sitios que suele frecuentar. Segundo, mi instinto me dice que está muy bien quedarse con la explicación más sencilla y no calentarse la cabeza, pero no me la trago —negó con vehemencia—. Algo no encaja.

—Tú dirás —repuse, mientras me ponía de pie. Ya había tenido bastante y quería salir de ahí, sentir el aire fresco. El hombro me palpitaba con un dolor sordo, era soportable pero irritante. El cabestrillo me hacía daño en el cuello, era soportable, igual que el dolor del hombro, pero daba por culo, igual que el hombro. Quería tomarme uno de los nolutiles que llevaba en el bolsillo, y de pronto sentí unas ganas enormes de acercarme al mar, de sentarme ante el gran azul y no hacer, ni sentir, nada. Resolví que en cuanto saliera de allí, iba a recoger el coche y pasaría la tarde en el puerto, bebiendo mojitos, fumando y con la mente en blanco.

—Me voy —anuncié.

—Vale, dije que lo mejor era que desaparecieras y supongo que tendré que mantener mi palabra —se desplomó sobre su sillón y enterró el rostro entre las manos.

—Escúpelo.

Vaciló unos segundos, un titubeo muy teatral.

—En realidad te iba a proponer que te fueras con Mati a pasar el día fuera, hasta mañana, con los gastos pagados —me sonrió y supe que me la estaba jugando. Que me la iba a clavar.

—Creo que me voy a arrepentir, pero vale, cuéntamelo.

Y lo hizo. Y me la clavó. Pero casi me alegré de que lo hiciera. No me preguntó demasiado cuando le dije que el viaje lo haría solo. Le recordé que ya me debía varias y me respondió que vale, que se haría un tatuaje.

Le di la mano y me marché.

Mi excursión al puerto iba a tener que esperar.

Me iba a Madrid.

Al Centro Penitenciario II de Madrid. La Agustín Argüelles. Argüelles para los amigos.

A hablar con un gordo negro cabrón al que había ayudado a meter en chirona: el Gran Louie.

## **RADIO DECANA DE ESPAÑA** **(Lunes, 8 de diciembre, 2014)**

... es la triste noticia. Nuestra corresponsal en Nueva York, A. Hepburn, confirma que el luctuoso suceso ha desatado una oleada de dolor y pesimismo a nivel mundial.

Los testigos presenciales del atentado declaran que ocurrió todo con tanta rapidez que para cuando quisieron reaccionar, el asesinato ya era un hecho y nada se podía hacer por la vida del cantante. Fueron cinco los tiros que su agresor hizo con un revolver del calibre 38, y cuatro de los proyectiles alcanzaron su objetivo.

John Lennon falleció a los pocos minutos desangrado en la puerta de la entrada al edificio Dakota de Nueva York, donde residía con su esposa.

El asesino confeso, de quien sólo conocemos las iniciales de su nombre, M. D. C., se sentó en la acera tras efectuar los disparos para esperar a la policía. Al ser interpelado por uno de los testigos sobre si era consciente de lo que había hecho, respondió con toda tranquilidad que sí, que acababa de dispararle a John Lennon.

Las reacciones de repulsa no se han hecho esperar y ya hay quien habla de un atentado orquestado por los grupos antirresurrección a causa de las campañas que los Beatles, y en especial Lennon, habían encabezado a favor del colectivo de reanimados y sus derechos.

Seguiremos informándoles conforme recibamos más datos; ahora les dejamos con música, y como no podía ser de otra manera, comenzaremos con *Across the Universe* una de las canciones más significativas del grupo de Liverpool. Va por ti John, donde quiera que estés...

### Calderón

---

*(Lunes, 8 de diciembre, 2014)*

Al lado de la estación de Atocha hay una serie de bares que lo han visto todo. Son bares viejos, que no antiguos, que se resisten al cambio y a la renovación. Uno pensaría que sus camareros son una suerte de estirpe real y que el puesto se hereda de padres a hijos y que ése es el motivo de que, transcurran los años que transcurran, siempre parezcan los mismos tipos anclados en la cincuentena mal llevada y de ojeras hastiadas.

Salí de la estación de Atocha, crucé la calle y me metí en el primero que vi, uno tan pequeño que apenas tenía una mesa con tres sillas y una barra repleta de clientes ávidos de bocadillos de calamares. Me aproveché del brazo en cabestrillo para abrirme paso hasta la barra.

—¿Qué va a ser? —me soltó el camarero, mientras servía dos cañas, encargaba tres bocadillos y se encendía un cigarrillo, todo a la vez y sin esfuerzo aparente.

—Un café solo, bien cargado, un vaso de vino sin vino, y una botella de cazalla.

—La botella llena, ¿no?

—La botella llena, sí.

Es lo que tienen estos bares, que lo han visto todo y el hecho de que aparezca un tipo mayorcito, de los que se murieron y decidieron volver, un puto zeta, con pinta de haber estado en un funeral, y pida una botella de cazalla para él solito, no merece el más mínimo comentario.

—¿Unos calamares, jefe? —ofreció sin demasiado entusiasmo al servirme el pedido.

—Quizás otro día —respondí.

—Sí, quizás —asintió él.

Me tomé el café y lo acompañé de tres vasos de cazalla. Luego saqué la petaca, la llené con la cazalla restante, pagué y le dije hasta luego. Algo murmuró, a modo de despedida, pero creo que le jodió un poco que no me tomara los calamares, así que no sería nada bueno.

Llegué al Paseo del Prado y decidí caminar hasta la Puerta del Sol, allí Garrido me había concertado una cita con un colega suyo, el comisario Calderón, que según me dijo, estaba a cargo de la brigada FR de la capital de España.



—Es algo especial y a veces se le va la cabeza, pero es un tío íntegro y si te vas a meter en Argüelles, mejor que vayas con alguien que conozca el terreno y te pueda cubrir las espaldas.

—¿Corro peligro ahí dentro? —pregunté inocentemente.

—No más del que correría una virgen en una orgía.

—Joder, se supone que es la cárcel.

—Ya. Tú vas con Calderón y si Calderón te dice que pegues el culo al techo, lo haces.

—¿Quieres decir que el tipo se dejará matar para que yo pueda escapar?

—No, pero tienes sus métodos y... Bueno, cuando lo conozcas, sabrás lo que quiero decir.

Lo de Lennon había sido una patada en los huevos del alma y aún me dolían. Dios, odiaba tanto al cerdo cabrón que lo había hecho, que hubiera sido capaz de emplear una cuchara para sacarle el corazón con tanta lentitud como fuera posible y sin matarle con demasiada rapidez...

Sacudí la cabeza, tenía cosas que hacer así que me detuve e intenté situarme. Estaba en la plaza Neptuno, la fuente del dios romano se alzaba justo frente a mí, y decidí subir por la carrera de San Jerónimo, desde allí a la calle Alcalá y enfilarse hacia la Puerta del Sol. No era el trayecto más corto, pero me apetecía caminar.

La prensa había sacado en bloque una edición especial sobre el asesinato y los vendedores voceaban a pleno pulmón la noticia. Al ritmo que iban, las ediciones saldrían como churros. La tragedia vende.

Me dejé llevar de nuevo por mis pensamientos y llegué a Sol sin darme cuenta. Me dirigí hacia la estatua del Oso y el Madroño y cuando estaba llegando, caí en la cuenta de que no tenía ni idea del aspecto que tenía el comisario Calderón. Y con la cantidad de gente que había en las proximidades del emblema madrileño, lo raro habría sido adivinar quién era un poli entre un montón de borregos que iban de un lado para otro.

Unos sacaban fotos y miraban a su alrededor como si estuvieran en el cielo... De Madrid al Cielo... y atraían a los carteristas de la zona. Turistas, una presa fácil.

Algunos se apresuraban de un lado a otro, con decisión. Gente curtida de la capital. Los cacos los evitaban.

Y estaban los trileros, creando ilusiones de una ganancia fácil, en la que siempre caía algún iluso.

Y los mendigos suplicando a unos y protegiendo su territorio de otros.

Y todos, cacos, trileros, mendigos e incluso algún inocente viandante con cargo de conciencia, retrocedieron e intentaron camuflarse, pasar inadvertidos, cuando el comisario Calderón, inconfundible, hizo acto de presencia. El hombre podría haber

subido junto al madroño, apartar al oso de bronce, y hacerlo con una mano, y ocupar su sitio sin que nadie advirtiera el cambio. Pero lo que sí se advertía y sin esfuerzo, era la fuerza que emanaban sus dos metros de estatura y más de ciento veinte kilos de puro músculo. El tipo era un puñetero toro embutido en un traje oscuro con camisa blanca y sin corbata; era un impresionante cíclope al que Ulises no habría podido engañar con tanta facilidad como a Polifemo. Sí, era tuerto, pero en ese único ojo había un brillo de inteligencia y atención que acogotaba a cualquiera que tuviera algún pecado que ocultar. El ojo muerto estaba cubierto por un parche negro e impresionaba tanto como la oscuridad del ojo sano. Si me había equivocado y no era el comisario Calderón, pensaba contratarle para que me acompañara a ver al Gran Louie. El tuerto fijó su ojo en mí, un pozo negro e inquisitivo, me examinó unos segundos y fue hacia donde yo estaba. La gente le cedió el paso igual que el agua se aparta de la proa de un transatlántico.

—¿Stone? —gruñó.

—¿Calderón? —respondí levantando la cabeza para mirarle a la cara, algo que no suelo tener que hacer.

—Ajá —dijo y echó a andar sin más.

Fui tras él, llevaba el paso ligero y vi de nuevo como la gente se apartaba de su camino. Anduvimos en silencio hasta una calle cercana a Sol, Postas me parece recordar, y entramos en un garito que lucía el nombre de Taberna Quitapenas. Pensé que era justo el sitio que necesitaba. Calderón saludó a un camarero que casi se cuadró al verle entrar. Como no había ningún cliente en el local, el comisario eligió mesa a su gusto y se sentó sin más ceremonias. Entonces, cerró el ojo, giró el cuello hasta que estalló como una nuez arrollada por una apisonadora y se masajeó la nuca. Yo seguía de pie mientras el camarero, alerta, se volvió hacia un compañero que tenía tras la barra y le hizo un gesto. El de la barra corrió hacia el ventanuco que daba a la cocina y ordenó un bocadillo *especial* de chorizo, un plato de bravas y luego se encargó de servir cerveza en una jarra en la que se habría podido ahogar a un perro pequeño.

—Pide lo que quieras y siéntate de una puta vez.

La voz de Calderón era susurrante y rasgada, una voz acostumbrada a mandar.

—Queso —dije—. Una ración, que esté bien curado, y una botella de tinto. ¿Tenéis Sangre de Toro? —el camarero asintió—. Pues Sangre de Toro. Y ponme algo de pan, tampoco demasiado. —Me senté, saqué un cigarrillo y me puse a fumar. Calderón tenía la cabeza echada hacia atrás y seguía con el ojo cerrado. El tipo era especial, no cabía duda, pero comenzaba a preguntarme si era *especialmente* gilipollas.

—No me gusta una mierda todo este asunto —masculló—. Que lo sepas.

—En ese caso, no pienso dejar que me la chupes —repliqué.

Abrió los ojos y bajó la cabeza. Me miró como se mira a un bicho, con desprecio.

—No te hagas el gracioso, Stone. Cuando quiero reírme, le arranco los huevos a

alguien y le pongo música para que baile. Si no consigue hacerme reír, lo ahostio hasta que me canso... Tardo bastante en cansarme —añadió, abriendo y cerrando unas manos grandes como palas—. Un respeto, zeta, o te volverás a Valencia con un mal recuerdo.

Hice un par de anillos de humo, borré con el dedo una mancha de café que había en la mesa y eché la ceniza del pitillo en el cenicero. Como en ese momento llegó el camarero con nuestro pedido, di una nueva calada, probé el vino que me sirvieron, dije que estaba de puta madre y cuando el hombre nos dejó solos de nuevo, sonreí a mi ciclópeo compañero.

—Que te jodan. No sé qué problema tienes, pero que te jodan. Y si se te ocurre ponerme una de tus putas manazas encima, te pego un tiro. —Saqué la Iver y la dejé sobre la mesa al alcance de la mano—. Estoy aquí porque Garrido me lo ha pedido; y estoy contigo porque Garrido también me lo ha pedido. Pero hasta ahí llego. Me importas una mierda y tampoco me importan tus opiniones, ni tus amenazas de chulo barato. —Saqué el brazo del cabestrillo y coloqué esa mano sobre el arma, con la otra seguí fumando. No tuve que girar la cabeza para ver a los dos camareros cogiéndose de la mano presos del pánico. Le hice un gesto desafiante al cíclope con el mentón—. Y si vas a abrir otra vez la boca, que sea para decirme algo agradable.

Se rio. Carcajadas como rugidos. Se tuvo que sujetar la barriga y hasta se le escapó alguna lágrima. Estuvo un minuto largo, durante el que probé el queso, aceptable, y el vino, era bueno de verdad.

—Eres tal y como me dijo Garrido —consiguió pronunciar entre carcajada y carcajada—, un hijo de puta con los cojones bien puestos. Me tendió una de las manazas con las que me había amenazado poco antes. Calderón, Antonio Calderón. Llámame Calde, hasta mi perro me llama así.

—Stone, Thomas Stone —respondí, estrechando su mano con algo de recelo—. Llámame cabrón, hasta mi gato me llama así.

El comentario le sumió en un nuevo ataque de risa.

—¡¡La polla!! ¡¡Eres la polla!! —Se golpeo los muslos—. Bueno, más vale que nos pongamos manos a la obra o no acabaremos nunca —dijo secándose los ojos. Iba a decirle que sí, que cuanto antes mejor, y que comenzara por explicarme a qué había venido el numerito de los cojones, cuando vi que la obra a la que se refería era el inmenso bocadillo que le habían puesto delante. Se lio a bocados gigantescos que acompañó de raciones generosas de bravas. Me ofreció con un gesto, le dije que no, y siguió devorando. Al final, lo enjuagó todo con la cerveza. Fueron cinco minutos de espectáculo circense y mientras duró, yo me limité a fumar, beber vino y a observarle, y él a engullir en silencio.

—Jonás, ponme un café y una copita —pidió al acabar, con gesto satisfecho, y dirigiéndose a mí: —¿Quieres algo?

—Un café y una copita de lo mismo que tú.

—Me gusta el anís seco —dijo en tono de advertencia.

—Pues tomaremos anís seco —convine, encendiendo otro pitillo. Le ofrecí uno, pero negó con la cabeza.

—No fumo, amigo. Es el único vicio que no practico, alguna virtud tenía que tener —soltó un par de carcajadas sonoras—. ¿Cómo te llamo? ¿Tom?

—No, prefiero Stone —respondí—. ¿A qué venía toda esa mierda?

—Nada, hombre, me gusta probar la catadura de un hombre al que voy a acompañar a un sitio como Argüelles. Imaginaba que serías un tipo de fiar, conozco a Garrido desde hace mucho y sé de qué pasta está hecho, pero nunca está de más comprobarlo de primera mano. Ya sabes, palpar el producto —volvió a reírse y no pude evitar sonreír. El tipo era un cabronazo, pero su sentido del humor era contagioso—. Además, nunca dejo pasar una ocasión para reírme.

—¿Tan mal está eso de entrar en Argüelles? Es la jodida cárcel, se supone que los malos están encerrados, ¿no?

—Las cosas no siempre son como debieran —se encogió de hombros poniéndose serio—. Sí, están enjaulados y no pueden salir, salvo que se fuguen. Y si eran unos choricillos en la calle, ahí dentro siguen siéndolo. Pero si eran peces gordos fuera, también lo siguen siendo ahí dentro. El Gran Louie es el pez más gordo que hay ahí dentro ahora mismo, es el puto amo. Nada le gustaría más que pillarte, Stone, y hacerte pedazos muy pequeños.

—¿Y los funcionarios? ¿Tocándose los huevos?

—Sí y cada día más ricos —y se lio otra vez a carcajadas, el hombre era un saco inagotable de risas—. Los hay honrados, pero éstos se apartan cuando ven lío, tienen familia y no están dispuestos a arriesgarla. Los otros tienen un auténtico negocio montado: trapichean, facilitan armas, mujeres, hacen la vista gorda... Entre los que cierran los ojos para no ver y los que dan la espalda para conservar la cartera bien llena, no te quepa duda de que hoy tendrías un desagradable accidente ahí dentro.

Rumié un rato para mis adentros sobre lo que acababa de oír; me pregunté si Garrido estaba al tanto de la situación, no fue complicado llegar a la conclusión de que sí lo estaba, pero qué diablos, teníamos el mismo objetivo así que ya me cagaría en su puta madre más tarde.

—Oye, ¿te has enterado de lo del Lennon? —La pregunta de Calderón me sacó de mi ensimismamiento—. Menuda putada, a mí no es que me vayan mucho los *Bitols* éstos, soy más de flamenco, pero joder, el tipo los tenía bien puestos y va un hijo puta y se lo carga... Supongo que para ti sería un héroe, quiero decir que se rompió los cuernos por vosotros y...

—No tengo héroes, Calde, pero sí, me ha jodido bastante, tanto como para desear que el cabrón que se lo ha cargado, se pudra en el fondo de un agujero lleno de mierda.

—Sí —repuso con seriedad—, y si me dejaran, yo pondría la mierda. —Y volvió a reírse.

Sacudí la cabeza y cuando el camarero, Jonás, nos trajo los cafés y las copas,

decidí que había llegado el momento de ponerse serio.

—Mira, Calde, no te lo tomes a mal, pero si meterse ahí dentro está tan mal, ¿qué vas a hacer tú para impedir que me den matarile? Vale, eres lo más grande que he visto en mi vida y probablemente puedas comer piedras y cagar escorpiones, pero si nos pillan ahí dentro, estaremos jodidos y lo sabes.

Sorbió el café con cuidado, cerró el ojo y paladeó el brebaje.

—Cojonudo, Jonás —le dijo, Jonás sonrió, y dirigiéndose a mí—: el café está de puta madre, no dejes que se te enfríe.

—Oye, te he hecho una pre...

—Tengo un acuerdo con el Gran Louie —soltó, atajando mi protesta—. Le dejo hacer hasta cierto punto, pero si necesito que sea un chico bueno, se comporta como un chico bueno.

Me sentí perplejo.

—¿De qué coño estás hablando?

Se inclinó hacia mí, el peso de su corpachón hizo crujir las patas de la mesa.

—*Quid pro quo*, Stone. No creo que a uno con el culo tan pelao como tú, le pille por sorpresa algo así. Yo podría exigir que a ese cabrón de mierda lo trasladaran al III, la cárcel de Valdemoro, el Foso, como la llaman los presos. Es un centro de alta seguridad que construyeron entre Pinto y Valdemoro, para delincuentes muy peligrosos. Ahí si te tiras un pedo sin permiso, te obligan a comértelo. Los funcionarios del Foso son putos chiflados que pertenecen a una unidad especial de seguridad que sólo responde ante su jefe, al que adoran, Viriato Armenteros. ¿Sabes quién es?

Asentí con la cabeza; claro que sabía quién era Armenteros. ¿Quién no? Fue miembro de los GEOS, uno de los buenos. El día anterior al FR su familia perdió la vida debido a una fuga de gas en su domicilio. La inhalación de gas acabó con ellos sin que se dieran cuenta. Fue una muerte indolora. Se reanimaron en el depósito del hospital Universitario de Getafe y en cuanto lo hicieron, una de las hordas de borregos que se organizaron ese día para acabar con la amenaza zombi, acabó con ellos a palos. Bates de béisbol, palos de escoba, sticks de hockey... La mujer de Armenteros, su hija de siete años y su hijo de cinco fueron apaleados como perros. Y esa segunda muerte no fue indolora.

Cuando ocurrió, Armenteros estaba en casa preparando el entierro de su familia. Le llamaron para que se presentara en comisaría y el compañero que lo hizo, le facilitó algunos datos por teléfono de lo que estaba pasando. Armenteros no atendió la llamada, en lugar de eso, corrió hacia el hospital en busca de los suyos. No le gustó lo que se encontró. Volvió a casa, se armó hasta los dientes y salió a la calle.

La versión oficial dice que gracias a él salvaron la vida decenas de reanimados a los que trasladó al campo de fútbol de Las Margaritas, el estadio de fútbol del Getafe. Allí organizó a los más capaces en patrullas que aseguraron las entradas al recinto, mientras él iba a salvar más reanimados. Fue un héroe. La suya es una de las pocas

historias que ha sobrevivido a ese periodo conocido como los Días Oscuros, una época de la que hay pocas noticias y menos recuerdos.

La versión oficiosa, la leyenda urbana, dice que si salvó a tantos reanimados, sólo fue un efecto colateral de su objetivo principal. Cuando se echó a la calle, Armenteros no pretendía salvar a nadie, al contrario, buscaba venganza. Los grupos de ciudadanos que salieron para «ocuparse» del problema zombi, y se encontraron con el GEO, toparon con un problema bastante más grave y la mayoría de los que lo hicieron no sobrevivió.

Armenteros no tuvo piedad para los borregos caza-zombis, pero al ver que muchos de los reanimados a los que libraba de sus perseguidores le seguían, los envió al campo de fútbol porque en algún sitio los tenía que meter para que le dejaran seguir con su propia cacería en paz. Esta misma versión dice que por cada reanimado que sobrevivió gracias a Armenteros, dos borregos la palmaron.

Sí, conocía a Armenteros, pero hacía tiempo que no había oído hablar de él.

—¿Qué hace al frente del Foso?

—Hubo mucha gente que le quedó muy agradecida a Armenteros por su «cruzada». Algunos eran pesos pesados, de los que cortan el bacalao, y cuando les pidió dirigir el centro de Valdemoro, se lo concedieron.

—¿Y por qué coño querría meterse alguien como Armenteros en un presidio de alta seguridad?

—Porque a los que cometen delitos graves contra los reanimados los envían al Foso. —Me guiñó su único ojo—. El Gran Louie estaba a punto de cortarte en cachitos cuando lo detuvieron y tú eres un reanimado. Su abogado recurrió a un tecnicismo para que lo enviaran a Argüelles, a un tecnicismo y a un montón de pasta. Pero si yo quiero, bastaría con hablar, con darle algo de publicidad al tema, que algún juez honrado metiera baza, y existen, te lo garantizo, y... ¿Comprendes ahora?

Me eché hacia atrás.

—Ya, supongo que si el Gran Louie te toca los cojones, lo mandas al Foso.

—Exacto —afirmó con una gran sonrisa.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunté—. Ese tipo es un hijo de la gran puta, ¿por qué no lo metes en el puto Foso y que se joda?

Se encogió de hombros.

—Las cosas no son tan sencillas, el negro de los cojones es un cerdo, sí, pero impone su ley y consigue mantener el orden dentro la cárcel...

—No sigas —le atajé. Ya había oído algo parecido no hacía mucho, en esa ocasión se relacionaba con el Sanguinario y su ley—. No me interesa saber más.

Calderón frunció el ceño.

—No juzgues, Stone. Hay juegos donde las reglas no son sencillas y un mal menor evita un mal mayor. Las cárceles nunca han sido fáciles de controlar, pero de un tiempo a esta parte, se están convirtiendo en auténticos polvorines. Que alguien consiga imponer la paz compensa el precio que hay que pagar.

—No juzgo a nadie, pero tampoco entro en esos juegos, no podría mirarme al espejo si lo hiciera. Así de simple —acabé el anís y encendí un cigarrillo fresco—. ¿Cuándo vamos a Argüelles, cojones?

Me examinó unos instantes y temí que se hubiera cabreado y no quisiera acompañarme. Sin embargo, su rostro acabó por abrirse en otra de sus amplias sonrisas.

—Me gustas, Stone. Eres un tipo íntegro, un gilipollas, pero íntegro. Venga, iremos en mi coche hasta allá —se levantó y pidió la cuenta, negándose a aceptar que yo pagara nada—. Eres mi invitado. Ya iré por Valencia y pagarás tú, pero aquí estás en mi terreno. Anda, vamos a ver qué le sacamos al mamón de Louie y por el camino me cuentas quién te ha hecho pupa en el hombro.

## Matilde F. Torres (II)

---

Debo fingir que hay otros. Es mentira.  
Sólo tú eres. Tú, mi desventura  
y mi ventura, inagotable y pura.

*El Enamorado*  
Jorge Luis Borges

Odio la compasión con todas mis fuerzas. Es el sentimiento que nace del fracaso, la derrota, la aceptación de que jamás llegarás a donde querías ir. Por eso la evito. Ni quiero inspirarla, ni quiero ofrecerla a nadie. Si te has caído, levántate, y si no eres capaz de levantarte, menos lo serás de mantenerte en pie, así que no esperes que te eche una mano. Tampoco quiero que me levantes si ves que estoy en el suelo. Si te atreves a tenderme la mano, es probable que te ignore o peor aún, que muerda tus dedos. No me culpes, la mano es tuya y tú quien decide arriesgarse. La compasión no aporta nada, ni a quien la ofrece ni a quien la recibe. Recuérdalo siempre o tendrás motivos para arrepentirte.

Estoy sola. Lo he estado siempre y aun con Tom, en el fondo lo seguía estando. Imagino que por eso me aferré a él con tanta ansiedad, era una relación con fecha de caducidad y he querido apurar hasta la última gota, por amarga que ésta fuera. Y a pesar de todo, desearía no haberle perdido y no puedo dejar de preguntarme por qué. No me quedan opciones. O quizá sí. Por ahora, prefiero no pensar demasiado en nada. No pensar y a lo mejor acabo por no sentir y podré seguir respirando.



## Reverendo Manfredo Blanco-Alcázar (II)

---

Él viene. Lo sé porque le he reconocido. La señal le delata. La sagrada cruz con que le armamos para alejar al Oscuro. ¡Qué inmenso el dolor que compartimos con él! ¡Cuántas lágrimas derramamos! En vano. Ahora la sagrada cruz es tan sólo una mueca, una caricatura que horroriza y ahuyenta a quienes le ven. Él viene. No se oculta. Camina por la calle y lo hace erguido, orgulloso. El mal ha apresado su alma y no viene solo. Nadie más lo ve, pero yo sé que a su lado camina el Señor de las Moscas y desafía al mundo con su maldad, su perversión. Ya no es mi hijo, no puede ser mi hijo. Su mera existencia desafía al Señor, mi Dios. Ha de tornar al averno del que ha escapado, someterse al juicio inmisericorde del Padre de todos. Aquel cuyo amor es infinito, más también lo es su rencor, su venganza.

Seré tu instrumento, Señor, y gozaré siéndolo. No defraudaré tu amor de padre como han hecho con el mío. Repararé la ofensa con que han mancillado mi nombre, mi sangre. Ofreceré la vida de mi hijo sin vacilar, igual que lo hizo Abraham con su bienamado hijo Isaac; mas, al contrario que el patriarca, no detendré mi mano ni espero, ni quiero, que tú lo hagas, Señor, pues mi hijo no es merecedor de compasión alguna de tu parte o la mía.

Acepta, Padre, este sacrificio de amor.

*(El látigo restalla)*

## Garrido

---

*(Lunes 8 de diciembre, 2014)*

—Es todo lo que tenemos, reverendo. Lamento no poder decirle más.

—¿Cómo han sido tan torpes? Sólo les pedí que encontraran a mi hijo y me indicaran dónde encontrarle. Por lo que he oído, ha habido una batalla campal y Miguel, ha huido... No estoy contento, comisario, mucha gente sabrá de mi decepción.

—La batalla no ha tenido nada que ver con nosotros, reverendo. Parece un ajuste de cuentas entre bandas de delincuentes y no tuvieron la amabilidad de avisarnos con antelación. De haberlo hecho, podríamos haber intentado evitar la matanza.

—No emplee su sarcasmo barato conmigo, comisario, su situación ya es bastante mala. Hay gente muy, muy disgustada con su actuación.

—¿Mi situación? Mire usted, reverendo, no soy yo el que marcó a su hijo reanimado con una cruz al rojo vivo en la cara antes de volver a meterlo en una tumba. Tampoco soy el padre de uno de los delincuentes más peligrosos y sangrientos de la ciudad y tampoco soy un meapilas. Con franqueza, reverendo, estoy harto de sus estupideces así que haga lo que le dé la gana, pero no vaya a creer que me voy a quedar calladito mientras larga por esa bocaza suya. Es posible que esa misma gente que está tan disgustada conmigo, ignore que BMV, un sádico traficante de drogas, es Miguel, su hijo. Ahora envuelva eso en su Biblia y cómaselo. Esta conversación ha terminado. Si abre su bocaza, yo abriré la mía, a ver quién la tiene más grande...

—¡¿Cómo se atreve a...?! ¿Comisario? ¿COMISARIO? ¡¡ME HA COLGADO...!!

## CAPÍTULO XV

### Argüelles

---

*(Lunes, 8 de diciembre, 2014)*

—Argüelles está en el punto más alejado de la playa de toda la península.

—¿Qué?

—Como lo oyes, deben tener miedo de que se escapen a nado —la risotada hizo temblar el coche. Íbamos hacia Meco, un pueblo a unos cuarenta y tantos kilómetros de Madrid, en pleno centro de España, y Calderón me hablaba de la playa.

El vehículo, un Seat 1400-c de color negro, lo conducía un agente joven, casi imberbe, que apenas había musitado un saludo. Calderón y yo íbamos sentados atrás, yo fumando y él hablando sin parar.

—No es coña, Stone, es un dato comprobado lo de la distancia a la playa. Y se lo dicen a los internos en cuanto los meten dentro: que estáis a tomar por culo de la playa, más que desde cualquier otro sitio de España. Digo yo que es por joder.

—Digo yo —dije yo, por decir algo. Dudaba que a los enjaulados en Argüelles les importara una mierda la distancia a la playa. La radio del coche estaba encendida, el volumen muy bajo, pero reconocí las canciones de los Beatles. Lo de John había sido un golpe para todos.

Calderón se removió en el asiento, incómodo por la falta de conversación. Agradecí interiormente que el viaje no fuera largo, el tipo era un auténtico charlatán y no tenía ganas de escuchar, y menos de dar palique. El día se había vestido de un alegre impropio y me daban ganas de pegarle un tiro al sol por lucir con tanto descaro. Lo suyo hubiera sido un día nublado, gris, lluvioso. Al menos no hacía calor, el sol iluminaba pero de calor, nada de nada.

—¿Vas armado? —preguntó Calderón.

—Sí —respondí reprimiendo las ganas de preguntarle si era tonto; le había mostrado la Iver en el bar.

—Te la quitarán en la entrada.

—No me digas.

—Son las normas. Los funcionarios van desarmados y la policía nacional que protege el recinto nunca entra con armas y si lo hace, es porque van a emplearlas. Lo siento.

Me encogí de hombros, que se quedaran con la vieja Iver mientras estaba dentro, tampoco tenía más opciones.

—¡Pero yo sí entraré contigo! —soltó, dándome un suave puñetazo en el hombro que me hizo gemir—. ¡Lo siento! Olvidé lo de la herida. Has tenido suerte, la Glock

es una hija de puta muy peligrosa.

Asentí, le había contado que un chorizo de poca monta me había pegado un tiro, tampoco quise entrar en detalles. Al final, me dejó estar y se puso a mirar por la ventana tarareando algo que sonaba a la cisterna de un váter evacuando. Encendió un cigarrillo para pasar el rato cuando pegó un grito.

—¡Ahí está! ¡La puta Argüelles!

El centro penitenciario de Agustín Argüelles es una jaula monstruosa de hormigón y acero construida para que los malos no den por culo a los buenos. Tienen a más de mil tíos ahí dentro repartidos en celdas donde se acomodan en literas, comparten una taza de váter a la vista de los demás y se ponen cachondos con los presos más jóvenes. No es un lugar agradable, ni tiene porque serlo.

El coche llegó hasta un portón de acero pintado de azul feo que asemejaba la entrada a un castillo medieval. La sensación de fortaleza antigua se acrecentaba con el grueso y alto muro que rodeaba las instalaciones aislándolos del exterior, y sobre el que se elevaban como setas las torres de vigilancia desde las que controlaban cualquier movimiento en el interior y el exterior, incluida nuestra llegada.

El portón se abrió sin que tuviéramos que llamar a ningún timbre, y eso hizo que me preguntara si habría timbres en las puertas de las cárceles, una forma como otra cualquiera de distraer la mente de lo que me aguardaba en el interior.

El 1400-c cruzó la entrada y se internó en un estrecho camino rodeado por un terreno yermo y pedregoso. Condujimos hasta una explanada que hacía las veces de aparcamiento, un espacio que se abría en media circunferencia y cuyo diámetro lo ocupaba la fachada de la cárcel. A partir de ahí, la Argüelles se abría como la falda desde la cintura de una mujer y se extendía a ambos lados hasta perderse de vista.

Calderón y yo bajamos del vehículo, el chófer también, aunque mi acompañante le indicó que nos esperara ahí, que dentro no había nada para él. Me pareció advertir cierta decepción en el rostro del joven agente, pero no dijo nada.

Fuimos hacia una puerta reforzada que se hallaba en el centro exacto del arco de la fachada; allí nos esperaban dos agentes de la nacional que se cuadraron cuando llegamos a su altura. Saludaron llevándose la mano extendida a la visera y Calderón les devolvió el saludo. Yo me limité a hacer un gesto con la cabeza y a murmurar un *¿Qué hay?*, de lo más formal. Cuando cruzamos la entrada, el paso de la luz exterior a las sombras me cegó durante unos instantes. Abrí y cerré los ojos con fuerza y pegué un pequeño respingo al sentir el golpe de la pesada puerta metálica al cerrarse a nuestras espaldas.

—Impresiona, ¿eh, Stone?

Respondí con un *ajá* distraído mientras examinaba el estrecho recinto en el que estábamos. Había un banco de madera a mi izquierda, frente a mí un enrejado con una ventanilla abierta tras la que nos observaba un funcionario gordo, calvo y sudoroso. Al lado del enrejado había otra puerta metálica. Los agentes que nos acababan de recibir se habían colocado tras nosotros, flanqueando la entrada.

Calderón se acercó a la ventanilla.

—¿Cómo va, Noguerales? —saludó. No sonreía y su voz era grave. Caí en la cuenta de que no se había reído desde que traspasamos el portón del centro.

El funcionario aludido se encogió de hombros.

—Misma mierda de siempre —dijo con una voz tan espesa como su papada.

Vi que Calderón se metía la mano en el interior de la chaqueta y sacaba un sobre blanco que le pasó sin demasiado disimulo al tal Noguerales. El funcionario se guardó el sobre en el bolsillo trasero del pantalón. Tendría que preguntarle más tarde a Calderón de qué diablos iba eso.

Noguerales ladeó la cabeza para mirarme y le hizo un gesto a Calderón. El comisario se volvió hacia mí.

—Dale el hierro a Noguerales. Te lo dará cuando nos marchemos, ¿verdad Noguerales?

—Claro —respondió el aludido con una sonrisa tan amplia como falsa. Me acerqué con la Iver en la mano y la deposité frente al ventanuco. El gordo fue a cogerla, pero me adelanté a él.

—Me la regaló mi abuela en su lecho de muerte, me hizo jurar que le reventaría los huevos a patadas a quien me la quitara. La abuela era una dulce ancianita adorable y no pienso faltar a mi promesa. —Me callé y estuve un rato haciendo ojitos con el gordo—. Las balas están contadas —dije para terminar. Solté el arma y él la hizo desaparecer como antes con el sobre. A su espalda, había un montón de estanterías sobre las que descansaban cajas con etiquetas; las pertenencias de los reclusos, deduje, pero la Iver no fue a parar a ninguna de ellas. Enarqué una ceja amenazante hacia Noguerales antes de seguir a Calderón que había tomado del brazo.

—Vamos, coño —gruñó—, no tenemos todo el puto día. —Cualquier vestigio de su carácter risueño se había desvanecido.

Le seguí hacia la puerta que daba acceso al interior y que el gordo abrió pulsando un botón desde su jaula. Al otro lado nos aguardaba un funcionario viejo, que sin decir palabra, echó a andar por el estrecho pasillo que se internaba en la Argüelles. Al fondo, otra puerta metálica tan gris como las anteriores. Nuestros pasos repiqueteaban con ecos fantasmales en el corredor y tuve un acceso de claustrofobia, algo habitual cuando te han enterrado, así que le pegué un tiento a la cazalla que llevaba en la petaca. Calderón frunció el ceño al verme, pero no dijo nada. El trago mejoró mis ánimos, aunque mi aliento dejara algo que desear. El funcionario golpeó dos veces sobre el metal de la puerta, enseguida se abrió una mirilla a la altura de los ojos y alguien nos observó desde el interior.

—Abre, Ortega —ordenó nuestro acompañante. La puerta se abrió con suavidad dando paso a una amplia sala con un gran panel de control y varios teléfonos sobre un par de mesas encaradas hacia una amplia cristalera que daba a un cruce de corredores. Los pasillos se adentraban en las diferentes secciones de la Argüelles. En la encrucijada había tantas rejas como corredores, y cada reja sólo se podía abrir desde

el panel de la sala.

El funcionario de dentro, Ortega, nos señaló una puerta abierta a nuestra derecha. Salimos a la encrucijada tras el primer funcionario quien nos guio a uno de los enrejados. Tras los barrotes distinguí una amplia sala llena de mesas y sillas.

—La sala de visitas —susurró Calderón.

No había nadie en su interior, nadie excepto un hijo de puta grande y gordo vestido con un inmenso mono naranja, que fumaba tranquilamente mientras escuchaba la radio. El Gran Louie.

Cuando se abrió la reja, descubrimos que Louie no estaba tan solo como parecía, a ambos lados de la entrada se alzaban dos tipos; los dos tan grandes como Louie y con aspecto de ser tan cabrones como él. Al entrar, Calderón se quitó la chaqueta, se arremangó las mangas de la camisa y echó los hombros hacia atrás. Los dos gorilas hicieron lo propio, aunque algo achantados sí se quedaron, porque Calderón impresionaba lo suyo. Yo tuve la sensación de que me habían soltado en el interior de la jaula de los monos y que no iba a salir muy bien parado.

La reja se cerró a nuestras espaldas, el funcionario nos dijo que avisáramos cuando quisiéramos salir, no dejé de advertir que miraba al Gran Louie cuando lo dijo, y se marchó.

—Hola, pescao —soltó Louie con una gran sonrisa. Jugeteaba con una cadena que llevaba al cuello, de ella pendían varias llaves.

—Hola, cerdo —respondí yo.

No le gustó. Torció el gesto y los dos tipos de la entrada se dirigieron hacia mí. Calderón se interpuso en su camino y se detuvieron.

—No la jodamos Gran L —masculló mi acompañante—, recuerda nuestro trato.

—Un mal comienzo —se rio de pronto nuestro anfitrión. Apagó la radio, más Beatles, se introdujo las llaves bajo el mono y mostró las sillas frente a él con su manaza—. Sentaos, por favor. Venga, pescao... Stone, siéntate, hombre, te has esforzado mucho para hablar conmigo. —Se llevó las manos al pecho y sonrió—. Esas cosas me conmueven.

Nos sentamos. Calderón giró su silla para controlar a los dos gorilas de la entrada y me dejó frente al Gran L.

—¿Qué te ha pasado en el hombro, Stone? ¿Alguien no aprecia tu sentido del humor?

—Se ha desatado una guerra en Valencia —dije ignorando su comentario y yendo al grano—. Sin ti controlando La Cloaca, era normal que se pisaran unos a otros, pero hay alguien que se está aprovechando de la situación y se está cargando a toda la competencia.

El Gran L compuso una expresión divertida.

—¿Y qué cojones me importa a mí todo eso, Stone? —preguntó con suavidad. La piel oscura brillaba a causa del sudor y los ojos inquisitivos desmentían su actitud indiferente.

—Te importa —sentenció Calderón—. O me largo ahora mismo, te dan por culo a ti y a los dos capullos estos y ya te mandaré postales al Foso.

El Gran L se removió en su silla y apretó la mandíbula, pero sólo duró unos instantes. Volvió a sonreír.

—Sólo bromeaba, comisario. ¿Qué puedo hacer por ti, Stone?

—Conoces ese mundo mejor que nadie, quiero nombres, que me digas quién puede estar detrás de todo esto.

Encendí un cigarrillo mientras el antiguo dueño de Algodón Sureño fruncía el ceño, pensativo.

—Bueno, había un cabroncete que trabajaba para mí, aunque también trataba con el Sanguinario a mis espaldas. Era un mamón al que tenía pensado meter en el sótano con un par de zetas para divertirme, pero no me dio tiempo —se encogió de hombros—. Me detuvieron. Creo que se llamaba Perro o Lobo o algo así. Un cretino, pero no me sorprendería que estuviera intentando ocupar mi lugar.

Negué con la cabeza y le expliqué que al Sr. Lobo le habían dado pasaporte.

—Entonces, podría tratarse del Sanguinario en persona o un tipo de La Coma al que llaman Papá Pitufo. Los dos tienen poder, es lógico que quieran La Cloaca.

Volví a negar y le expliqué lo de la matanza de La Coma. No le conté que Espinosa había sido mi compañero, ni lo que andábamos buscando, pero sí que descartaba que él estuviera detrás de las muertes.

—¿Has oído hablar de uno al que llaman BMV? —pregunté al fin.

Frunció el ceño y afirmó lentamente con la cabeza.

—Sí, algo oí en su día. Un chiflado. La gente le tenía miedo, a mí me hubiera gustado conocerle. Nadie sabía dónde encontrarle, la verdad es que acabé pensando que no existía, que era todo una historia de yonquis.

—Existe —dije—. Le he conocido, pero tampoco creo que él sea el que buscamos.

—¡Joder, Stone! —exclamó el Gran L—. Entonces no tengo ni puta idea de quién puede ser tu hombre. Cualquier hijo de puta que ha querido aprovechar que me habéis trincado.

—¿Y la Iglesia del Descanso Eterno?

—¿Eh?

—¿Has oído hablar de ellos?

—Algo. Una panda de fanáticos. A algunos les va la lázaro —se rio burlón—, lo sabré yo.

—¿Quieres decir que hay seguidores de Blanco que te han comprado mercancía? El Gran L silbó.

—Ya lo creo que lo han hecho y en cantidades.

—Dame algún nombre.

Negó con la cabeza y frunció los labios.

—Ni idea. La gente compraba y nosotros vendíamos, nada de nombres y si

alguien daba uno, puedes apostar tu culo fofo y blanco a que era falso. Además, eran consumidores, ninguno de esos mierdecillas se metería a traficar.

—Entonces, ¿quién está sembrando la ciudad de cadáveres?

—Coño, Stone, pues cualquiera que salga beneficiado con la cosecha. Un camello muerto puede ser obra de un chiflado o de alguien que busca venganza, pero más de uno es alguien que busca algo. Y es lo que tienes que hacer tú: buscar. Eres un sabueso, ¿no? —se rio complacido con su ocurrencia.

Me levanté con la sensación de haber perdido el tiempo miserablemente.

—Vámonos —le dije a Calderón—, aquí no hay nada que rascar.

—Un momento, pescao —intervino el Gran L—. Todavía tenemos algo pendiente tú y yo.

Me di la vuelta alarmado y Calderón se incorporó como impulsado por un resorte. El tono del Gran L había sido tan amenazante como el gruñido de una hiena. Sin embargo, los dos tipos de la entrada no se habían movido, sólo se miraron entre sí y luego hacia la entrada de la sala.

Como si el Gran L hubiera dado una señal, la reja se abrió.

Y no entró un funcionario.

Comenzaron a entrar tipos con monos naranjas.

Tipos de todos los colores y tamaños.

El que no llevaba un pincho, llevaba un trozo de hierro y el que no, un palo de escoba afilado.

Comencé a contarlos.

Cuando entró el décimo, dejé de hacerlo.

Estábamos jodidos.



**ANTENA VIVA**  
**Programa: Debate Abierto.**

**Conducido por Macu Marrero.**

**Director de emisión: Fer Alpartilejo.**

... Y lo prometido es deuda, queridos oyentes. En Debate Abierto sólo tiene cabida la actualidad más candente, los temas de mayor interés, los personajes más controvertidos, las opiniones más polémicas... Todo y más en Radio Viva, su emisora favorita. La misma que abre las puertas para que sean ustedes, nuestros oyentes, los que elijan los temas que quieren que debatamos y los invitados con los que quieren charlar.

Y han sido sus peticiones las que han traído hasta el estudio de Debate Abierto a Thomas Alva Edison, el célebre y controvertido investigador que se ha enfrentado con todo el mundo a causa de sus contundentes y, me atrevería a decir, extravagantes opiniones sobre el FR, en lo que a sus causas y efectos se refiere. El estamento científico oficial ha descalificado todas y cada una de las afirmaciones del Sr. Edison, pero el Sabio, como él mismo insiste en ser llamado, no se retracta y hoy le hemos invitado para que responda a las preguntas de nuestros oyentes en directo.

Queridos oyentes, con ustedes, el Sr. Edison.

Buenas tardes.

Buenas tardes, Sr. Edison. Gracias por acudir a nuestro programa.

Ilustrar al ignorante es obligación de quienes estamos en posesión de la verdad.

Eh, claro, imagino que sí... Mire, voy a aprovechar su comentario para plantearle yo mismo la primera pregunta, si no le importa. Después abriremos nuestras líneas para que sean nuestros oyentes quienes planteen sus dudas y consultas.

Bien. Pregunte joven.

¿Cómo está tan seguro de que no se equivoca? Una de las acusaciones que le hacen es que es usted poco flexible, que no admite la posibilidad de estar en un error. Sin embargo, sus teorías no cuentan con el respaldo documental necesario que pruebe lo que asevera. Repito, si no es capaz de probar aquello en lo que cree, ¿cómo está tan seguro de que tiene razón?

¿Cómo sabe usted que es usted?

¿Eh? No comprendo...

Sí, claro que comprende. Usted, joven, sabe que es usted y punto. No siento necesidad alguna de justificarlo, ¿verdad? Yo estoy en el mismo caso, tampoco siento la necesidad de justificar ni probar nada. Sé que estoy en posesión de la verdad, y quien tenga dos dedos de frente, también comprenderá que lo estoy. Y de esos científicos que menciona... Ya he dicho lo que tenía que decir anteriormente.

Sí, y no olvidemos que tiene un par de juicios pendientes por...

No he venido a hablar de mis problemas legales; sólo le citaré a Rubén Darío: ladran, luego cabalgamos. Y no tengo más que añadir sobre este tema.

Comprendo.

Me alegro.

Bien... Bueno, vamos con la primera llamada de nuestros oyentes que llega desde Valencia... ¿Hola?

Hola.

¡Hola, buenas tardes, amigo oyente!

Hola, buenas.

¿Cómo se llama?

Sergio, me llamo Sergio Mars.

Bienvenido al programa, Sergio.

Gracias.

¿Quería hacerle una pregunta al Sr. Edison, a nuestro Sabio?

Sí, para eso he llamado, aunque eso de Sabio... Quería que nos hablara sobre lo que nos aguarda en el futuro. Parece tener muy claro cuál es el transcurso de los acontecimientos y me gustaría que nos facilitara más detalles; ya sabe, para estar preparados.

Ahí tiene su primera pregunta, Sr. Edison.

¿El futuro? El futuro es caos, catástrofe y reajuste. El tiempo fue desviado de su curso, pero torna a su cauce, se endereza, como ya he señalado en muchas ocasiones, y los efectos de esa vuelta a la normalidad, nos afectarán a todos.

¿Y por qué tiene que haberse desviado el curso del tiempo? ¿Por qué es el tiempo el causante de todos los cambios que según usted se han producido? Aparte del FR, no hay constancia de cambio alguno.

¿Es que no lee usted? Lo he explicado muchas veces, hasta un simio podría...

Sí, sí, claro que lo he leído y es una teoría curiosa, coqueta. Aceptemos que nos hemos desviado; aceptemos que existen realidades múltiples; aceptemos que sus postulados tienen coherencia... Pero lo que me pregunto es por qué no se ha planteado la posibilidad de la realidad temporal múltiple.

Sí que lo he hecho, sin embargo, no...

Sin embargo, no la ha tomado en consideración como es debido. Admite la posibilidad de que coexistan distintas realidades con sus propias dimensiones espaciales, y se niega a admitir la posibilidad de que el tiempo, una magnitud medible igual que las dimensiones espaciales, pueda poseer valores propios y exclusivos para cada realidad.

No se sostiene. La necesidad de un valor constante para todos los planos de realidad es incuestionable. Pensar lo contrario es absurdo...

No. No es absurdo. No más que cualquiera de sus teorías sin fundamento. De hecho podría presentarle unas cuantas ecuaciones que avalan lo que le acabo de decir, que probarían que estoy muy lejos de caer en el absurdo. Eso sí, absurdo es que a alguien como usted se le presten los oídos que se le prestan.

Un científico, un investigador serio, considera todas las opciones y elabora sus hipótesis a partir de ellas y no al revés.

¿Quién se ha creído usted que es?!

Ya se lo he dicho antes: Mars, Sergio Mars: matemático, biólogo y astrofísico. Me pregunto con qué formación académica cuenta usted. No hace falta que responda, ya le he investigado y dudo mucho que esté capacitado para dar una clase de matemáticas elementales a niños de primaria. Y ya he hablado bastante. Lo que he dicho es lo que hay. Tome nota e intente aprender algo. Hasta luego.

¿Oiga? ¡No se atreva a colgarme! ¡¿Oiga?! ¡¡OIGA!! ¡¡¡LA MADRE QUE TE...!!!

...

*Hemos interrumpido esta emisión por problemas técnicos. No le ocurre nada a su televisor. No intente ajustar la imagen. Somos nosotros quienes controlamos la transmisión... En breve reanudaremos la emisión con las aventuras del Enterprise en un nuevo capítulo de Star Trek.*

*Gracias por estar ahí.*

## CAPÍTULO XVI

### Argüelles (cont.)

---

*(Lunes, 8 de diciembre, 2014)*

—Pescao las has cagao —canturreó el Gran L con una amplia sonrisa. Calderón se giró hacia él.

—¿Qué es esto? ¿Te has vuelto loco?

El Gran Louie se puso de pie y se desperezó con toda tranquilidad.

—¿Loco? No tengo tiempo para estupideces.

—Teníamos un trato, me mantendrías al margen y serías discreto. ¿Qué hacen todos estos mamonzos aquí dentro? —añadió, lanzando una mirada amenazante al grupo de cabronazos que nos contemplaba en silencio.

—Podrías largarte un rato a dar un paseo y nos dejás que charlemos un rato con el pescao. No tardaremos mucho, ya lo verás.

La mano comenzó a temblarme, la mano sana. No es que tuviera mucha importancia una u otra, tal y como estaba la situación: atrapado en una jaula con un montón de ratas y mi supuesto protector, la mayor de todas. Los temblores atrajeron la atención de algunos de los presos.

—¡Gran L! —llamó uno, tan bajito como ancho, parecía un cuadrado—. El pescao esté que se caga encima.

Se rieron. Todos. A carcajadas, como los niños en el circo. Cuadrado sonrió muy satisfecho de sí mismo.

—¿Éste quién es? —pregunté—. ¿El que os la chupa? Tiene la boca grande y a la altura justa... —No pude seguir. La rapidez del Gran L me sorprendió, me arreó con el dorso de la mano y el golpe me lanzó al suelo.

—Con haber dicho que no, habría bastado —jadeé, llevándome la mano al hombro. Había tenido que caer justo encima de la herida; hice un esfuerzo para no quejarme—. Coño, disculpa si he ofendido a tu novia —mascullé. Me incorporé como pude y comencé a masajearme el brazo herido por debajo del cabestrillo. El gordo cabrón se adelantó de nuevo, pero Calderón le detuvo.

—Ya está bien, cojones —y le sujetó por un brazo—. Esto no era lo convenido.

—¿Has traído la pasta? —preguntó el gordo cabrón al comisario.

Calderón asintió.

—Se los di al de la entrada, cincuenta de los grandes. Pero te pedí que fueras discreto, hostia, —insistió.

—Cuando salgas, un kilito de lázaro por los cincuenta y otro más por el favorcito —me señaló con el mentón—. Empiezas a volar alto, amigo, pero recuerda que las normas las pongo yo, ¿estamos?

Calderón acabó por asentir y luego me sonrió.

—Es lo que hay, Stone. Esta gente es de lo más escandalosa. Habría preferido algo rápido y silencioso. Me sabe mal, pero las cosas son así.

Supongo que se me quedó cara de gilipollas, porque Calderón se rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Eres la hostia, Stone, de verdad que sí. Pareces Caperucita en una convención de lobos. ¿Qué esperabas?

—Desde luego no a un comisario de la FR metiéndose en una mierda así... Joder, eres un pedazo de cabrón.

Su ojo brilló enfurecido.

—Sí, comisario de la brigada FR, suena bonito, ¿eh? ¿Y qué futuro crees que tengo? ¡Os estáis pudriendo, cabrones! En un año o dos como mucho, no quedará ni uno. Estamos estancados, no hay promociones para nosotros. ¡No tengo futuro! Me enviarán de vuelta a homicidios o a dónde coño les salga de los cojones, con la misma paga hasta que me jubile. —Negó vigorosamente con la cabeza—. He visto como corre la pasta, Stone, un montón de pasta. Es lo que marca la diferencia entre una vida de mierda y una que vale la pena. Y yo quiero la que vale la pena. Cuando me retire quiero vivir de lujo.

—Ahora cuéntame algo sobre lo puta que era tu madre y nos echaremos todos a llorar —dije escupiendo en el suelo. La boca me sabía a sangre, el bofetón del Gran L debía haberme reventado algo por dentro.

Calderón ni se inmutó.

—Habla, Stone, desahógate. Te queda poco.

—Garrido querrá saber lo que ocurrió. Si me pasa algo, te lo hará pagar.

Calderón negó con la cabeza.

—Nunca llegaste. No te he visto, esperé unas cuantas horas y hasta me acerqué a la estación, y nada. —Rio divertido—. Garrido se lo tragará, o no, pero no podrá hacer nada. Estás jodido, pescao. Reza para que acaben rápido. —Se dirigió al Gran L—. Me largo, éste tiene razón, no me conviene jugar con Garrido, voy a llamarle.

—¿No te quedas? Tenemos una pelea montada —el Gran L se giró hacia los demás—. Despejad esto y traed al pescao podrío, chicos.

—¿Has metido un desgastao aquí dentro? —preguntó Calde, asombrado.

El Gran L se limitó a fruncir los labios como si fuera a lanzarle un beso y le guiñó un ojo.

—¡Qué cabrón! —Calderón soltó una carcajada—. Lo siento, Stone, me parece que lo de una muerte rápida no va a ser posible. Intenta al menos ofrecer una buena pelea, aunque lo tienes jodido, estos cabrones hinchan a los desgastaos de lázaro y ni

te cuento cómo se ponen. ¡Putas máquinas asesinas! No creas que va a respetarte por ser un puto zeta como él, con la lázaro esas cosas se comerían su propia polla si no tuvieran otra cosa a mano.

—Quédate, Calde, lo pasaremos bien, —insistió el gordo cabrón, mientras los demás improvisaban un cuadrilátero con las sillas y las mesas—. Sólo estaremos nosotros, los funcionarios no quieren saber nada, no tienen estómago para estas cosas.

—No sé si debería —vaciló el comisario, pero se iba a quedar, se le notaba.

El Gran L le dio una palmada en la espalda.

—¡Vamos, chicos! Traed al pescao podrío... Y tú, Stone, escoge una de las armas que llevan estos. No es que te vaya a servir de mucho y más con ese brazo, pero hará que la pelea dure más. Hemos apostado a ver cuánto aguantas antes del primer mordisco. La apuesta que mejor se paga dice que duras veinticinco segundos.

Yo había aprovechado el mamoneo de los dos para sentarme tranquilamente en una silla, encenderme un pitillo y pegarle un tiento a la petaca. También puse la radio y no tardé en sintonizar al viejo John cantando *Fool on the Hill* con sus tres coleguitas, Paul, George y Ringo. Comencé a tararear por lo bajo.

—¿No me has oído, Stone?

—Sí. Te he oído. —El temblor de la mano había disminuido. Seguí fumando.

—¿Alguna última voluntad?

—Que cierres la puta boca, no me dejas oír la canción.

Le vi apretar los puños, pero enseguida se recompuso.

—¿Oyes, pescao? —dijo con los ojos muy abiertos, mientras se llevaba una mano tras la oreja.

Sí, lo oía. El gemido. El grito de dolor, rabia y ansiedad de un terminal, pero multiplicado por diez. Deduje que ya le habían administrado la lázaro y que ése era el motivo de que gimiera igual que cien gatos sumergidos en agua hirviendo. Apreté la mandíbula y miré hacia la puerta. Un preso especialmente fornido lo traía sujeto del cuello con un lazo de soporte rígido como los que utilizan para capturar perros peligrosos. Aparte de eso, una gruesa cuerda se enroscaba alrededor de su cuerpo dejándole solo las piernas libres para que pudiera caminar. Aun así, se debatía con tanta violencia que dudé que las ligaduras fuera a resistir mucho tiempo.

El terminal parecía haber sido un tipo normal y corriente, cuarenta y tantos, algo fondón, pelo gris y escaso y vestido con un traje anodino; alguien al que nadie habría mirado dos veces de haberse cruzado con él por la calle. Y ahora tampoco le habrían mirado dos veces, con una bastaba para echar a correr presa del pánico. Tenía el rostro contraído en una mueca que mostraba los dientes en actitud amenazante; el chasquido continuo de sus mandíbulas resonaba con total claridad dentro de la sala. Los ojos estaban tan abiertos que hubiera parecido cómico si no fuera por la demencia atroz que se adivinaba en ellos. El cuerpo estaba tan tenso como la cuerda de una guitarra y desde la boca corría una baba espesa que el terminal recogía espasmódicamente con la lengua.

Entre el preso que llevaba el lazo y otros tres de los que se encontraban dentro de la sala, le obligaron a colocarse boca abajo sobre el suelo y allí lo inmovilizaron. Pero no aguantarían mucho, los forcejeos del terminal eran cada vez más violentos y todos miraban inquietos al Gran L. Aguardaban a que diera la orden para marcharse al otro lado de la reja; dejarnos a los putos zetas a solas.

—Bueno, pescao —dijo el Gran L—, hora de irse. No quiero entretenerme más. Lástima que no esté tu zorrilla por aquí para salvarte el culo, ¿eh? Adiós, pes...

Tenía el brazo echado por encima del hombro de Calderón, como hacen los críos con sus mejores amigos. Los dos sonreían y estaban hasta guapetones, por eso me supo mal joderles el plan, pero mira, me tocó hacer de aguafiestas.

—¿Qué es eso, pescao? —siseó el Gran L.

—Me cago en tu puta madre —gruñó Calde.

El resto se quedó callado, excepto el terminal, ése seguía a lo suyo.

—«Esto» es una Glock 19, con cargador de diecisiete balas. Una para cada uno y aún me sobran —expliqué con paciencia—. De hecho, es la misma con la que me pegaron el tiro en el hombro.

—¿No le habías desarmado? —preguntó el Gran L retirando el brazo de los hombros de su amiguito.

—¡Joder, sí! Le vi entregar el arma a Noguerales.

—¿Y no se te ocurrió pensar que podía llevar dos?

Calderón meneó la cabeza mientras su ojo se oscurecía de rabia.

—Me fijé bien y no vi nada, ningún bulto ni nada. No puedes llevar un arma sin que se note... —me miró desconcertado hasta que su expresión se iluminó—. ¡La llevaba escondida en el cabestrillo!

—Muy listo, Calde. El caso es que estuve a punto de contártelo, que iba a meter la Glock por si acaso, pero me sentía reacio a hacerlo. No sé, supongo que hablabas demasiado y tampoco me gusta un tío que nunca deja pasar una ocasión para reírse. Me pareciste algo soplapollas —dije—. Y es que en el fondo, soy un tío muy serio y formal. —Me puse de pie—. Ahora, vais a hacer el favor de apartaros, tengo que marcharme.

—De eso nada, pescao —graznó el Gran L con un cabreo tan grande como su culo—. Puedes cargarte a uno o dos, pero somos muchos y acabaremos por quitarte ese juguetito y cuanto más nos cabrees, más trocitos vamos a hacer contigo.

Sus palabras hicieron que los demás esgrimieran sus armas. No parecía que les preocupara demasiado recibir un balazo. Tampoco me preocupó a mí.

—No lo diré dos veces —advertí, apagando el pitillo.

—Cogedlo —ordenó el Gran L colocándose detrás de Calderón. No era tonto, no.

Me levanté, empujé la mesa que tenía más cerca con los muslos de manera que hiciera de barrera, levanté la Glock, apunté con cuidado, los tipos corrían hacia mí como posesos, y disparé una, dos y tres veces. La mano se comportó bien e hice diana con los tres disparos. Todos se detuvieron, unos echándose al suelo, otros mirando a

todas partes para ver a dónde habían ido a parar los disparos. Les guiñé un ojo e indiqué a sus espaldas.

Los presos que sujetaban al terminal cayeron hacia atrás. Uno muerto y los otros dos heridos. Hubo unos breves instantes durante los que nadie se movió, luego empezó la fiesta.

El terminal rompió las cuerdas y se puso en pie de un salto. No tardó ni un segundo en arrojarse sobre uno de los heridos de bala. Entonces se desató el pánico entre los demás. El terminal se interponía entre la salida y el resto de presos y estaba montando una escabechina de órdago. Los presos caían abatidos como moscas en una mierda envenenada; con la lázaro en su organismo la fuerza del terminal era brutal y aunque dudaba que fuera a durar más de cinco minutos, le bastaría para acabar con todos. Al ritmo que iba, no tardaría en llegar hasta donde yo estaba y no estaba muy seguro de que la Glock fuera a detenerle. Lo tenía crudo. Eso si el Gran L o el cerdo de Calderón no acababan antes conmigo. Se habían vuelto a la vez y corrían hacia mí, enloquecidos. Pero enseguida advertí que me había equivocado, no me buscaban a mí, buscaban la puerta a mi espalda, una pesada puerta acerada que daba paso a otra zona, ni idea de cuál, y tampoco me importaba demasiado. Recordé las llaves con la que estaba jugueteando el Gran L cuando entramos; eran las llaves del reino, iba y venía por la cárcel a su aire. Y ahora querían refugiarse tras esa puerta mientras el terminal acababa con los demás.

Me puse delante de la puerta y levanté el arma.

—¡¡Apártate, Stone!! —rugió Calderón, lo tenía a cuatro pasos y era igual que un toro en plena embestida.

No lo hice. Otro día quizá lo hubiera hecho, uno en el que las cosas me hubieran salido bien o incluso, regular. Pero no hoy. Joder, se habían cargado a Lennon, yo estaba herido, Mati había salido de mi vida, corrección, yo había echado a Mati de mi vida, me había metido de cabeza en una trampa y todo eso el día de mi cumpleaños. No sólo no me había felicitado nadie, encima se habían empeñado en darme por el culo a pelo y sin un mal abrazo para romper el hielo. Bueno, ya había tenido bastante. Apunté con la Glock y disparé dos veces. Los dos cayeron como fardos. Seguían vivos, había apuntado a las piernas. A Calderón le di en la rodilla y chillaba como un gorrino en el matadero. Al Gran L el balazo le había alcanzado en el muslo y se levantaba de nuevo. Más que herirle, parecía que la bala le hubiera inoculado una buena dosis de mala hostia. Le iba a hacer falta. El terminal había llegado hasta él y se había enganchado a una de sus orejas. No fue una escena agradable: uno gemía y mordía, el otro golpeaba con los puños y aullaba de dolor. El que gemía llevaba ventaja: no se cansaba, no sentía dolor y le habían metido lázaro para poner cachondo a un regimiento entero. El Gran L iba perdiendo trocitos de su cuerpo a un ritmo alarmante. Calderón quiso esquivar a los dos contendientes que habían caído al suelo en su forcejeo mortal, pero el terminal, que tenía la boca llena de Gran L, decidió invitar al comisario corrupto a la fiesta. Lo enganchó de la pierna, derribándolo sin



dificultad. No tardó en dedicarle unos cuantos mordiscos para ponerle a tono igual que al Gran L. Resultaba impactante ver cómo el terminal enloquecido, que apenas abultaba una cuarta parte de sus dos presas, resistía los golpes de uno y otro y era capaz de desgarrar la carne de los dos con la eficacia de una sierra eléctrica. Calderón y el Gran L competían a ver quién aullaba más, pero el enfrentamiento acabó cuando el Gran L topó con unos dientes royendo sus cuerdas vocales, con lo que sustituyó sus chillidos por un gorjeo de lo más patético. No quise seguir mirando y, aunque supongo que los dos se lo tenían más que merecido, decidí intervenir, no había esperanzas para el antiguo dueño de Algodón Sureño, pero Calderón seguía chillando como un cerdo en el matadero, así que quizá pudiera salvarle a él.

Aparté la mesa, y apuntando con la Glock, fui hacia ellos, pero no tuve ocasión de hacer nada. Una súbita conmoción procedente del corredor exterior me hizo volverme a tiempo de ver como la nacional irrumpía en tropel con todo el equipo antidisturbios y las escopetas 12ga en ristre. Ordenaron a gritos que nos echáramos todos al suelo o abrirían fuego, obedecí, colocándome eso sí, detrás de la mesa, por lo que pudiera pasar. En cuanto a Calderón y el terminal, ya estaban en el suelo, así que toda iba bien. Sólo que no era así. Calderón estaba desangrándose con su solitario ojo en blanco y el cuerpo totalmente laxo. El terminal por su parte, se había puesto de pie y se revolvía hacia los nacionales. Aún le dio tiempo a dar dos pasos antes de que las escopetas rugieran convirtiéndole en carne picada.

Cuando el eco del estrépito se perdió, me puse de pie lentamente con la mano sana en alto para que no hubiera equívocos. De todas formas, si la policía nacional estaba en el mismo ajo que los funcionarios, me iban a freír a tiros. Me jodía el tema porque aún me quedaba algo de cazalla en la petaca y se iba a desperdiciar. Nadie dijo nada, ellos me apuntaban y yo intentaba caerles silenciosamente simpático. Entonces, se adelantó uno de ellos que ordenó bajar las armas al resto. Se despojó del casco dando paso a un rostro duro, picado de antiguas viruelas y ojos fríos; tenía todo el aspecto de estar al mando.

—¿De qué cojones va todo esto? —preguntó mirando a su alrededor—. Esto no es un motín y eso era un puto zeta —me observó con atención. —Y tú eres otro, ¿verdad? —Las armas volvieron a levantarse en mi dirección.

—Existe una pequeña diferencia, yo todavía no he alcanzado la fase terminal —dije con suavidad—. Y no, esto no era un motín, ¿quién os ha dicho que lo era?

—Un funcionario llamó al puesto de vigilancia y... Pero ése no es el caso, el caso es quién coño eres tú.

—Me llamo Stone, Tom Z. Stone, soy investigador privado y estoy aquí en nombre del comisario Garrido de la brigada FR de Valencia. Me acompañó el comisario Antonio Calderón de la brigada FR de Madrid hasta aquí —mientras hablaba, observé a Noguerales, el funcionario de la entrada, asomar su grasiento rostro por la entrada—. Calderón era un policía corrupto —añadí acercándome a su cadáver caído en el suelo y señalándole con el mentón—, me trajo hasta aquí y de

cabeza a una trampa. El Gran Louie me tenía ganas desde hacía tiempo. Ese cabrón de ahí detrás —indiqué a Noguerales—, estaba metido en el asunto. El Gran Louie los tenía a todos en nómina —me callé. Ya estaba, si la nómina era tan amplia como para incluir a todos, estaba muerto.

El tipo duro al mando se volvió clavando la mirada en Noguerales, éste reculó protestando.

—¡Eso es mentira! No sé de qué está hablando, fui yo quien os avisó y...

—Y una mierda, no sé quién fue, pero no eras tú. Reconocería tus rebuznos en cualquier sitio.

Un funcionario de los que cierran los ojos, como me había dicho Calderón hacía apenas unas horas, estaba seguro de que había sido uno de ellos el que había dado la alarma. Y no todos cerraban los ojos, pensé. Lástima que no esté Calderón aquí para verlo. Y desde luego la nacional no estaba metida en el tema.

—Que os explique cómo ha llegado un terminal hasta aquí —intervine—. O por qué había un montón de presos fuera de sus celdas y en la sala de visitas, donde *no hay* visitas. O de dónde ha salido el sobre que lleva en el bolsillo del pantalón, uno con cincuenta de los grandes. —Lo último fue un disparo a ciegas, no estaba seguro de que lo llevara aún encima, pero sí, el muy capullo se llevó la mano al bolsillo en cuestión y al mando de la nacional le bastó con eso para decidirse.

—Detenedlo —ordenó. Se volvió hacia mí— y a éste también.

Y me detuvieron. No me resistí, ni siquiera discutí. Sólo pensé que Garrido iba a tener que ponerse muy, muy mimoso para que se me pasara la mala hostia.

## Reverendo Manfredo Blanco-Alcázar e Hijo (BMV) (III)

---

Ante el vacío, a todos nos entran las caguetas.

Tom Z. Stone

La última vez que recorrí este camino estaba muerto, aún no lo sabía, pero lo estaba. Sólo quería llegar a casa, al lado de mi familia. La misma familia a la que había despreciado y temido, pero uno se acostumbra a todo, hasta al olor de su propia mierda. Ese día buscaba lo que cualquier animal herido o asustado: mi madriguera. Tenía que haber sabido que allí me aguardaban las alimañas.

Señor, me has mostrado el camino, seré digno de ti. Te entregaré a mi hijo, mi único hijo, y el Perverso será derrotado de nuevo y tendrá que huir con el rabo entre las piernas. Y que en su huida se lleve a ése al que di mi nombre, al que entregué todo lo que un padre puede entregar a un hijo, que se marche con el Maligno a su morada. Que en el Averno contemplen su rostro y recuerden para toda la eternidad, quién les ha derrotado.

El viento barría las hojas del suelo y también el último vestigio cálido del sol que se había puesto horas antes. Circulaba algún coche con prisa por llegar a casa y los últimos transeúntes aligeraban el paso acuciados por el frío y la sensación de que algo ignominioso acechaba en las sombras de la noche.

La figura caminaba con decisión bajo las ramas de los inmensos árboles que orlaban las aceras de la avenida. Nadie había para presenciar su avance, o quizá lo hubiera, pero no cruzaban sus pasos con esa extraña silueta en cuyo rostro los juegos de luz y sombra de las ramas trazaban extraños e imposibles dibujos. Y si alguien en efecto era testigo de su presencia, difícilmente podría distinguir lo que decía, o más bien, mascullaba entre dientes. Aunque de haber podido tampoco hubiera sacado mucho en claro, aparte de una inevitable sensación de terror.

—Hola, padde, soy Miguel, tu hijo. El que muddió, el que entedaste, el que volvió y tú volviste a entedda, pedo antes me diste algo pada enfentame al Seño, tu Dios; pada se digno de Él... Me cago en tu dios, padde. He estado cagándome en tu dios desde hace mucho y ahoda voy a cagamme en tu puta boca.

El reverendo Manfredo Blanco-Alcázar se había duchado, peinado con la raya a la derecha y puesto unos de sus mejores trajes. Tuvo que vestirse solo ya que había dado la noche libre a todo el servicio, incluido a un sorprendido Fermín, al que pagó una noche en un hotel para que no volviera a dormir a la casa.

Una vez acicalado, se sirvió una copa de jerez queapuró con decisión. A continuación, fue hacia la biblioteca y tomó asiento en su butaca favorita que previamente había encarado hacia la puerta de doble hoja que daba acceso a la estancia. Sobre la pequeña mesa que había al lado de la butaca, bailaba la llama de una vela que creaba guñños sombríos entre las estanterías repletas de libros.

En una mano, el reverendo sostenía un pesado crucifijo metálico, en la otra una Biblia. Sus brazos descansaban sobre los laterales del sillón. Su rostro tenía un gesto apacible, tranquilo y si uno le miraba de cerca, advertía una leve sonrisa. Por lo bajo murmuraba una suerte de plegaria.

—No apartes de mí este cáliz, que se cumpla mi voluntad, que es la tuya, Señor.

Las altas puertas de madera maciza de la mansión Blanco-Alcázar estaban abiertas de par en par. En su interior, dispuestas sobre una pequeña cómoda en un lateral del vestíbulo para protegerlas del viento, oscilaban las llamas de unos gruesos cirios.

Eran la única iluminación. El resto de la casa estaba sumido en sombras y en un profundo silencio. No parecía haber nadie.

Miguel Blanco-Alcázar se detuvo en la entrada y examinó el vestíbulo con detenimiento.

—Sé que estás aquí —pronunció con determinación—. Siento tu olo, tu peste poddida. Te encontadé, padde.

Manfredo aguzó el oído. ¿Era el viento enredando o una voz humana el sonido que llegaba hasta él? Tensó los dedos alrededor del crucifijo, apretó la mandíbula y sonrió. Su momento de triunfo estaba próximo.

¿Dónde podía ocultarse ese apestoso lameculos? Estaba seguro de que le aguardaba, que ansiaba el enfrentamiento tanto como él, y eso le complacía. ¿Dónde? Miró hacia la escalinata que conducía a los aposentos del primer piso; allí estaban los dormitorios, el cuarto de costura y el de juegos; este último llevaba años abandonado, nunca se había jugado demasiado en el hogar de los Blanco-Alcázar.

No, no creía que estuviera allí arriba. ¿Dónde le aguardaba? ¡La biblioteca! ¿Dónde si no iba a estar? Desde que era niño, recordaba cómo su padre se había encerrado para leer el libro santo y en sus propias palabras, reflexionar. Con el tiempo, fue consciente de que su padre huía de su propia familia, sobre todo de su

omnipresente madre, Doña Celia. Nadie debía molestarle cuando se retiraba a la biblioteca y si en alguna ocasión habían citado a Miguel para que fuera a hablar con su padre, nunca había sido para darle una buena noticia. Miguel aprendió a temer la biblioteca, a temblar de puro pánico cuando le ordenaban que fuera a «hablar» con su padre. Pero fueron escasas las veces que tuvo que acudir a esa estancia. Por lo general, si había que disciplinarle, se encargaba Doña Celia de hacerlo.

El recuerdo de la severa y despiadada matriarca le hizo apresurarse hacia su destino, si creía imposible que las llamas de su rencor ardieran con mayor fuerza, se había equivocado; el reencuentro con la casa en la que había transcurrido su vida antes del FR, avivaba sus sentimientos de odio hasta un punto que halló delicioso. La sola idea de que pronto iba a vengarse casi le hizo soltar un aullido de alegría salvaje. Pero no, todavía no iba a cantar victoria, ya lo haría cuando devorara las entrañas de su padre.

El viento cerró de golpe alguna puerta mal cerrada en el piso de arriba y el eco recorrió la casa impactando contra las paredes y los cristales de las ventanas en un vano intento de escapar al exterior hasta que exhausto, murió en algún rincón.

Miguel se detuvo y aguzó el oído, había cerrado las puertas de la entrada, no quería interrupciones, y se preguntó por dónde habría entrado ese viento inoportuno. El silencio había vuelto a posarse como una manta húmeda, aislando el interior de la casa del mundo de fuera. Miguel decidió reemprender su camino hacia la biblioteca y la escasa luz que alcanzaba el corredor por donde dirigió sus pasos, arrancó un leve brillo al ancho filo del cuchillo carnicero que llevaba en la mano.

Manfredo se relajó. El portazo le había sobresaltado. A punto estuvo de salir a investigar qué había ocurrido. Estaba seguro de haber cerrado todas las puertas y ventanas, a excepción de las de la entrada y la propia biblioteca. Pero cuando ya se incorporaba, cambió de idea y se dejó caer en el sillón. Sonrió para sí mismo. Eso era lo que el otro buscaba, que saliera fuera, que se expusiera.

—El Señor está de mi lado, repugnante servidor de la oscuridad, y con Él mi triunfo es inevitable —musitó—. Ven y acepta tu destino, acepta tu derrota.

Volvió a acomodarse en su asiento sin perder de vista la entrada a la biblioteca, su sonrisa era más abierta y espeluznante.

Miguel divisó las puertas de la biblioteca a la derecha del final del corredor. Estaban abiertas de par en par, aunque la escasa luz que se adivinaba en su interior era oscilante, como la ofrecida por una vela.

—Padde, alégate, el hijo pódigo ha vuelto a tus brazos —dijo, riendo por lo bajo—. Míddame, estoy más guapo, más alto y tengo historias que contate. ¡Las cosas que he hecho! Te las contadde mientras te saco la tipas, padde. Vamos a pasalo bien.

Los dedos de Manfredo se cerraron con fuerza alrededor del crucifijo y la Biblia. Podía oírle con toda claridad, hablaba en voz alta, aunque las palabras eran farfullos indescifrables. Irguió la espalda y apretó la mandíbula, hizo un esfuerzo para no correr al encuentro de su contrincante, reprimió sus ansias de abalanzarse para cumplir la misión que Dios le había encomendado. Aguardaría con paciencia, su victoria era segura, sólo tenía que esperar.

Miguel llegó al umbral de la biblioteca y examinó el interior. La escasa luz le impidió distinguir a primera vista la figura que ocupaba el sillón. Cuando lo consiguió, un escalofrío de terror le recorrió de pies a cabeza. Por unos instantes volvía a ser Miguel, el niño al que habían ordenado acudir a la biblioteca para hablar con su padre. No, para hablar no, para escuchar y recibir su castigo. Conocía la crueldad de la correa de su padre cuando le azotaba con ella.

Manfredo vio la silueta detenerse, titubeante. Compartió con Miguel ese recuerdo del pasado, y fue agradable.

—Entra, Miguel, tienes que rendir cuentas —declamó el reverendo con voz firme. El aludido sacudió la cabeza y se apretó las sienes con una mano.

—Estúpido —se dijo—. Soy un estúpido. No es más que un viejo asqueroso, no puede haceme nada.

La figura de la butaca se puso de pie y adelantó una mano en la que sujetaba un objeto que Miguel reconoció de inmediato.

Si la intención de Manfredo al enarbolar el crucifijo con el que había marcado a fuego el rostro de su hijo había sido amedrentarle, se equivocó.

—¡¡Me cago en tu dios de miedda!! —aulló Miguel y con el cuchillo en alto se precipitó al encuentro de Manfredo.

El reverendo no esperaba algo así. Al contrario, estaba convencido de que el pecador, el demonio en el que se había convertido su hijo, ¿cómo le había dicho Garrido que le llamaban?... ¿BMV? BMV, el traficante de drogas, el asesino, el pagano..., se desplomaría ante la visión del símbolo del sacrificio que Dios Padre había hecho al enviar a su Hijo al mundo. El mismo objeto con el que había marcado a Miguel, cuando volvió de la mano de Satanás de entre los muertos, para que Dios en su misericordia lo volviera a acoger en su seno. Pero no, no se había desplomado. De hecho, el que se desplomó fue él ante la brutal acometida del que fuera su hijo y que ahora sin duda poseído por el Ángel Caído, le agredía mientras aullaba en una lengua que no era capaz de comprender.

—¡¡MUEDE, MADDITO, MUEDE!! ¡¡VETE AL INFIEDNO CON TU PUTA MADDE!!

Tanto Manfredo como Miguel habían planeado que su último encuentro fuera prolongado, querían que hubiera tiempo para las acusaciones, los ajustes de cuentas y

que el sufrimiento del contrario fuera extremo y largo.

Ninguno de los dos alcanzó su objetivo.

Desde el momento en que Miguel se arrojó sobre su padre hasta que hundió la hoja acerada del cuchillo en su pecho, apenas transcurrieron tres segundos. Tiempo en el que Miguel gritó como un loco y Manfredo intentó pedirle explicaciones a su dios para que le dijera por qué.

La puñalada fue certera y profunda. Desgarró el corazón del reverendo igual que una fruta madura y la vida de Manfredo Blanco-Alcázar se diluyó con rapidez.

Miguel, enfurecido hasta el extremo de la bestialidad, siguió acuchillando el cuerpo inerte de su padre a la vez que le gritaba su amargura y dolor. Tardó en detenerse, en darse cuenta de que todo había acabado, que su venganza había culminado. Se incorporó y dejó caer el cuchillo al suelo al lado del cadáver. La furia en sus ojos desapareció y un gesto de profunda tristeza sustituyó a la rabia.

—Vamos, padre, levántate —susurró—. ¿Dónde está tu dios ahora?

Echó la cabeza hacia atrás y rio una carcajada hueca. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Volver a La Coma? No, ya no había sitio para él allí. La verdad era que no tenía lugar al que ir, ni le quedaba nada por hacer. Se encaminó hacia la puerta, cabizbajo. Sentía un inmenso vacío en su interior, un helor que le abatió el ánimo y que le sumió en un estado que le impidió oír los pasos que se acercaban hasta que fue tarde. Cuando alzó la cabeza y vio quién surgía de entre las sombras del corredor, frunció el ceño más sorprendido que asustado.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¿Qué bus...?

Dos disparos surgieron enmascarados por un silenciador y la cabeza de Miguel Blanco-Alcázar voló en pedazos. Esquirlas de hueso untadas en sesos y revestidas de cabellos se incrustaron en las paredes. El cuerpo del hijo del reverendo se desplomó como un fardo. Su atacante soltó el arma, una Browning 9mm, dio media vuelta y abandonó la casa a toda prisa. Lo hizo empleando la misma ventana del primer piso que había empleado para entrar. Nadie vio nada ni oyó el disparo.

Al poco, la casa quedó envuelta de nuevo por la quietud.

Tan silenciosa como una tumba.

## CAPÍTULO XVII

### Garrido se pone mimoso pero poco

---

*(Martes, 9 de diciembre, 2014)*

—¿Qué te parece el trasto éste? Dicen que vuela. Es un Rover P5 Mark II con 130 caballos, de cero a cien en, no me acuerdo, pero en un visto y no visto. ¿Qué te parece? —Garrido me observó unos instantes antes de volver la vista a la carretera—. Coño, me lo han dejado para venir a recogerte, orden directa del ministerio.

Seguí en silencio. Fumaba mirando por la ventanilla, viendo el paisaje discurrir más allá del arcén de la carretera a Valencia.

—Vale, estás cabreado.

—Si no supiera que eres poli me daría cuenta enseguida; hay que ver lo observador que eres, coño, no se te escapa un detalle.

Suspiró.

—No podía saberlo, Stone.

—Calderón es un tipo especial —dije recordándole sus propias palabras—. Y tan especial, podrido hasta la médula.

—Nos ha pillado por sorpresa a todos —dijo Garrido—. Sabíamos que pasaban cosas en la Argüelles, coño, sucede en todas las cárceles, pero no que él estuviera implicado.

—Ya. —Apreté la frente contra el cristal, la mano me temblaba, pero esta vez la pierna le seguía el ritmo. Garrido se dio cuenta.

—¿Te encuentras bien?

—De lujo —respondí sin dar pie a más preguntas—. ¿Qué va a ocurrir ahora?

Garrido no contestó de inmediato, sabía que me estaba observando; acababa de burlarme de sus dotes de observación, pero sí que era un buen poli, aunque también era discreto. Contaba con su discreción para que no comenzara a interrogarme. Hice un esfuerzo por mantener la mano quieta.

—Se han cargado a todos los funcionarios de la Argüelles —dijo al fin—. O bien estaban untados o se dejaron achantar, así que los han arrestado a todos y a juicio. Ahora mismo, los nacionales están a cargo de todo. Supongo que no tardarán en sustituirles y...

—Eso me importa una mierda —le atajé—. Y disculpa si parezco algo brusco, pero he tenido un día algo jodido. Me refería a nuestro asunto.

—¡Ah! —exclamó, como si se sorprendiera—. Te refieres a eso...



—Sí —respondí en el mismo tono—, me refiero a *eso*.

—Hay novedades —anunció.

Le di un tiento a la petaca, pero estaba vacía. La noche pasada en las dependencias policiales había acabado con ella. A pesar de que Garrido llamó para que me soltaran, se negaron a hacerlo hasta que él se presentara a hacerse cargo en persona. Supongo que después de toda la mierda que estaban destapando, era lógico que actuaran así. Al menos me concedieron una celda para mí solo y no tuve que compartir la cazalla con nadie.

—Ha muerto el reverendo —soltó de sopetón.

—¡Hostia! ¿Se lo han cargado a él también?

—Sí.

—Coño —silbé por lo bajo—. ¿Y sabéis quién ha sido?

—En realidad, sí. Fue BMV, Miguel, su propio hijo. Apuñaló al reverendo en la biblioteca de su casa. Lo más curioso es que parece que el reverendo esperaba a Miguel. Había dado la noche libre a todo el servicio, algo muy poco habitual, y luego encendió velas en la entrada y la biblioteca, dejando el resto de la casa a oscuras. No sé, Stone, todo muy novelesco, pero tampoco es que el reverendo rigiera muy bien.

—¿Tenéis a BMV? Es un pobre chiflado la verdad, da más lástima que otra cosa. No digo que haya que dejarle libre, es muy peligroso, pero tampoco merece que lo metan en el trullo.

—No te preocupes, nadie va a meterlo en ningún sitio que no sea una tumba. Alguien más entró en la casa y se lo cepilló a él. Le volaron la cabeza en tantos trocitos que sería el regalo ideal para un fanático de los rompecabezas —y se rio por lo bajo.

Me lo quedé mirando sin saber qué decir. Garrido no era de los que soltaban chorradas así, ésa era mi faena, no la suya. Debía estar bastante hasta los huevos de todo el tema.

—¿Y qué, entonces? ¿Se acabó el asunto?

Negó con la cabeza.

—Los de la iglesia de los cojones del puto reverendo siguen presionando. Más que nunca. Exigen que capturemos a los culpables.

—Hay que joderse —dije.

—Exacto.

Nos quedamos en silencio, cada uno sumido en su propia mierda mental.

Adelantamos a un camión en una recta, al final de la que divisamos una gasolinera con restaurante. Garrido propuso repostar y ya que estábamos, echar una meada o lo que tocara. Le dije que bien y que lo que tocaba era un café y algo de sustancia para el cuerpo, que se me había quedado frío. Frunció el ceño ante la mención del alcohol, no conozco otro sistema para caldearme, pero se limitó a asentir con la cabeza.

Cuando volvimos al coche, mis temblores habían cesado del todo, tenía la petaca

llena de cazalla y me estaba fumando un cigarrillo con la sensación de que en realidad todo el asunto no era más que un mal sueño. Hasta el hombro me dolía menos y Garrido, que se había metido un buen bocata entre pecho y espalda, parecía menos tenso. No duró mucho, pero fue un momento de paz agradable.

—¿No sacaste nada en limpio de Argüelles? —preguntó Garrido al cabo de unos kilómetros.

Comencé a negar con la cabeza, aunque me detuve a mitad y me quedé así con la cabeza en suspenso, pensativo. Garrido me observó con expectación, repartiendo su atención entre lo que iba a decirle y la carretera.

—El gordo dijo algo que me dio que pensar, no en el momento, que estaba yo algo tenso, pero si más tarde, mientras te esperaba. —Le di una buena calada al cigarrillo—. El cabrón de Louie, que los gusanos se lo coman a gusto, me dijo algo antes de que comenzara el baile: que buscara a quien beneficiaban las muertes. Y, ya sé que no te acaba de convencer, pero diría que sólo existe una persona que salga beneficiado. Acaba con un camello como el Sr. Lobo, luego, asalta La Coma con la idea de acabar con BMV y de paso, se carga a Papá Pitufo y sus chicos. Como BMV se escapa, lo espera en el sitio donde sabe que es más seguro que aparezca: en casa del reverendo. Si hubieras estado con ese chiflado en el piso de La Coma, sabrías que odia a su padre con todas sus fuerzas, y que relacionaría el intento de asesinarle con la persona que le marcó la cara. ¿Recuerdas quiénes estuvimos en el piso?

Garrido asintió lentamente.

—Exacto, el Sanguinario y yo. Ya sé que descartamos la idea en su momento, pero...

—Supongo que tienes razón... ¡Qué coño, claro que tienes razón! Ese hijo de puta ha estado riéndose de nosotros. Se lo pusimos en bandeja... Joder, ¿en qué cojones estaría pensando para creer que podía confiar en un cabronazo como ése? Tiene que estar partiéndose el culo...

Seguimos un rato en silencio, ya estábamos a la altura de Requena, apenas una hora para Valencia, pero de pronto Garrido se desvió y se detuvo en un restaurante que tenía el aparcamiento lleno de camiones.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó frenando el coche con un chirrido de ruedas—. Aquí seguro que tienen teléfono, llamaré a la brigada y también a los de homicidios, que detengan al cabrón de Espinosa.

Estaba a punto de salir de coche, cuando le detuve.

—No lo hagas.

—¿Eh?

—¿Qué pruebas tienes?

Se rascó la cabeza, dejándose caer de nuevo en el asiento del coche.

—Menudo hijo de puta —suspiró—. Me niego a que se salga otra vez con la suya.

Fruncí el ceño recordando algo.

—Recuerdo que el otro día, ¡joder, fue ayer mismo! —exclamé. Parecía que hubiera transcurrido un año—. Recuerdo que no conseguiste contactar con Espinosa, ¿has hablado con él desde entonces?

Garrido negó con la cabeza.

—No, ¿qué crees que significa?

—Yo diría que ha hecho mutis por el foro, que ha decidido dejar que las cosas se calmen. No hay pruebas contra él, pero si además no podemos ni hablar con él, acabaremos por dejarlo correr. No hay pruebas, no hay sospechoso, no hay caso.

Garrido arrancó el coche y emprendimos la marcha sin prisas. Estábamos los dos vencidos, derrotados sin paliativos.

Cuando llegamos a Valencia nos despedimos con un murmullo. Me fui a casa. Mati no estaba. Me alegré... a medias; le dije hola a Gato que me maulló algo que sonó a ya era hora, mamón; le di de comer, me casqué una botella de *bourbon* y me dejé caer en el sillón, aturdido por el alcohol y la tensión.

Al día siguiente era diez de diciembre y tenía una cita, hasta entonces le podían dar por culo al mundo.

## Matilde F. Torres y Vicente Garrido

---

*(20 de diciembre, 2014)*

—¿Estás segura?

—Sí.

—Cree que hace lo correcto. Ya sabes cómo es.

—No me vengas con gilipolleces, comisario. Tengo una colección de idioteces y muchas de ellas repes y la que más odio es la de «esto lo hago por ti».

—¿Cuándo quieres que se lo dé?

—Cuando le veas... ¿No ibas hoy a Madrid?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Jodido; el tratamiento es duro.

—Ya...

—¿Estás segu...?

—¡Qué sí, coño! Dile que, dile que...

—Se lo diré, tranquila.

—Y de paso le dices que es un capullo.

—Eso ya lo sabe.

—Sí, pero así se enterará de que yo también lo sé.

—¿Llamarás?

—No.

—Mati...

—Adiós, comisario, eres un capullo también, pero siempre me has caído bien.

¡Ah! Feliz Navidad.

—Gracias... Supongo. Adiós, Mati. Feliz Navidad y cuídate.

## El Suero de Godwin

---

I'm so tired, I'm so tired  
I wish I was the moon tonight.

Neko Case

*(10 de diciembre, 2014)*

—La doctora le atenderá enseguida. ¿Quiere tomar algo? Puedo ofrecerle un café o una infusión.

La chica era mona de una manera sencilla: delgaducha, pelo castaño y ondulado, ojos avellana, despiertos y un *noséqué* que me recordaba a Mati y supongo que por eso la odié un poco.

—Un café estará bien. Solo, con bastante azúcar.

—¿Le apetece algo más? —me sonrió con brevedad y el parecido a Mati se multiplicó.

—¿Algo que mejore el café? —pregunté con una media sonrisa.

—Bueno, tenemos galletas y creo que hay unos bollos que... —vaciló al verme enarcar una ceja irónica.

—Dije mejorarlo, no pringarlo... —su mirada se oscureció—. No me hagas caso —añadí—, estoy un poco nervioso. El café estará muy bien.

—No se preocupe, es normal estar nervioso.

—No, ése es el problema, que nada de esto es normal —me incliné sobre el mostrador de la recepción y susurré—. Pero te agradezco el detalle, cuando llegue el momento, no te devoraré...

Una voz surgió a mis espaldas.

—¡Buenos días! ¿El Sr. Stone te está haciendo sudar, Ana, querida?

—No, en absoluto, es sólo que... —la recepcionista, Ana, se sonrojó y me sentí bastante idiota. Le guiñé un ojo que quiso tranquilizarla y me di la vuelta.

—Tiene fama de ser un tipo bastante impertinente, Sr. Stone.

Metro sesenta, cincuenta y tantos, cabello moreno con alguna cana esquiva, mirada inteligente y escéptica, nariz inquisitiva sobre la que se columpiaban unas gafas de montura metálica y una sonrisa que ahuyentaba las ganas de hacer el bobo.

—La doctora Godwin, supongo —dije con voz sumisa.

Ella soltó una carcajada franca.

—Acompáñeme, Sr. Stone, vayamos a mi consulta. Si le dejo por aquí suelto, acabará por ahuyentar a todas las empleadas. —Se cogió de mi brazo, el bueno, que el otro aún cabalgaba con alguna dificultad, y me guio por un pasillo hasta su consulta.

—No se lo vaya a creer, lo de que soy un impertinente —aclaré ante su mirada interrogante—. Hay quien me considera un caballero.

—Me lo creo, a mí en más de una ocasión me han confundido con una actriz porno.

Supongo que puse cara de asombro, porque volvió a reírse.

—Venga, hombre, ríase, aunque sea por educación o voy a pensar que huelo mal o algo por el estilo.

—Es usted una doctora un poco rara.

—Y usted un muerto un poco raro.

—Touché —dije y en esta ocasión me reí sin que tuviera que pedírmelo.

Llegamos a nuestro destino, abrió la puerta y me indicó que pasara. El cuarto no era mucho más grande que el del doctor Galán, el mismo que me había atendido la vez anterior. Sin embargo, aquí había una ventana que daba a unos jardines, estaba abierta y se oía a un grupo de críos jugando. Una de las paredes estaba cubierta de dibujos infantiles, todos con una dedicatoria, mejor o peor escrita, a la doctora. Había que buscar bien para encontrar los cuadros con los títulos que Godwin ostentaba entre tanto papel coloreado con inocencia e ingenuidad.

Delante de la pared de los dibujos había una mesa grande, cubierta de carpetas archivadoras; en el centro destacaba un hermoso cenicero de cristal. La doctora se sentó detrás de la mesa y me señaló las sillas que había al otro lado.

—Siéntese, Sr. Stone, y como sé que me lo va a preguntar, sí que puede fumar —sacó su propio paquete de Ducados y se encendió uno—. Pero si se le ocurre sacar esa famosa petaca suya, le echo a patadas de aquí.

Enarqué las dos cejas.

—Le quiero en buenas condiciones, que entienda bien lo que le voy a explicar porque va a tener que tomar una decisión muy importante que le afectará a usted, sobre todo, pero también a mi equipo de trabajo. ¿Me ha comprendido? —Apenas tuve ocasión de asentir, porque siguió hablando—. Y ya que estamos, vamos a tutearnos, yo soy María y tú eres Tom, ¿de acuerdo? Me parece que estoy hablando con alguien que no está aquí, cuando empleo el usted.

Volví a reírme y comencé a pensar que como siguiera así, me iba a provocar una hernia en la mandíbula.

—De acuerdo, el tuteo siempre me ha sonado a baile, y el usted a... —me interrumpí, la mano y la pierna habían comenzado a temblarme.

Ella me observó con gesto serio, pero no se movió de su asiento.

—Hablando de bailar —murmuré, intentando controlarme.

—¿Cuánto hace que empezó?

—No lo sé con certeza —respondí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No es ningún secreto que me gusta pegar un trago de vez en cuando, ya sabes, no duermo y... El caso es que me suelo exceder y los temblores nunca han sido raros. Al principio, siempre los atribuía a la bebida. Normalmente desaparecían junto con la resaca.

—¿Cuándo fuiste consciente de que no estaban producidos por la bebida?

—Hará cosa de unos días... Tres o cuatro. Primero fue la mano, la derecha. Luego la pierna —hice una pausa—. Pero quizá comenzaran hace dos o tres meses o un año... No lo sé.

—No, no lo creo. Si hubieran comenzado hace tanto tiempo, ya habrías alcanzado la fase tres. Terminal —aclaró ante mi gesto de extrañeza. Sacó una libreta en la que hizo unas anotaciones—. ¿Algún problema de memoria?

—No, los problemas los tengo con los recuerdos, por eso bebo. Claro que si olvidara algo no lo sabría, ¿verdad? —reí sin ganas ante su gesto adusto. Dejó la libreta sobre la mesa.

—Luego te contaré un chiste, Tom, uno bueno para que puedas contarlo por ahí y no sientas la necesidad de soltar tonterías todo el rato —se ajustó las gafas, empujándolas con suavidad—. ¿O esa costumbre es reciente?

—No, es mi forma de controlar el miedo en público. En la intimidad, me golpeo el pecho y aúllo como una hiena.

—Vamos, Tom, déjate ya de chiquilladas. Mejor nos centramos, ¿de acuerdo?

—¿Te importa si pego un trago? —pregunté sintiéndome como un crío al que acaban de pegar una bronca. Odio las broncas.

Apretó los labios y bufó por la nariz.

—Tom, Tom, Tom... Sé lo que estás pensando, piensas que los demás somos incapaces de comprender por lo que estás pasando, que vives en un infierno particular, que lo has perdido todo, que te vas a convertir en un mascatripas. Lo que muchos llamarían regalo o segunda oportunidad, tú lo llamas putada cósmica, y eso te da derecho a ser un cabroncete cargado de sarcasmo y los demás tienen que aguantarte, porque en el fondo eres un pobre zeta con fecha de caducidad. —Lo soltó de corrido y al terminar, jadeó un par de veces y me observó con atención.

—Nunca había oído tantas tonterías juntas —dije con frialdad—. No sé qué clase de doctor hay que ser para soltarlas, pero dudo que eso lo enseñen en Oxford.

Se puso de pie, apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Lo que enseñan en Oxford es que si algo se comporta como un burro, rebuzna como un burro, come como un burro, caga como un burro y parece un burro, entonces es un jodido burro. Y yo no trato con burros, yo trato con gente —volvió a sentarse y señaló con un dedo los dibujos que tenía en la pared—. ¿Te gustan los dibujos?

El cambio de tema me cogió desprevenido.

—Encantadores —musité por decir algo.

—No queda uno vivo.

—¿Eh?

—Los niños que los hicieron, están todos muertos.

Comenzaba a entender.

—¿Reanimados?

—Sí. La gente los ha olvidado porque entraron muy pronto en la fase tres, la terminal. Ninguno llegó al año. Ignoramos por qué, y tampoco hemos seguido investigando en esa dirección. El tiempo no nos ha sobrado nunca —juntó las manos como si estuviera rezando—. No voy a entrar en detalles, Tom, sólo te diré que recuerdo a todos y cada uno de esos críos a los que intenté salvar y también a sus padres... —aplastó la colilla del cigarrillo y se encendió otro—. Uno de los padres, Ricardo, me dijo que un padre jamás tendría que enterrar a un hijo, iba contra todo lo humano y debería ir contra todo lo divino. Si encima tenías que hacerlo dos veces es que no existía Dios, y que si existía podía irse al diablo. —Me miró con fijeza—. Ni uno solo de esos niños se quejó, ni uno solo. Apenas sobrevivieron unos meses, pero no dejaron de confiar... —Su voz se rompió unos instantes y agachó la mirada—. No me toques los cojones, Tom —añadió con suavidad—. Quiero ayudarte, a ti y a los reanimados que confíen en mí, y creo que ahora estoy en condiciones de hacerlo. Además, me temo que te quedan pocas opciones, así que no me toques los cojones.

—De acuerdo, pero lo del miedo me temo que es cierto, aunque con lo de los aullidos he exagerado —inspiré una bocanada de humo—. Lo siento. Lo digo en serio, lo siento. No quería cabrearte. Y agradezco lo que estás haciendo. En serio —repetí. Y no por temor a que no quisiera atenderme, lo que no quería era ofenderla. Curioso, supongo, pero la doctora Godwin se había ganado mi respeto y admiración.

—Acepto tus disculpas, aunque la tontería te va a costar un café cuando acabemos aquí.

Le dije que faltaría más. Ella sonrió con brevedad, entornó los ojos y me lo contó todo. Lo del Bokor, lo de su efectividad en las pruebas que habían realizado y también, que la falta de tiempo para llevar a cabo más pruebas suponía un riesgo. Y por último que el tratamiento era doloroso, muy doloroso.

—Y ya sabes que como mucho te podemos aplicar algún sedante, pero ni hablar de anestesia general.

—Sí, lo descubrí hace poco —y alcé el brazo.

—¿Qué pasó? —preguntó con curiosidad.

—Un tipo malo quiso que le contara algo.

—Y no se lo contaste.

—Oh, sí que lo hice. Pero no lo hice por miedo a otro balazo, me iba a matar de todas formas.

—Y sin embargo, aquí estás.

—Sí, alguien me salvó el pellejo.



—Entonces hay gente que se preocupa por ti.

—Sí —aparté los ojos.

—Ya veo que no quieres hablar sobre ese tema.

—No mucho, la verdad.

Se puso de pie y se desperezó con total naturalidad.

—Estoy cansada, Tom. Vamos a la cafetería y me invitas al café. De paso, te daré cita.

—¿Para cuándo?

—Dentro de una semana, más o menos.

—¡Tanto! —me sorprendí—. Pensé que había prisa, y más con mis síntomas y todo eso.

Rodeó la mesa y me puso una mano sobre el hombro.

—No eres mi único paciente, hay más como tú que se han apuntado al programa. Además, mi colega, el doctor Galán, ya te dijo que te quedaba tiempo por delante,

¿no?

—Sí. También intentó disuadirme de que hablara contigo.

—Ya. —Se quedó pensativa durante unos segundos—. Tengo muchos detractores, Tom, y me temo que tienen motivos para ello. Me estoy precipitando, o lo estaría si las circunstancias fueran otras, pero no lo son.

—Yo sigo aquí y no pienso rajarme.

—Bien. Pero sin garantías, Tom. No puedo darlas.

—¿Y quién puede? ¿Entonces será dentro de una semana?

—Sí, están montándolo todo en el CIFR de Madrid para atenderos en las mejores condiciones a todos —me dio un apretón amistoso—. No te preocupes, acude siempre que te sientas... extraño, ya sabes lo que quiero decir. Puedes venir aquí mismo. Si advierten que los síntomas van a más, te aplicarán un protocolo de urgencia. Pero creo que aguantarás bien y en Madrid podré hacerte mejor el tratamiento.

Mientras me lo contaba, habíamos abandonado la consulta y nos dirigíamos hacia la cafetería. Ella me había cogido del brazo y yo, que a veces soy más tonto de lo debido, sentí unas ganas enormes de apoyar la cabeza en su hombro y llorar. No lo hice, dudo que hubiera apreciado mucho que le pringara la bata de mocos.

## CAPÍTULO XVII

### Eva Espinosa

---

*(Martes diez de diciembre, 2014)*

—¿Dónde cojones estabas, Stone? ¡Hostia, llevo media mañana llamándote a casa y al despacho!

—Tenía una cita.

—Una cita, una cita... Vente para acá.

—Estoy ocupado.

—¿Haciendo qué?

—Tocándome los cojones a dos manos. ¿Se puede saber quién te los ha tocado a ti?

Un suspiro tan sonoro como el berrido de una foca estalló en el auricular.

—Me presionan, Stone. Quieren que detenga a Espinosa, que reúna pruebas y lo meta entre rejas.

—Ya. Pues está complicado el tema, me parece que testigos no queda ni uno.

—A mí no se me ocurre nada y para empeorar el tema, sigo sin hacerme con ese cabrón. Que no está me dicen cada vez que llamo. ¿Alguna idea?

Rasqué a Gato entre las orejas, lo tenía en mi regazo, y pensé.

—Sí, no sé si servirá de algo, pero...

—Suéltalo, lo que sea con tal de no quedarme sentado.

—Ya que no puedes hablar con el Sanguinario, probemos a hablar con su esposa, Eva Espinosa.

Percibí la duda en la voz de Garrido.

—¿Crees que sabrá algo? Por lo que sé, esa mujer no es más que un hermoso florero.

—Y lo es —convine yo—, pero no tiene un pelo de tonta. No prometo nada, y es probable que tengas razón y sólo perdamos el tiempo hablando con ella. Aunque con las opciones que tenemos ahora mismo...

—Sí, tienes razón. Haré que la traigan a comisaría.

—No, iremos a hablar con ella. La llamaré y le pediré que nos reciba en su casa.

—Cantan mejor aquí, Stone. El decorado intimida más.

—Lo sé, pero en este caso ganaremos puntos si no la hacemos venir hasta aquí. Y además, corres el riesgo de que no quiera acudir y no la puedes obligar.

—Bien, lo haremos a tu manera. ¿Cómo quedamos?

—Te llamo en cuanto me haga con ella.

—Hazlo.

Colgué. Dejé de rascar a Gato y me rasqué yo. Hacía mucho que no veía a Eva, me pregunté si accedería a entrevistarse con nosotros o se limitaría a mandarme a hacer puñetas. Bueno, no tardaría mucho en averiguarlo, cogí mi agenda, busqué su número y lo marqué.

La primera vez que llamé a Eva Espinosa, meses atrás, cogió el teléfono la gorila del Sanguinario: Brígida, la Trol. En esa ocasión no conseguí hablar con Eva. Esperaba que las cosas hubieran cambiado desde entonces y que fuera la propia Eva quien me contestara. El teléfono sonó una vez, dos y... No hubo suerte.

—Residencia de los Sres. Espinosa. ¿Quién llama?

—Santa Claus, ¿has sido una chica buena este año, Brrrígida?

—El señorr Stone —escupió la Trol con desprecio suficiente para untar unas cuantas tostadas—. Querrrá hablarr con la Señorra, ¿verrrdad?

—En realidad, es con el señor con quien me gustaría hablar, aunque creo que no está, ¿verdad?

Hubo una pausa al otro lado del hilo que me dio que pensar. La sierra mecánica volvió a rugir.

—La señorra le atenderrrá enseguida.

—Grrracias, Brrrígida, siemprre un placerrr...

El bufido que me alcanzó a través del auricular me limpió el oído de un extremo al otro. Mientras sacudía la cabeza y me encendía un pitillo para pasar el rato, oí a alguien cogiendo el auricular del otro lado.

—¿Tom? ¿Sr. Stone? —rectificó la voz—. Qué inesperado placer.

Si todavía respirara me habría desmayado por la falta de oxígeno. La primera vez que vi a Eva recuerdo que sentí ganas de mover el rabo y echarme boca arriba para que me rascara la tripa. Pensé que ya había superado el efecto que ejercía sobre mí. Me equivocaba. Conté hasta diez antes de hablar para no tartamudear como un crío en su primera cita.

—¿Sr. Stone? —susurró de nuevo la voz.

—¿Sra. Espinosa? —me chirrió un poco, pero conseguí no sonar ansioso.

—Ah, hola, Sr. Stone, ¿o te llamo Tom?

(Joder, llámame como quieras, pero llámame).

—Esto... Me temo que el motivo de la llamada es oficial, así que vamos a tener que guardar las formas.

—Una lástima... Sr. Stone.

Y parecía sentirlo de verdad. Me tuve que recordar que Eva Espinosa no sólo era una mujer capaz de cortarle la respiración a un hombre hasta idiotizarlo, también era una mujer muy inteligente y la esposa del peor criminal de la ciudad.

—La vida está llena de decepciones. Y hablando de eso, su querido esposo, el Sanguina... Vaya, disculpe, el Sr. Espinosa, nos está evitando y necesitamos hablar

con él.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea. Llegué a creer que había colgado.

—Ya he hablado con la policía sobre eso —dijo al fin, el tono había descendido a varios grados bajo cero—. Y les he dicho lo mismo que le diré a usted, Sr. Stone: no tengo ni idea de dónde está Gregorio. Sé que estaba colaborando con no sé qué departamento de la policía en algún tipo de investigación, y que usted también estaba metido en el asunto. Ni sé, ni quiero saber más. Gregorio no me habla de sus asuntos y yo no...

—Queremos que nos conceda una cita —espeté sin dejarla terminar.

—¿Queremos?

—Eso es, queremos. El comisario Garrido de la brigada FR y yo.

—¿Y si me negase?

—No pasaría nada, excepto que el comisario se iba a sentir algo molesto y comenzaría a buscar un motivo que le permitiera entrar a saco en su linda casita a ver qué encontraba. Claro que es poco probable que encontrara un motivo con bastante peso como para que un juez le firmara una orden... ¿O sí lo encontraría? Estamos hablando del hogar del mayor cabrón que hay en Valencia... No sé...

—Hoy a las cinco, Sr. Stone, y créame, le recordaba más elegante.

—Conserve el recuerdo, a lo mejor se lo reclamo algún día. Nos veremos a las cinco.

Colgué para cortar la comunicación y volví a tomar el auricular para hablar con Garrido. Le conté lo de la cita, no pareció alegrarse mucho, aunque Garrido jamás parecía alegrarse mucho, y quedamos en que él me recogería.

—¿Vas a traer ese cacharro con el que volvimos de Madrid?

—¿Cacharro? ¡Anda que...! No, iré con un 1400 negro. Estaré bajo tu casa a las cuatro y media. Y no me hagas esperar.

—Tranquilo, y tráeme bombones, que las flores no me van.

—Anda y que te den, Stone.

—Y a ti, Garrido.

Cuando colgué, me fumé varios cigarrillos mientras esperaba a Garrido. Repasé la conversación que acababa de mantener con Eva Espinosa y entre otras cosas, tuve que admitir que no había ido como yo creía. No, yo me había puesto bastante borde y ella muy a la defensiva. Que yo me ponga borde es como que diga tacos, me gusta y punto. Sin embargo, cuando uno se pone a la defensiva es porque teme que le hagan daño... ¿Qué temía Eva Espinosa?

Sacudí la cabeza cuando oí el bocinazo impaciente de Garrido. Probablemente la actitud precavida de Eva naciera del mundo que la rodeaba. Algo nada extraño, las cosas como son. Miré la hora en mi reloj de pulsera, las cuatro y media. Bien, no tardaría mucho en averiguar qué le ocurría Eva.

### **BOLETÍN DE LA IGLESIA DEL DESCANSO ETERNO**

**El reverendo  
Manfredo Blanco-Alcázar:  
un ejemplo a seguir.**

La Iglesia del Descanso Eterno siempre ha intentado propagar que el verdadero cristiano vive su vida en comunión con las leyes de Dios y que jamás debe renegar de sus preceptos porque en ellos está la verdad. Dios nos concedió el don de la vida y sólo Él puede tomar esa vida. De la misma forma, si en su gracia infinita, Él deseara devolver esa vida a uno de sus hijos, lo haría de forma clara e inequívoca, como bien muestra el libro sagrado. No nos erijamos en dueños de la muerte o la vida, no permitamos que el Maligno obnuble nuestro entendimiento y nos desvíe del camino que Dios nos ha marcado.

Todo hombre muere. Ningún hombre ha de eludir su camino al juicio de Dios. El denominado Día del FR no ha sido más que una prueba que el Señor nos ha puesto. Ha permitido en su infinita sabiduría que el Ángel Caído devuelva con su pútrido aliento la vida a algunos. Y cuando el Altísimo sólo aguardaba a que reconociéramos la mano, la garra, del Maligno, y que tuviéramos la entereza de llevar de vuelta a su última morada a quienes habían sido arrancados de ella ¡No lo hicimos! ¡Y no sólo no lo hicimos, si no que abrimos las puertas de nuestros hogares a esos hijos de la voluntad del Averno! ¡Cuál no sería la decepción de nuestro Creador! Mas no todos pecaron de soberbia, no todos aceptaron ese regalo envenenado. Hubo quien no lo hizo. Hubo quien no se dejó llevar por el camino errado.

El reverendo Manfredo Blanco-Alcázar fue ese hombre.

Su desgraciada muerte a manos de uno de esos hijos del Maligno, que no os confundan los pregoneros del Mal con sus mentiras sobre el autor de su martirio, no hace más que confirmar que el camino que había emprendido era

el correcto. Un camino hacia la santidad.

Su muerte no significa el fin de la Iglesia del Descanso Eterno. Más bien al contrario, es una señal de que su obra debe continuar, que el Mal en el mundo debe ser combatido con firmeza y determinación.

Su obra no morirá con él.

Únete a la Iglesia del Descanso Eterno. Confía en Dios como Él ha querido confiar en nosotros.

Te esperamos.

**Reverendo Francisco Barragán**

Para más información pueden llamar al 555-63-66-69.

## DIARIO LA REFERENCIA

### El «reverendo» muere a manos de su hijo

#### C. Redón Pomar

El fundador de la Iglesia del Descanso Eterno, Manfredo Blanco-Alcázar, falleció anoche en su domicilio de Valencia, apuñalado por su propio hijo, Miguel Blanco-Alcázar. El célebre y controvertido reverendo fue hallado muerto esta mañana por el servicio doméstico de la residencia de Blanco-Alcázar. Presentaba heridas múltiples por todo el cuerpo, aunque la que acabó con su vida fue una certera puñalada en pleno corazón.

Era como si al fallecido lo hubieran pasado por la aguja de una gigantesca máquina de coser ha declarado un portavoz de la policía.

En cuanto al asesino, Miguel Blanco, reanimado y al parecer relacionado con el tráfico de estupefacientes, fue hallado también dentro del domicilio familiar con un tiro en pleno rostro que dificultó su identificación.

Sobre este segundo crimen la policía no ha querido hacer declaraciones, aunque fuentes oficiosas con las que ha hablado este periódico, afirman que carecen de pistas sobre quién puede haber sido el verdugo de Miguel Blanco. La doble tragedia ha conmocionado una de las zonas más nobles de Valencia que en palabras de algunos vecinos, no está habituada a este tipo de episodios.

## CAPÍTULO XVIII

### Eva Espinosa, Sra. de Sanguinario

---

No hay dignidad en la muerte,  
sólo rabia por no haber jodido más.

Miguel Blanco-Alcázar (BMV)

*(Martes diez de diciembre, 2014)*

—Sigo sin verlo claro —refunfuñó Garrido.

Tenía aspecto de estar agotado: el ceño fruncido de forma permanente, los ojos inyectados en sangre, devoraba cigarrillos, apestaba a sudor, tabaco y hastío y refunfuñaba con el ritmo y la persistencia de una locomotora. Conducía con una mano sobre el volante y la otra apoyada en la ventanilla, que llevaba abierta a pesar del aire gélido. Cuando cogía el cigarrillo, que no paraba de saltar como si quisiera escapar de su boca, no usaba la mano apoyada en la ventanilla. No supe si ponerme nervioso o echar un trago. Opté por las dos cosas; avaricioso que es uno.

—¿El qué? —respondí ante su comentario.

—La visita a la Sra. de Sanguinario.

Me reí. «Sra. de Sanguinario».

—No te cae bien.

—¿Bien? Me importa una mierda la tipa ésa —comentó con desprecio, me pregunté si Garrido conocía a Eva en persona—. Llevamos cinco días con el caso y parece que hayan pasado cinco años. No paran de presionarme... Otro reverendo de los cojones metiendo caña, Barragán o Barroso... Joder, tenía que haberme negado a seguir con esta mierda...

—¿Negarte? ¿Podías haberte negado?

—Coño, claro. Bueno, negarme no, que tengo que hacer lo que me manden los de arriba, pero podía haber pasado el caso a homicidios. Ya no es un caso de agresión a reanimados. Va más allá. Y nosotros vamos de culo; cada vez contamos con menos agentes y no vayas a creer que no tenemos trabajo —bufó con fuerza—. Dicen que hay crisis, que hay recortes en todos los departamentos y que en el nuestro más todavía, porque cada vez hay me... —se interrumpió de golpe, como avergonzado.

—Somos cada vez menos. ¿No es eso? —dije mirando por la ventanilla. Pasábamos por las primeras casas, casi mansiones, de Tejas Verdes, el complejo residencial donde los Sanguinario tenían su residencia—. Los reanimados vamos



casando, ¿no? Menos reanimados, menos gastos. O ésa es la teoría.

—A ver si ahora te vas a poner a llorar —dijo al cabo de unos segundos de espeso silencio, aunque su tono se había suavizado.

—Los reanimados no lloramos, capullo.

Llegamos a una garita con un guarda grandote como un buey e igual de atractivo, que se asomó por el ventanuco de su guarida para echarnos un vistazo. Garrido sacó la placa por la ventanilla sin molestarse en bajar.

—Frío hace, coño —murmuró.

Si el guarda quería ver la placa de cerca iba a tener que salir. No lo hizo. La verja se abrió y tomamos el camino de grava hacia la casa. Observé a Garrido mientras admiraba la enorme casa, el lago artificial, los jardines con su fuente de Neptuno incluida y el muro que rodeaba la propiedad convirtiéndola en una fortaleza.

—Y dicen que el crimen no compensa —murmuró Garrido. Curioso, yo había pensado lo mismo la última, y única, vez que había estado allí.

O bien porque oyeron el coche o porque avisó el de la garita, pero teníamos comité de recepción: Brígida, la Trol, camiseta de manga corta, a pesar del frío, y ajustada como la uña al dedo, falda escocesa y zapatos de pisotear cabezas. Un detalle femenino, eso sí: se había pintado los labios. Pensé que si intentaba besarme la denunciaba por intento de asesinato.

La Trol aguardó cruzada de brazos a que Garrido detuviera el coche y nos bajáramos antes de hablar. Abrí la puerta del coche con cuidado, ya no llevaba el cabestrillo, pero aún me dolía.

—Porrr aquí —ordenó la Trol con una mueca que habría jurado que era una sonrisa, y se volvió, entrando en la casa.

Garrido y yo la seguimos por un amplio pasillo que arrancaba desde el impresionante vestíbulo hasta una estancia de tamaño más bien modesto, de acuerdo con las dimensiones del resto de la casa. Contaba con una chimenea en la que ardía un buen fuego. En las paredes algunos cuadros de flores. Una ventana francesa sin cortinas que daba al jardín, prestaba luz al interior. Frente al fuego había unas butacas y un sofá de seis plazas que tenía aspecto de ser más cómodo que mi cama. Y hablando de camas, Eva Espinosa estaba sentada en el extremo más alejado del sofá, justo en el borde del cojín, como si fuera a echar a correr de un momento a otro. Vestía un jersey negro de cachemira de cuello alto y una falda beige por debajo de la rodilla. Los zapatos eran sencillos y casi sin tacón. Llevaba el pelo recogido en un moño alto, dos sencillos pendientes de oro y ninguna otra joya. Apenas iba maquillada y pude observar que lucía unas hermosas ojeras. Se puso de pie para recibirnos.

Miré de soslayo a Garrido que se había detenido a mi lado. Al final, había olvidado preguntarle si alguna vez había estado cerca de Eva. Por la baba que estaba a punto de caerle por el mentón, habría jurado que no.

—Siéntense —ladró la Trol con los brazos en jarras. Garrido y yo nos miramos y

luego a Eva; ésta carraspeó y la Trol se puso roja como un tomate.

—Porrr favorrr —añadió, escupiendo la palabra.

Nos sentamos.

—Tráenos un refrigerio, Brígida —pidió Eva—. Creo que al Sr. Stone le gustará acompañar el café con algo de cognac, lo lamento —indicó en mi dirección—, no tenemos *bourbon*, espero que te guste el cognac —afirmé con la cabeza—. En cuanto al comisario Garrido...

—No se moleste, señora —atajó Garrido—. No es una visita de cortesía.

—No es molestia alguna —dijo Eva—. Creo que un capuccino será de su gusto y yo tomaré un jerez. —Al ver que Garrido no decía nada, no quise mirar, pero ya conocía el efecto de Eva sobre alguien cuando hablaba, añadió—: Soy consciente de que les trae un asunto oficial, el Sr. Stone lo dejó muy claro cuando me llamó, pero eso no quiere decir que tengamos que prescindir de los buenos modales, ¿no?

—Mmmm. Eh, sí. Quiero decir, no... El capuccino estará muy bien, señora. Gracias.

Eva dirigió un gesto de asentimiento hacia Brígida, que salió con la gracilidad de una estampida.

—¿Y bien, señores? ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Garrido me miró y yo asentí. Habíamos quedado en que él llevaría el peso de la conversación. La visita era oficial y el representante de las fuerzas del orden era él.

—¿Está usted al corriente de la colaboración que nos prestó su esposo, Gregorio Espinosa de los Monteros? —Garrido había sacado una libretita y un lápiz corto. Me pregunté si lo habría visto en una de esas películas americanas.

—Sí. No me lo creí cuando me lo contó. Me pareció absurdo. Ridículo. Una broma... —Hizo una pausa para recuperar el aliento. Parecía de verdad indignada—. Un hombre de... negocios colaborando en la caza de un criminal... De risa. —Se llevó una mano a la boca, acariciándose el labio inferior con suavidad. A continuación, encendió un cigarrillo y comenzó a fumar. Cuando Garrido tuvo claro que no iba a decir más, golpeó con impaciencia la libretita con el lápiz y prosiguió.

—Fueron los *negocios* de su esposo lo que nos decidió a pedirle su colaboración, Sra. Espinosa —comentó con sarcasmo apenas perceptible—. Y sin entrar en detalles, ya habíamos dado el caso por cerrado, pero han surgido... esto... algunas novedades, y necesitamos hablar con él. El problema es que no sabemos dónde encontrarle.

Fue entonces cuando entró Brígida con un carrito de café con ruedas. Sin mediar palabra, nos entregó a cada uno lo nuestro —Garrido ojeó el capuccino con suspicacia— y se colocó de pie al lado de Eva. Posó una mano sobre el hombro de la esposa de su jefe y la retiró enseguida ante el gesto de sorpresa de la otra. Pensé que estaba tomándose muy en serio su papel de perro guardián de la mujer de su jefe, aunque con los últimos acontecimientos, el Sanguinario le habría indicado que no se separara de ella. Y la Trol era fiel, no cabía duda.

Eva apagó su cigarrillo y tomó la esbelta copa de jerez que le habían traído. Tomó

un sorbo. El tamborileo del lápiz sobre la libreta se incrementó. Caté el café de la Trol. Era tal y como lo había imaginado, una porquería bautizada con alcohol de quemar o algo peor. Lo dejé en el carrito que había quedado frente a nosotros, encendí un cigarrillo y me acomodé en mi asiento observando a Eva y de soslayo, a Garrido.

—Mi marido, comisario, es un hombre de múltiples ocupaciones. Se levanta muy temprano y en muchas ocasiones no vuelve hasta bien entrada la noche. No sé dónde va, ni con quién va. No me inmiscuyo en sus cosas.

—Y sin embargo, le contó lo de su colaboración con la brigada —apuntó Garrido.

—Sí.

—¿Y por qué lo haría?

—Porque le pareció una broma de mal gusto que se lo pidieran. Grotesco. Absurdo. —Sonrió—. Ya se lo he dicho antes. Nos reímos bastante.

—Dudo que él se riera —intervine.

—Sea como fuere —dijo, encogiendo los hombros—, yo lo encontré divertido y estúpido.

—¿Dónde está su marido, Sra. Espinosa? —preguntó Garrido con un deje de impaciencia.

—Supongo que no me he expresado con claridad, así que lo repetiré: no tengo la menor idea.

—Ha habido dos asesinatos y un ataque en toda regla a una zona urbana, Sra. Espinosa. Un ataque en el que ha muerto mucha gente. La gente de esta ciudad puede estar acostumbrada a los *negocios* de su marido, pero todo esto ha ido demasiado lejos.

—¿Sospechan acaso de él?

—No he dicho eso —respondió Garrido, queriendo decir que sí.

—¿Hay cargos contra mi marido?

—No, en absoluto. Por ahora sólo queremos hablar con él.

—¿Y por qué si no tienen nada contra él?

Garrido se puso en pie, dejó el capuccino sin probar sobre la mesa de café y se acercó a Eva. La Trol se tensó como una ballesta y parecía a punto de interponerse entre los dos. Garrido le clavó la mirada y al final ella se conformó con acercarse algo más a Eva.

—Sra. Espinosa, queremos, *exigimos* hablar con su esposo, Gregorio Espinosa. No le beneficia lo más mínimo no dar la cara. Ya debe saber que le buscamos. Su silencio le delata. Cuanto más tiempo eluda dar respuestas, mayores serán las suspicacias que despierte. Se lo he dicho, señora, la opinión pública exige una respuesta ante tanta violencia. Y a nosotros nos presionan para que demos esa respuesta. No estamos dispuestos a perder el tiempo. O nos ayuda, o volveré con un mandamiento judicial para registrar la finca. Y le garantizo que no es una experiencia agradable.

El discurso de Garrido era una verdad a medias. En realidad a nadie le importaba un carajo que se hubieran cargado a unos cuantos fanáticos, yonquis y asesinos. Mala vida, mala muerte. Pero el comisario había sonado muy convincente. Lo bastante para que Eva frunciera los labios y abriera las manos como si se rindiera.

—Les he dicho la verdad. Gregorio volvió el sábado a mediodía, apenas me habló. Parecía muy agitado, cabreado.

Fue después de nuestra visita a La Coma, seguro que estaba más agitado que cabreado.

—Le pregunté si ocurría algo y me dijo que no. Que tenía cosas que hacer y que no le molestara. Se marchó después de hacer algunas llamadas... —Bebió de la copa—. No he vuelto a saber de él.

—Seguro que no fue solo —dijo Garrido—. Se llevaría a su hombre de confianza ¿No, Brígida?

—Sí, acompañé al señorr. Fui con él al coche.

Al ver que no iba a añadir nada, Garrido soltó un bufido.

—¿Al coche? ¿A dónde le llevó?

—A ningún sitio. El señorr me orrdenó que volvierrra enseguida al lado de la señorr. Se llevó el coche. No sé nada más.

Nadie habló durante un largo minuto. Cada uno inmerso en sus pensamientos. La actitud de Eva me decidió a intervenir.

—¿Por qué no nos lo cuenta?

—¿Eh?

—Eso que está pensando si nos dice o no. Vamos, se sentirá mejor.

Vi una leve irritación en el fruncimiento de sus labios.

—Dudo mucho que les vaya a servir de algo... En fin... —Vaciló. Miró a Brígida que se encogió levemente de hombros. Al final, entrelazó los dedos de las manos y lo soltó—. Gregorio tiene una casa en la Malvarrosa. La Dorada creo que se llama. Cuando está muy estresado, va allí. Solo. A contemplar el mar. No tiene teléfono y no quiere que le molesten bajo ningún concepto. Es su retiro espiritual.

Garrido y yo intercambiamos una mirada; una de dos, o Eva era idiota o no lo era. Y si no lo era, habría apostado las pelotas de Garrido a que no, ella sabía que la casita de la playa de su marido no era más que un jodido picadero. Y encajaba que después de eliminar a toda la competencia se hubiera refugiado allí con alguna zorra. Que pasara la tormenta mientras él le daba gusto al cuerpo. Miré a Eva a los ojos. Mantuvo mi mirada. Me desafiaba a que hiciera algún comentario. Mantuve la boca cerrada.

—¿La Dorada?

Eva asintió.

—A continuación del Balneario de las Arenas. Una casa grande. Perteneció a alguien famoso, famoso y muerto. Aunque no vayan a creer que mi marido tuvo algo que ver —añadió con ironía.

Garrido apuntó algo en la libreta y la guardó.

—Gracias, Sra. Espinosa.

Me puse en pie, listo para marcharnos. Iba a decir algo, pero Eva giró el cuerpo dándonos la espalda.

—No sé qué ha hecho mi marido, tampoco estoy muy segura de si le encontrarán en La Dorada, o no, pero les he dicho todo lo que sabía. Ahora, les ruego que tengan la amabilidad de marcharse y no volver. Nunca. —Hizo una pausa—. No deseo volver a verles. A *ninguno* de los dos.

## **For your Eyes Only**

**To: Mr. Sergio Vera. Secretary General of CIFR España**

**From: Mr. H. B. Marlowe. Secretary General of CIFR International**

(Traducción al español por Heather Lazarus)

Análisis de la Situación de los Reanimados. Previsiones para el futuro a corto y medio plazo. Recortes presupuestarios. Brigadas FR. Conclusiones.

### **Conclusiones:**

Todo lo expuesto en este informe se resume en los siguientes puntos:

- La población de reanimados se ha visto reducida en un 80% a lo largo de los últimos dos años.
- Se estima que el 98% de los reanimados activos está registrado en los archivos del CIFR.
- Existe la sospecha fundada de que el 2% de activos no registrados ha fallecido sin que haya habido comunicación oficial.
- Las investigaciones médicas en torno a la búsqueda de un remedio para el decaimiento de los reanimados han sido fallidas. (NB. Las investigaciones de la Dra. Godwin no han sido debidamente contrastadas.)
- La crisis económica mundial unida a la falta literal de tiempo para conseguir resultados, implica la cancelación de los presupuestos dedicados a estas investigaciones.
- No hemos hallado una explicación lógica al Fenómeno Reanimación. La versión oficial mantendrá que seguimos investigando.
- Se reducen radicalmente los presupuestos generales del CIFR, por lo que su labor se limitará al control de las unidades policiales, conocidas popularmente como Brigadas FR, encargadas de supervisar a la población de reanimados. El resto de actuaciones, investigación,

integración social, asesoramiento, etc. queda reducido a su mínima expresión.

P.D. Está usted obligado a guardar este informe en lugar seguro. No confiará el contenido de este documento a nadie, ni permitirá que circulen copias del mismo.

Negaré en todo momento cualquiera de los puntos contenidos en este informe si le interrogan los medios al respecto.

Reciba un atento saludo.

### La Dorada

---

**(Martes diez de diciembre, 2014)**

La Malvarrosa es una playa larga de arenas cuantiosas, aguas templadas y un pequeño puerto deportivo que acoge los veleros de los tipos más afortunados. Y también algunos de los más hijos de puta. Curioso que haya unos cuantos que lo tengan todo y sean afortunados hijos de puta, o a la inversa, que tanto da.

El frío se había intensificado y un cielo feo comenzaba a destilar una lluvia fina y helada acompañada de un viento lo bastante fuerte como para arrancarte el paraguas de las manos, si es que llevabas uno. Ni Garrido ni yo llevábamos uno. Aparcamos a espaldas de uno de los numerosos restaurantes que encaraban el paseo, los mismos que en verano lo inundaban todo de aromas de fritos y plancha para despertar el apetito de los miles que disfrutaban de la arena y el agua. Ahora, sin embargo, estaban todos cerrados, pero servían para protegernos del aire cabrón que se empeñaba en arrasar con todo.

Salimos del coche agarrando nuestras gabardinas, y yo echando de menos el sombrero, en esta ocasión no para parecer más alto, si no para parecer menos empapado. Garrido dio un par de vueltas sobre sí mismo igual que un perro persiguiéndose la cola, mientras yo intentaba, en vano, prender un pitillo. De pronto, como si se hubiera situado, echó a caminar con paso decidido hacia la segunda fila de construcciones donde se erguían las casas más señoriales de la zona. Todas vacías, eso sí, y añorando el verano para recobrar la vida en su interior. Todas vacías, menos una, si nuestras sospechas se confirmaban. En una de esas casas había un cabrón de mucho cuidado, matándose a polvos. Seguí a Garrido tirando el pitillo empapado y pensando lo cachondo que sería pillar a Espinosa con el culo al aire.

—Ésta es —dijo Garrido, deteniéndose ante un muro encalado de poca altura, no tendría más de un metro, al que interrumpía una puerta de hierro forjado que hacía las veces de entrada. En el dintel de la puerta y en una placa metálica negra se podía leer La Dorada con letras precisamente doradas. En el interior, y desde la entrada, se alineaban varias palmeras que marcaban un amplio camino de acceso que al poco, se dividía en dos. A la izquierda desembocaba en una piscina circular llena de un agua marrón y repleta de hojarasca. Unas casetas de baño pintadas en azul y blanco se interponían entre la piscina y la casa. La casa en sí era una construcción de dos alturas con una fachada de ladrillo rojizo. La planta baja la ocupaba una amplia



cristalera, que imaginé en verano siempre abierta, pero que ahora estaba cerrada y cegada por unas gruesas cortinas. En la planta de arriba, hasta cuatro ventanales delataban el número de dormitorios.

El camino de la derecha trazaba una amplia curva que conducía a un amplio garaje semioculto tras un cuidado seto, lo bastante alto como para que sólo fuera visible el tejado verde de la cochera desde donde nos encontrábamos.

Garrido pulsó el timbre de un intercomunicador colocado con discreción en el muro a la izquierda de la entrada. No hubo respuesta. Lo intentó un par de veces más y luego me miró enarcando las cejas.

—Nadie —comentó en tono resignado. El agua le caía desde la frente hasta despeñarse por la punta de la nariz, y si no me reí fue porque de pronto me entraron ganas de mandarlo todo a tomar por culo. Joder, hacía frío, llovía y no podía ni encenderme un pitillo. Le arreé una patada a la puerta que se mantuvo firme.

—Coño, Tom, no seas burro —me recriminó Garrido. A continuación, sacó una carterita de piel de la que extrajo una pieza metálica alargada. Me dio la espalda y comenzó a hurgar en la cerradura de la puerta. Le costó un rato y unas cuantas blasfemias, pero acabó por abrirla. Se volvió hacia mí con una sonrisa satisfecha.

—¿Qué te parece? La puerta estaba abierta y juraría que tienes razón, alguien ha gritado ahí dentro. —Me guiñó un ojo. Pensé que si los borregos también padecían el decaimiento, Garrido estaba en pleno proceso.

—Muchas películas has visto tú —gruñí pasando al interior de La Dorada. Me detuve al abrigo de una palmera donde conseguí al final darle marcha a un pitillo. Aspiré el humo con deleite.

Seguimos el camino de la izquierda, dejamos atrás la piscina desde la que partía un sendero de losas blancas que conducía a la derecha de la casa. Allí estaba la entrada, una puerta de madera maciza pintada de caoba. Garrido llamó empleando el pesado picaporte metálico con forma de pez. Los golpes resonaron con fuerza en el interior. Al extinguirse su eco, oí con claridad el sonido del goteo incesante de la lluvia, el alboroto de las palmeras agitadas por el viento y la respiración ajetreada de Garrido. Pero del interior de la vivienda, ni un solo sonido. Garrido volvió a sacar su carterita de piel.

—No cabe duda —comenté, después de darle un trago a la petaca, aprovechando que me daba la espalda—, ahí dentro ocurre algo.

—¿Tú también lo has oído? —preguntó Garrido. Había elevado la voz en beneficio de un posible testigo; volví a sentir ganas de reírme—. ¡Fíjate! La puerta está abierta.

Pasamos al interior. Nos metimos en un amplio vestíbulo, que se ensanchaba hasta convertirse en el salón sin interrupción alguna. Por la cristalera que daba a la piscina entraba suficiente luz para constatar que a alguien no le había gustado demasiado la decoración de la estancia. Todo estaba hecho trizas. Los muebles yacían en pedazos esparcidos por el suelo. Parecía que los hubieran masticado con furia para

luego escupirlos. Un televisor exhibía las entrañas a través de su pantalla destrozada y a sus pies reposaban los restos de un tocadiscos que tenía toda la pinta de haber costado un dineral. Discos, lámparas, algún que otro jarrón y figuritas de adorno se repartían por el suelo víctimas de una agresión que daba escalofríos. La figura de BMV me vino a la cabeza, sólo que el desgraciado hijo del reverendo estaba fiambre. Alguien lo había matado después de que él se cargara a su querido padre. Y además, no creía que BMV hubiera ido a buscar a Espinosa en La Dorada. No. Los indicios apuntaban justo en sentido contrario, que Espinosa era el autor de todas las muertes, incluidas las del ataque a La Coma. Pero para lo que teníamos delante sólo existía una explicación: había un jugador más en la partida y no tenía ni puta idea de quién era.

—Busquemos arriba —dijo Garrido interrumpiendo mis pensamientos. Venía de la cocina—. Destrozada —respondió cuándo le pregunté—. Como si alguien se hubiera vuelto loco. Da miedo.

No respondí, pero estuve de acuerdo con él. Daba miedo.

Subimos hacia los dormitorios. Desde el descansillo vimos una sucesión de cuatro puertas que correspondían a las habitaciones. En cada extremo del corredor había otra puerta que daba paso a los cuartos de baño.

Las puertas estaban abiertas de par en par, y por lo que podíamos ver, el mismo ciclón brutal se había dado un paseo por allí también. Con una pequeña diferencia, en el suelo del último dormitorio desde donde estábamos, había unas manchas espesas de color marrón. Unos buenos charcos de sangre ya coagulada. Garrido y yo nos miramos. Habíamos desenfundado las armas. No creíamos que hubiera nadie. Al menos nadie con vida, pero había una atmósfera tan malsana en el interior de la casa que nos sentimos más seguros. Fuimos hacia el dormitorio del fondo, revisando los demás como medida de precaución. Creo que hubiéramos agradecido encontrar a alguien, aunque hubiera sido un puto mono gigante con una motosierra. La imaginación conjura monstruos más funestos que cualquier realidad.

Cuando me había planteado antes de entrar lo divertido que sería pillar a Espinosa con el culo al aire, no esperaba conseguirlo. Menos aún, que al verlo sintiera un ramalazo de piedad. Creo que hay muertes que no le desearía ni al peor de mis enemigos. Espinosa podría haber optado al puesto con bastante éxito, y qué decir de alguien inocente, como la chica que debía haber acompañado a Espinosa en sus últimos momentos, y que ahora se esparcía por todo el dormitorio... El asesino no sólo había golpeado a sus víctimas, también había decidido hacer una ensalada con ellos. Y el trozo que nos recibió en la entrada correspondía precisamente al culo de un hombre. El de Espinosa, cuya cabeza nos observaba desde la almohada. Al lado, reposaba el de una chica. Quizá fuera guapa antes de decirle adiós al resto del cuerpo, ahora parecía una máscara grotesca. Así que sí, vi el culo de Espinosa, y era fofo blanco y peludo, tal y como cabía esperar.

—Hostia puta. Hostia puta. Hostia puta. ¿Es el Sanguinario?

Asentí con la cabeza, aunque sabía que él también había reconocido la cabeza sobre la almohada.

—Esto es obra de un puto chiflado.

—¿Uno? —pregunté, pero sabía la respuesta. La gente capaz de algo así actúa siempre sola.

—Sí, una, claro que una. —Calló unos instantes—. Espero que una, joder. Y porque sé que el cabronazo de BMV ha palmado, que si no apostaría por él. ¡Dios, este tipo es la hostia! ¿De dónde coño ha salido alguien capaz de tanta matanza?

—Ni puta idea.

—¿Y ella? —tendió la mano hacia la almohada sin mirar.

—Una amante o una puta. Alguien inocente, en cualquier caso.

—Tengo que buscar un teléfono y llamar a los de homicidios. Hostia puta —repitió como un disco rayado—. Esto va a traer cola... Hay una cabina al lado del restaurante —comentó después de soltar seis o siete hostia puta más. Se palpó el bolsillo para comprobar si llevaba monedas—. ¿Esperas aquí?

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que vuelva el que ha hecho esto?

—No seas capullo, si pensara que el animal que lo ha hecho fuera a volver, le esperaríamos juntitos y te juro que antes de preguntar, le metía tres tiros.

Miré a mi alrededor.

—¿Te importa si espero abajo?

Garrido apretó los labios.

—No. Supongo que esto es demasiado para cualquiera.

Le seguí hasta abajo y salí a la zona de la piscina mientras él iba a llamar. Encendí un cigarrillo y apuré la petaca. Un asesino despiadado. Alguien tan desequilibrado como un cerdo sobre un trozo de manteca. Y yo con una mano temblorosa y lo peor de todo... No había querido bajar porque el espectáculo del dormitorio me atemorizara. El motivo era otro... Me llevé el cigarrillo a los labios con una mano temblorosa, e intenté apartar el pensamiento, no darle importancia. No pude. No pude porque el estómago seguía rugiendo. Ante la vista de la carnicería, había sentido... hambre.

## Crónicas de los Reanimados IX

### El Piojoso

---

Unos dicen que la locura es caminar dormido en un mundo en el que estás convencido de que nadie te habla y todos te quieren devorar. Que hay tantos mundos, que son incontables y que están tan próximos, que ciertas mentes pueden trasladarse a otra realidad mientras el cuerpo, morada de esa mente, reside en una distinta. Así el cuerpo sigue el dictado de una mente desplazada y adopta comportamientos anómalos para el mundo del cuerpo, aunque cuerdos para la dimensión donde se ha de enfrentar a desafíos extraños.

Oirás a otros afirmar que sólo hay un mundo y que los demás no son más que el producto de mentes enfermas a las que hay que tener bajo llave, por lo que pueda ocurrir. Y también están aquellos que están convencidos de que muchos actos atribuidos a la locura no son más que maldad pura y dura. Y que como es difícil aceptar una maldad tan brutal, resulta más sencillo atribuirla a una mente enferma y por lo tanto, apenas humana, con lo que podemos apartar al autor de la humanidad; algo así como proclamar que un ser humano en sus cabales jamás cometería actos tan perversos. Paco, el Piojoso, solía darle vueltas a ideas como ésta. Él sabía de locura, de mundos alternativos y también de maldad. Más de lo que desearía.

Una fría tarde de diciembre, Paco se encontraba en su bar situado en el barrio de Los Llanos de Valencia. No había nadie en el local. Fuera hacía un viento cabrón de cojones, acompañado de un frío intenso y en la radio habían dicho que iba a llover a gusto.

El día ideal para cerrar pronto e irse a casa. Y Paco quería cerrar pronto e irse a casa. Tenía planes para esa tarde. Una cita. Un encuentro con alguien que le gustaba mucho y con quien sabía que terminaría en la cama. Sí, el día ideal para pasarlo calentito y con alguien a tu lado. Ella se llamaba Amelia y era profesora de bailes latinos en la academia que hacía esquina con la calle del bar. Paco miró su reloj y sonrió. En media hora, ella saldría de la academia y la vería pasar hacia la parada del autobús. Caminaba como si tuviera muelles en los pies y siempre llevaba ropa ajustada, que permitía adivinar las promesas de carne tersa que había debajo. Se asomó a la calle. El frío picaba como agujas y en el viento se olisqueaba el agua.

Apenas circulaba gente por la calle y quienes lo hacían, se arrebujaban en el abrigo y estaban solo pendientes de llegar a casa. Paco sonrió de nuevo. Amelia no tardaría en pasar y él la invitaría a entrar al bar con algún pretexto, se conocían de vista y ella lo haría sin desconfiar. Después, él bajaría la persiana y cogerían su coche. Se frotó las manos, iba a ser una tarde estupenda de sexo que terminaría en sangre. Porque tendría que matarla, aunque se tomaría su tiempo. Era más agradable si lo prolongaba. Volvió al interior del bar con la intención de recoger para estar listo cuando ella pasara y... Alguien entró al bar. Se volvió con irritación, iba a mandar a quien fuera a tomar por culo.

—¡Hola, Paco, cabronazo! —rugió el primero de los recién llegados. Era uno de sus clientes habituales, un gordo mamón que se llamaba Luis. Y de los otros tres que entraron tras el gordo reconoció a Jaime, también del barrio, también habitual y también otro cabronazo de cuidado. A los otros dos, trajeados y con bastante mejor apariencia que sus habituales, no los había visto nunca. Los cuatro se dirigieron a la mesa que había al fondo del local, justo debajo del televisor.

—¿Qué te pasa, capullo? —gruñó Jaime con su expresión avinagrada de costumbre—. Saca la puta baraja y algo de beber.

Paco se obligó a sonreír, aunque por dentro estaba furioso. Lo había olvidado. Luis, el gordo mamón, le había avisado unos días atrás que acudiría a jugar una partida de póquer con unos excompañeros del colegio. Que lo tuviera todo preparado.

—Bebida, una baraja y la mesa del fondo y no pongas otras mesas cerca de la nuestra, no queremos que nos molesten. Y avisa a los abuelos para que nos dejen tranquilos o no volvemos. Y vamos a hacer gasto, ya lo verás. Y de paso, voy a desplumar a esos gilipollas —había añadido el gordo con una sonrisa llena de dientes. Luego se puso serio—. A ver si te olvidas, que últimamente pareces un poco ido.

Y Paco lo había olvidado. Y no podía mandarlos a tomar por culo por mucho que quisiera. No tenía muchos clientes y de los pocos que tenía, Luis era uno de los buenos, de los que se dejaban la pasta bebiendo y jugando a la tragaperras. En cuanto a Jaime, gastaba menos que Luis, pero tampoco era mal cliente. Paco apretó los labios resignado. Tendría que aplazar la cita.

Les llevó el tapete, una baraja —les comentó que tenía otra por si querían cambiar de cartas—, las bebidas que habían pedido y luego se acodó en la barra, encendió el televisor, sin volumen para no molestar a los de la partida, y con el paquete de tabaco a mano y un café, se dispuso a pasar la tarde.

Al cabo de unos minutos entraron dos jubilados que acudían algunas tardes a jugar a las damas. Les sirvió una copa de aguardiente a cada uno y volvió a la barra.

Más tarde, entró otro cliente, alguien a quien no conseguía ponerle rostro por mucho que se esforzara y eso que sabía que su presencia había desatado lo que ocurrió después. A partir de ahí, sus recuerdos se emborronaban. Recordaba cosas pero con imprecisión, como si los viera a través de una lente rayada.

Los jubilados se marcharon. Él siguió viendo la tele sin volumen, fumando y

tomando cafés, cuando uno de los jugadores se sintió indispuerto y también se marchó. No recordaba quién. El último cliente en entrar, el misterioso, el que le daba miedo, había aceptado la invitación que Luis le había hecho para ocupar la vacante en la mesa. El tiempo había empeorado, la tormenta adquirió unas dimensiones casi sobrenaturales. Sin casi, reflexionaría más tarde Paco. Nada de lo que pasó ese día en el bar había sido natural. Y entonces, se fue la luz. Y algo entró por la puerta. Y alguien lanzó un grito espeluznante. Y el espejo se quebró y algo pasó por las grietas. Y Paco sintió como una fuerza ciclópea se lo llevaba a través del mismo espejo. Y vio cosas que le hicieron chillar y llorar de terror. Le arrastraban por el camino al infierno. Y se desmayó.

Cuando despertó, estaba tirado en el suelo y le costó unos segundos recordar lo que había ocurrido. Poco a poco los sucesos volvieron y se incorporó de un salto, con un grito en los labios. Estaba detrás de la barra del bar. Miró a todas partes preguntándose si no habría sido todo una pesadilla. ¿Era posible? El espejo no estaba roto. Pero por la puerta distinguió una tarde apacible. Y al otro lado de la barra, los clientes le observaban extrañados. Tenían ese aspecto indefinible que tienen los habituales. Pero Paco no tenía ni idea de quiénes eran. Y el bar era distinto. No por completo, pero sí en los detalles. Las mesas, las sillas, un cuadro que tenía en la pared y sobre todo, el calendario... Un calendario de agosto del 2012... Sintió un escalofrío, en el calendario de esa mañana, el mes era diciembre del 2007.

Paco se adaptó a su nuevo mundo, se ajustó. Cambió en muchos aspectos. Sobre todo en uno, dejó de sentir lo que él denominaba el *ansia*. El impulso que le conducía a buscar citas con mujeres sin importarle si ellas estaban de acuerdo o no. De hecho, casi le gustaba más cuando no lo estaban. La sangre, los gritos, los ruegos desesperados...

Ahora contemplaba ese pasado como algo ajeno, convencido de que esos recuerdos en realidad no le pertenecían. Consiguió sentirse a gusto, crearse una vida. Se refugió en la burbuja del bar y el quehacer diario y prestó poca atención al mundo nuevo al que había ido a parar. Ciertamente echaba de menos algunos de los adelantos tecnológicos de su viejo mundo; aquí todo parecía haber retrocedido al menos cuarenta años. Tampoco le interesaban demasiado los reanimados y sus problemas. Ni los vaticinios de que el mundo iba a cambiar... otra vez.

Chiflados, si supieran lo que es cambiar de verdad, se reía para sus adentros. Paco comenzaba a sentirse a gusto, su mente y su cuerpo estaban en armonía y lo demás le importaba una mierda. O le había importado, hasta esa mañana cuando al abrir el bar y mirar al espejo detrás de la barra había distinguido un rostro, uno que no era el suyo.

—Hola, Paco —le había dicho la imagen con una amplia sonrisa—. Hora de volver a casa.

### Conclusiones

---

La explicación más sencilla y suficiente  
es la más probable.

Okcham

*(Martes, once de diciembre,  
2014. Madrugada)*

Gato ronroneaba tumbado en mi regazo. Yo estaba sentado en una butaca, encarado hacia la ventana y sumido en mis pensamientos. Pensaba pedir un televisor para Navidad, la ventana por la noche es de lo más aburrido. Como no tenía a quién pedírselo, decidí que ya me lo compraría yo cuando volviera de Madrid... Si es que volvía. Tenía los pies apoyados sobre un cojín enorme que me recordaba a Mati por la sencilla razón de que era suyo. Me pregunté si volvería a recogerlo. Dudaba que lo hiciera. La añoraba. ¿Dónde estaría? Supuse que en su piso de la Finca Roja, quizá si la llamara...

En el suelo, al lado del sillón, un plato rebañado y relamido me recordaba la cena: unos dos kilos de hígado fresco, engullidos como si fueran espaguetis. Casi sin masticar.

Cuando Garrido llegó con los refuerzos a La Dorada, me marché de inmediato murmurando una excusa que no recuerdo y que dudo que Garrido llegara a entender. Quedamos en llamarnos mañana por la mañana. Es decir, hoy, dentro de unas horas. Estuve tentado de acudir al CIFR, habían empezado a temblarme un brazo y una pierna, pero el hígado me pareció una buena opción, una apetitosa. Acudí a una carnicería y corrí a casa a devorarlo. Después fumé, bebí, me duché, me puse ropa limpia, cogí a Gato, necesitaba una presencia cálida, y me senté en la butaca durante horas.

Ahora, más relajado, con la botella de Jack y el paquete de Camel a mano, repasaba lo que había sucedido desde que me encargaron buscar al hijo del reverendo. Me sentía deprimido por el caso. Sólo habían transcurrido unos días desde el día que el reverendo Blanco-Alcázar llegó a mi despacho. Y ahora el reverendo estaba muerto, su hijo, Miguel, también. Y Espinosa y la pobre fulana que estaba con él. Y el Sapo y un montón de gente de La Coma... Por no hablar de los muertos en Arguelles... No es que fuera a llorar a los muertos. Desde luego, no lamentaba la del

Sanguinario, el tipo era un cabrón de marca, pero nos habíamos quedado sin sospechoso principal y lo que era peor, un asesino misterioso andaba suelto. Y por lo visto, el Sanguinario, Papá Pitufo, el Sr. Sapo y hasta BMV eran unas nenazas a su lado.

Recordé la conversación con el Gran Louie y también las que había mantenido con Garrido. ¿A quién beneficiaba tanta muerte? Todo había apuntado a Espinosa. Y seguía apuntando a él, pero era un fiambre que no iba a disfrutar de un día FR. No era el beneficiado, por lo tanto, no era el culpable. Sacudí la cabeza fastidiado. Me había quedado sin ideas. Miré la hora: las tres. De pronto sentí que la casa me oprimía, tenía que salir y a esas horas sólo había un sitio decente al que acudir: el bar de Paco, el Piojoso. Me levanté, Gato cayó al suelo y maulló una maldición, cogí la gabardina, un sombrero que tenía por ahí, ya que seguía lloviendo, y con un pitillo fresco en los labios me largué como si el techo de casa fuera a desplomarse de un momento a otro.

Vi el As de Picas de lejos y estaba lleno de gente. Sabía que a esas horas no había muchos sitios abiertos, y menos donde pudieras tomar una copa con tranquilidad, pero jamás lo había visto tan abarrotado, ni siquiera de día. Cuando me acerqué a la entrada comprobé que si bien estaba llena de gente, el interior estaba despejado, siempre que no contaras los cuatro policías que deambulaban de un lado para otro.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a un grupo de curiosos en la entrada. Los conocía de vista.

—El Paco, que se ha cargado a uno ahí dentro.

—Se tiró encima y lo ha degollado. Otro tipo que había dentro pudo escapar y llamar a la poli. Al Paco le han tenido que volar la cabeza, porque intentó atacarles a ellos también.

—Coño, parecía un tío de lo más tranquilo —me sorprendí.

—Y lo era —intervino otro—. Hasta que dejó de serlo. Un cambio radical.

—¿Hasta que dejó de serlo? —se burló un tercero.

—Coño, me refiero a que nadie se había dado cuenta, pero Paco era un puto zeta. Bueno —rectificó enseguida al reparar en mí—, un reanimado. Y le dio la mierda ésa de la ley de la decaída o lo que cojones sea. Le arrancó el pescuezo a mordiscos a ese pobre desgraciado.

—Pero no parecía un reanimado —comentó el que se había burlado.

—El Paco era algo especial, las cosas como son. Pero era un reanimado, se lo he oído decir a los maderos. Y es que a veces no vemos lo que tenemos delante, pero está ahí, queramos o no.

Se acercaron más curiosos a nuestro grupo, y siguieron los comentarios. Pero no escuchaba, la última frase me había dado que reflexionar. Acababa de prender la mecha de una idea. Me fui a por el coche para dirigirme al Puerto. Ahí había bares que no cerraban en toda la noche, tugurios más bien, pero que me servirían para echar



un trago y pensar.

Una hora más tarde, con tres copas de *bourbon* y dos cafés encima y tras hacer una llamada de teléfono, iba en el coche con una gran sonrisa. Lo sentía por el Piojoso, pero gracias a él, y al comentario que había oído, había conseguido despejar las nubes del caso. Quizá fuera tarde para hacer una visita, pero no pensaba esperar a que amaneciera.

Hasta vestida con una bata, el pelo revuelto, los ojos hinchados y sin maquillaje, Eva Espinosa seguía siendo una de las mujeres más apetitosas que he conocido. Para equilibrar el escenario, la Trol se erguía a su lado con un pijama de franela a cuadros y el aspecto que debe de tener un gorila recién afeitado. Le lancé una rápida sonrisa y conseguí un gruñido a cambio.

Me habían recibido en el mismo cuarto de la última vez. Eva volvía a estar sentada en el borde del sofá y parecía de nuevo que quisiera echar a correr. A su lado, Brígida hacía la guardia.

—Pensé que me había explicado con bastante claridad, Sr. Stone; no quería volver a verle nunca más. Que me haya recordado lo que hizo por mí hace algún tiempo para que le recibiera, ha sido bastante mezquino por su parte.

—Supongo que ya le han comunicado lo de su marido —dije, ignorando el comentario. Me senté, aunque no me habían invitado a hacerlo.

Hizo un gesto ambiguo con los labios, como si se le hubiera metido algo entre los dientes.

—No creo que haya venido por eso.

—La verdad es que sí he venido por eso. Hay un asesino muy peligroso por ahí suelto. Un sádico. Un loco.

—¿Loco? Entonces no costará mucho atraparlo, ¿no cree? Claro que hasta ahora han perdido bastante tiempo persiguiendo a mi pobre Gregorio, y han acabado con la sangre de una víctima inocente más en las manos.

—Dos —corregí, encendiendo un cigarrillo—. Aunque sólo una era inocente.

Enarcó una ceja despectiva mientras la Trol me clavaba la mirada.

—Y es posible que sea la única inocente en todo este repugnante caso —añadí—. Y no, Sra. Espinosa, no hemos perdido el tiempo, ni mucho menos. Su marido era un criminal y cualquier sospecha sobre él estaba más que justificada.

—Mire, Sr. Stone, que me haya visto obligada a recibirle no significa que tenga que soportar sus groserías —se puso de pie. La Trol dio un paso hacia adelante—. Ya he saldado mi deuda con usted. No quiero oír más. Haga el favor de largarse y no vuelva. Y esta vez lo digo muy en serio.

Me quedé sentado.

—No he terminado. Invíteme a un café, me vendrá bien. Y creo que también aceptaré una copa de *brandy*.

La Trol arrancó hacia mí hasta que la obligué a detenerse en seco. La tenía a escasos tres pasos y no era una visión agradable.

—Es una Glock, Brígida —expliqué apuntando a su pecho—. Hace agujeros por los que sale sangre. ¿Quieres uno?

Sus ojos relampaguearon. Sujeté con firmeza el arma. La tipa estaba calculando si le daría tiempo a echarse sobre mí antes de recibir un tiro, o incluso recibéndolo. La observé con atención, tenía las pupilas del tamaño de cagadas de mosca.

—¿Te metes? —pregunté sorprendido—. ¿Le pegas a la lázaro, o es farlopa? —meneé la cabeza—. Mala idea, Brígida, pero eso no evitará que te pegue tres tiros antes de que me toques un pelo. Soy rápido tirando del gatillo.

—Basta —surgió la voz de Eva—. No pienso tolerar violencia aquí dentro. Diga lo que tenga que decir, Sr. Stone, y márchese de una vez por todas.

—Tomaré el café y el *brandy*, Eva, y creo que *usted* debería tomar algo también. —Hice énfasis en el *usted*, confiando en que captaría el mensaje.

Vaciló unos instantes, miró a la Trol que seguía plantada delante de mí con los puños cerrados y el cuerpo temblando a causa de la rabia y quién sabe qué más. Luego me miró a mí y se decidió.

—Brígida, una cafetera, por favor. Trae algo de leche y prepara unas galletas. Sírvete una *brandy* al Sr. Stone.

—Señorrrra, yo...

—Gracias, Brígida, eso será todo.

Le costó, pero al final salió del cuarto dejándonos a Eva y a mí solos. Volví a guardar el arma.

—Quiero pensar que existe un buen motivo para querer quedarse a solas conmigo, Sr. Stone.

—Se me ocurren bastantes motivos, pero el principal es que no quiero que nadie oiga lo que tengo que decir. —Hice una pausa ordenando mis pensamientos—. En algo tiene razón, hemos sido unos tontos. Yo he sido un tonto. No quería ver lo que era evidente, quería componer mi propia conjetura y que los hechos encajaran, y cuando no encajaron, me empeñé en que lo hicieran. Pero esta noche alguien dijo que muchas veces no queremos ver lo que tenemos delante, pero queramos o no, ahí está. Y tenía razón.

Eva entrecerró los ojos en un gesto de incompreensión, pero siguió escuchando en silencio.

—Gregorio fue quien ordenó la muerte del camello de la Cloaca y también el que montó el ataque a La Coma y el que mató a BMV, y creo que eso lo hizo en persona. Una especie de catarsis por el miedo que había pasado cuando fuimos ver al tipo ése a La Coma. El asalto al barrio no sólo fue para cargarse a la competencia, también fue una provocación a BMV para que saliera de su madriguera en busca de su padre. El

tipo estaba lo bastante desequilibrado como para pensar que el reverendo había tenido algo que ver. Supongo que Espinosa esperó a BMV en casa del reverendo, dejó que se cargara a su padre, y luego le pegó un tiro. Por último, corrió a La Dorada a celebrar su éxito y a dejar que las cosas se tranquilizaran. No nos habíamos equivocado, el Gran Louie tenía razón, su marido era quien más se beneficiaba con todas las muertes. Él fue el autor de todas ellas, de manera directa o indirecta.

Eva esgrimió una sonrisa de medio lado y meneó la cabeza, escéptica.

—¿Y qué ocurrió al final? ¿Le entró un ataque de arrepentimiento y se despedazó a sí mismo?

—No. Lo mató la misma persona que se cargó al Sr. Sa... Lobo. El camello que he mencionado antes —añadí ante su fruncimiento de cejas—. He tenido tiempo de pensar, y si analizamos las muertes, la del camello y la de su marido y su amante, se parecen bastante.

Meneó la cabeza de nuevo. Seguí tanteando, había un punto oscuro en toda la historia, pero pensaba aclararlo enseguida.

—La misma persona se los cargó a los tres. El primer asesinato fue un encargo de su marido, eso es obvio. Pero lo que me estoy preguntando es quién encargó los de La Dorada. ¿Quién tendría razones para hacerlo...? —Dejé la pregunta en el aire, mientras la observaba con atención.

De pronto, cayó en la cuenta de lo que estaba sugiriendo y me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿Está insinuando que yo hice matar a mi marido? —preguntó abriendo mucho los ojos. Estaba tan indignada que no fue consciente de que la bata se le había escurrido dejando al aire un hombro suave y marfileño.

—No lo sé, ¿lo hizo?

—Maldito seas, Tom —soltó, tuteándome de rabia—. ¿Cómo crees que lo hice, estúpido? ¿Crees que los hombres de Gregorio me harían el menor caso? Si llego a intentar que uno se cargue a su jefe probablemente me habría pegado un tiro a mí. En cuanto se enteraron de lo que ha pasado, se largaron todos. Sólo quedó Brígida. Yo soy la tipa que se acuesta con él, por si lo has olvidado. Soy una más de sus posesiones.

—No lo he olvidado —dije en tono conciliador—, aunque eso ya pertenece al pasado. Ya no te acuestas con él. No perteneces a nadie.

—¿Y piensas que yo...?

—No —negué, atajándola—. La verdad es que estaba casi seguro de que no, pero tenía que estar seguro.

—En ese caso, lárgate de una vez por todas.

—No puedo. He venido en busca de una asesina y no me marcharé sin ella.

—¿Pero no acabas de decir que...?

—No habla de usted, señorrra —sonó una voz a mis espaldas. En la puerta con los brazos en jarra y el rostro desfigurado a causa de la rabia estaba Brígida. Debí

quedarse escuchando en lugar de ir a por lo que le había pedido Eva. Una lástima, porque me apetecía el *brandy*.

—¿Brígida? —se sorprendió Eva.

—Como ya he dicho, tu marido estaba detrás del primer asesinato. Algo que forma, o más bien, formaba parte del trabajo de Brígida. —Ninguna de las dos dijo nada—. El ensañamiento, sin embargo, fue un toque personal, ¿eh, sadiquilla?

—Errres un capullo, Stone —soltó el Trol, que avanzó unos pasos.

—Espinosa quería que la muerte de ese desgraciado sirviera de escarmiento para todos los que intentaran ocupar un territorio que consideraba suyo, pero tú te dejaste llevar. Te gusta hacer daño, ¿verdad?

Le temblaba el labio superior y una gotita de sudor corría desde la sien por el pómulo, deteniéndose entre la áspera pelusilla que cubría sus mejillas. Se limitó a mirarme.

—Pero no te gustaba él. El Sanguinario. En el fondo le odiabas. Y cuando adivinaste que se iba a La Dorada, viste tu oportunidad. El problema es que debiste meterte una buena dosis de lázaro para animarte y te animaste, ya lo creo. Aunque estoy convencido de que no sólo fue la lázaro la que te impulsó. ¿Utilizaste una motosierra o te liaste a mordiscos?

Eva jadeó y se llevó una mano al pecho. Miraba a la Trol como quien acaba de descubrir una cucaracha en mitad de su helado de nata.

—Sí, una motosierra. Querías que pareciera obra de un chiflado. Y lo hiciste bien, eres una chiflada. Le odiabas porque él tenía algo que tú ansiabas. E... —No me dejó seguir, embistió con una velocidad impropia de alguien de su envergadura. Había olvidado lo rápida que era. Y aullaba con tanta fuerza que me quedé paralizado durante unos instantes preciosos. Cuando conseguí sacar la Glock de nuevo y disparar, ya la tenía encima. Un solo disparo. Debería haber bastado. El impacto habría frenado a un hombre fornido, doy fe de ello. Pero la Trol no era un hombre, era una bestia parda. Fue igual que si me golpearan con un saco lleno de nabos a toda velocidad, caí hacia atrás sobre el sillón que volcó. Sentí un estallido de dolor en el hombro, el mismo que BMV me había tiroteado. Maldije entre dientes y más cuando noté que el sillón se escapaba debajo de mí. Pero gracias a eso, mi atacante me soltó cayendo a un lado y yo al otro. Me puse a cuatro patas y comencé a buscar la Glock, que había salido volando, pero de pronto mi nariz topó con la de la Trol. Y ahí nos quedamos los dos, paralizados, morro con morro y a cuatro patas como dos perros de presa a punto de liarse a mordiscos el uno con el otro. Sólo que a mí un brazo me fallaba, no sabía dónde estaba el arma, por no mencionar el detalle del puñal de doble filo que la Trol había sacado de Dios sabe donde. Estaba jodido. Sonrió con fiereza, se puso de rodillas, me agarró del pelo y echó el puñal hacia atrás. Hice un esfuerzo para estar a la altura de la fiesta, y le arreé un puñetazo en la cara con mi mano sana, que pasó a ser mi mano jodida en cuanto contactó con el hormigón que la tiparraca tenía en lugar de mentón. Vi que le caía sangre del pecho, donde debía haber

impactado el balazo, pero le afectaba tanto como la picadura de un mosquito. Una mueca de alegría salvaje y un gruñido agudo anunciaron que estaban a punto de hundirme un trozo de metal en el cráneo, cosa que no iba a sentarme nada bien. Un estallido retumbó en la estancia, la Trol frunció el ceño y parecía a punto de preguntarme qué coño había sido eso. Luego decidió seguir con lo suyo y cuando la mano armada descendía, un segundo estallido la detuvo a mitad de camino. Abrió mucho los ojos, como si quisiera verme bien. Dejó caer el puñal y lentamente, como un árbol enorme recién talado, se fue venciendo hacia un lado. Hizo plaf al golpear el suelo y quedó inmóvil, con los ojos abiertos, la boca con la lengua asomando y dos tiros en la espalda. Yo me quedé como estaba, de rodillas, vencido hacia atrás y apoyado sobre un brazo. Levanté la mirada y vi a Eva con mi arma en las manos. Estaba horrorizada, el gesto desencajado, y a punto de caer redonda. Y entonces todo se oscureció a mi alrededor y por primera vez desde el siete de agosto del 2012, perdí la consciencia.

Cuando desperté, estaba tumbado sobre algo mullido y me pregunté qué diablos era eso. No me costó mucho recordarlo todo y me incorporé como un resorte. Estaba tumbado sobre el sofá.

—Tranquilo —dijo una voz grave familiar—. A ver si te vas a herniar, Stone.

—Hola, Garrido —la voz me salió más aguda de lo habitual—. ¿Quién te ha invitado a la fiesta? —me senté masajeándome las sienes, me dolía la cabeza.

—Nos llamó aquí la señora.

Levanté la cabeza y vi a Eva Espinosa sentada en una silla. Seguía vestida con la bata y la mirada aterrorizada. Un movimiento atrajo mi atención al otro lado de la habitación y vi que dos enfermeros se estaban encargando del cadáver de la Trol. Tres de los chicos de Garrido estaban con ellos. Pregunté cuánto había estado inconsciente.

—Media hora, más o menos —respondió Eva con un susurro. Parecía tan desamparada que me entraron ganas de acudir a su lado y consolarla. No lo hice.

—Nos lo ha contado todo —comentó Garrido—. No voy a decirte lo gilipollas que has sido, porque sería repetirme...

—Tuve una intuición y decidí corroborarla.

—Ya —soltó Garrido muy escueto—. Sospecho que cuando contrastemos las huellas que encontramos en la casa de la playa con las de la tipa ésta, coincidirán y podremos dar carpetazo a todo el asunto.

Iba a encogerme de hombros, pero el dolor me lo impidió. Encendí un cigarrillo.

—Gracias —dije, dirigiéndome a Eva. No pareció oírme—. Eva, ¿estás bien? —Garrido y yo intercambiamos una mirada preocupada.

Acabó por alzar la mirada. Nos examinó a los dos de arriba a abajo y se puso de pie. Después de abrocharse bien la bata y acomodarse el pelo, cruzó los brazos.

—¿Ya tienen lo que venían a buscar?

No respondimos.

—Seguro que sí. Ahora les agradecería que se marcharan. Mañana acudiré a prestar declaración, comisario Garrido. Pero ahora márchense.

—Eva, yo... —La voz me falló. Joder, acababa de salvarme la vida, quería agradecerse de alguna manera.

—Eres un hombre impresionante, Tom. De los pocos imbéciles admirables que deben quedar en el mundo, de esos con los que cualquier mujer sueña. Pero quiero que te vayas y que lo hagas ya. Y no quiero volver a verte.

Estuve a punto de protestar, lo pensé mejor, murmuré un adiós e intentando ignorar las punzadas de dolor que sentía en al menos siete partes diferentes de mi cuerpo, me fui con Garrido y sus chicos. Supongo que debería haberme sentido satisfecho, pero sólo me sentía vacío. Hueco.

Garrido me acercó a casa en su coche, yo no estaba para conducir.

—Uno de los chicos te acercará el coche mañana a casa —me comentó.

Murmuré un está bien, distraído.

—Así que el Sanguinario sí que cometió los asesinatos y la foca asesina se lo cargó a él. Tiene cojones el tema. Tu amiga nos ha dicho que la muerta se drogaba, supongo que perdió la cabeza y se cargó al jefe en un arrebato, ¿eh? ¿O es que quería convertirse en la nueva capo de la ciudad?

Negué con la cabeza.

—No, lo hizo porque quería algo que él tenía.

—¿Qué?

—Coño, Garrido, fue un crimen pasional. Brígida estaba enamorada de Eva Espinosa y por eso mató a su jefe, para poder quedársela para ella. Y no, Eva no tenía ni idea, estoy casi seguro. Quizá lo adivinara al final, pero debió ser toda una sorpresa.

Garrido cloqueó como una gallina indignada.

—Que mundo tan jodido.

—Ya ves —respondí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Llamar a Godwin. Le comentaré lo del desmayo. Si me da permiso, me voy a Gales unos días. Quiero visitar la madre patria. De ahí a Madrid.

—¿Me avisarás cuándo estés allí?

—Sí.

Hicimos el resto del camino en silencio.

## El Suero de Godwin

---

*(20 de diciembre, 2014)*

—¿Cómo te encuentras, Tom?

La voz llegaba de lejos, como envuelta en terciopelo espinoso. Era suave pero hiriente. Yo estaba despierto, pero tan sumido en el dolor que todo me molestaba.

—Quiero morirme —respondí a duras penas.

—Y sin embargo, aquí sigues. Eres un tipo duro.

Abrí los ojos. El cuarto estaba casi en penumbra, una suave luz alumbraba desde la mesa al lado de mi cama. Sentada en una silla cerca de la cama estaba María, la doctora Godwin. Al fondo del cuarto distinguí la silueta de alguien grande.

—¿Garrido?

La sombra se adelantó entrando en la luz. Era mi amigo.

—Hola, Stone. —Y se quedó allí, cabizbajo como un crío al que van a meter una bronca.

Me volví hacia la doctora.

—¿Tan mal?

Ella apretó los labios.

—No parece responder al tratamiento. Parecía que sí, pero de pronto sufriste una especie de ataque y... Tuvimos que suspenderlo.

Noté que me temblaban los brazos, los dos, y una pierna.

—¿Se acabó el juego?

Apretó los labios y negó con la cabeza.

—No lo sé, Tom, de verdad que no lo sé... No te voy a engañar, dudo que te queden más de cinco o seis días. A lo mejor alguno más...

—¿Qué es lo que va mal?

—El problema es que el tratamiento resulta tan doloroso que la respuesta del cuerpo se ve afectada. Tu organismo reacciona contra el suero y éste no puede actuar.

Si consiguiéramos eliminar el dolor o paliarlo, pero no podemos darte anestesia y los sedantes no sirven. Aunque...

—¿Aunque? —la animé a seguir.

—Aunque podría combinar el suero con fenciclidina. La fenciclidina podría surtir efecto, amortiguar el dolor lo suficiente para que el suero diera resultado.

—Oiga, doctora, la fenciclidina es... —comenzó Garrido.

—Polvo de ángel —asintió la doctora—. Uno de los componentes de la lázaro.

—¿Otra de tus creaciones? —pregunté. Intenté levantar la cabeza, no pude. Estaba tan débil como un gatito recién nacido.

Negó con vehemencia.

—Eso es una leyenda urbana. La lázaro no se creó en ningún laboratorio legal. Tonterías de la gente. —Agitó la cabeza, contrariada—. Pero hay algo que tienes que saber, cabe la posibilidad de que la fenciclidina desate el decaimiento de inmediato. Tendrás que tomar una decisión.

Nos quedamos callados los tres, ellos a la espera y yo pensando, o intentándolo al menos.

—¿Cuándo sería? —pregunté.

—Ya mismo. Si estás de acuerdo. No hay tiempo que perder.

—Vale. Adelante. No tengo mucho que perder. ¿Qué más da ahora que dentro de unos días? Ponme lo que me tengas que poner y si no funciona, que me peguen un tiro.

Garrido se acercó, me dio un sobre y comentó que esperaría fuera. Miré el sobre y luego a él con gesto interrogante.

—Es una carta de Mati. Me pidió que te la entregara.

Se la devolví.

—Dámela cuando salga y si no lo consigo, dile que soy un gilipollas pero que la quiero más de lo que he querido a nadie.

Garrido cogió la carta, me estrechó la mano y se marchó. María Godwin me miró con gesto serio.

—¿Listo, Tom?

—No. Nunca lo estaré, así que más vale que empecemos.

Entraron dos enfermeros, me alzaron en vilo hasta una camilla con ruedas y nos fuimos a lo que mentalmente llamaba la sala de torturas. Era mi última sesión. La crucial. Nunca he sido hombre religioso y no iba a empezar entonces, así que comencé a canturrear por lo bajo...

*Let it Be...*

**FIN**





JOSÉ ELÍAS ÁLAMO GÓMEZ (Inglaterra, 1960) escritor británico, hijo de emigrantes españoles. Es conocido principalmente por su obra literaria dedicada a la narrativa fantástica y de terror. Aparte de escribir es traductor y da clases de inglés.

Se declara adicto a la lectura, y entre sus escritores favoritos encontramos a Asimov, Tolkien, Andersen, Dickens, Poe, Philip K. Dick, Vargas Llosa, Alejandro Dumas y un largo etcétera. Ese afán lector le llevó a la certeza de que algún día debería intentar escribir, aunque hasta la edad de 43 años no se dispuso a hacerlo con seriedad.

Es miembro de NOCTE (Asociación Española de Escritores de Terror), y de ESMASER (Escritores Madrileños de Terror).

Ha recibido los premios Pandemia 2102 a la mejor novela Z y Tormo Negro 2012 a la mejor novela negra, ambos por su primera novela de la *Serie Tom Z Stone*. Su segundo libro de esta misma serie titulado *Let it be* ha sido ganador del Pandemia 2013 y finalista de Tormo Negro 2013.

Ha publicado relatos en varias revistas electrónicas *Alfa Eridaní*, *Aurora Bitzine* y en una antología publicada por Espiral CF.

Actualmente reside en Valencia con su esposa y su hija.

# Notas

[1] Tom Z. Stone. El caso investigado por Tom en su primer libro. Eva Espinosa, esposa del Sanguinario, encargó a Stone que averiguara quién la estaba chantajeando.

<<